

ANTAURO HUMALA TASSO

VISIÓN
ETNOCACERISTA

DE LA GUERRA ETNOSANTA A LA IGLESIA TAWANTINSUYANA

(La reivindicación de los "demonios" y el color insurgente de la fe)



El mayor EP Antauro Humala Tasso

El mayor EP (r) Antauro Humala Tasso (1963), de estirpe ayacuchana, es representativo de la generacion de la Escuela Militar de Chorrillos egresada en los 80, cuando la "pentagonizacion" doctrinaria de las FF.AA. criollas era aplicada en las "zonas de emergencia".



Escenario fratricida de guerra interna que, excepcionalmente, determinaria el surgimiento desde las bases contrasubversivas y entre las fosas comunes de ADN cobrizo de una corriente de pensamiento "etnocacerista" reactiva a la pentagonizacion visualizadora del poblador nativo como enemigo potencial de la civilizacion occidental y cristiana. Antauro, con otros tenientes de infanteria, funda asi la Logia Etnocacerista, rescatando los legados del mariscal aymara Santa Cruz (padre de la geopolitica panandina de la Confederacion peruano-boliviana), del mariscal Cáceres (adaliid de los ejercitos cobrizos/guerrilleros de la resistencia antichilena) y del general Velasco (conductor del etnonacionalismo gubernamental/1968-1975).

Con la ascension al poder del globoneoliberalismo, en la decada de los 90, la Logia Etnocacerista –cuyos miembros ya habian sido, en 1989, arrestados, investigados y absueltos por contrainteligencia del SIE- es, por el SIN montesinista, desactivada y sus miembros dados de baja o proscritos. Antauro es confinado a una guarnicion fronteriza de la Amazonia, donde ubica los hitos perdidos en la cordillera del Cóndor. Luego, ya como capitán, participa en el conflicto con Ecuador (1995). En 1997 asciende a mayor y, luego de ingresar a la Escuela Superior de

Guerra, es "invitado" al retiro por el comando fujimontesinista del Ejército.

Una vez en el retiro, luego de incursionar en la pesca de tiburón, se dirige al sur, con un contingente reservista, para, bajo el comando de su hermano Ollanta (teniente-coronel al mando de una unidad acantonada en "Fuerte Arica", Tacna), efectuar la primera rebelión etnocacerista contra el Estado criollo neoliberal (octubre de 2000), gobernado por Fujimori. Antauro captura al general Bardales (Cmte. Gral. de la 6.^a División Blindada) para luego, conjuntamente con su hermano, ocupar las instalaciones del enclave minero-transnacional de la Southern Perú Copper Corporation en Toquepala. De ahí se encargaría de efectuar, con los contingentes reservistas, una serie de marchas por las serranías de Tacna y Moquegua hasta que, en diciembre, el dictador Fujimori huyera al Japón.

Luego de reconocer el nuevo Gobierno de "transición democrática" (Paniagua), Ollanta y Antauro entregan las armas en el poblado de Calacoa, para luego de un breve arresto en el Real Felipe ser amnistiados por el Congreso. Ollanta es reincorporado al EP. Antauro no, quien a su vez publica un libro *Ejército peruano: milenarismo, nacionalismo y etnocacerismo* y funda la prensa Ollanta (contra la opinión de su hermano), irradiando el mensaje etnonacionalista en el acontecer político del país sumergido en la orgía globoneoliberal.

En abril de 2001 Antauro, al mando de un contingente de reservistas tacneños, se presenta en la línea fronteriza, logrando derribar una caseta de vigilancia chilena establecida en territorio peruano, por lo que es detenido en Seguridad de Estado.

Sería el clan familiar Humala-Tasso el financista de la campaña político-periodista del periódico Ollanta, con el apoyo de los batallones reservistas movilizados desde aquella primera rebelión de Locumba, paradójicamente con la inconformidad del Cmdte. Ollanta desde París y luego desde Seul. El clan funda el Movimiento Nacionalista Peruano (MNP) que, luego del Andahuaylazo, se convertiría en Partido Nacionalista

Peruano (PNP), lográndose tan cometido gracias a la laboriosidad de los reservistas.

Dada la estafa política de una “transición democrática” que jamás derogo la “Constitución” del fujimontesinismo, manteniéndose, por ende, el saqueo globoneoliberal y el colapso de la soberanía, hasta con visos de traición del Estado criollo a la nación milenaria, es que la reserva etnocacerista, al mando del mayor Antauro, nuevamente se rebela, apelando al art. 307 de la legítima Constitución nacionalista de 1979, en la ciudad de Andahuaylas el 1,2,3 y 4 de enero de 2005 contra el presidente Toledo. Luego de cuatro días de combate, en plena tratativa entre las partes y en presencia de la comisión mediadora, Antauro es arteramente apresado.

Recluido, conjuntamente con 170 de sus reservistas desde enero de 2005, en prisiones de máxima seguridad, Antauro seguirá direccionando su periódico, desde entonces rebautizado con su nombre, publicando también sus libros *Etnonacionalismo, izquierda y globalidad*, *Conversaciones*, y el que estamos presentando: *De la guerra etnosanta a la Iglesia tawantinsuyana*.

Es pertinente reconocer que el clan Humala-Tasso, que reactivó el “chip nacionalista” en el cerebro del pueblo peruano, apoyo decididamente la candidatura presidencial del Cmdte. Ollanta, consciente de que sus graduales concesiones al globoneoliberalismo criollo para acceder al “sillón de Pizarro” serían rectificadas una vez desde el poder, vale decir, imponiendo gradualmente el Plan Original a la inaplicable y ya criminal Hoja de Ruta. En síntesis, la reivindicación del genuino “nacionalismo de ADN” (o etnonacionalismo) sobre el falaz “nacionalismo de DNI” del criollismo apátrida recientemente impugnado heroicamente en Conga y Espinar.

Es pertinente reconocer que el clan Humala-Tasso, que reactivó el “chip nacionalista” en el cerebro del pueblo peruano, apoyo decididamente la candidatura presidencial del Cmdte. Ollanta, consciente de que sus graduales concesiones al globoneoliberalismo criollo para acceder al “sillón de Pizarro” serían rectificadas una vez desde el poder,

vale decir, imponiendo gradualmente el Plan Original a la inaplicable y ya criminal Hoja de Ruta. En síntesis, la reivindicación del genuino "nacionalismo de ADN" (o etnonacionalismo) sobre el falaz "nacionalismo de DNI" del criollismo apátrida recientemente impugnado heroicamente en Conga y Espinar.

Para mis valientes hijos:
Urpi y Antaurito

Agradecimiento:

A Yna, cuyo amor me es autentica
Fuente de luz que inspira y atrae.

Antauro Humala Tasso

***DE LA GUERRA ETNOSANTA
A LA IGLESIA TAWANTINSUYANA***

(La reivindicación de los “demonios” y el color insurgente de la fe)

Prision de la Base Naval del Callo, julio 2012

DE LA GUERRA ETNOSANTA

A LA IGLESIA TAWANTINSUYANA

(La reivindicación de los "demonios" y el color insurgente de la fe)

Autor

Antauro Humala Tasso

Derechos de autor reservados

Primera Edición: 2012

DISEÑO DE CARATULA:

Juan Inchaustegui Degola

DIAGRAMACION:

Atipac Puma Chawpin (Marco Antonio Figueroa Brandan)

Ayar Chipana Yupanki (Roger)

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N. 20012-06583

Esta obra se terminó de imprimir en el mes de julio de 2012

en los talleres gráficos de Corporación Editora Chirre S.A.

Av. Los Rosales 328 –Urb. Shangri-La / Puente Piedra / Lima

Teléfono: 715-6702

Tiraje: 3000 mil ejemplares.

INDICE

PRESENTACIÓN.....	14
PRÓLOGO.....	16
INTRODUCCIÓN	
¿Maymin ñam?.....	20

PRIMERA PARTE

REIVINDICANDO A LOS “DEMONIOS”

Capítulo I	
La religión es también historia..., pero sagrada.....	28
Capítulo II	
Apu de los Milagros o Señor de Pachakámaq.....	38
Capítulo III	
Potencial liberador e intransigencia religiosa.....	47
Capítulo IV	
La pastoral absurda.....	55
Capítulo V	
Parusia bíblica e inkarri.....	63
Capítulo VI	
Pachakristo.....	73
Capítulo VII	
Huacchacúyak: amador (y liberador) de pobres.....	81
Capítulo VIII	
Cruz versus cruz.....	92

Capítulo IX	
Kápaq cocha y cordero pascual.....	97
Capítulo X	
El trópico es alérgico a Papá Noel.....	105

SEGUNDA PARTE

EL COLOR INSURGENTE DE LA FE

Capítulo I	
La dualidad sacramental.....	111
Capítulo II	
Tijeras de Vilcabamba y el taki de la fe.....	131
Capítulo III	
El inka cautivo.....	142
Capítulo IV	
El salvador cobrizo.....	148
Capítulo V	
La tupacamarista opción por los pobres.....	155
Capítulo VI	
Ataucusismo y exégesis andina.....	166
Capítulo VII	
Alma, ADN y DNI.....	171
Capítulo VIII	
Pena capital: entre Manco Cápac y Moisés.....	181
Capítulo IX	
\$an \$mith tras los pasos de Vicente Valverde.....	192
Capítulo X	
La molécula divina.....	200
CONCLUSIÓN	
La revancha del Pachakámaq.....	209

ANEXOS

1. “Andáis destruyendo el mundo”	221
2. A nuestro padre creador Túpac Amaru	224
3. Bolívar habla del Quetzalcóatl o “Inkarri” Mexicano	229
4. Cuestionario básico empleado por la Iglesia Católica para la extirpación de idolatrías (vigente hasta 1617)	232
5. Encíclica del jefe indio Seattle	236
6. Jesús el “violentista”	243
BIBLIOGRAFÍA	249

PRESENTACIÓN

Este libro es, hasta hoy, el único sobre la guerra de la religión cristiana, del Dios único en tres dioses (Dios Padre, Dios Hijos y Dios Espíritu santo), además su Virgen madre y sus santos contra la religión andina, su dios Pachakamaq y sus idolatrías del Sol, la Luna, las huacas y los apus; guerra que se libra desde 1532.

Aborda las vicisitudes de la guerra desde la captura del inca Atahualpa, así como del oro y la plata por la falsa promesa de libertad, su forzada conversión, su bautizo y ejecución; por otra parte, el saqueo y la destrucción a fuego del santuario y templo del dios Pachakamaq, especie de Vaticano andino, y ejecución en la hoguera de su clero y extirpación, a lo largo y ancho del Imperio, de sus huacas (lugares sacros) y de sus apus (totemes). Sobre cada templo andino se erige una iglesia y sobre cada huaca extirpada se planta una cruz. Se descifra en este libro que como fe natural y como fe instintiva de etnia cobriza camufladas en los ídolos de los dioses y santos de la etnia blanca extranjera.

Si es de vital importancia la constatación de que el pachakamismo cobrizo autóctono vive pugnaz dentro del cristianismo blanco extranjero, lo trascendente en este libro es el descubrimiento de que la religión es el elemento sine qua non de la nación, igual que la comunidad de etnia, de idioma, de territorio, de historia o destino y común trama económica. Citemos al autor:

“Considerase que, además del territorio, idioma, etnia e historias comunes, tenemos la común-unidad religiosa como otro de los pilares o factores fundamentales de la nacionalidad [sic]” (pág. 243).

Complementamos esta cita con la siguiente del historiador británico Christopher Dawson:

“Las grandes religiones son los fundamentos sobre los que descansan las grandes civilizaciones [sic] ” (pág. 281).

Reconocer a la religión la categoría de elemento constitutivo de la nación plantea que, para que el Perú sea ciento por ciento nación plantea que, y supere su condición de “casi nación” (o colonial moderna), requiere despojarse de la religión ajena, del cristianismo, y restablecer la religión propia, el pachakamismo.

Para el sueño del etnonacionalismo de hacer del Perú una nación mundial –de todos los cobrizos del mundo –existe fundamento sólido. Ese fundamento es el hecho no discutido ni discutible de que la cultura andina o incario es una de las seis grandes culturas matrices de la especie humana. Sus cinco pares, las grandes culturas: egipcio-mesopotámica, euro-cristianismo, la hindú, la China y la azteca. Pruebas de la monumentalidad andina están en pie, a la vista, palpables y rentando: edificaciones de granito: Machu Picchu, Choquequirao, Sacsayhuaman, Qoricancha, la canalización del río Ica (achirana), las andenerías, las líneas de Nazca, etc.

Probado ya nuestro rango de gran cultura, veamos, lacónicamente, la categoría de gran religión de la divinidad andina comparando el cristianismo con el pachakamismo.

Cristianismo.-

Ilógico: Un dios en 3 dioses: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo.

Un vago: Del caos se hace el mundo para solaz de Adán, quien no tiene mérito previo.

Error: El trabajo como castigo.

Ilusión: Diez mandamientos casi incumplibles.

Irracionalidad: Los dogmas.

Sanguinario: Es guerrero. Tiene en su haber genocidios, masacres, torturas, ejecuciones, no solo por vía de la Santa Inquisición.

Pachakamismo.-

Etimológicamente, “pacha” es suelo: tierra en vulgo y cultamente es materia. “Kamaq” es pujo, trabajo esforzado, ordenarse, tarearse, encargarse por sí mismo. Es una cuasi definición científica de la materia. Tiene solo 3 mandatos divinos, ordinales y excluyentes: ama qella (no ser ocioso), ama sua (no seas ladrón) y ama llulla (no ser mentiroso); significa que, si se es laborioso, tendrá lo suficiente, lo cual hace solo probable el robo y hace imposible ser mentiroso. El dios Pachakámaq creo al unísono una pareja: Manco Cápac-Mama Ocllo. Sin regalo alguno. Reciben Manco Cápac una varilla y Mama Ocllo una rueca para que trabajen, enseñen el trabajo y hagan trabajar para el bien de cada uno y de todos.

Para el lerdo innato y ocioso de vocación, está el dicho “Allinimpajqa caspihuampas” = Para su bien, aunque sea a palos. Principio de educación y de moral.

En conclusión, cristianizar es cristianizar y pachakamizar es humanizar y moralizar.

Lima, 05 de junio de 2012

Isaac Humala Núñez
Instituto de Estudios Etnogeopolíticos
Director

PRÓLOGO

Desde el momento en que el hombre primitivo –al volverse sedentario –construyó la primera vivienda en donde se instaló junto a los suyos, entendió que debía especial respeto a dos personajes de su endeble sociedad: uno de estos, el jefe del asentamiento, que asumió el cargo a la fuerza y que podía perpetuarse en el “poder” o cederlo, tras su fallecimiento, a su primogénito, sembrándose así la semilla de la monarquía o del gobierno del nepotismo. Los hombres más resueltos salían a la palestra de sus tribus no solo para demostrar su fortaleza física venciendo al enemigo, sino para experimentar el goce personalísimo que le concedía el uso del poder. Obviamente, la fuerza física se impuso y durante milenios se instauró como reina y soberana de las diversas etnias que se iban organizando para sobrevivir en un mundo salvaje y violento.

Así hasta que la fuerza del hombre tuvo que retroceder cuando se instauró la inteligencia. La obsesión por el poder se hizo más patética aun al asomar los estrategias que, conforme pasaba el tiempo, afinaban sus armas para eliminar a una mayor cantidad de enemigos, acuñando métodos con la indesligable ayuda de la novedosa ciencia. Más, antes de que esta llegara a convertirse en portadora de progreso y también de muerte, las religiones ya se habían consolidado en las primeras sociedades que surgieron en diversos puntos del planeta.

Por eso, regresando a las primeras civilizaciones, el segundo personaje, a quien se le respetaba e incluso temía, era el sacerdote, sabio o mensajero que podía actuar como médico, curandero, profeta o hechicero. Uno de ellos fue quien ideó la presencia imaginaria de los dioses y diosas que poseían facultades especiales como curar enfermedades y anunciar la riqueza o la ruina, el triunfo o la derrota, la buena salud, o también la muerte.

Fue entonces que nació la religión.

Cada etnia –en su espacio y su tiempo –creó sus dioses y sus religiones, sus leyendas y su propia fe.

Debido a ello, con el inexorable paso del tiempo, los jefes o gobernantes exigían tener a su lado la presencia de los sacerdotes que podían anunciarles su vigencia en el poder o la presencia de quienes conspiraban en contra. Sus soldados luchaban en el campo, mientras que los reyes imploraban a sus dioses para que la victoria les favorezca. Del viejo oráculo hasta los inmensos altares las religiones se hicieron cada vez más poderosas.

Y, si alguna de ellas proclamaba el “no mataras” como norma o ley interna, los soldados no dudaban en matar en la batalla contra el enemigo o en la conquista de territorios que no le pertenecían.

El matrimonio de la iglesia (no solo cristiana) con el poder se hizo patente a partir de entonces.

El autor realiza un fascinante recorrido de la historia y explica el papel que desempeñaron las religiones en los momentos cruciales que les toco experimentar a cada etnia. Ensayo escrito a sabiendas de que pudiera herir susceptibilidades, aunque la Constitución del Estado consagre la libertad de culto, incluyendo los viejos tabúes que se han ido desvaneciendo a través del tiempo.

Riguroso estudio que realiza Antauro Humala, con un estilo propio que involucra vocablos como Andinoamérica, proyecto neotawantinsuyano, etnocidio, genes kechuaymaras, globoneoliberal, globocolonizador, etnonacionalista, entre otros, que enriquecen el idioma y que involucran su posición política. Así lo plantea en esta interrogante: “¿Cuál debe ser, entonces, nuestra posición etnonacionalista ante la religión?”; en primer lugar, respetuosa de la libertad de culto (acatamiento de la Constitución), pero haciendo la salvedad de que religión no es necesariamente sinónimo de cristianismo.

Tan interesante como lo dice en sus primeras páginas: “Lamentablemente la destrucción de las Indias suprimió casi totalmente la memoria colectiva de las diezmadas etnias cobrizas desperdigadas desde Alaska hasta Tierra de Fuego...; pero providencialmente quedando en

Andinoamérica –región donde el etnocidio fue más resistido –algo del recuerdo, idiosincrasia y fe tawantinsuyanos, en cuyos territorios los genes kechuaymaras persisten como principal torrentera sanguínea de una demografía cholo / mestiza abarcante desde Pasto (Colombia) hasta Tucuman (Argentina). Es así que –reitera Antauro –pese a tamaña mutilación, falsificación, acomplejamiento y proscripción, nuestra identidad ancestral (eje del renacimiento cultural implícito en el respectivo proyecto etnonacional), vía aquella hegemonía demográfica de estirpe cobriza, aunque maltrecha, sobrevive... Y, con ello, la esperanza de recuperar la respectiva soberanía religiosa en pos de la efectiva liberación nacional”.

Objetivo principal de los retos del autor.

Obra que el mayor (r) Antauro Humala, confinado injustamente en la Base Naval del Callao, ha preparado para entender mejor la presencia del etnocacerismo en el Perú y América, así como su lucha contra toda forma de imperialismo.

Los editores

INTRODUCCIÓN

¿MAYMIN ÑAM?

Tener conciencia etnonacionalista en un medio globocolonizado, en crisis de identidad e inmerso en apartheid cultural, exige fijar posición con perspectiva de liberación. Dado que en Abya Yala la génesis de tal situación contempla la espada y la cruz como factores básicos, esa fijación debe referirse respecto a ambos. El llamado “vademécum del etnocacerismo” (*Ejército peruano: milenarismo, nacionalismo y etnocacerismo*) lo hizo desde perspectiva castrense, o sea, contra la “espada colonizadora”. Es, pues, contra la “cruz del apartheid” que se escribe este otro libro.

Objetivo complicado, ya que no solamente debemos remontarnos hasta las concepciones idealistas / materialista del universo, sino – principalmente – “desintoxidentalizarlas” en función de la idiosincrasia nativa; todo lo cual, dada nuestra visión liberacionista y por ende racionalista, no puede soslayar la milenarísima relación entre ciencia y creencia. Surge, entonces, la cuestión elemental: ¿es dable (o “políticamente correcto”) rescatar la espiritualidad ancestral en tiempo de auge científico (por supuesto, importado) que de por sí erosiona todo andamiaje basado en la fe? Desde un enfoque globocolonizado – precisamente porque la postiza religiosidad impugnada cumple un rol domesticador –, por supuesto que no; pero, desde un enfoque liberacionista cuyo espacio – tiempo – histórico contempla una macronacionalidad de estirpe cobriza pugnando por emerger de entre las superficiales costras geopolíticas criollas (republíquelas del Perú, Bolivia y Ecuador), por supuesto que sí. Considérese que, de ser efectivo aquello que “la fe mueve montañas”, entonces contendría –la religión –un formidable potencial político (ya sea contrarrevolucionario o revolucionario). Y es que esta no siempre cumple el rol de “opio del

1 ¿Dónde está el camino?

pueblo", puesto que a menudo sirve –también –de dinamo cohesionador de cultura; por consiguiente, potencializador del etnonacionalismo respectivo. El pan-nacionalismo árabe sería inexplicable sin el islam, como tampoco los imperialismos occidentales sin la consigna de colonizar y evangelizar ajenas "tierras prometidas" (con mercado incluido). Ni hablar del formidable etnonacionalismo hebreo –de dominación mundial (sionismo) –potencializado desde el judaísmo. Incluso lamas cohesionadas y milenarias culturas asiáticas, como China, Japón e India², en gran medida deben eso –la preservación de su cohesión etnonacional en los periodos eso –la preservación de su cohesión etnonacional en los periodos más críticos de avasallamiento occidental –al budismo, shintoísmo e hinduismo respectivamente.

Enfatícese que, si bien cierto el progreso histórico de unificación y consolidación cultural de las nacionalidades emergentes va de la mano con la gradual confederación de las ancestrales tribus y fratrías, o sea, la homogeneización de la etnicidad conformante, pues, en el caso andino, tal proceso (avanzado vía la "pachakamización" inkaica) fue irrumpido con la invasión blanca / católica que lo desvirtuaría –sobre bases homogeneizadas (por dicha pachakamización) –ya no en función de la integración etnonacional, sino en "disfunción" de la desintegración globocolonial propia de la sociedad de castas (etnoclases) instaurada desde 1531³. De ahí deriva –en gran parte –que actualmente el "edén neoliberal peruano" se asemeje, en cuanto república criolla, occidental y cristiana, mas a un corral de humanoides que a una nación de ciudadanos.

(In)surge, así, la necesidad de rescatar –en nuestro afán autenticador –los remanentes de la religiosidad tawantinsuyana, más aun considerando que hay mucho de ella impregnada en un cristianismo

2 Precisamente la secesión pakistani y el actual diferendo por Cachemira, principalmente, se deben a la, digamos, "fronterización religiosa" islámico (Pakistán) / hindú (India).

3 Año del desembarco de Pizarro en los esteros de Tumpis.

impuesto y hegemónico desde hace cinco siglos. Sin embargo, hemos de ser conscientes que, desde la hecatombe cultural iniciada en aquel siglo XVI, muchas cosas se perdieron..., lo cual endosa esta labor “renacentista” al largo plazo de la reconstructiva lingüística, etnológica y arqueológica, como también al corto plazo de la “expropiación (política)” al cristianismo; esto último providencialmente facilitado por la cada vez más acelerada quiebra moral del respectivo clero plagado de sodomía y pedofilia.

Se presentan, entonces, dos alternativas simultáneas y convergentes: reconstruir lo que llamaríamos el “pachakamismo” e/o indianizar el cristianismo. Lo primero, como se acaba de referir, resulta una tarea –aunque no imposible –multidisciplinaria y complicada de culminar; lo segundo desde ya está acaeciendo (*el Señor de los Milagros no es otro que el Pachakamaq vestido de cristiano*, Rostworowski dixit). Y, en tanto aquel mestizamiento etnocultural involucre el llamado “sincretismo religioso” (hasta hoy con formal, o sea, oficial, primacía occidental), la misión patriótica consiste en “simplemente” invertir esa primacía foránea por supremacía nativa, vía un (informal) destilamiento de los elementos nativos camuflados en el rito, apología y simbología católicos afianzados aquí; todo eso enmarcado en la sacralización de nuestra genuina historia no oficial, a expensas del contrainsurgente “comunicado oficial” quincuacentenariamente mal bendecido por los Valverdes, Areches y Ciprianis de turno.

Recordemos que toda religión se basa en el siguiente trípode doctrinal:

-Creación y/o concepción del mundo y destino final del hombre (escatología).

-Trama histórica (referida como “historia sagrada”).

-Código moral (mandamientos, ritos y sacramentos).

A esos tres campos debe, por consiguiente, apuntar el proceso dual de pachakamización – indianización, vía el imprescindible vademécum (o escritura sacra).

¡La escritura sacra!... Y, si además consideramos que las grandes religiones se erigen adjuntando su alfabeto / grafía particular, pues, en tanto no se logre –acá –decodificar el mecanismo informático / estadístico del quipu, la kellka y del tokapo, la tarea de reivindicación religiosa “neotawantinsuyana” no tendrá más opción que circunstancialmente

valerse del alfabeto / grafía del invasor, lo cual –dado que nos injerta el “*modus (i)lógico*” de una etimología postiza –a la postre determinara el necesario revisionismo de las fuentes castellanas, “re-visión” solo confiable cuando en la Academia de la Lengua Kechua y/o Aymara (rectorado de la elemental etimología oriunda del renacentista mensaje sacro) logre equipararse –en tanto núcleo de la intelectualidad nativa –a la rivalidad hispano / criolla (RAE)⁴. Es decir, bajo un nuevo escenario republicano-etnonacionalista.

Mientras tanto, deberemos, quizá para empezar, reivindicar el cuarteto andino del hanan pacha, kay pacha, uku pacha y hawa pacha como conceptos alternativos a la trilogía occidental del Paraíso, Terreno e Infierno, en cuanto concepción del mundo. Asimismo, Infierno, en cuanto concepción del mundo. Asimismo, consagrar la diáspora de las tribus Ayar desde el Tampu Toqo hasta el Qosqo, o el éxodo de Manco Cápac y Mama Ocllo desde el lago sagrado (Tititqaqa) hasta la montaña Huanacaure (lugar de fundación de la teocracia inkaica), como historiales –para nosotros – mucho más sacros que la marcha de las extranjerisimas tribus hebreas guiadas por Abraham y Lot desde Ur (sur de Irak) hasta Sodoma, Gomorra, Egipto y Palestina.

Respecto al código moral, podremos explotar la parcial similitud entre el Decálogo de Moisés (e inclusive la derivada Sharia islámica⁵) con los “tres amas” tawantinsuyanos y sus extensiones ético-laborales (minka, ayni y mita) descritos por nuestros cronistas / profetas indios (Huamán Poma, Titu Cusi Yupanqui, Santa Cruz Pachacuti, etc.) y mestizos (Garcilaso y Blas Valera).

Pero existe, también, otro factor que convierte esta reivindicación étnico-religiosa en exigencia no solo de orden moral, sino también de

4 Real Academia Española

5 Del judaísmo antiguo se desprende el cristianismo y, posteriormente (seis siglos después), el islamismo, todos reverenciadores de Moisés.

alcance político. Vale decir que la traición por parte de la matriz vaticana al mensaje original y liberador (por consiguiente, insurgente) de Jesucristo, al extremo de degenerar –aquella iglesia ecuménica –en una “farisea transnacional” más coincidente con las exigencias de los poderosos que con las demandas de los desvalidos, devela una actitud histórica de espalda al orbe subdesarrollado “de color” humilde que –a manera de legítima reacción –hace converger instintivamente nuestro etnonacionalismo “de resistencia” con los postulados más arrebatados de la Teología de la Liberación, no solamente en lo concerniente a la impugnación de aquella blasfémica complicidad entre Dios y el Dólar, sino –principalmente –en consideración a que la genuina emancipación de los pueblos “oscuros” requiere de la respectiva teología reivindicativa de su etnicidad, si es que de veras ha de contener –acá –ese carácter liberador.

Toda esa “adecuación y rescate” del trípode religioso autóctono (escatología, código moral y crónica sacra), por lo que se prevé, requerirá también de la respectiva institucionalidad terrenal “sin calco ni copia”; la cual, en cierto modo, podría vislumbrarse –cada vez más despercudiéndose de imposturas foráneas –en la Iglesia del Nuevo Pacto Universal fundada en 1968 por Ezequiel Ataucusi, personaje mezcla de Willac Uma y patriarca bíblico. No obstante que en tal congregación es aun explícita una carga judeo-colonial (empezando por la actitud de aferrarse al historial de un testamento ajeno, incluyendo vestuario, barba y liturgia), también –ahí está lo valorable –ha de reconocérsele que tal ataucusismo le ha impreso a su labor pastoral el rasgo inkaico de “proyecto laboral comunitario” (54 polos de producción agropecuaria en las fronteras amazónicas, dando trabajo –en un reino de desempleados –a casi medio millón de “mitimaes”), más allá de haber “pachakamizado” (vía su llamada Ley Real) el Decálogo del culto a la Pachamama –del Tawantinsuyo (ama sua, ama llulla y ama kella), así como con la praxis de reciprocidad del ayni, la mita y la minka.

Es que contrariamente a la cosmogonía de apartheid eurocristiano – judaico que contempla al hombre (blanco) “de imagen y semejanza” a un ser supremo y, por ende, “obra maestra” de la creación, derivando que se

autoasuma –en primera persona –amo, descubridor y depredador global de una tierra “de castigo” a la que fue expulsada la pareja Adán – Eva..., pues, la cosmogonía indoamericana (Abya Yala) refiere a los hombres –en vez de que como exclusiva imagen y semejanza suprema –como a “unos hijos más” (pachapchurin) de una bendita Pachamama, en todo caso, análoga a la ancestral Gaia (madre – tierra) del socialismo primitivo de la Grecia pre-olímpica y pre-esclavista. Por consiguiente, la cosmofilosofía kechuaymara contemplaría, vía su “eco-religiosidad” derivada, un humanismo armonioso con la naturaleza, concepción y a la vez protesta muy bien expuesta por aquel cacique piel roja –el jefe Seattle –en su réplica al 14.^{avo} presidente norteamericano, Franklin Pierce:

“La tierra no pertenece al hombre; el hombre pertenece a esta tierra. Todo lo que le ocurra a la tierra le ocurrirá a los hijos de la tierra, pues el hombre no elaboro el tejido de la vida. Solo es una simple fibra. Una hebra; y lo que hace con la hebra o tejido se lo hace a si mismo (...). Uds., hombres blancos, caminan hacia el desastre gloriosamente, sin embargo, desaparecerán quizás antes que las demás razas, de continuar ensuciando el lecho donde duermen. Cierta noche moriréis asfixiando por vuestros propios excrementos...”.

En síntesis, ya por elemental instinto de existencia y salvación global, urge reconstruir aquella ecorreligiosidad abyayalina contemplativa de pachapchurin's (hijos de la Tierra) en cuanto tributarios naturales y (co)laboradores del orden cósmico, en vez de antiecológicos “homo virus” consumidores/depredadores de un planeta que ya no soporta la incesante multiplicación de plusvalía capitalista, farisécamente transfigurada como “crecimiento económico” en función del etnocida (fosas comunes de ADN cobrizo/*Far West*) y ecocida (destrucción de la capa de ozono) *american way of life*.

“Caminante no hay camino, se hace camino al andar”: aquella resultante y purificadora Iglesia (neo) tawantinsuyana, por necesidad vital, deberá –así como la Iglesia copta⁶ (Etiopia) en el siglo V, la Iglesia ortodoxa

⁶ La iglesia copta se separó de su matriz bizantina (Constantinopla, entonces capital del Imperio romano de Oriente) en el 451 d. c.

(Constantinopla) en el siglo XI y la Iglesia anglicana en el siglo XVI –al final de cuentas desgajarse, como en efecto propugno Juan Santos Atahualpa, de la cada vez más oprobiosa matriz del Vaticano romano.

A.H.T

PRIMERA PARTE

REINVINDICANDO A
LOS "DEMONIOS"

CAPÍTULO

Los Ayar, Manco Cápac, Mama Ocllo y Naylamp

LA RELIGIÓN ES TAMBIÉN HISTORIA..., PERO SAGRADA

Si es bien es cierto todo culto divino, desde el primitivo totemismo hasta las macro-religiones de expansión intercontinental, tiende a evolucionar del politeísmo al monoteísmo, pues una vez en el ciclo monoteísta (judaísmo, cristianismo, islamismo, etc.) se constituye originalmente en “santa esencia” del respectivo proyecto cultural. Lo certifican el sionismo de Moisés, emancipador del pueblo hebreo ante el yugo faraónico; la yihad mahometana de las tribus árabes unificadas contra la opresión turca y la amenaza bizantina; la reforma luterana “anti-vaticana” en cuanto cimiento histórico del Reich germano, etc.

Ante lo cual el proyecto neo-tawantinsuyano no tiene por qué sustraerse del rol rescatista de su potencial religioso en cuanto estandarte de liberación genuinamente etnonacional, por ende, reunificador de los pueblos de estirpe cobriza desperdigados tras absurdas fronterillas criollas.

Todo pueblo preserva en la memoria colectiva la génesis de sus orígenes bajo la figura del mito histórico. El caso hebreo, por ejemplo, evoca aquel legendario éxodo-invasión que generacionalmente recorrió cientos de millas, guiado por Abraham luego por Moisés, desde su pakarina de Ur hasta Egipto, y de ahí hasta la (ajena) “tierra prometida”, arrebatada entonces a los cananeos como hoy a los palestinos. Algo parecido podría decirse de la etnocultural helénica, en que la invasión doria (siglo IX a.C.) provoca una diáspora de tribus aqueas que arrasan las costas del Asia Menor (actual Turquía), lo cual ha quedado legendarizado con el sitio y caída de Troya (La Ilíada). A su vez, la fundación de Roma por Rómulo y Reno, descendientes de Iulo, hijo de mítico Eneas (sobreviviente

de la invasión aquea y guía de la etnia teucra en su éxodo a la península itálica) resume la pakarina de los césares “Julios” (iulios) desde la legendaria Troya. En cuanto a la actual superpotencia EE.UU. de Norteamérica, de hegemónica consanguinidad anglosajona, esta –proveniente de su “madre patria” Inglaterra –refiere al trasatlántico ancestro celta como eje de un milenarismo plasmado en su memoria colectiva vía los mitos de aquel “gran curaca” Arturo, el “Tampu Toqo” del Reino de Camelot (reivindicando por la familia presidencial Kennedy), los “doce Qollanas” de la Mesa Redonda y la mística del “Willac Uma” Merlín.

Inciendo en el caso norteamericano -¡Dios bendiga a los EE.UU. (desapareciendo a los pieles rojas)! -,sépase que allá las etnias minoritarias: afro, asiática, “hispana”¹ y la semi-exterminada cobriza, en conjunto no pasan del 39% poblacional y más que todo copan como “etnoclases dominada” los estamentos subordinados, por supuesto, con las respectivas excepciones como un presidente mulato rodeado de secretarios, consejeros y ministros anglosajones y sionistas.

Hemos aludido, así, las principales vertientes culturales de la trimilenaria formación histórica judeo-occidental-cristiana, cuyos exponentes globocolonizan el planeta, o por lo menos la mayor parte terráquea, a su conveniencia (“pueblo elegido”), imagen (“el blanco es la medida de todas las cosas”) y semejanza (“la virtud es occidental; el pecado, bárbaro”). Por supuesto, con sus respectivas historiales sagrados referidos en escrituras supuestamente también sacras, que en el judaísmo se evoca en el Viejo Testamento (Tora), así como en el caso cristiano vía la segunda parte (o Nuevo Testamento) de una Biblia en donde hasta se identifican los autores: Lucas, Mateo, Marcos, Juan, Pablo, etc. Algo análogo podríamos decir del islam con los 114 azoras (capítulos) que componen su Corán de profeta-autor Mahoma, así como del resto de

1 Más exactamente lo que se denomina “hispano” o “latino” (inmigrante mestizo de Centro y Sudamérica) vendría a ser en mucho mayor proporción “cobrizo”, por ende, hermanados étnicamente con los remanentes “pieles rojas” que se mantienen aún en reservaciones.

grandes religiones con bibliografía canónica incluida. Y, como la historia – según los estandartes euroasiáticos – “solo empieza con la escritura”, pues toda cultura ágrafa, como la inkaica (los quipus, en tanto no logren ser decodificados, no equivalen al alfabeto), además de “pre-histórica”, solo podría –desde esa perspectiva –contener un historial profano/salvaje y, por ende, “demoniaco”.

Se puede entender entonces –dentro de aquella intolerancia política/cultural –por qué Raimundo di Sangro (príncipe de San Severo), primer europeo estudioso de los quipus (lettera apologética), fue obligado por la Inquisición –allá en la Italia de 1750 –a retractarse de su afirmación que “el modo operativo de los quipus era superior a la escritura griega y hebrea...”

Corrobórese, por consiguiente, que en el hemisferio austral (sur) hubo un exponente etnocultural que irradió, independientemente desde Andinoamérica, una civilización original y de calidad milenaria, mítica y fundamentalista, análoga a los focos culturales del hemisferio boreal (norte). Refiero en exclusividad al caso tawantinsuyano, puesto que el otro gran exponente del continente, el maya-azteca, no obstante el vínculo racial (cobrizo), pertenece geográficamente al hemisferio norte.

Lamentablemente, la “destrucción de las Indias” suprimió casi totalmente la memoria colectiva de las diezmadas etnias cobrizas desperdigadas desde Alaska hasta Tierra del fuego...; pero providencialmente quedando en Andinoamérica –región donde el etnocidio fue más resistido –algo del recuerdo, idiosincrasia y fe tawantinsuyanos, en cuyos territorios los genes kechuaymaras persisten como principal torrentera sanguínea de una demografía cholo/mestiza abarcante desde Pasto (Colombia) hasta Tucumán (Argentina). Es así que, pese a tamaña mutilación, falsificación, acomplejamiento y proscripción, nuestra identidad ancestral (eje del renacimiento cultural implícito en el respectivo proyecto etnonacional), vía aquella hegemonía demográfica de estirpe cobriza, aunque maltrecha, sobrevive... Y, con ello, la esperanza de

recuperar la respectiva soberanía religiosa en pos de la efectiva liberación nacional.

Entiéndase que la pakarina del Titiqaqa de aquellos “primeros hombres” tiawanaquenses, de quienes surge la rama inkaica guiada desde el Kollao hasta el huancure por Manco Cápac, civilizador de pueblos y a la vez “hombre-dios” (con tanto o más mérito fundador que Moisés y Cristo), refiere –más allá del mito –la raíz histórica de un pueblo que se niega a desaparecer de la faz de la Tierra. Esto explica el porqué la simbología e iconografía prehispánica, vale decir las representaciones artísticas y pictóricas oriundas, fueron y siguen siendo –previa profanación – censuradas, museologizadas, saqueadas, disimuladas o ridiculizadas por el criollismo contra-subversivo, occidental y cristiano. Este último concepto (“cristiano”) Incompatibilizando –cada vez más –fe y política.

Al respecto de tal crisis conceptual, el teólogo francés Remi Brague es enfático en diferenciar al cristianismo (creyente de Cristo) del “cristianista” (elemento de choque de civilización cristiana), tal como –en efecto –se distingue al mahometano (creyente de Mahoma) del islamista (defensor acérrimo de la civilización islámica). Desde esta perspectiva – observa Brague –, el cristiano resultaría opuesto al cristianista:

“...los cristianistas no defienden la fe en Cristo y los imperativos éticos que esa fe conlleva; por el contrario, agreden y/o subyugan en función a la supuesta infalibilidad de la forma histórica (occidental) de ‘como hemos hecho las cosas’ en el submundo colonizado...”.

En tal sentido, “cristianistas” famosos serían Cortés, Pizarro y Custer, así como Pinochet, Videla y Giampietri, quienes justificaron sus crímenes de lesa humanidad como respuesta al dilema del combate entre la civilización cristiano-occidental vs la “barbarie-materialista-infiel”, ya sea indianista y/o comunista.

Constituye, por consiguiente, un deber –más aun ante la (otra) barbarie globoneoliberal “que ni respeta los huesos de sus santos patriarcas, en la medida en que los considera meras

mercancías"² —reconocer y reivindicar el misticismo, milenarismo, fundamentalismo y sacralidad de nuestro original eje mítico-histórico, como lo son el éxodo tribal de los hermanos Ayar, el peregrinaje civilizador de Manco Cápac y Mama Ocllo, así como la odisea marítima de Naylamp, impugnadores de toda aquella parafernalia, post 1531, de “evangelización globocolonizadora”. Y, si para ello —en cuanto requisito doctrinal del rescate liberador —se hace necesario demoler las postizas bases de la república criolla y contrasubversiva... ¡en bendita hora! Además, si —como se dice —“la violencia es partera de la historia”, pues, tratándose de la genuina historia sagrada, corresponde una (contra) violencia liberacionista igualmente sacrosanta.

Por lo demás, Manco Cápac, Naylam, Pariaqaqa y los Ayar reúnen epopeyas “políticamente sacralizables” de tanto o más calibre reivindicativo (obviamente para nosotros) que las del semifilicida Abraham, del tontuelo (por no decir cornudo) Arturo o de los degenerados césares. Considérese que las nuevas o “renovadoras” religiones emergen desde los escombros de las viejas y/o caducas (el protestantismo emana del degenerado catolicismo que —a su vez —se genera del etnocentrista judaísmo; análogamente el islamismo comparte cierta porción de su “ARN” —ácido mensajero —con el judeocristianismo, así como el budismo influenciado por el hinduismo), ante todo —aquel emerger etnorreligioso — como novedosos estandartes de liberación, implicando el respectivo rescate cultural; por consiguiente, irrumpiendo contra putrefactos statu quo, tal como acaece con la liberación del pueblo hebreo por Moisés, la diáspora árabe de Mahoma o en la secesión protestante de Lutero.

¿Cuál debe ser, entonces, nuestra posición etnonacionalista ante la religión? En primer lugar, respetuosa de la libertad de culto, pero haciendo la salvedad de que **religión no es necesariamente sinónimo de cristianismo**. Entiéndase que el catolicismo es a la religión lo que la música

² Karl Marx, El capital

militar es a la música en general. Por consiguiente, en los colegios no debiera monopolizarse tal enseñanza –en aquel “opcional curso de Religión” –con un catecismo basado en paisajes del Viejo y Nuevo Testamento bíblicos, sino que se explique al alumno el origen de la religión “en general”, la relación entre creencia y ciencia, así como el abanico de opciones existentes –incluido el ateísmo –con una somera referencia a sus respectivos “historiales sacros”. Por supuesto que previamente deberá enseñarse las dos concepciones filosóficas del cosmos: la materialista y la idealista, lo cual implica que el currículo religioso –de primar la coherencia –deberá incluirse dentro del curso de Filosofía³, por supuesto, previa “desintoxidentalización” local.

Entonces será inevitable que al hablar de las (en plural) religiones con sus respectivos seres supremos, ya sean Pachakamaq, la Santísima Trinidad, Ala, Buda, Jehová etc., nos topemos –como etnonacionalistas andino/amazónicos –¡con la imperiosa necesidad de priorizar **NUESTRA** versión ancestral! O sea, aquella “etnorreligiosidad” vigente en estas tierras hasta antes de la Guerra Santa iniciada con la resistencia cobriza a la invasión euroafricana de 1531. Por ende, al decir “Guerra Santa”, no debemos referirla desde la perspectiva de Luque, Valverde, Areche o Cipriani, sino de la del Wíllac Uma que acompañó a Manko Inka en la Guerra de Reconquista (desde el cerco del Qosqo hasta el repliegue de Vilcambamba), o de aquel cacique de Sonomoro (lugarteniente de Juan Santos Atahualpa) que, al ser cuestionado por cierto cura hispano “extirpador de idolatrías”, le enrostró: “...¡por qué tú y los tuyos nos estáis matando todos los días quitándonos nuestra libertad...!”.

Ahora bien, de ser el lector hartamente alienado, pareciéndole demasiado radical la perspectiva de “yihad inkaica” o wilkauptinku, entonces podría empezar por enfocar el sitio de Jerusalén del siglo XI desde la perspectiva nativista / reivindicadora de Solimán, en vez de la perspectiva invasora / saqueadora de Tancredo de Hauteville o Godofredo de Bouillon.

Se avizora, así, la necesidad política de rescatar lo que aún queda de

³ Curso suprimido, al igual que Historia del Perú, Historia Universal y Geografía del Perú, en el currículo escolar desde que se impuso el globoneoliberalismo –con Fujimori Y Montesinos –en el Perú.

religiosidad oriunda, considerando que hay mucho de ella impregnada (o mejor dicho camuflada) en el cristianismo injertado y hegemónico en cinco siglos de globocolonialidad. Y, si además consideramos que la dupla espada / cruz fue el medio principal de aquel proceso represor / supresor, entenderemos el porque aquel rescate deberá contener una esencia no solo subversiva, sino además hereje, apostasica, "anticruzada" y hasta geopolítica..., propia del Inkarrí que propugna: partero de una nueva república promotora de una no menos santa "internacional inkaica", cuya (rescatada) religiosidad ancestral contribuya a la reunificación y consolidación identitaria de las poblaciones de ancestros kechuaymaras, desperdigadas por las actuales repúblicas criollo – católicas denominadas "Perú", "Bolivia", "Ecuador", extendiéndose a las poblaciones cobrizas del noroeste argentino, norte chileno y sur colombiano. Vale decir, un rescate geopolítico implicante de un proceso reordenador, reunificador y etnonacionalizador, análogo al del sacro Imperio romano del siglo X en cuanto génesis del Reich germano, o al del "islamismo pan-árabe", cohesionador de los pueblos ismaelitas, particularmente en cuanto proyección geopolítica expresada –por ejemplo –en aquella RAU (República Árabe Unida liderada por Nasser y bendecida por la Hermandad Musulmana) que confederó temporalmente a Siria, Egipto y Libia, o, asimismo, como en el caso de la mancomunidad británica (Commonwealth) aglutinadora, bajo el eslogan "Dios salve a la reina" (que, a la vez, es cabeza de la Iglesia anglicana), de todas las etnias de estirpe anglosajona (con excepción de EE.UU. de Norteamérica, cuyo eslogan "Dios bendiga a los EE.UU." le basta y sobra) desperdigadas por el mundo, o –por ultimo –como en el caso análogo del sionismo global hebreo.

Por ende, el respectivo rol pachakamista –particularmente por su acepción "(re)ordenadora del caos" –en el proceso liberador de las poblaciones de estirpe kechuaymara deberá contemplar la "des-identificación" colectiva respecto a un Jesucristo al cual, si se le sacara de la cruz, revistiéndole de celada, cota, armadura, yelmo, arcabuz y montasele a caballo, asemejaría –aquí en Andinoamérica –nada menos

que a cierto "Santiago mata indios" que muy bien podría ser uno de los barbados Almagro o Pizarro. Refiérase que Cristo supuestamente es "el hijo de Dios hecho hombre" y que ese hombre específico –histórico como biológico –fue hebreo / semita, vale decir, de una variedad taxonómica de la raza blanca..., depredadora continental de Abya Yala.

La lógica es implacable: entonces, prosiguiendo con aquel eslogan del "pueblo elegido de Dios", nos percatamos –los cholos –de ¡que nosotros no somos tales elegidos! Y es que, entre todas las etnias del planeta, aquel "Dios de Jacob" (referido en la última estrofa de "nuestro" extraño himno criollo) "eligió" al pueblo israelita y no a sus similares chino, hindú, azteca, maorí, mazai, tártaro o tiawanaco. Es decir, que dicho ser supremo aprecio a los paisanos de Ariel Sharon y desprecio al "resto". Se trató de un Dios argollero en todo el sentido de la palabra, lo cual no debería asombrar: ya antes había procedido así, en el cielo, cuando entre todos los ángeles elige a uno, "al más hermoso" (el tal Luzbel), que resultó todo un revolucionario que se le rebela mediante un conato de golpe de Estado culminado en una feroz guerra civil celestial, siendo al final reprimidos los luzbelitas y expatriados al Infierno, aunque no como sufrientes, sino como administradores de la zona liberada. Luzbel (que etimologizado de su raíz aramea refiere "aquel que trae la luz", vale decir, al iluminador) adoptaría desde entonces el satánico (shaitan / Satán, palabra de origen árabe-araméo referente al "adversario") alias de Lucifer ("aquel que trae la sombra").

Posteriormente, a milenio y medio de la secesión cristianica del judaísmo, en su terrenal expansión globolonizadora, la ya depravada Iglesia contrasubversiva satanizaría –vía la infalibilidad del papa Borgia, representante terráqueo de aquel Dios argollero –toda competencia religiosa, incluido nuestro ancestral Pachakámaq. No deberá extrañar, por ende, que todo proceso de liberación etnonacional –en los pueblos de calibre cultural milenario –sea (des)calificado a priori como "terrorista" y hasta "diabólico" por las mismas potencias occidentales que acuñaron el concepto inquisidor de *eje del mal*. Habría pues, en tal mundo al revés,

que santificar políticamente a Satán en cuanto máxima divinidad revolucionaria, bajo los apelativos de Ala, Pachakámaq o Kukulcan. El mismísimo Bakunin –uno de los personajes más agudos del bolchevismo se llegó a proclamar “satanista”, según argumentaba porque era (Satán) el verdadero autor de la liberación humana, por consiguiente, **jefe espiritual de los revolucionarios**. Concluía, entonces, que aquel bendito Satán –prácticamente un Prometeo –además de insurgente supremo, también era el “as de la libertad” contra el despótico Dios judaico y la Iglesia inquisidora, enemiga del progreso y de la ciencia.

En esta lógica, insolente pero veraz, también nos percataremos de que se trata –el Dios aludido en “nuestro” himno patrio –de una divinidad a la que a menudo las cosas suelen fallarle y que, por ende, no es nada perfecto ni mucho menos sinónimo de “amor universal”: Adán le falla y es deportado como Luzbel. Luego, vuelven a fallarle los descendientes de la pareja Adán – Eva y no tiene mejor idea que genocidamente exterminar aquella primera humanidad, preservando a otro envarado: Noé y su progenie. Luego, mete un par de bombazos atómicos en Sodoma y Gomorra (exterminando una rama pecadora del “pueblo envarado”). Más tarde, aquella “creación maestra” –la etnia hebrea –crucifica a su unigénito. Definitivamente, fue certero el anticlerical Manuel Gonzales Prada al sostener que el culto primigenio al Sol tenía más coherencia que los absurdos testamentos bíblicos.

En cuanto a lo del “amor universal”, basta leer libros judaicos como Éxodo o Josué (Antiguo Testamento) para percibir que en Jehová o Yavé (ente paterno de Santísima Trinidad cristiana) tenemos un ferocísimo masacrador de todo ser viviente, según las consignas que da a “su” pueblo para la conquista de aquella “(ajena) tierra prometida”, tales como “*dar anatema, pasando por el filo de la espada a todo hombre, mujer niño, ganado y todo ser vivo que caiga en la ciudad*” (sic), aplicadas en Jericó, Gedeon, Hai y otras tantas fosas comunes de aquel prontuario sacro de la etnia hebrea en su lucha por la existencia.

Como se puede percibir, esta brevísima exégesis del historial hebreo – base primaria de la Biblia cristiana – exportada globocolonizadamente bajo los logos de Antiguo Testamento y/o Sagrada Escritura (que en realidad de “sagrada” tiene tanto como las incursiones de Atila o las masacres de Putis y Accomarca), en todo caso estaría –tal exégesis – muy acorde a los cargos que en Núremberg se imputaron a los jerarcas nazis, como también respecto al genocida historial del far west (base geopolítica interna del “sueño americano”), en cuanto reciente capítulo del evangelizador “despoblamiento de las Indias”.

CAPÍTULO II

Milenario y no quincuacentenario

APU DE LOS MILAGROS O SEÑOR DE PACHAKÁMAQ

Así como el país “resentido” de estirpe kechuaymara resquebraja las superficiales costras criollo-republicanas denominadas “Perú”, “Bolivia” y “Ecuador”, la respectiva remembranza mítica (en su milenaria esencia, digamos, “pachakamista”) erosiona las postizas bases de un catolicismo de ADN euro – hebreo – romano obligado a recurrir en Andinoamérica al elemento afro-esclavo para falsificar el milenario culto cobrizo al Pachakámaq, suplantándolo por “el Señor de los Milagros” de la domesticación globocolonizadora, en pos de una pasividad social ad hoc para el libresaqueo pro-occidental.

Según el fechado andino, en el año 460 del IV Sol, vale decir, hacia el 700 de la Era cristiana, los rimacs (o sea, los “limeños originarios”) fueron incorporados al Imperio wari, cuya capital quedada próxima a lo que hoy es Huamanga. Para ese entonces, los waris eran adoradores de una divinidad suprema llamada Pachakámaq... Pero, en realidad, ese culto había sido heredad tiawanaquense, vale decir, del horizonte cultural más antiguo de Andinoamérica. Sépase que los waris fueron sucesores inmediatos de la cultura tiawanaco. Por su parte, los rimacs y demás curacazgos de los valles vecinos (Runahuanac, Chilca, Mala, Chillón y Huacho) asociaron el culto al Pachakamaq con el de su deidad local, denominada ishmay, imprimiéndole la facultad de “kamaken” (en aymara-jakaru, energía vital del cosmos).

Desintegrado el Imperio wari, aquellos curacazgos yungas recuperaron su autonomía (no obstante, el idioma jakaru o “aymara de los yungas” se mantuvo vigente) hasta que –tres siglos después,

aproximadamente en 1450 –se confederan voluntariamente al Tawantinsuyo, como resultado de las tratativas entre el cacique Kuismancu y el general Cápac Yupanqui, no hubo guerra por motivo de la afinidad religiosa. Y es que los inkas eran también adoradores del Pachakámaq, en el valle de Lurín, es anterior a la llegada de Cápac Yupanqui. Por consiguiente, el santuario fue embellecido y mejorado con aportes netamente inkaicos, tales como el Acllahuasi (casa de las vírgenes del Sol), referido arqueológicamente como Templo de las Mamaconas.

Lo novedoso del Pachakámaq era que se trataba, antes que de un Dios abstracto, de un concepto filosófico-cosmogónico que al unidimensionar tiempo y espacio (por ende, también la materia), puesto que divinizaba el concepto de relatividad, hubiera entusiasmado al mismísimo Einstein. Unidimensionalidad muy bien explicada por Federico García y Pilar Roca (Pachakúteq):

“... Hernando (Pizarro) ignoraba que Pachakámaq es un vocablo quechua que designa dos conceptos básicos de la cultura andina: Pacha significa indistintamente mundo-universo, es decir, materia, todo lo que existe; y la misma palabra designa al tiempo, flujo perpetuo y unitario entre pasado y futuro. Un solo vocablo sintetiza ambos conceptos de la realidad representados por las dos caras del monolito que se encontraron en la pirámide: materia y tiempo en términos actuales. Tampoco supo (Pizarro) que Kamaq significa Orden, es decir, Cosmos en español, arquitectura primaria de cuanto existe. Concepto opuesto al caos que designa al desorden anterior, el magma inicial que se expresa en quechua con el vocablo ‘Qon’ (...). Aquellos amautas habían logrado sintetizar en una sola palabra –Pachakámaq –el proceso de ordenamiento de la materia a través del tiempo...”.

Divinización que –deducimos –era de doble codificación: para la elite intelectual (amautas) interpretada racionalmente; para el popurum (grey) interpretada emotivamente. Aquel monolito bifronte, antes que una “representación idolatra”, era la simbología dual –para la mente sencilla de la grey –de aquel “tiempo-espacio” fusionado. Obviamente, la perfección del Pachakamaq residía justamente en la abstractez, Puesto

que al aplicarle cualquier cualidad humana se limitaría en “más bello” o “menos bello”, “más grande” o “menos grande”, “más sabio” o “menos sabio”, etc., vulgarizándosele –al Pachakámac –a la finitud del Homo sapiens; característica incompatible con la eterna perfección...cuya necesaria abstractez constituye la máxima elaboración mental respecto a toda alusión de divinidad. Dejemos la narración a Garcilaso:

“...Los inkas alcanzaron a entender que había un hacedor de todas las cosas, al cual llamaron Pachakamaq. **Decían que era INVISIBLE y por eso no le hacían templos ni sacrificios como al Sol, pero que le adoraban interiormente** con grandísima veneración, según las demostraciones exteriores que con manos, cabeza, ojos, brazos y cuerpo hacían cuando le nombraban. Esta doctrina, habiéndose esparcido por fama, la admitieron todas aquellas naciones, unas después de conquistadas y otras desde antes. Los que más en particular la admitieron, incluso antes que los inkas, fueron los ancestros de este curaca Kuismanco, los cuales le hicieron templo y dieron su nombre al valle donde lo edificaron. Este templo fue solemnísimos y único en todo el país...” (Comentarios Reales, I Parte, libro sexto, cap. XXX).

“... Inka Yupanqui (antes de emprender la campaña contra los chimús – N. del A.), del valle del Rímac fue a visitar el templo de Pachakamaq; entro en el sin murmullo de oraciones, más que con ostentaciones que hemos dicho hacían los Inkas al Pachakamaq en su oración mental...” (ibíd., cap. XXXII).

Debe considerarse, además, que el monoteísmo abstracto tiende a constituir históricamente un formidable eje armonizador / unificador de tribus y fratrias en pos del proyecto etnonacional común: Israel / Yavé; musulmanes / Ala; cristiandad eurorománica / Trinidad que unifica a Jesús (Hijo cristiano), Jehová (Padre judaico) y Espíritu Santo (Helenico¹). La unidad nacional, en cuanto proceso histórico, se origina de la mano con el respectivo “rol monoteizador”. El culto supremo de la tribu vencedora fagocita al de las divinidades vencidas, ya sea expropiando sus cualidades hacia el “Dios supremo del Imperio” y/o subordinándolas como escolta o

1 Helenización consignada en la “apertura” de San Pablo.

hacia el “Dios supremo del Imperio” y/o subordinándolas como escolta o corte celestial (pan-teón), a la postre igualmente subsumiéndolas –en un proceso de siglos –en sí mismo: el Dios único.

El ascenso mismo del cristianismo, en cuanto religión oficial romana –nótese -, se debió a la necesidad imperialista de armonizar el tenso ordenamiento etnoclasista (amos romanos y esclavos barbaros) antes que por “sentimiento solidario de opción por los pobres” de parte de patricios y plebeyos² (ciudadanos romanos) respecto a sus manadas de esclavos. En todo caso sirvió estupendamente –la legalización del cristianismo (s.IV d. C) –a la necesidad imperial de acabar con la cuasi anarquía religiosa generada por la heterogeneidad de tribus vencidas –desde Britania hasta Siria –cuyos respectivos cultos friccionaban entre sí, así como para neutralizar internamente la lucha de (etno)clases, vía el “amor” del esclavo hacia el prójimo esclavista.

Pero no existiendo, bajo el etnosocialismo inkaico, confrontación clasista (inexistencia de propiedad privada, esclavitud ni dinero) era dable la armonía social que impresionaría a los utopistas europeos. Armonizado el panorama interno, era natural que el Estado inkaico propugnara lo mismo hacia el panorama externo. Es así que en el escenario tawantinsuyano de expansión geocultural, las crónicas coinciden en mencionar la costumbre político-religiosa de incorporar al panteón confederativo del Qoricancha –escoltando al primigenio Inti inkaico (ya semidesplazado por el Pachakámaq en el periodo de Huayna Cápac) –las divinidades y/o ídolos de las tribus incorporadas a la confederación panandina de epicentro cusqueño (estilado también por los romanos, cuya tolerancia religiosa admitía –junto al panteón olímpico grecorromano –a las ya subordinadas divinidades bárbaras), que a la postre constituía / armonización / unificación”, al monoteísmo abstracto que aquí derivaría en el culto al Pachakámaq.

Por supuesto, de asumirse el carácter monoteizador de la religión inkaica (que como todo proceso socio-histórico suele durar siglos) cabría manifestarse sobre el rol de las huacas, apus, y demás categorías sacras.

² El plebeyo era “tan ciudadano” como el patricio; la diferencia radicaba en el linaje. No obstante, se daba frecuentemente el caso de “plebeyos pudientes”, como por ejemplo los lanistas (reclutadores de gladiadores), mercaderes, militares y hasta funcionarios de mando medio.

Pues bien, como observan Pilar Roca y Federico García (Pachakúteq), más allá de lo mucho que especulan los “especialistas” no conocedores del kechua y mucho menos de su etimología, el concepto de “huaca” no equivale a “ídolo” en castellano, sino que designa un área abierta caracterizada –en la creencia popular –por la energía vital que concentra; por ende, espacio sagrado donde confluyen el kausay y el supay (este último término distorsionado por los castellanistas como “diablo”), los cuales –como equivalentes del ying y yang del taoísmo asiático –refieren a la energía positiva (kausay) y negativa (supay) que caracterizan dialécticamente al cosmos desde su microcomposición de protones (+) y electrones (-).

Respecto a la referencia solar (Ti³) como supuesta “máxima divinidad” del inkario, hemos de reiterar que, ya para tiempos de Huayna Cápac (entre fines del siglo XV e inicios del siglo XVI), dicho culto había menguado su importancia y –por ende –socavado su primacía en el panteón andino, en provecho del pachakamismo:

“... Un día, de entre los nueve que duraba el Inti Raymi, el inka fijo su visita hacia el sol, hasta donde el astro lo permite, y estuvo así por buen lapso de tiempo. Entonces, el Sumo Sacerdote se puso a su lado y le dijo: ‘Mire solo, Señor, lo que hace, que además de sernos prohibidos de mirar con libertad al Padre Sol, por ser desacato, da mal ejemplo a su corte y a su Imperio’. Entonces, Huayna Cápac, volviéndose al Willac Uma, le interrogo: ‘Siendo yo vuestro Señor, ¿habría alguno de ustedes tan atrevido que me mandase levantar de mi trono y emprender un largo camino?. Respondiéndole el sacerdote: ¿Quién haría tal desatino?’. Enseguida, el Inka repreguntaría: ‘¿Y habría algún curaca de mis vasallos que no me obedeciese si yo le mandase ir por la posta de aquí a Chili?’, a lo que volvió a responder el sacerdote: ‘No Inka; no habrá nadie que no obedece hasta la muerte tu mandato’.

3 Sol en kechua no es “inti”, sino “ti”, pues, como observan Federico García y Pilar Roca (Pachakúteq) “anti”, se refiere al levante, o sea, cuando el sol asoma precisamente desde el Antisuyo; a su vez “Konti” refiere al poniente, la zona del ocaso solar, vale decir, el Konsituyo.

Fue entonces que Huayna Cápac comentó ante el estupor del Sumo Sacerdote: 'Pues te digo que **este Nuestro Padre, el Sol, debe tener otro mayor Señor, por que si el fuera Supremo Señor, entonces, se desplazaría y reposaría a su voluntad y gusto, aunque no tuviera necesidad alguna'**..." (Garcilaso).

La gradual imposición del monoteísmo abstracto (del Pachakamaq), a expensas del primigenio politeísmo (en torno al culto solar y su corte celestial), constituiría para la confederación tawantinsuyana una revolución religiosa tan profunda como aquella efectuada por el Faraón Amenhotep IV que impuso en el Egipto de hace tres mil años el monoteísmo del "Ra" a expensas de toda una predecesora fauna divina. En todo caso, aquel monoteísmo abstracto del Pachakamaq resultaría parcialmente análogo al de Ala y Jehová.

Pero –acá –aquella revolución "abstracto-monoteísta" no se limitaría exclusivamente al aspecto creencial (unificador de la fe colectiva), sino también al aspecto moral, ya que con la hegemonía geopolítica inkaica el culto pachakamense expandiría un auténtico humanismo, entre cuyos alcances tenemos –tal como refiere nuevamente Garcilaso –que los aún esporádicos sacrificios humanos (como reminiscencias de la ancestral antropofagia que TODAS las etnoculturas del globo han experimentado en circunstancias o periodos de déficit proteínico) fuesen terminantemente prohibidos "porque era contra la Ley del Pachakamaq matar congéneres" (sic), más aun cuando las kolkas de la administración inkaica comenzaba a desbordar de reservas alimenticias, o sea, orientándose, con efectiva base proteínico-agropecuaria, al ámbito de lo que hoy se conoce como "amor al prójimo"; claro está –dada la idiosincrasia andina –con carácter prevalectivamente colectivista, propio de una teocracia socialista propugnadora del "amor social a la colectividad", es decir, al pueblo, en cuanto mandamiento inkaico conexo a la respectiva modalidad constructiva (acción cívica) de expansión geopolítica que muy bien podríamos denominar "seductora". Y no podía ser para menos, desde el momento en que el primer sobrenombre del inka, cabeza de la teocracia andina, era el de **HUACCHACUYAQ** o "**amador de pobres**".

Por otra parte, considérese que las grandes religiones –salvo el judaísmo que exclusiva un “pueblo elegido” –tienen como denominador común el asumir “liberar de la era de las tinieblas” a la humanidad (inclusive la inalcanzable Nirvana del budismo –máxima elevación espiritual del individuo –tiene tal objeto). Por lo general, los no liberados son denominados “barbaros. El islam como el cristianismo, en sus primeros siglos de expansión –ya sea con guerra santa o Pusiasuyo o Gran Confederación Tawantinsuyana, este misionamiento (la liberación de las tinieblas) no fue la excepción en cuanto justificativo expansivo, aunque si en su singularísima forma seductiva:

“... Díjoles que a imitación suya hiciesen guardar sus leyes y mandamientos, que fuesen piadosos y redujesen a los indios **POR AMOR**, atrayéndolos por beneficios y no por fuerza de las armas como el recurso muy ultimo...” (últimas palabras de Manko Qápaq, inka fundador, en su lecho de muerte / Comentarios Reales, cap. XXV, cap. XXV, libro I).

Se visualiza, así, no solamente la ética humanista del “pachakamismo huacchacuyano”, sino también la referencia a una unisuprema deidad abstracta propia del monoteísmo más elaborado... al cual, si hemos de ser rigurosos con aquel termino, el catolicismo plagado de santurriones, trinitades, serafines, querubines y arcángeles jamás ha llegado (al igual que el islam plagado de geniecillo o que el judaísmo con sus ángeles y demonios). Pero lo que vale la pena resaltar es que hacia esa doctrina de “amor al prójimo” convergía el pachakamismo colectivista con el cristianismo primigenio y comunitario. Lamentablemente, en aquel otro (prostituido e individualista) “catolicismo de conquista”, el prójimo no-blanco fue despojado racistamente de calidad humana.

Ya en 1532, una vez secuestrado Atahualpa, Hernando Pizarro cabalga hasta el templo de Pachakamaq –equivalente a un “vaticano yunga” –con la consigna de saquearlo. No solo lo saqueo, sino que quemo el templo incluyendo a su clero, al cual catalogo inquisidoramente como “diabólico”. Cierta tiempo después, a las décadas de la fundación española de Lima, un terremoto sacudió la ciudad, destruyéndola casi por entera, menos cierto muro donde yacía el fresco de la imagen de un Cristo

“de color” no blanco: hombre – Dios mestizo, que la tradición hispana atribuye a una autoría negro –esclava, obviamente domesticada. Sin embargo, surgen ciertas evidencias que desbaratan tal falacia:

1. Al Cristo de Pachacamilla o Cristo Morado o Señor de los Milagros o Señor de los Temblores... cuya imagen se custodia en el convento de las Nazarena (Av. Tacna – Lima), si se le examina *in situ*, o sea, personalmente (y no referido en función a la “tradición”), se observara que **no contiene biotípicamente nada de afro-negro**, y que más bien tiene la tez cobriza, aunque con ciertos rasgos europeos. Es un Cristo mestizo, cuyos rasgos cobrizos y blancos dan como resultante un “Cristo cholo”.

2. Por ese entonces, en la actual circunscripción de Lima –Cercado, el virrey Francisco de Toledo hizo instalar uno de los tres colegios para caciques fundados durante el periodo virreinal (los otros se instalaron en el Qosqo y Quito). Pero, además, aquel “cercado” era el asentamiento habitacional de varios ayllus de Lurín reubicados por la administración virreinal para fines de mano de obra agrícola, así como para despoblar de acólitos aquel “demoniaco” santuario de Pachakamaq. Área cercada que también –como campo de concentración (“reducciones” según la legislación toledana) –alojaba una cofradía de esclavos “angolas” (de donde “habría” surgido el supuesto artista afro, pintor de aquel Cristo). Sin embargo, sería mucho más coherente atribuir esa autoría a un indio noble de aquel Colegio de Caciques edificado en el cercado (de cuya sede qosqoruna provino la flor y nata –desde Diego Quispe Tito hasta Tadeo Escalante –de los artistas de la escuela pictórica cusqueña, cuyas obras fueron al 100% de tipo religioso) o, por último, a algún pachakamense (indio común) de los reubicados, mucho antes que atribuirle a algún anónimo artista negro, que si de veras hubiese querido imprimirle un comprensible “sello afro” al Cristo blanco, por lo menos lo hubiera plasmado en la tez, el cabello, los labios u otro rasgo físico..., lo cual no sucedió. Incluso, en el fresco original restaurado (más que en los copiados) se observa claramente como paisaje de fondo los nevados de la cordillera andina Pakarina de nuestra ancestral deidad tiawanakense.

Más bien, la parafernalia netamente afro-esclava para con este

culto se plasmaría represivamente en las “cuadrillas” de cargadores de andas (ya no del inka, sino del Pachakamaq camuflado de católico); labor – hasta antes de la conquista –exclusiva de los indios rukanas (Lucanas / prov. Del Kontisuyo ayacuchano), cuya última cuadrilla sucumbió en la masacre de Cajamarca. Con el coloniaje, los nuevos cuadrilleros serían negros especializados en la cacería de sus corrales “cimarrones”, o sea, de esclavos fugitivos⁴ de los dioses y hombres blancos. Cuadrilleros afros, que luego de la tarea represiva en pro del “nuevo orden”, eran congratulados con el santo rol (cofradías) de custodios / cargadores de las andas de aquel oscurecido Cristo domesticador de masas, “de color” no blanco.

En cuanto al arraigo popular de aquel “Cristo oscuro”, pues –para pesar de los Valverdes, Areches y Ciprianis –esto también es de ancestralidad autóctona, tal como lo narra el propio Huamán Poma con respecto a las “procesiones del mes de octubre”, o sea, de la *huaca yasumquin Pachakamaq* (sic). Asimismo, Maria Rostworowski es enfática en concluir que el señor de los Milagros no es otro que “el Pachakámaq vestido de cristiano”, ante lo cual –entre tantos otros elementos –basta verificar al Inti y la Killa a diestra y siniestra de aquel “Cristo cholo”, tal cual se ubican en aquella representación del altar del Qoricancha graficada con anterioridad por el cronista indio Juan Pachakuti Yamqui Salcamaygua.

4 Esclavos fugitivos que solían juntarse en “palenques”, especie de aldeas-refugios clandestinas, en donde gozaban temporalmente (hasta ser atrapados) de precaria libertad. Los más reacios, por lo normal, derivaban en el bandolerismo típico de los arenales costeros, cuyas bandas dataron hasta mediados del siglo XIX.

CAPÍTULO III

Los “santos demonios” del novum orbi católico

POTENCIAL LIBERADOR E INTRANSIGENCIA RELIGIOSA

Si para el siglo XVI el cristianismo estaba ya putrefacto desde el “epicentro vaticano” de los Borgia hasta sus extensiones étnico-geopolíticas de “guerra santa” contra los moros, expulsión de hebreos (sefarditas) de la España católica y Contrareforma antiluterana, pues en su exportación a Abya Yala –dicho “catolicismo de choque” –además incurriría en un fanatismo torquemadista que, conjugado con la animadversión anticobriza del “humanista” (o sea, europeísta) fray Ginés de Sepúlveda, fue lo que tuvo que enfrentar la teocracia incaica. El epilogo de tal colisión no podía ser otro que una falaz “buena nueva” implicante de la destrucción y despoblación de las Indias.

En 1532, el inka Atahualpa y el primer ministro inglés Tomas Moro eran presos en Cajamarca y en Londres respectivamente. El inka, representante de una sociedad de peculiar corte socialista, jamás imaginaria que el Tawantinsuyo coincidiría de manera fabulosa, aunque “impertinente”, con la utopía socialista idealizada por el ministro inglés. Ambos, aunque distantes físicamente, se encontraban en estrecha relación de praxis y pensamiento; siendo, también ambos, a su vez ejecutados y proscritos.

Todo ello acaeció en una época en donde la forma ideológica predominante era un cristianismo eminentemente agresivo e intolerante cuya concepción “pastoral”, emanaba de su sector más conservador, continuaba siendo, solo con diferencia de grado, aquella que asumió la Iglesia en aquella defección histórica como fue el Concilio de Gangres (324 d.C), en cuya esencia pastoral se advertía que:

“... si alguno bajo pretexto de piedad religiosa enseñase al esclavo a no estimar a su señor o a sustraerse del servicio y no servir de buena gana y con toda voluntad, caiga sobre el anatema...”.

De más está decir que es en ese siglo (s. IV) cuando el cristianismo logra oficializarse como religión única del –desde realmente entonces – “sacro” Imperio romano¹.111 Debía, pues, la flamantemente pesada burocracia eclesiástica, formalmente constituida como poder temporal, por elemental instinto de conservación, sacudirse de aquel sensacional potencial revolucionario heredado desde la liberación de la opresión de Ramsés II al pueblo hebreo, así como del clamor de los profetas y la convicción ideológica del Cristo histórico y rebelde, las escuelas populares de la militancia evangelista, los sediciosos “actos de los apóstoles”, el martirologio en el Coliseo Romano y hasta desentenderse de la heroica defensa del derecho natural por las primigenias comunidades cristiano-socialistas... En suma, la dirección política de la Iglesia, en intensa pugna doctrinal entre sus líneas conservadoras vs. radical, había sido –en su afán de “formalizarse y legalizarse” (en medio de una sociedad esclavista) – gradualmente copada por el elemento aristocrático recién incorporado al “movimiento” (elemento al que el proselitismo del ciudadano romano Pablo, “apóstol de los gentiles”, integro a la Congregación), por consiguiente, menos o nada sediento de justicia social.

Es así que el genuino Cristo histórico, antiimperialista e insurgente, sería gradualmente suplantado –en función de la “apertura pablista” –por el conformista Cristo de una fe extraterrenal que para nada impugnaba al *establishment* imperial romano (*al Cesar lo que es del Cesar*), menos aun con la legalización decretada por Constantino.

Como se puede entrever, a expensas de su propia enajenación, fue que la cada vez menos clandestina dirigencia cristiana logro congraciarse

1 Oficialmente el sacro Imperio romano (germánico) data del siglo X pero históricamente fue tal desde que el cristianismo se oficializo como religión del Imperium (s.IV).

con sus antiguos verdugos, como fueron los emperadores romanos. Y de aquella impía concesión, el beneficiario exclusivo –a costa del Cesar cristianizado y la grey romanizada –fue la Iglesia que, aunque posteriormente dividida (Roma y Constantinopla), ya se vislumbra como núcleo de la formación cultural europea, tanto en el entonces aun vigoroso Imperio romano de Occidente. No obstante, es aquella institución eclesiástica en donde se puede determinar la vitalidad que permitió soportar a las etnias euroblancas aquel vendaval de las denominadas “bárbaras” invasiones de pueblos nómades y gentiles que durante siglos asolaron, conformaron y modelaron la península del extremo occidental asiático referida como Europa.

A todos ellos y de todos ellos sobrevivía “aquel occidente”² que, aunque inicialmente a la defensiva (Campos Catalunicos, Guadalete, Poitiers, Roncesvalle...), ya a partir del siglo XI, con el psicosocial del “Preste Juan”(quien no era otro que el Khan mongol, “terror de los turcos”) y mediante esas expansionistas campañas militares propugnadas desde el Vaticano, más conocidas como “Cruzadas” (que incluso saquearían Constantinopla dos siglos y medio antes que los Turcos), empezaría –ese Occidente –su ofensiva contra toda cultura no europea ni cristiana.

Sin embargo, aquellas invasiones que asolaron el romanizado suelo europeo, simultáneamente plasmaron (en aquel subcontinente) una síntesis cultural – cosmopolitana de aportes de lejanas civilizaciones paganas y brillantes como fueron árabes, mongoles y turcos. Aportes (álgebra, numeración arábiga, astronomía, pólvora³, estribo, artillería, papel, brújula, alquimia-química, etc.) que, dadas las duras condiciones

² Las culturas europeas, en conjunto referidas con el sobrenombre de “Occidente”, lo son en función del “oriente asiático”; pero desde la perspectiva americana (Abya Yala), estando Europa al este (poniente) de nuestro continente, ¡pues son “orientales”!

³ La pólvora, si bien es cierto, fue inventada por vez primera en China, llegó a Europa por medio de los turcos que la emplearon –para su artillería de obuses pétreos –en el sitio de Constantinopla

sociales, apenas podían ser asimilados y “europeizados” en monasterios y abadías, que –como únicas instituciones organizadas de producción – lograron, cuando la agricultura absorbía el 90% de la PEA⁴, poseer hasta el tercio de la propiedad del territorio subcontinental, transformando en el discurrir del tiempo en lucrativa su original esencia de comunidad laboral, lo cual equivalía –en tiempos de pestes, guerras, hambrunas y cuando un caballo valía tanto como tres individuos (siervos) –al divorcio con el original mensaje de renovación del Evangelio o “buena nueva”, así como el total desprecio a la sensibilidad humana por parte de esa célibe Iglesia católica, apostólica y romana.

Se hace necesario remarcar que durante los siglos XI al XVI aquella atmosfera bélico-religiosa de guerra santa, auspiciada por la Iglesia católica (contra los turcos en el Medio Oriente, contra los “cristianos no católicos” en el resto de la Europa misma), llegó a materializarse en temibles corporaciones bélico-religiosas de monjes guerreros bajo el apelativo de “órdenes militares” (santiagos, caballeros teutones, calatravas, templarios⁵, etc.) y, además, en fanáticas corporaciones político-religiosas (“órdenes religiosos”) como la de los “perros de Dios” o domini-canes (dominicos) que, como inquisidores oficiales, conjuntamente con la Compañía de Jesús (transnacional eclesiástica fundada por el ex –militar Ignacio de Loyola), constituyeron la punta de lanza del catolicismo en su Contrarreforma o reacción ante la secesión protestante y las demás manifestaciones heréticas, contra las cuales se actuaba en función de la doctrina del “Doctor Angélico” (Santo Tomás de Aquino):

“La herejía es un pecado por el cual no solo merece uno que se le excluya de la Iglesia, sino también del mundo. ¿Persiste el hereje en su

4 Población Económicamente Activa.

5 “...el traje de estos monjes soldados revela su doble carácter, llevaban la armadura de caballero y por encima de ella el traje de monje. Este era blanco con la cruz roja en el pecho. Estos monjes formaron el ejército permanente de Palestina desde las primeras cruzadas...” (A. Malet J. / Issaac, La Edad Media).

error? Pues la iglesia debe renunciar a salvarle y velar por la salvación de sus fieles excluyéndole de su seno. Por lo demás, debe remitírsele a los jueces seculares (Inquisición) encargados de la misión de echarle de este mundo, infligiéndole la pena de muerte...”

Pues bien, este catolicismo feroz, excitado hasta el fanatismo torturador de la Contrarreforma, que venía enfrentando a herejes internos e infieles externos, y que además soportaba desafíos como la reforma luterana, el anabaptismo comunista, las guerras campesinas (1534)... Ese extremadamente atroz “cristianismo de choque”, oscilante entre la ferocidad del inquisidor Torquemada y la corrupción del papa Borgia, fue al que, vía reyes católicos y personificado en “perros de Dios” como Luque y Valverde, tuvo que enfrentar la teocracia andina con la particularidad de que resultaban ellos (los inkas), ante la perspectiva teológica de la reacción hispano-católica, triplemente condenables en cuanto “enemigo-infiel-alienígena” cuya individualidad / humanidad se discutía o negaba; por consiguiente, meritorios de toda innovación y/o degradación de las técnicas bélico-religiosas que en este choque de civilizaciones se les aplicaría principalmente por su “mostruoficación”, o sea, deshumanización –mucho más que de raza –de especie. Al respecto, el cronista Oviedo y Valdés sería demasiado franco al sostener que “usar pólvora contra los indios paganos es como ofrecer incienso al Señor”. Es así que el repertorio torturador-católico vigente en Europa se ampliaría hacia modalidades “terroristamente adoctrinantes”, tales como las frecuentes y masivas amputaciones de manos y tetas, las hogueras indias, las guasábaras, las fosas de ADN cobrizo o las carnicerías caninas (lebreles) de cautivos indios, etc., practicadas en Centro y Sudamérica por las huestes globocolonizadoras contra todo nativo que, por ejemplo, se negase al bautizo, vale decir, a la servidumbre / esclavitud, o, para salir de dudas, tenemos el crudo “requerimiento” o ultimátum de Valverde (próximamente primer obispo del Perú) al inka Atahualpa:

“... Si me crees, debes obedecer de buena gana porque a ti y a todos los tuyos conviene mucho. Si te negares, sábete que serás apremiado con guerra a fuego y sangre, y todos tus ídolos serán derribados por tierra,

pues te constreñiremos con la espada a que dejando tu falsa religión, quieras o no, recibas nuestra fe católica y pagues tributo a nuestro emperador entregándole el reino. Si procurares porfiarlo y resistir, tendrás por muy cierto permitirá Dios que, como antiguamente el faraón y todo su ejército pereció en el mar Bermejo, así tú y todos tus indios seréis destruidos por nuestras armas...”

Es necesario considerar que aquella política terrorista de la Contrarreforma, si bien es cierto se institucionalizo con el Tribunal del Santo Oficio (Inquisición), pues la mortandad estadística que dejo durante tres siglos de funcionamiento allá en Europa no paso de cuatro millares de víctimas, mientras que acá, en América, aquella “terro-evangelizacion” (en que la Inquisición fue a lo sumo factor secundario) alcanzo la macroestadística de decenas de millones de cadáveres cobrizos bajo millares de fosas comunes, propias de aquella “destrucción / despoblamiento de las Indias”.

Asimismo, nada más sintomático que –supliendo al clásico “amen” – en Cajamarca de 1532 el ¡Santiago a ellos!, que sirviera de señal de ataque para la emboscada pizarrista, haya sido por el elemento religioso del ejército invasor. Se hace imprescindible, por consiguiente, ceñirse al hecho evidente de las diferencias biológicas entre invasores e invadidos, colectivas antes que individuales, o sea, masivas; pues estas llegan a determinar el racismo característico de aquel fenómeno cultural (choque de civilizaciones antes que en “encuentro de dos mundos”) del cual debía impregnarse el conflicto religioso reflejado no solo en los hombres (blanco-cobrizo), sino también en los dioses (Cristo-Pachakamaq). De ello se desprende que no puede revestir similar trascendencia la conversión al cristianismo (por convicción) de “gentiles-blancos” como la del franco Clodoveo o del visigodo Recaredo (quienes, una vez convertidos por voluntad propia, conservarían sus respectivos reinos), con respecto a la conversión (por coacción y ad portas de ser ejecutados) de “gentiles-no blancos” como el azteca Moctezuma o el kechua Atahualpa, ambos alienígenas (no humanos) en el entender de “humanistas” (europeístas) como Ginés de Sepúlveda, o –en el mejor de los casos –subhumanizados

cobrizos (sujetos a tutela del blanco) en el entender de piadosos clérigos “indigenistas” como Bartolomé de las Casas. Y es que el eslogan del “pueblo elegido” transfórmese, aquí, en el de la “raza elegida” a imagen y semejanza del Cristo blanco, barbado (o sea “bárbaro”)⁶ y globocolonizador.

Desde esta perspectiva, resulta notorio el contraste en el planteamiento de la evangelización a los barbaros blancos con respecto al de los barbaros no-blancos. En el primer caso, podemos apreciar a solitarios monjes internándose pacíficamente entre celtas y germanos (el legendario San Bonifacio “evangelizador de la Germania”, o el Santa Claus “convertidor de la Escandinavia”), gradualmente ganándoles mentes y corazones. En el segundo caso, podemos despreciar (en el dualismo clásico de la cruz y la espada) a los guerreros sacerdotes cristianicos integrados (como el Santiago “mata indios”) en los ejércitos occidentales e incluso participando y asesorando en las batallas:

“... murieron tantos indios porque no andaban los nuestros a estocadas, que así lo aconsejaba fray Vicente; que para que no quebrasen las espadas, hirieran de tajo y revés...” (F. López de Gomara).

Entonces, puesto que finalmente tratabase en la América autóctona con “subhumanos” según el tutelador-indigenista Bartolomé de las Casas (quien por otro lado será importador de esclavos africanos a la desindianizada América), por ende, toda expresión cultural nativa debía antecederse con el inferiorizante prefijo “sub”, lo cual abarcaba el aspecto religioso cuyas formas –descalificadas a priori –no debían ni podían ser admitidas por el clero católico. Eran, pues, inauditos e impensables estilos de transigencia religiosa similares a los existentes al otro lado de Atlántico –en la Península Ibérica –como en el caso de los mudéjares (cristianos admitidos entre mahometanos), o de los mozárabes (mahometanos admitidos entre cristianos).

⁶ Las palabras barbados y barbado tienen la misma raíz etimológica: “con barba”; fueron aplicadas por los romanos a las tribus allende las fronteras del Imperium, despreciadas por ellos.

Perfilabase, de esa manera, entre sociedades sin ninguna afinidad etnocultural, la intolerancia plena que en este *novum orbi* católico rigió, entre semejantes no tan semejantes, una “guerra etno-santa” que a iniciativa occidental tornose mucho más terrible que la que se dio en Eurasia... Y en donde ni siquiera podía existir noción del significado de la palabra “prójimo”. He ahí, en aquella pugna entre los “sub” versus los “san”, la piedra angular de la faceta religiosa del principal genocidio acaecido en la especie humana: la destrucción de las Indias. Y es que las llamadas guerras santas pueden llegar a ser –por el fanatismo que conllevan –las menos santas de las guerras.

CAPÍTULO IV

El pecado tiene color

LA PASTORAL ABSURDA

“... El intento que me mueve a hacer esta relación es por descargo de mi conciencia y por haber culpado en ello, pues hemos corrompido a gente de tanto gobierno como estos naturales tan quitados de cometer delitos, ni exceso, así hombres como mujeres, que, cuando ellos vieron que nosotros poníamos puertas y llaves en nuestras casas, entendieron que era miedo que teníamos a ellos que no nos matasen, pero no porque se creyese que era posible que ninguno hurtase ni tomase la hacienda; y así, cuando vieron que entre nosotros habían ladrones y hombres que incitaban a pecar a sus mujeres e hijas, nos tuvieron en poco. Y habiendo venido este reino a tal rotura, en ofensa de Dios, entre los naturales por el mal ejemplo que les hemos dado (...) suplico a mi Dios me perdone mi culpa. Yo confieso que la tuve y tengo, por ver que soy el postrero que muero de todos los descubridores y conquistadores (...) y, pues, en eso entiendo que he descargo mi conciencia...”.

(Testamento de Mancio Sierra de Leguizamo).

El proceso de evangelización católica en los Andes, intrínsecamente viciado por su degeneración doctrinal y prejuicio étnico, al conjugarse con el otro objetivo de la invasión europea, como fue el derecho de soberanía sobre todo territorio conquistado, valdríase de una predica que, como tal, debía “como sea” justificar ante el elemento nativo (ya ante sí) la “divina inmoralidad” del invasor blanco en su expreso afán de enriquecerse a costa de una subyugada grey cobriza:

-“... Todas las amonestaciones que nos hacen (los cristianos) las obran al revés. No tienen temor a Dios ni vergüenza, trátannos como a perros, no nos llaman de otros nombres. Su codicia ha sido tanta que no han dejado templo ni palacio sin robar; mas no les hartarían, aunque todas las nieves

se vuelvan oro y plata..." (Manko Inka; palabras transcritas por Cieza de León / Crónica del Perú).

- "...Considera como hay grandísimos ladrones en este tiempo de cristianos..." (Guamán Poma).

- "Nunca entendieron (los españoles) sino recoger oro y plata para hacerse ricos y abundantes de todas las cosas de la tierra, porque otro fin no traían..." (Cristóbal de Molina).

Entiéndase que eran tiempos en los cuales la venta de indulgencias papales era una moda "muy católica", la salvación celeste solo era cuestión de comprarla (lo cual fue uno de los causales de la indignada protesta luterana). Es así que la llamada Santa Sede publicaría la "Taxa Camarae", según la cual se tasaban, allá en Europa, tales indulgencias como –por ejemplo– la sodomía (homosexualidad) y el bestialismo:

"Para la absolución del pecado contranatura o de bestialismo debe pagarse 219 libras y 15 sueldos. Mas, si solo hubiese cometido pecado contranatura con niños o bestias y no con mujer, solamente pagara 131 libras..."

Lógicamente esa monstruosa monetarización de la fe atentaba contra las bases doctrinarias de la primigenia doctrina cristiana en la medida que constituía, precisamente la elite papal / vaticana (representante "infalible" de la Santísima Trinidad en la Tierra), el epicentro de su depravación. Y es que, independiente a todo "error humano" en la interpretación del supuesto mensaje y ordenamiento divino (la audacia de Prometeo en el politeísmo judío), se sobreentiende que el concepto de "Ser Supremo" –omnipotente y omnipresente– debe ser inimputable de toda relación viciosa o rasgo malicioso (aunque en verdad lo sean las atrocidades de Yavé o las debilidades de Zeus). Precisamente por ello –el teórico "amor universal" y principalmente la protección a los desvalidos– es que las "personas-ejes" o personajes de la grandes religiones y/o doctrinas monoteístas (Ala, Jehová, Santísima Trinidad, Pachakamaq... e inclusive ciertos hombres divinizados como Buda, Confucio y Cristo) deben atribuir su popularidad. Un Dios, al que se le atribuyeran lo contrario, no podría –por su naturaleza depravada– ser

identificado como Ser Supremo, salvo que estemos refiriéndonos al primitivismo totemismo, a una divinidad del politeísmo más grotesco o a un ídolo del panteísmo primigenio.

Se tornaba entonces, en Indoamérica, crítica la cuestión político-religiosa: ¿Cómo hacer digerible la antinatural conjugación de cruz y espada?, ¿Cómo superar aquella incompatibilidad –por lo menos subjetivamente –entre “buena nueva” anunciada y “mal ejemplo” ejecutado? Solamente distorsionando aún más el mensaje original cristiano, recurriendo bribonamente a una “(divina)” providencia” por medio de la cual, no obstante sus fechorías o pecados, debía infaliblemente aceptarse “que nuestro Señor Dios, aunque seamos malo (los españoles), no quiere dejarnos de su mano”, tal como argumentaría el cronista Cristóbal de Molina (La Destrucción del Perú).

El mensaje era –en una extensión étnica de la fe –teológica e impunemente tácito: **El pecado tiene color** y su contenido político era eximente en la medida que inobjetablemente postulaba:

“... La existencia de dos personajes: Dios y el Demonio. La existencia del segundo condicionada por el primero, porque depende del permiso del Dios cristiano toda acción que el Demonio pueda desarrollar. Doctrinalmente el Demonio es símbolo de dependencia, de esclavitud y de falta de libertad (...). A los indios les corresponde la dependencia, la dominación, la esclavitud y naturalmente la derrota. Es decir, el punto de vista doctrina se desdobra en el lenguaje ideológico al considerar políticamente la practica: el Dios cristiano y los españoles son necesariamente los vencedores, y el Demonio y los indios, los vencidos...” (Oswaldo Urbano / Simbología religiosa y conflictos sociales).

A este enfoque solo podía corresponder un corolario maniqueista en el que debía asumirse como “divina” (pero opresora) toda expresión autóctona. Es así que tenemos al afligido acento del mestizo Garcilaso patéticamente expuesto en el título del capítulo XXX de sus Comentarios Reales (*Enmudecieron los demonios del Perú con los sacramentos de la Santa Madre Iglesia Romana*), o la apología de los Trece del Gallo (Cristo y

doce apóstoles, Pizarro y sus doce compañeros¹) y –por último –la “horrorosa” y tendenciosa visión de la huaca Pachakámaq por el español Cieza de León:

“... Delante de la figura de este demonio sacrificaban gran número de animales y derramaban sangre humana de personas que mataban; y que en sus fiestas, las que ellos tenían por más solemnes, daba respuestas aquel demonio. Por los terrados de este maldito templo y por lo más debajo estaba enterrada gran suma de oro y plata (...). Algunos indios dicen que en lugares secretos habla aun este perverso demonio Pachakámaq...”.

Era, por ende, inexorable el franco despojo a la religiosidad andina que en forma abrupta tuvo que refugiarse en la clandestinidad: Las huacas son derruidas y los templos principales demolidos e incendiados (como en el caso del Qorikancha en el Qosqo y Pachakámaq en Lima), edificándose sobre sus escombros capillas e iglesias. La misma catedral de la “Ciudad de los Reyes” –en la plaza Mayor de la capital globocolonial –se edificaría sobre la destruida huaca local “Rímac”. Sépase que no existe en los Andes ecuatorianos, peruanos, bolivianos y del noroeste argentino un sola iglesia que no haya sido inaugurada –hasta mediados del siglo XIX –sobre los cimientos de los previamente demolidos templos inkaicos, o en todo caso edificadas –esas iglesias –en áreas sagradas denominadas “huacas”. De allí que los primeros huaqueros hayan sido precisamente aquellos seudopastores cristianicos.

Resulta esclarecedor el hecho de que sobre los restos del Qorikancha (equivalente andino del Vaticano cristiano) se edificara precisamente la iglesia de Santo Domingo, lo cual podría interpretarse como “reacción subconsciente” del cristianismo eurocentrista (a manera de autodesagravio cultural) contra los infieles “no blancos” en general. Hacia relativamente poco tiempo (1542) que la catedral de Santa Sofía,

1 El “1 + 12” forzosamente divinizado también en los mitos europeos del Rey Arturo y sus doce caballeros de la Mesa Redonda, o en los doce pares de Francia.

principal templo cristiano después de la basílica de San Pedro, había sido “convertida” (aunque no destruida) en mezquita por los turcos. Asimismo, el clero inkaico, vilipendiado y endemoniadizado, sería masacrado, perseguido y humillado; tal cual sucedió con las monjas andinas o vírgenes del Sol que, como narran las crónicas, luego de destrozado el acclahuasi de Cajamarca, traumatizadamente deambularían por las calles, “hechas unas placentas”, según testimonio de Cieza de León.

Era evidente que la escatología andina, o concepción nativa referente al propósito y destino final del hombre y del universo, había sido trastornada; producto de lo cual se suscitaría aquel trauma cultural o “(anti) Pachakúteq” que tanto ha repercutido en nuestra historia. Sería el jamás anunciado “mundo al revés”, denunciado por el indio Huamán Poma.

En general, todas estas condicionantes ya descritas frustraron –en el continente Abya Yala –la posibilidad de una renovación y/o rescate evangélico de aquel depravado (y extraordinariamente corrupto) “catolicismo a lo Borgia, cuya crematística dirección se regía racistamente por las “exigencias de apartheid” de su poderío terrenal-colonial, lo cual corroería –aún más –el ya exiguo potencial liberador de su doctrina original. A su vez, estas mañoserías retroalimentaban la tergiversación doctrinal vaticana, en el sentido que formalizaban un absurdo moral por el cual los errores individuales y mancomunados (principalmente estos últimos), que debieran doctrinalmente denominarse “pecados” (por consiguiente, ser sancionados), no solo les indultaba de ser meritorios de derrota (castigo), eran –de manera contundente –recursos primordiales (y maquiavélicamente políticos) de la victoria hispana, lo cual significaba –en su contracara –la fractura de los principios morales y éticos de la gentilidad andina.

Por eso, resultaba irrelevante la “incomprensión” de las masas nativas oyentes de un mensaje bíblico traducido lingüísticamente y adulterado políticamente, e inútiles las iniciativas colectivista-laborales de renovación y esperanza, como las de las misiones jesuitas entre los guaraníes, así como estéril el clamor de los indios cultivados, lectores del (seudo)

Evangelio castellano, como Huamán Poma, quien, cual profeta bíblico cobrizo, jamás terciaría en sus denuncias ante la corrupción de aquellos “pastores” carapalidas:

“... Padres míos, miren lo que manda Dios en el Evangelio, miren como lo siguieron los santos apóstoles y otros sacerdotes mártires, ensuciando ustedes la honra y mérito de ser sacerdote. Mira cristiano prelado, si hace esto un vicario: ¿qué ejemplo queréis que haga que haga a los pobres indios?, que un vicario, siendo vicario, mandaba juntar a doncellas y solteras, y con color de la doctrina desvirgaba a todas...”.

Entonces, ¿Qué buena nueva podía anunciarse ante una grey “de color” a la cual se le negaba la calidad de “prójima”? El Evangelio que se podía predicar, si es que se tenía un verdadero “cinismo de agallas”, solamente podía –prostituido ipso facto –aferrarse tendenciosamente a los rasgos superficiales de pasividad y resignación bíblicas, sobredimensionándose psicosocialmente en cuanto esencia (anti)pastoral de la política de dominación extranjera (opción por los ricos) y paralelamente disimular la radicalidad del Cristo histórico liberacionista (o sea, insurgente) en aquel sermón de la montaña que el reputado teólogo Romano Guardini calificara, nada menos, como *“la ofensiva de Dios en el mundo; la conmoción de la tierra por el cielo”* (sic).

Ineludiblemente aquel argucioso Evangelio católico “de conquista” solo podía –acá –traducir y predicar cualquier cosa menos una “buena nueva”, en razón a que bribonamente asumía una emboscada doctrina anunciadora, que aquel mensaje divino debía ser dirigido a todos y cada uno de los hombres siempre y cuando fuesen la imagen de ese extraño Dios, personificado en el genotipo de un crucificado individuo blanco y barbado... Similar a los invasores Pizarro, Valverde y Almagro. Simultáneamente, la sometida grey cobriza –vale decir la indiada y/o cholaje –sería “infaliblemente” (y oficialmente) considerada subhumana o, en el mejor de los casos, “sujeta a tutela” de aquellos mismos extranjeros elegidos por aquel Dios igualmente invasor.

Paradójicamente, esta argucia eclesiástica hallaría en la barrera

idiomática una oportuna coartada para barajar su prédica subyugadora, dado que –en aquel “caos traductor” (con déficit de felipillos) que también implico la conquista –se desatendía toda explicación respecto a la “mal nueva” camuflada de “buena nueva”. Y es que convenientemente –en los Andes –la praxis de revelación doctrinal católica no pudo, pero principalmente no quiso, rescatar (además que por la barrera lingüística) su más valiosa herramienta, como se supone era la predica oral auténticamente liberadora razón por el cual se recurriría a la imposición de legiones de imágenes (a menudo “santos” a caballo armados con arcabuz) –propias del “politeísmo católico” –sobre las derruidas huacas locales.

Téngase en cuenta que, allá en Europa, una de las principales motivaciones de la secesión protestante fue precisamente contrarrestar aquella mañosería clerical (católica) de aferrarse a un inentendible latín romano cada vez más misterioso y sospechoso para el campesino septentrional europeo, descendiente de las antiguamente convertidas tribus bárbaras germanas, galas, teutonas, cimbricas, etc., que, por supuesto, tenían su propia lengua. A aquel campesinado –dado el inaccesible latín (así como por el masivo analfabetismo) –le estaba, no solo imposibilitado, además prohibido el acceso directo a las escasísimas Biblias pre-Gutenberg (en ininteligible latín, pues aún no se traducían en idioma oriundo), ya que de lo contrario habría quedado evidenciada su transgresión por parte del falaz clero católico-romano. Si así se actuaba con el expoliado popoloroum blanco (allá en Europa), no debe extrañar el aterradorante trato que se daría a la “subgrey cobriza” en Abya Yala.

Considérese, además, que, si en la evangelización europea la barrera idiomática se ciñó a la simple traducción latín / castellano (o cualquier otra lengua romance o romanesca), aquí, superar dicho trance exigía al clero europeo readaptarse técnicamente a una doble y complicada traducción latín / castellano y castellano / kechua-ayamara... Estos últimos, idiomas con los cuales no se tenía relación lingüístico-cultural alguna.

Esta "oportunísima" traba idiomática, no obstante el afán del curato latino en aprender la lengua aborigen (llegando a publicar catecismos paporreteros en kechua en el siglo XVI y en aymara en el siglo XVII, más que todo para autómatas como también para captación de una cómplice sacristanía mestiza), no solamente "justificaría" aún más su carácter –reitero –"oportunamente" incognoscible y, por ende, *ad hoc* para el rol despojador (crematístico) del coloniaje, sino que, además, alentaría la tendencia (que se generalizaría en toda Abya Yala) por parte de la Iglesia cristiana "de conquista", a valerse de un coactivo chantaje sacramental (¡hoguera o bautizo!) en una labor que de ninguna manera podriase –por lo menos en aquella coyuntura racista –calificar de pastoral.

CAPÍTULO V

¿Creer para comprender o comprender para creer?

PARUSIA BIBLICA E INKARRI

Aquella consigna colonizadora de la isla del Gallo, ¡al Sur ser ricos!, revelaría premonitoriamente la “santa ansiedad” de riqueza plasmada en las crematísticas búsquedas del Dorado, la Canela y el Paititi, en cuanto antítesis de las utopías socialistas (tesis) elucubradas desde Europa respecto a las culturas originarias de Abya Yala.

No obstante, en los exterritorios tawantinsuyanos la población cobriza sobreviviente –logrando mantener aun hegemonía demográfica –pudo superar aquella antítesis destructora, despobladora y “evangelizadora”, mediante una síntesis de esencia nativista, milenarista y etnomesianica, vale decir de reivindicación histórica: el Inkarrí.

La incompatibilidad entre el rescate espiritual implícito en el clamor huamanpomesco y el crematístico catolicismo “a lo Borgia” pone al descubierto un absurdo doctrinal que refleja a lo *sui generis* de las utopías elucubradas en los Andes por el elemento europeo. No es difícil percatarse de que el denominador común de estas consistía en la riqueza obtenida inmoralmente, tal como se infiere de las “imaginaciones áureas” del Paititi, El Dorado, La Canela, etc., en las cuales el “idealismo” propugnado (si así se le podría llamar) refiere aquel sentimiento codicioso plasmado en la consigna saqueadora de los Trece del Gallo: ¡al sur a ser ricos! Algo muy diferente al “resentir estomacal” de las utopías populares elucubradas paralelamente en una hambrienta Europa¹, tales como las denominadas “cucañas” (el país de los ociosos, la casa de chocolate de

¹ En este párrafo específicamente aludimos las utopías vulgares y no a las utopías socialistas o “cultivadas” de intelectuales como Moro, Bacon, Harrington, Campanella, etc.

Hansel y Gretel, la montaña de azúcar o la del cerdito asado, que huye con un tenedor incrustado en su panza, etc.), las cuales reflejan la ansiedad de proteínas por parte de las explotadas y sufrientes masas del Medioevo europeo.

Efectivamente, aquellos míticos “países de abundancia”: abundantes en oro y plata en América y –a su vez –en ocio y buena mesa en Europa, puesto que respectivamente constituían ansiedad vulgo-elitistas acá (los conquistadores provenían del vulgo europeo, pero en América constituirían la elite) y vulgo-populares allá... A la postre evidenciaban el doble planteamiento cristiano para ambos hemisferios.

Sin embargo, también surgió un tercer tipo de ansiedad: las “utopías socialistas” de cierta intelectualidad europea (inspirada en el colectivismo natural de aquellos “buenos salvajes”, desconocedores de la propiedad privada, hallados en el “nuevo orbe”), con lo cual zanjábase un abismo moral respecto de aquellas otras “utopías saqueadoras” elucubradas por sus corrales – conquistadores (de extracción vulgar, pero que acá – reiteramos –constituirán la nueva casta o etnoclase dominante) en América. Tenemos, así, el (abismo moral) existente entre la *Nueva Atlántida*, de Bacon, y el *País de la Canela*, de Gonzalo Pizarro; la *Ciudad del Sol*, de Campanella, respecto al *Dorado*, de Lope de Aguirre; así como *La Oceána*, de Harrington, respecto al *Paititi*, de Alvarez Maldonado: las primeras eran las antítesis de las segundas.

Si bien es cierto que en su manifestación culta –desde allá (Europa) – la respectiva utopía conceptualizada como aquel “país imaginario allende los mares” en donde estaban superados los impedimentos para la consecución de la sociedad ideal, podemos entonces percatarnos –a este lado de los mares, o sea, aquende Abya Yala / Andes –que en su manifestación popular (y cobriza) dicho concepto variasen los sujetos históricos. Es así que entre la devastación de la conquista, o sea, del apocalipsis que implicó la destrucción de las Indias, se generó en la población cautiva –dentro de la añoranza idílica al comunitarista y pretérito “buen gobierno” inkaico –un instantáneo rechazo a la tiranía

extranjera que implicaba la (mal)santificada propiedad privada “de color” blanco... Vale decir la resistencia del comunitarismo nativo ante el feudalismo extranjero, la cual desde todas sus manifestaciones –armadas como desarmadas –iría convergiendo hacia un ideal reivindicacionista y, por ende, autóctonamente renacentista: el Inkarri.

Desde este enfoque observamos –en Europa y en los Andes –varios tipos de utopía (cuadro N.º 1) que, clasificados en función de los sectores socioculturales implicados y a la respectiva “ansiedad”, distinguen en las utopías populares (europeas como andinas) cierta coincidencia y/o referencia, pese al contraste de sus respectivos (material y espiritual):

Cuadro N. ° 01

CLASIFICACION GEO-ETNOCULTURAL DE LAS UTOPIAS

LUGAR DE ORIGEN	SECTOR SOCIOCULTURAL IMPLICADO	CONTENIDO	ANSIEDAD	EJEMPLOS
Europa	Elite / occidental	Espiritual	Sociedad ideal (socialismo utópico)	-Utopía -Nueva Atlántida -Ciudad del Sol -Macaria, etc.
Europa	Popular / occidental	Material	Supresión del hambre	-Cucarachas: Montañas de azúcar. Tejados de jengibre
Abya Yala (América)	Elite-"vulgar" invasora / occidental	Material	Riqueza material (codicia / oro)	-La canela -El Paititi -El Dorado, etc.
Abya Yala (América)	Popular /andina	Espiritual	Social ideal (colectivismo)	-Pachacuti -Resurrección de las huacas -Inkarri

- La Cucaña (Utopía europea) con aquella tierra prometida donde “manaba leche y miel” (Viejo Testamento).
- El Inkarri (utopía andina) con la Parusía o segunda venida de Cristo (Nuevo Testamento).

En cuanto a la relación (¿coincidencia o referencia?) entre la utopía Andina y el Nuevo Testamento, la evidencia de que el Inkarri se genera con la muerte del último inka (Túpac Amaru I / 1572) de la resistencia activa de Vilcabamba, descarta toda “coincidencia” respecto al contenido de pasividad política inscrita en la pasión del Cristo oficial. Por consiguiente, se deduce que se trataría de una “referencia”, en el sentido que para manifestar su contenido reivindicativo adopta (el Inkarri) ciertos rasgos judeocristianos a manera de recurso difusivo, pero a la vez como medio de camuflaje político que en aquella coyuntura represiva era lo único factible.

En esta misma “coyuntura de factibilidad” se genera aquella convenida anuencia de los cronistas indios y mestizos respecto a que Wiracocha era “blanco y barbado” (como Cristo y Pizarro) o que el mítico Tunupa era Santo Tomás (algo que en México también sostuvieron los curas respecto a Quetzalcóatl); lo cual, debe entenderse, era la única manera para que esas crónicas pudieran camuflarse, y así –superando la censura –ser consentidas por la vanidad e intolerancia católica, para de esa (única) forma llegar a las casi inaccesibles imprentas madrileñas, todas bajo censura del Santo Oficio inquisidor.

En cuanto a la salvación propugnada en aquel atemporal Inkarri, este al igual que la Parusía bíblica de los primeros siglos, debía contemplar una clandestinidad fe cuya potencialidad expresiones ideológicas y míticas, implicantes de un discurso impugnador del recientemente impuesto establishment globocolonizador. Más grave (e insurgente) aun: propugnabase un *nuevo tiempo del inka*, en cuya consecución se recurría (entre tantas desgraciadas ocurridas desde la guerra civil inkaica) a interpretar como anuncios del “inminente retorno” de la divinidad andina, aquella hipercalamidad que fue la peste multibacteriológica (que

diezmaría la población autóctona), así como las “reacciones telúricas” del Pachakamaq (el que transforma y hace temblar la Tierra) vía las devastadoras erupciones de los volcanes Cotopaxi² (1534 / Chinchaysuyo) y Huaynaputina (1600 / kontisuyo), que precisamente abarco –este Kontisuyo –la región donde se difundiría mayormente la práctica del Taki Onqoy. Respecto a tales erupciones telúricas (en plena invasión), Raúl Porras Barrenechea³ bosquejaría un apocalíptico escenario, desde perspectiva de runa andino, bastante pertinente:

“... Cualquier indio pudo pensar, en aquel momento, que una terrorífica conjuración de los elementos y de los hombres se cernía sobre ellos; fantasía apocalíptica hecha realidad. Reventaban los volcanes, crujía la tierra, llovía ceniza, el cielo se ennegrecía de humo y ejercicios de seres desconocidos e imprevistos surgían de todos los puntos del horizonte...”.

De esta forma los traumatizantes recursos del “Españarri católico”, tales como el arcabuz (illapa), la artillería (hatun illapa), la caballería, el hierro, las armaduras, los perros de guerra, los hombres blancos barbados, los no menos extraños hombres negros, las carabelas, etc., fueron subjetivamente enfrentados por el Inkarrí andino mediante tales –no menos traumatizantes –interpretaciones de aquellas otras hecatombes telúricas y bacteriológicas, que no cesaban de atormentar al ya excesivamente castigado y diezmado runa (poblador) andino.

² Volcán de los Andes ecuatorianos en la provincia del mismo nombre.

³ Pizarro, Ed. Suma, Buenos Aires, 1944.

Cuadro N. ° 02

Caracteres de las figuras milenarias

FIGURA MILENARIA	ESTRUCTURA REEFERENCIAL PRETERITA	PRESENTE	FUTURO
PARUSIA (PROFECIA)	NO TIENE	NO TIENE	EN CIERNES (Juicio final)
INKARRI (UTOPIA)	SI TIENE (TAWANTINSUYO)	EN DESTRUCCION	EN CIERNES (Por construir / Pachakúteq)

Esta serie de flagelos ocurridos en tan corto intervalo de tiempo, conjugados con la hambruna generalizada, la peste, el colapso del núcleo familiar cobrizo, así como con la resistencia inkaica en la “frontera” de los antisuyos de Vilcabamba, tendían en su conjunto a reproducir los llamados “cultos de crisis”⁴ de tipo existencial, descritos como el Taki Onqoy, el Muru Onqoy, la resurrección de las huacas, etc., cuyas performances no eran sino la patología de una angustia colectiva ante la imposición de no solamente abandonar la veneración al Pachakamaq, sino –más doloroso aun –negar de sus divinidades tribales o penates, inclusive anteriores al Tawantinsuyo y, por consiguiente, más arraigadas en el sentimiento popular cobrizo; siendo quizás el caso más ejemplarizador y digno el del general atahualpista Chalcuchimac, quien –ya prisionero de los españoles -, rechazando con indignación el sacramento bautismal católico, se arroja a la hoguera invocando al Pachakámaq.

Cada uno de estos cultos de crisis, en sus respectivos procesos de expresión, represión y supresión, convergentemente plasmarían el macromarco milenarista del Inkari –propio de una reacción histórica (y lógica) ante la hecatombe cultural –que, en el transcurrir de los siglos, se ha venido readaptando y metamorfoseando en las más diversas formas y matices que abarcan desde las íntimas (y aun actuales) ofrendas a los apus y huamanis del atávico panteísmo andino; el rechazo encubierto al ritual sacramental católico; el mito e ideología de las rebeliones indias y mestizas; los sueños de Gabriel Aguilar; el frustrado proyecto confederativo panandino del mariscal Santa Cruz; la danza de tijeras y las diabladas del Kollao; el multitudinario peregrinaje cobrizo al Koyllur Riti, hasta las apologías arguedianas al “socialismo mágico” e inclusive el Nuevo Pacto universal del calumniado Ataucusi, así como el “Andahuaylazo” etnocacerista. Y toda esta diversidad de expresiones contiene como denominador común el rasgo esencial que caracteriza a los cultos de este tipo, vale decir, la impugnación pasiva o activa a un modus

⁴ Marco Curata, *Mito y milenarismo en los Andes: del Taqui Onkoy al Inkari*.

vivendi extranjerizado que degrada a la colectividad nativa, de soberana a paria, nada menos que en su propia tierra.

En esta parte, para poder proseguir con la lectura, se hace necesario precisar los conceptos de utopía y profecía:

- Entendamos la utopía como el hecho o lugar imaginario proyectado obviamente al futuro, puesto que no existe objetivamente "aun" en el tiempo presente.

- En cuanto a la profecía, entendámosla como la predicción inspirada (por la divinidad) respecto a un acontecimiento futuro.

Por consiguiente:

- La palabra "utopía" es un término de naturaleza profana.

- La palabra "profecía" es un término de naturaleza sagrada.

La contrariedad entre ambas naturalezas –la profana y la sagrada – se genera de la oposición clásica entre la razón y la fe: mientras que en la utopía "se comprende para creer", en la profecía "se cree para comprender. Es esa, efectivamente, la diferencia substancial entre el inkarri (utopía) y la Parusía (profecía). Y aunque ambas tienen en común su respectiva proyección milenarista y otras coincidencias de forma, es evidente que tanto la profecía de la Parusía como la utopía del Inkarri tienen como pasado referencial sus respectivos personajes centrales, como los son el Cristo y el inka (cuadro N. 2). Pero mientras que la Parusía solamente es entendible creyendo ciegamente en la vida y pasión de Cristo como requisito para valorar la trascendencia de su segunda venida, así como del Juicio Final; por su parte, el Inkarri es indescifrable si no se le adjunta la comprensión (mítica o científica) de aquel *modus operandi* estructural que concretamente fue el Tawantinsuyo, para tener conciencia de la trascendencia del Pachakuti que determinaría el retorno del inka:

"... La idea del regreso del Inca no apareció de manera espontánea en la cultura andina. No se trató de una respuesta mecánica a la dominación colonial. En la memoria, previamente, se reconstruyó el pasado andino y

se le transformo para convertirlo en una alternativa al presente. Este es un rasgo distinto de la utopía andina. La ciudad ideal no queda fuera de la historia o remotamente al inicio de los tiempos. Por el contrario, es un acontecimiento histórico. Ha existido. Tiene un nombre: Tawantinsuyo. Unos gobernantes: los Inkas. Una capital: el Qosqo. El contenido que guarda esta construcción ha sido cambiado para imaginar un reino sin hambre y donde los hombres andinos vuelven a gobernar. El fin del desorden y la oscuridad. Inka significa idea o principio ordenador...”

(A. Flores Galindo, *Buscando un Inca*).

Al igual que toda figura milenarista, tanto la utopía como la profecía carecerían de fundamento sin los respectivos mesías. Pero a diferencia de la primera que debe ser antecedida por el anticristo degenerador (como necesaria “señal de los tiempos” de la proximidad del verdadero Mesías regenerador), por su parte, en el Inkarri todas las calamidades suceden ya: nos encontramos en pleno ciclo (cristianico-globocolonial) anti-andino. Ello contribuye a determinar (en **el latente inicio cíclico del “nuevo tiempo del inka”**) que la personificación mesiánica en los Andes es una posta histórica que *ipso facto* recae en todo aquel personaje que, en el fragor de las coyunturas, represente temporal y trascendentalmente un liderazgo no solamente impugnador del statu quo “intoxidentalizador” (y –ahora –además neoliberal), sino –en su contracara –propugnador de un nuevo y reivindicativo orden. Es precisamente este el rasgo común de todos aquellos liderazgos mesiánicos que, iniciados en la Vilcabamba de Manko Inka, continuarían –en sus principales hitos –con Juan Santos Atahualpa hasta su cúspide más elevada en Túpac Amaru II, quien se autotitularía nada menos que inka-rey (inkarri) del Perú.

CAPÍTULO VI

Cristianismo, cretinismo y sincretismo

PACHAKRISTO

Si algo caracterizo a la teocracia andina, fue la tolerancia religiosa propia del modus operandi “seductivo” de su expansión. Dado que el monoteísmo, más aun abstracto (a donde ingresaba la religiosidad inkaica), es incompatible con olimpos y panteones, optaron políticamente –los inkas –por mantener aun el primigenio culto solar con el respectivo disco áureo en el Qoricancha, a fin de que las divinidades de las tribus incorporadas a la confederación tawantinsuyana incrementasen su “escolta”; razón por la cual el abstracto Pachakamaq quedaría más arraigado en una elite que inclusive preserva un idioma aparte. Lo cierto es que tal divinidad suprema seria convenientemente aludida –por Garcilaso –como aquel “espíritu Wiracocha” apareció al aquí Pachakúteq para prevenirle de la ofensiva chancka. Y es que siglo y medio después, ante la invasión europea, los cronistas indios y mestizos se verían obligados –por instinto de conservación cultural –a destacar la “oportuna coincidencia” (entre religiones de tendencia monoteísta) respecto a una teológica tawantinsuyano (Pachakamaq) y el Creador-Padre de la Trinidad judeo-eurocristiana.

Dado que subjetivamente refleja el objetivo liberador de la raza cobriza (variedad kechuaymara) conquistada, la figura milenarista del Inkarrí se erige como macroculto semiclandestino de intenso contenido etnopolítico y, por ende –desde una perspectiva occidental -, profano / insurgente. No obstante, entre, sus microcultos conformantes existen figuras de corte mestizo y naturaleza semicatólica en las que se distingue cierto sincretismo religioso (por consiguiente, con “algo” de contenido oficial) que, pese a contemplar la respectiva cuota cristiana, mantienen un estatus informal a causa de la intransigencia vaticana hacia toda la expresión religiosa de extracción “impura” o bajo influencia pagana (entiéndase extra-occidental).

Pero así como de aquel choque de civilizaciones emanaron, “entre armas y caballos”, manifestaciones de sincretismo no solo religioso, pues también las hubo de cretinismo; este último término, galicismo (chretien / cretino) derivado de la misma raíz etimológica de “chretien” (traducción al francés de la palabra latina christianus), desprendiéndose que en cierto modo cristianizar rasparía con estupidizar¹, o sea cretinizar; acepción observada por Carlos Milla en su obra Ayni. Efectivamente, si allá en la Galia nativa la romanización determino la latinización y mediante esta la posterior cristianización², definitivamente tuvo que implicar la “desgaliación” cultural de aquel pueblo (galo) recientemente conquistado. Ergo: de tal chretienisation (cristianización) terminaría derivando un nuevo termino idiomáticamente sincrético: el chretienisation (cretinismo) alusivo a la estupidización inherente a todo proceso acomplejador / alienante sobre los pueblos conquistados. Si así acaeció en la Europa romanizada, pues no extrañe que posteriormente la labor de domesticación globocolonial pro-europea sobre las etnoculturas “de color” no blancas, haya requerido de su respectiva dosis amnésico-colectiva, por ende, anuladora de la identidad nativa (estupidización)... En resumen, contraria al genuino e integracionista sincretismo.

En todo caso, ha de precisarse que el auténtico sincretismo integrador –en pleno choque de civilizaciones –sería coherentemente invocado por el propio Atahualpa desde el episodio mismo de Cajamarca:

“... O que sois ministros de Dios, a quien nosotros llamamos Pachakamaq, que os ha elegido para castigo y destrucción nuestra. **Dios tres en uno, que son cuatro, a quien ustedes llaman ‘Creador del Universo’, por ventura, ¡es el mismo a quien nosotros llamamos Pachakamaq!...**”

(Comentarios Reales).

1 En el diccionario castellano de la Real Academia, cretino equivale –entre otras acepciones –a “ESTUPIDO”.

2 La conquista de la Galia por Julio Cesar culminó apenas medio siglo antes del inicio de la Era Cristiana.

En esta parte del dialogo entre el inka y Valverde se aprecia de manera explícita –en el primero –el convencimiento teológico que ambos seres supremos: el Dios del cristianismo (“Dios tres en uno”: la Santísima Trinidad) y el Dios andino (Pachakamaq) serian “el mismo”... Vale decir, en convergente unidad suprema, tal como lo volvería a plantear, tres siglos y medio después, aquel cacique piel roja (el Jefe Seattle) al comisionado de EE.UU. de Norteamérica: *“Una cosa si sabemos; es que quizás el hombre blanco descubra que su Dios y el nuestro son el mismo Gran Espíritu”*. Por otro lado, respecto a la referencia atahualpista “que son cuatro”, el mismo Garcilaso lo atribuye a fallas en la comprensión por causa de la pésima traducción de Felipillo. Embrollos y malentendidos garrafales que se darían constantemente –dada la barrera lingüística –en una Abya Yala confundida con “Las Indias” (alusivas al extremo asiático ribereño con el Pacífico), enfatizados acá con el también errático origen del nombre Peru³. Si a todo esto agregamos la primeriza interpretación “divina” que causo el aparato militar occidental para un bando absorto ante las armas tan inexplicables como los “rayos” (illapas) de la artillería y arcabucería, así como la conmoción causada por los “fabulosos equinos”, además de la providencial (para el sector huascarista) captura y “ajusticiamiento del auca” (Atahualpa), pues entonces esos barbados seres de color extraño “tenían” que asemejarse a aquel Wiracocha –hábilmente acomodado por Garcilaso –de la visión del joven Pachakúteq durante la invasión chanka (la gesta más trascendental de la historia inkaica), acaecida siglo y medio atrás.

En los *Comentarios Reales* (cap. XXI del Libro Cuarto) se narra un pasaje previo a la batalla aquella que enfrento a chankas e inkas en Yahuarpampa, cuando el auqui Pachakúteq tiene la visión de un “espíritu barbado” anunciador de la invasión de las tribus serranas de la cuenca del río Pampas, lideradas por el caudillo Hanco Huallu. Aquel espíritu, readaptado (ante la censura occidental) por el cronista Garcilaso a las formas cristianas, seria aludido como “Wiracocha”: precisamente el apelativo asignado por la grey cobriza a los invasores. Y es que en aquella dramática coyuntura de guerra civil inkaica e invasión extracontinental

³ El nombre de “Perú”, tal como refieren las crónicas del “descubrimiento y conquista”, proviene de la incorporación lingüística entre unos invasores europeos cuya nave acodera frente al delta de un río ubicado en la actual costa colombiana del Pacífico y un nativo del lugar, en el primer cuarto costa colombiana del Pacífico y un nativo del lugar, en el primer cuarto del s. XVI. De esta incomprensión se deduce el apelativo “Pelú” como nombre genérico de todas las tierras “por descubrir” desde el istmo panameño hacia el sur.

euroafro, no cabía mejor explicación (y asociación -conveniencia) posible. Podía, además, prestarse como la comunión suprema anunciada por el propio Huayna Qápaq poco antes de su fallecimiento a causa de una “misteriosa enfermedad”, como fue la expansiva peste de viruela euroasiática, desembarcada desde 1492.

Vayamos, pues, al anuncio-profecía de aquel inka, readaptado con urgente necesidad por Garcilaso en su interés político de darle “enganche cristiano” al historial sacro-inkaico a fin de garantizarle, vía la escritura foránea, su codificación dentro del nuevo establishment. Por ende, registrándolo o más exactamente “asegurándolo” en el alfabeto invasor, preservando así –aunque sea parcialmente –perennidad memética en medio de la destrucción no solo genética:

“Yo me voy a descansar al cielo con Nuestro Padre Sol, que hace días me revelo que me llamaría (...). También sabemos que se cumple en mí el número de doce inkas. Certifícaos que pocos años después que yo me vaya de entre vosotros, vendrán unas gentes nuevas y no conocidas en estas partes, que cumplirán lo que nuestro padre Sol nos ha dicho: que ganaran nuestro imperio...” (Comentarios Reales, I Parte, libro noveno, cap. XV: Testamento y muerte de Huayna Qápaq).

Refiérase que aquel convencimiento teológico de la “(com)unidad suprema” no solamente era propio de la tolerancia político-religiosa acostumbrada en el inkario, sino que además sería manifiesto en la feligresía andina ya en la “post-Guerra Santa”, tal como se describe en los *Comentarios Reales* la novel celebración del Corpus Christi en la ciudad del Qosqo, narrándose un incidente entre dos indios veteranos de las guerras de la conquista: el uno, un noble orejón del bando inkaico; el otro, un kañari del bando hispano. El incidente aludido es ocasionado por la actitud del kañari al mostrar públicamente –en plena celebración –la cabeza trofeo de un guerrero de Manko Inka, muerto durante el cerco del Qosqo, acaecido (en aquel entonces) un par de décadas antes, a lo que el ya viejo orejón increpa:

“... Perro traidor, ¿hiciste tu esa hazaña con fuerzas tuyas, o en virtud de **este Pachakamaq que aquí tenemos presente** [señalando la

catedral edificada sobre un palacio inkaico]? Y si lo quieres experimentar **ahora que todos somos cristianos**, vuélvete a poner en esta plaza con tus armas. ¿No sabes que en esos mismos días y en esta misma plaza cortamos cientos de cabezas españolas y que el Inka tuvo rendidas decenas de alabardas? ¿No sabes que dejamos de hacer guerra a los españoles y desamparamos el cerco, y que nuestro príncipe se desterró voluntariamente (a Vilcabamba) dejando su Imperio a los cristianos, viendo **tan grandes maravillas como el Pachakamaq hizo a favor y amparo de ellos**? ¿No sabes que matamos por esos caminos del Rímac al cusco centenares de Españoles?...”

O también tenemos, corroborando aquella “sacra convergencia suprema”, treinta años después del episodio de Cajamarca, la actitud de Sayri Túpac, quien, luego de salir del refugio de Vilcabamba, llega al Qosqo en donde:

“... Visito la iglesia Catedral y el convento de Nuestra Señora de las Mercedes, el de San Francisco y el de Santo Domingo, en los cuales **adoro con mucha devoción el Santísimo Sacramento, llamándole ‘Pachakamaq, Pachakamaq’...**”

(Comentarios Reales)

Se sobreentiende, entonces, por qué no debe asombrar la dimensión sincrética del archipiélago de cultos vinculados al Inkarrí: desde las multitudinarias peregrinaciones a los santuarios andinos del Koyllur Riti, el señor Cautivo de Ayabaca, La Cruz de Chalpon, el Señor de Muruhuay, etc., hasta detalles aparentemente de origen foráneo, como las procesiones de octubre (mes morado), el mes de los difuntos (Aya Marçay quilla), el luto (“color pardo”), etc. Los cuales el cronista Huamán Poma, previo rescate de su raíz etnológica, remonta a la época de autonomía cultural nativa.

En lo concerniente a este cronista y profeta indio, hemos de reconocer previamente que aquella “memoria huamanpomesca” no solo constituye un bastión autentificador del sincretismo religioso occidental-andino, simultáneamente impugna al contrainsurgente e inhumano absolutismo católico, apostólico y romano; vale decir, en actitud análoga

al clamor de los profetas rebeldes del Antiguo Testamento (Elías, Esdras, Jeremías, Miqueas, etc.) contra la opresión extranjera, ya sea babilónica, romana o –en nuestro caso –hispana. De ahí su contribución a la preservación de una “fe propia” vinculada a la religiosidad ancestral andina, como, por ejemplo, cuando refiere (y rescata) –Huamán Poma –el mes de las procesiones (octubre) o el de los muertos (noviembre):

“... Procesiones que hacían los inkas y algunas penitencias y sacrificios: no se reían ni dormían con mujeres, y siempre estaban tristes, sin conversación, los ojos al suelo y cubiertos de luto, todos los hombres y mujeres en todo el reino. **Esta penitencia estaba puesta en la ley inka.** Procesión para echar enfermedades y pestes, tiraban hondadas con fuegos y voces, haciendo llanto y diciendo ‘quilla mama’, **en el mes de Octubre ‘huaca yasumquin Pachakámaq’...**”.

“... Noviembre: Aya marcay quilla. Este mes fue el mes de los difuntos. El luto para ellos era el vellorí, al que llamamos color pardo [negro]...”.

No obstante haber redactado sus crónicas en pleno statu quo globocolonizador, lógicamente con la precaución de adscribir el “paganismo” de los autóctonos al visto bueno del catolicismo de los foráneos, los cobrizos Huamán Poma, Titu Cusi Yupanqui y Santa Cruz Pachacuti Yamqui, así como los mestizos Garcilaso y Blas Valera (clérigo censurado por su misma congregación jesuita), no tuvieron más opción que camuflar la religiosidad andina bajo formas católicas, evitando así tácticamente revelar (y alertar) al curato extirpador de que el principio “creacionista” –impuesto por la teogonía invasora –resultaba irrelevante para la teogonía invadida, dado que está considerada que la más elemental función divina consistía en la periódica (re)ordenación de la eternidad cósmica luego del respectivo cataclismo-cíclico o Pachakuti. Tratabase de teogonías, más aun, de cosmologías contrapuestas. Y es que si desde la perspectiva occidental se contempla la creación del todo desde la nada, terrenalizándose (tal perspectiva) en el continente impicante de la destrucción (de las Indias) con el subsecuente etnocidio, en cuanto condicionamiento de algo así como la “deconstrucción colonial”... Contrariamente la cosmología filosófica del inkario se revelaba

constructora por antonomasia, dado que su rol (re)ordenador-pachakamista implicaba el convencimiento que el "todo siempre existió", y que simplemente constaría –el eterno tiempospacio cósmico –de ciclos alternativos de caos y orden.

Por consiguiente –retomando el camuflado clamor de los cronistas / profetas cobrizos -, dichos legados no dejan de constituir francas denuncias cuyos calibres subversivos explican la censura colonial y neocolonial (republicana), tanto de los españoles peninsulares como (posteriormente), tanto de los españoles-americanos, estos últimos beneficiados a costa del tributo cobrizo y la esclavitud negra, en aquel separatismo criollo, bendecido por el "Dios de Jacob", denominado *Independencia*.

Por supuesto, que también sobreviven, por toda la dorsal andina, otras manifestaciones menores de sincretismo religioso, aunque de prevaleciente faceta laica, como, por ejemplo, la descrita por Flores Galindo en la fiesta de Chiquian donde "se enfrentan y fraternizan" inkas y capitanes. Mensajes similar que también se da con la Mamanchik Santa Rosa (Kerojamanan / Ambo), en donde batallan varios "chuscos" (pizarros), dos "brazos" del inka, el inka, dos payas y cuatro auquis, en medio de gran despliegue de cruces versus unanchas (banderas tawantinsuyanas), conjugándose así –en todas esas festividades andino / cristianas – las respectivas "pasiones" de Atahualpa (estrangulado), Túpac Amaru I (decapitado) y Túpac Amaru II (descuartizado post mortem) con la resurrección de Jesucristo, estimuladoras –todas –de la insurrección justiciera del Inkarri.

Vale decir, una parafernalia etnoreligiosa con su respectivo fulminante de rebeldía sociopolítica. No es casual, por consiguiente, que, en las caóticas republiquetas criollas del aérea andina, todos los eventos político-contestatorios de carácter etnonacionalista, en su afán "reordenador" (principal característica del Pachakamaq), se inauguren necesariamente, al siglo XXI, con una eucaristía andina (pago a la Pachamama) en medio de un mar de wifalas y unanchas... Tal como se

aprecia, cada vez más frecuentemente, en las denominadas “anticumbres” representativas de los sectores populares, todas paralelas y contrarias a las “supercumbres neoliberales” bendecidas –a su vez –por el Valverde, Areche o Cipriani de turno, en su afán de santificar la fariseica alianza entre el dólar imperial y el Dios impostor.

CAPÍTULO VII

Manco Cápac , Sócrates y Jesucristo

HUACCHACÚYAC: AMADOR (Y LIBERADOR) DE POBRES

La dinámica histórica del pensamiento mundial interrelaciona la pauta filosófica, el mensaje religioso y la consigna política, si bien es cierto en milenaria pugna, pues a la vez en convergencia. Es así que, en el siglo XVI, el choque de civilizaciones inkaico / hispano revelo –más allá del etnocidio y apartheid –una camuflada y poco estudiada “pugnaz convergencia” entre:

1- La pauta socrática (“mi republica existe solo en la mente, pues no está en la Tierra; pero en el cielo hay probablemente un modelo de ella”).

2- El mensaje de resignación cristiano (“bienaventurado los pobres que de ellos será el reino de los cielos”).

3- La consigna inkarrista / mesiánico-terrenal del Huacchakuyac (amador de pobres”).

La religión, más acá de su concepción cósmica e historiografía sacra, comprende también un código moral; algo que, en el caso de la religiosidad vigente en el Tawantinsuyo vincula los “tres amas” (no seas ladrón, no seas ocioso, no seas mentiroso) con el sacro-ecologismo hacia la Madre Tierra (Pachamama), así como con el “colectivismo instintivo” del ayni, la mita y la minka... Sobrevivientes a la intolerancia católica hacia un clero pachakamista que pasaría abruptamente a la clandestinidad bajo el calificativo de “diabólico”.

Rezagos de aquella resistencia a los Valverdes y Luques de entonces los tenemos en los “danzaq’s” de tijeras, que según el juicio inquisidor

foráneo “bailaban” en ritual de pacto con el demonio”, cuando en realidad representaban a los perseguidos remanentes del clero cobrizo que en aquella guerra de credos –como fue la Conquista –resistieron al catolicismo en pro de la preservación del milenarismo culto pachakamista, así como a divinidades lares como apus y wamanis. Esos angustiados danzarines vendrían a ser los “huatucs” o párrocos de las demolidas huacas en pugna con los curas de las inauguradas iglesias.

Es así que las iglesias tenían que calumniar, maldecir y arrasar a las huacas, en un proceso de infernalización precolombina –tal como se aprecia en el publicitado filme de Mel Gibson, *Apocalypto*, referente a los (patológicamente) “sanguinarios” aztecas¹ –donde se concluiría que, en Abya Yala, la “buena nueva” o evangelio fraterno de amor al prójimo únicamente podía provenir de allende del Atlántico.

1 Peter Hassler –etnólogo alemán dedicado a la investigación de las “fuentes históricas” que afirman la existencia de sacrificios humanos entre los aztecas –efectuó serias revelaciones en su obra ¿Sacrificios humanos entre los aztecas? Un estudio de las fuentes y de la ideología, en la que –en resumen –desbarata tales fuentes bajo los siguientes argumentos:

- a- No existe un solo “testimonio”, o sea ninguna fuente DIRECTA DE UN TESTIGO PRESENCIAL. Las referencias “visuales” del clérigo inquisidor Bernal Díaz del Castillo, efectuadas desde el campamento de Pedro de Alvarado (instalado en Taclopan), resultan falaces, ¡pues Taclopan dista a 7 km del Templo Mayor donde supuestamente se efectuaron los sacrificios de los prisioneros españoles!
- b- Todos los “testimonios” se basan en el dudoso “oír decir” en el caso de “testigos españoles” y en la tortura o tormento para el caso de los “testigos indios”.
- c- En aquel entonces, endilgar sacrificios humanos y sodomía eran justificativos o pretextos, según las “relaciones exteriores” medievales, para que un reino fuera invadido y despojado.

Para tal misión de lavado cerebral masivo urgía previamente descalificar (vale decir diabolizar) todo recuerdo del derruido establishment inkaico; tarea encomendada por el virrey Francisco de Gamboa (1532-1592), cuya obra, *Historia de los inkas* (también conocida como historia indica), tendría harta influencia de otro cronista, algo más antiguo, llamado Juan de Betanzos (Suma y narración de lo inkas), este último emparentado con la Casa Real Inkaica (estaba casado con una sobrina de Atahualpa) y aprendiz del Kechua, respecto a lo cual –como ironizaría Garcilaso –“presumía de gran lenguaraz”, al grado de servir como traductor cortesano del virrey que sentencia a muerte al último soberano inka de Vilcabamba. Pues bien, aquel discípulo –Sarmiento –aún más avezado que su maestro lenguaraz, escribiría por paga mercenaria la Historia indica, calumniosa del inkario, tal como observa Flores Galindo:

“... (En esta Historia Indica) los inkas aparecen como gobernantes recientes, tiranos y usurpadores, que expanden el imperio por la fuerza, a costa de los derechos de otros monarcas más antiguos y tradicionales. Habían arrebatado el poder. Los conquistadores españoles, por lo tanto, no tenían que respetar ningún derecho porque no existía. Al expulsar a los inkas, en todo caso, estarían reparando una injusticia anterior. Pero había aún más en el discurso toledano aquel: los inkas eran idolatras que convivían con el diablo y ejecutaban sacrificios humanos...”²

Precisamente aquel par de cargos imputados por Toledo a la dirigencia inkaica (idolatría y sacrificios humanos) constituían en el –digamos –“derecho supranacional” de las realezas del Medioevo europeo, amparando por el papado, el justificativo político para emprender la invasión de cualquier comarca con la respectiva deposición del “bárbaro monarca”. Obviamente, las respectivas pruebas solían ser las interesadas calumnias “escritas” de uno que otro militar o fraile cronista / inquisidor, llámense Bernal Díaz de Castillo y Francisco L. de Gomara (en el caso de México) o Sarmiento de Gamboa y Pedro Pizarro (en el caso del Perú).

² *Buscando un inka*, Florez Galindo

Vemos, pues, la calumnia política oleada y sacramentada como justificativo invasor del colonialismo de ayer como del Globalismo de hoy, cuya más reciente falacia fueron las “armas químicas” alucinadas por un Bush que veía el Armagedon³ en Bagdad, apenas diferenciada en la forma (los fondos son idénticos) con las calumnias acusaciones pizarristas y cortesistas en la Abya Yala de hace cinco siglos.

Ante tal atentado, es que el patriota Garcilaso se vería moralmente obligado a “contra-escribir” sus comentarios “reales”... o sea verdaderos. Como que también, al revisar otras crónicas (incluida las de la guerra etnosanta hispano-azteca), particularmente de autores indios (Huamán Poma, Pachakuti Yamqui Salkamayhua y Tito Cusi Yupanqui, este último, hijo de Manco Inka) y mestizos (Garcilaso y Blas Valera), hallaremos otros datos biófilos –de amor a la vida –que permiten impugnar aquella interesada infernalización de la codificación moral inkaica.

Efectivamente, si consideramos que el Tawantinsuyo fue ante todo una teocracia cuya cabeza era el propio inka, tendríamos entonces rescatadas –en la obra garcilasiana –las enseñanzas pachakamistas del primer pontífice (Manco Cápac) en su lecho de muerte:

“ ... En sus últimas palabras mando que guardaran sus leyes y mandatos, en las que ante todo debían respetar y amar a Dios como tal y como padre [refiriéndose al Inti, pues el pachakamismo surgiría posteriormente], y que ellos –los inkas –fuesen los primeros en guardarlas para dar EJEMPLO a los vasallos; y que fuesen PIADOSOS convenciendo a los indios por el AMOR, y que recordasen que el sobrenombre

3 Los dos Bush –padre e hijo –, que presidieron EE.UU. de Norteamérica, fueron continuidad de la política reaganiana inmersa en lo que Fukuyama denominó “fin de la historia”, a raíz de la hecatombe de la URSS. Entonces la “frontera ideológica” dejó de establecerse de oeste a este, sino de norte a sur. Sur “de color” no blanco que en su manifestación islámica fue visualizada –por aquel fundamentalismo reaganeano / bushoniano –como Eje del Mal. Refiérase que en la campaña electoral de 1980, Ronald Reagan declaró en la TV: “Israel es la única democracia estable en la que podemos confiar en una región donde podría llegar el Armagedón. Es más, puede que seamos la generación que vera tal Armagedón”.

de los Inkas era el de HUACCHACUYAQ, que quiere decir 'amador de pobres'..." (*Comentarios Reales*).

Exhortos de gobernabilidad cuya ética religiosa denota cierta confluencia con los planteamientos más piadosos de Jesucristo (que, por otra parte, también proclamaba que "venía a traer la espada"). Confluencia en la que, si bien es cierto el cristianismo supera en magnanimidad al anterior Código del Talión (Hammurabi: ojo por ojo, diente por diente), pues –por su parte –en el pachakamismo (que haría suya la ética gubernamental huacchacuyana) revelaba una sui generis "amable rigurosidad", si bien es cierto compatible con la piedad cristiana, pues en otros puntos coincidente con la fundamentalista drasticidad de la Sharia islámica y del Tora judaico.

Definitivamente la habilidosa "alternancia de hiel y miel", tal como se aprecia en el aspecto idiosincrásico (y religioso) de la cultura andina, no deja de contener una particularidad racionalidad "bipolar" que causaría admiración a investigadores de nota como el irlandés James Joyce⁴ (la barbarie magnífica de los inkas", sic) y el francés Louis Baudin ("se ve cuán difícil es calificar el Estado social inkaico. Muy atrasados en algunos aspectos, muy avanzados en otros: los inkas escapan de toda clasificación: tienen a la vez procedimientos técnicos primitivos y otros muy perfeccionados; tratan a los hombres como ganado, pero saben recompensar el mérito personal; hacen tambores con la piel de sus revoltosos, pero dejan en funciones a los jefes enemigos vencidos después de colmarles de presentes; ignoran la rueda, pero representan piezas exquisitas de teatro; no saben escribir, pero levantan impecables estadísticas. ¿Cómo puede decirse que el espíritu humano se desarrolla en todos los lugares en una misma dirección? El gran Inkario no puede ser

4 *Archeology of the South-American Continent*, Londres 1912.

evaluado con el mismo criterio aplicado a las otras grandes civilizaciones del Viejo Mundo...")⁵.

Y es que al analizar el *modus operandi* de la expansión incaica, en que se observa –como caso original –la “seducción operativa” (mediante irrigaciones, distribución / rotación socialista de tierras, reservas alimenticias en las *kolkas*, legislación al servicio del pueblo, etc.) en cuanto técnica de conquista que –por ejemplo –determino la incorporación voluntaria de las tribus del Tucumán, Cotabambas, Lurín y otras regiones, también se constatará, casi como normatividad (ante la empeñada resistencia de ciertas tribus reacias), que dicha seducción podía contener –políticamente –apreciable dosis de aquello de “la otra mejilla”, tal como acaece con la incorporación a la confederación *tawantinsuyana* de las tribus *lupacas*, *soras*, *chinchas* y *chimús* inclusive, ante quienes la tolerancia de la maquinaria bélica incaica resulta impresionante. Algo impensable –por ejemplo –en el posesionamiento hebreo, a sangre, espada y genocidio, de la denominada “tierra prometida”; en la expansión del Imperium romano; así como en la *yihad* musulmana en la terrenalización geográfica de su fe; o en las mismas Cruzadas cristianico-papales.

No obstante, inmersa en la biculturalidad señalada por Joice y Baudin, aquella “santa paciencia” de la expansión *tawantinsuyana* alternaba excepcionalmente con francas masacres como las escarmentadas contra los caciques de Puna (por degollar a los emisarios

5 Este enfoque historicista de Baudin converge con el que –desde otra perspectiva –efectúa Lewis Morgan en su obra *La Sociedad Primitiva*, clásico de la sociología científica:

“... Los conquistadores hispanos que se apoderaron de México, sostuvieron acerca del gobierno azteca la teoría errónea de que era una monarquía análoga en puntos esenciales a las existentes en Europa. Esta opinión fue acogida por los estudiosos occidentales sin investigar minuciosamente la estructura y principios del sistema social azteca. Conceptualizaciones que engendro una terminología no concordante con las instituciones, lo que engendro una terminología no concordante con las instituciones, lo que ha viciado la narración histórica casi tan completamente como si fuera una INVENCIÓN MALINTENCIONADA..” (*La sociedad Primitiva*).

del inka) y la tribu Caranke (veinte mil degollados en Yawarcocha / “lago de sangre” por canibalizar a los comisionados inkas⁶). Al respecto, resulta pertinente para el entendimiento de la bipolaridad cultural / religiosa inkaica, referir ciertos pasaje –en los *Comentarios Reales*– de la expedición punitiva de Huayna Cápac contra los Chachapoyas rebeldes, quienes viéndose perdidos ante el empuje del ejército inkaico recurren a una mamacona (exconcubina de Túpac Yupanki, padre de Huayna Cápac), la cual logra interceder:

“... y postrada a sus pies, le dijo: Solo Señor ¿Dónde vas? ¿No vez que vas con ira a destruir una providencia que tu padre ganó y redujo con mansedumbre al Imperio? ¿No adviertes que vas contra tu misma piedad? ¿Por qué no te acuerdas del renombre HUACCHACUYAK, que es amador de pobres, del cual te precias tanto? Y aunque estos (alzados) no merezcan tu piedad, acuérdate que eres hijo del Sol. Mira que cuanto mayor hubiere sido el delito y culpa de estos miserables, tanto más resplandeciente tu clemencia. Acuérdate de tus ancestros que tanto se preciaron de su amor e instrucción por sus vasallos. Mira que eres la suma de todos ellos. Suplícate, perdones a mis paisanos y si no te dignas en concederme que, pues soy natural de esta provincia que te ha enojado, sea yo la primera en quien descargues la porra de tu justicia para que no vea el aniquilamiento de los míos...”

La respuesta de Huayna Cápac sería la siguiente:

“... El inka estuvo mucho rato suspenso considerando las razones de la mamacona, y como a ellos se añadiese el clamor y lágrimas que otras indias derramaban, doliéndose de ellas fue hasta la madrastra, y levantándola del suelo le dijo: ‘Bien parece que eres Mamanchik (madre común), pues previenes lo que a mi honra y a la memoria de mi linaje conviene; yo te lo agradezco mucho, que no hay duda que mañana me pasaría haber ejecutado hoy mi saña. También hiciste oficio de madre con los tuyos, pues has redimido sus vidas y pueblos. A todos nos has sido buena madre. Vuélvete en hora a los tuyos y perdónalos en nombre del Huacchacuyak, hágase lo que mandas y mira si tienes más que ordenarme. Y para mejor anticipación de mi piedad, llevaras cuatro inkas, hermanos míos e hijos tuyos, que vayan sin gente de guerra, no más que con los ministros necesarios, para ponerlos en toda paz y hacer buen gobierno’.

⁶ Cieza de León (Crónica del Perú)

Dicho esto, el Inka hizo dar media vuelta a su poderoso ejército y reemprendió el camino hacia la costa..." (*Comentarios Reales*).

Se observa que a diferencia de la amansadora (exclusiva para esclavos) y falazmente biofila consigna "pro más allá" –en el fondo necrófila –de un reino extraterrenal y post mortem propugnado por un cristianismo ad hoc para domesticar hombres libres y esclavos resentidos, "convirtiéndolos" en humanoides de corral en la medida que les vaciaba de contenido reivindicador aquella pasajera vida terrenal (algo ya criticado por Nietzsche en su Anticristo: "Cuando no se coloca el centro de gravedad de la vida en la vida misma, sino en el más allá, o sea en la nada, se quita a esa vida su epicentro"), pues contrariamente el enfoque biofilo-inkaico, realistamente ecoterrenal (siempre en el Kay Pacha que significa "aquí y ahora"), se mostraba genuino, laborioso y potente.

Sopésese –además –que aquella intersección del cristianismo necrófilo (pro "más allá") con el pachakamismo biofilo (en "el acá"), tiene –específicamente en el concepto de "amor al prójimo" –un precedente filosófico en las enseñanzas socráticas transcritas por Platón: "Así, pues, no se debe devolver injusticia por injusticia, ni hacer daño a hombre alguno, ni aun en el caso que recibamos de ellos un mal, sea cual fuere".

He ahí donde se aprecia claramente el antecedente de una de las principales normas marketeadas por el cristianismo: el "amar al prójimo como a uno mismo", así como aquello que "al que te golpea en una mejilla, preséntale la otra". Inclusive, aquel otro bello eslogan, "el reino de los cielos está en el interior de cada uno de nosotros", no es más que otra versión del "conócete a ti mismo" del clásico socrático propugnador – también –de un bien común y de una república comunitaria que en los Andes del Tawantinsuyo hallaron su mayor plenitud temporal y terrenal.

Es, pues innegable la confluencia helénica (el Espíritu Santo⁷) en la

7 Relativo al "genio" aludido por Sócrates y rescatados por el judío helenizado Saulo o Pablo, principal ideólogo del "cristianismo extra-hebreo" .

Trinidad cristiana que también comprendería al Padre / Yavé judaico (o, según conveniencia, al Cesar romano) y al Hijo / Jesús cristiano, desde el momento en la lengua original de transcripción del Nuevo Testamento – empezado por el evangelio de Pablo – fue el griego. Si además consideramos que, tres siglos antes, el Antiguo Testamento o Tora judaico había sido traducido (del arameo) a ese mismo idioma (griego) en la Alejandría ptolomeica, pues tal interrelación lingüístico / filosófica, exclusivamente greco-judea-aramaea, conlleva a deducir que el código religioso incaico aperturó una original senda moral cuyo independiente contenido filosófico llegó a converger parcialmente –no derivar –con ciertos planteamientos socráticos, mosaicos y hasta hammurabianos. Enfatizamos: coincidencia, puesto que no existió nexo alguno (menos aun idiomático entre las etnoculturas helénica, judeo -cristiana y hasta mesopotámica con su similar andina.

Muy posteriormente, con siglos de mestizaje encima, generabase en aquella oración y a la vez poema de protesta arguediana, *A nuestro padre creador Túpac Amaru*, una consigna de reivindicación, resurrección de la propugnada Iglesia tawantinsuyana, que por circunstancias de oprobio globocolonial deberá asumir la función de “autenticadora etnocultural” (andina), como también político-rescatista del combativo Cristo histórico de hace dos mil años, despercudiéndolo de todo aquel fariseísmo cristiano impreso por el castrador papado; lo cual involucra, en el subdesarrollo orbe de los desventurados descamisados del siglo XXI, revalorar la trascendencia del mensaje antiimperialista del sermón de la montaña:

“... Dejad de acumular tesoros sobre la tierra, donde la polilla y el moho carcomen y donde ladrones entran por fuerza y hurtan... ”.

“...No penséis que he venido para traer paz a la tierra, sino para traer la espada. Porque he venido para poner en disensión al hijo contra el padre... ”.

Vale decir, “re-espartaquizando” a Jesucristo. Refiérase que setenta años antes había sido abonado con millares de cadáveres de esclavos

insurrectos, comandados por Espartaco, crucificados a ambos lados de la Vía Apia: gladiadores que –al igual que los tupacamaristas andinos –se inmolaron, no por el reino celestial del más allá, sino por la libertad terrenal en el acá, visualizando un país de justicia in situ al que denominaron “Reino del Sol”, en la cima del telúrico Vesubio. No lloraron en sumisión, sino que lidiaron en liberación.

Téngase en cuenta –a su vez –que, por más que el hipocritón papado (propugnador del “esclavo por convicción” anti-espartaquista) lo omita, el ministerio del Cristo mesiánico se generó del epicentro mismo del resentir etnonacionalista del pueblo hebreo en lo más crudo de la resistencia a la opresión Josefo. Guerra de liberación nacional en la ansiedad popular y oprimida clamaba –como hacia un milenio atrás (ante la opresión faraónica) –por un emulo de Moisés, o sea un mesías emancipador cuya extracontinental “analogía cobrizo –inkaica” se daría, desde el siglo XVI, en un derruido Tawantinsuyo cuya población sobreviviente clamaría por el retorno del inka, o sea, por su mesías cobrizo.. materializador del Inkarrí. No en vano el propio Mariátegui en su prólogo al Evangelio neo-inkaico del profeta mestizo Luis Valcárcel, *Tempestad en los Andes*, se inspiraría: “La sierra está preñada de espartacos”.

Inkarrismo de lo que tuvo conciencia el cacique Condorkanki –Túpac Amaru II –cuando, ad portas a la insurgencia de liberación etnonacional, cita a sus principales lugartenientes en el templo de Wiracocha, según versión recogida en 1860 por el viajero norteamericano George Squier⁸ a su paso por el Qosqo:

“... En las ruinas aquellas, a la sombra del santuario que se desmoronaba, (Túpac Amaru) conjuro entre solemnes ceremonias y antiguas invocaciones kechuas, la ayuda del espíritu que había combatido al lado del joven Pachakúteq en la batalla de Yawarpampa. Durante un tiempo tuvo éxito: Los dioses muertos parecían (re)vivir una vez más en el estandarte de los inkas rebeldes, al brillar nuevamente otra vez sobre las macizas moles de la gran fortaleza del Cusco...”.

⁸ Squier, George, *Crónica de una expedición arqueológica –un viaje por tierras incaicas* (1863-1865), Buenos Aires, 1974

Por consiguiente, aquella re-espartaquización, indispensable para el rescate pachakamista del cristianismo genuino y combativo, en los Andes necesariamente se transcribe como “re-tupacamarización”.

Entiéndase que los mesianismos tienden a germinar en escenarios deficitarios en soberanía, por parte de pueblos (no necesariamente clases, aunque sí “etnoclases”) urgidos –por necesidad vital –de liderazgo, discurso y praxis de resistencia esencialmente antiextranjera, vale decir, emancipadores: liberadores. Por consiguiente, **el pachakamismo por rescatar implica indefectiblemente la reconstitución de una RELIGIOSIDAD DE COMBATE, en pro de la materialización terrenal y heroica del INKARRI REIVINDICADOR**, en cuyo mensaje no se exhorta a la mansedumbre y resignación propias de un catolicismo ilusionista del celestial “ocio eterno del más allá” (aunque favorecedor de los explotadores “del acá”); de ninguna manera, más bien –dada la voluntariosa idiosincrasia laboral andina –se advierte que la existencia vital es dura y plena de dificultades, ante las cuales no cabe claudicación alguna; por consiguiente, lo esencial no es que se alivie y suprima el sudor individual del trabajo terrenal, sino que el pueblo –creador obtenga la fuerza y alegría vital para asumirlo, no como maldición divina, más bien como bendita comunión (común –unidad) laboral –vía mita, minka y ayni – con la Pachamama.

Todo esto en el sentido que la “ideología liberadora inkarrista” o genuina buena nueva (que es lo que quiere decir Evangelio), como en todo proceso revolucionario, cíclicamente enfrenta viejos y caducos conceptos contra otros, nuevos e insurgentes: “Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra”, en el contundente decir del anticlerical Gonzales Prada, que –no obstante su extracción de etnoclase criolla –desde el momento en que reconocía al “verdadero Perú” en la nación india y descuadra las bases católicas impuestas acá, se tornó también en (involuntario) precursor o apóstol de nuestra auténtica liberación terrenal-neotawantinsuyana.

CAPÍTULO VIII

Pizarrismo crucificador y chakana confinada

CRUZ VERSUS CRUZ

Inmersa en el “choque de civilizaciones” propio del proceso mundial de selección natural y cultural de la especie, la “guerra de símbolos” se ha enmarcado principalmente dentro de la respectiva faceta religiosa. La pugna entre la media luna y la cruz, datable desde la guerra entre sarracenos y francos (“Cantar de Roldan” / s.VIII d.C), o desde las Cruzadas de los siglos XII al XV, constituyen ejemplos contundentes... Al igual que en la (otra) guerra etnosanta en los Andes del siglo XVI, cuando se enfrentan cruz contra cruz.

Entre la cruz cristiana y la poco estudiada cruz de jaspe andina “*que hacia tantos siglos los inkas tenían en veneración*” (Garcilaso), puede advertirse cierta similitud muy bien explotada por el catolicismo. Se percibe en el capítulo XXXII de la segunda parte de los *Comentarios Reales* (Libro primero) la sorpresa hispana al encontrar gran cantidad de “cruces andinas” en la ciudad de Qosqo que, según los invasores, eran de origen estrictamente occidental (atribuidas a las andanzas de San Bartolomé por estas tierras¹, quien se habría anticipado a Colón). Origen que se envolvía en un halo de milagros que “que providencialmente” se incrementarían desde el desembarco pizarrista en los esteros de Tumbes, hasta las cargas

¹ Según refiere “tácticamente” Huamán Poma (en su *Nueva Crónica*), San Bartolomé ya había llegado a Abya Yala y recorrido los Andes meridionales, inclusive antes de la fundación del Qosqo por Manco Cápac y Mama Ocllo.

Reiteremos que estratagemas como esta eran necesarias para que el cronista cobrizo pudiera sortear la censura católica-blanca-inquisidora.

de caballería de Santiago apóstol “mata indios” para romper el cerco del Qosqo impuesto por las huestes de Manco Inka.

Ante sicosocial histórico tan tendencioso, se hace imprescindible recurrir a las investigaciones de Carlos Milla en sus obras *Génesis de la Cultura Andina* y *Ayni*, donde explica el significado primordial de la Cruz del Sur en la cosmogonía ancestral de nuestros antepasados, así como la subsecuente importancia de su derivada cruz cuadrada y de esta –a su vez– la cruz escalonada (o chakana) en la liturgia y culto nativos. Chakana que, en virtual guerra de símbolos, sería abruptamente por conveniencia de la cruz pizarrita, sino para despejarle campo a las legiones de efigies e “ídolos de tez blanca” producidos en serie por el catolicismo globocolonizador.

Debe entenderse, previamente, que el génesis cultural del hombre conlleva la respectiva “explicación cósmica” en función a una mística que también contenía cierta dosis de ciencia... Empezando por la observación de los astros, vale decir, la astronomía. Era necesario entender el “cronos” para que los sacerdotes-astrónomos determinasen el ciclo agrario. Se hacía indispensable domesticar el tiempo. Surgirían, así, desde Stonehenge hasta Delfos y Persepolis, los calendarios lunares y solares que han derivado en el septentrional calendario gregoriano que establece meses y distingue estaciones, (pero) que en el hemisferio sur “no cuadran”, se invierten; empezando por el hecho de que cuando allá –en el hemisferio norte –es verano, acá –tal como refiere el sureño Intihuatana – es invierno (o ¿acaso no causa extrañeza el boreal Papa Noel arropado como esquimal en pleno diciembre tropical peruano?).

Aquella referencia sideral difería conforme el sacerdote-astrónomo observara el firmamento, ya sea desde el norte o desde el sur de la línea ecuatorial. En el primero es rector la Estrella Polar (o Estrella de David) y en el segundo lo es el cuarteto de la Cruz del Sur. Al respecto, el cronista aymara Pachakuti Yamqui Salcamaygua graficaría el Altar del Qoricancha, colocando como símbolo superior a la “cruz cuadrada andina”, teniendo a su diestra al Inti (sol) y a su siniestra a la Killa (Luna) –tal cual se ubican en

la iconografía del Señor de los Milagros –anticipando virtualmente, en cuanto a culto, lo que hoy en día representan (bajo camuflaje cristiano) las cruces de la festividad andino-católica del mes de mayo (cruz velacuy):

“... La colonización española tomo luego ese ritual y lo asocio con la cruz cristiana, con cantos y rituales dedicados a la vida de quien padeció en ella y perpetuo su existencia simbólica como culto universal cristiano...” (Carlos Milla).

No obstante, aquella presión cristianica sobre la simbología chakana no fue suficiente para transferirle –además –el culto al corpus (cuerpo) clavado en los maderos de tal cruz invasora. Por consiguiente, aquel culto andino, ya camuflado de cristiano, se ciñó específicamente a la cruz alargada... pero sin el crucificado foráneo, como en el caso de la cruz solitaria de Motupe. O sea conectada aun a la versión andina “de jaspe”: la chakana única vinculada mediante la cruz cuadrada a la constelación de la Cruz del Sur y no a algún hombre-Dios invasor. Debe, pues, especificarse en qué consisten la cruz cristiana, la Cruz del Sur y la cruz escalonada andina (chakana), respectivamente:

-CRUZ CRISTIANA: No es más que un instrumento de suplicio constituido por un par de vigas (madera, por lo general), que en la antigüedad romana (en donde Judea era una de las tantísimas provincias del Imperium) se aplica generalmente a los reos por delito político de rebelión. Sépase que Espartaco, su lugarteniente Crixo y millares de esclavos insurgentes inauguraron aquel suplicio un siglo antes de la sentencia impuesta al también rebelde Jesucristo, así como al tal Barrabas (quien no fue un vulgar ladrón, sino miembro de la resistencia etnonacionalista hebrea, conocida como zelotes). Dicha cruz, aunque ya anteriormente marketeada por aquel gran insurrecto (Espartaco) –lamentablemente huérfano de discurso ideológico –recién adquiriría trascendental simbología política desde que agonizara ahí un Jesucristo cuya apoteosis (divinización) ante la heterogénea masa del Imperium tardaría aun entre dos y tres siglos. No esta demás deducir que si –en vez que en una cruz –Cristo hubiese sido torturado y victimado en la horca, en la guillotina o en la silla eléctrica, pues el símbolo principal del cristianismo hubiera sido una soga, una

cuchilla o un asiento, respectivamente.

-CRUZ DEL SUR: Conformante de la constelación estelar del Centauro, solo visible desde el sur de la línea ecuatorial, conformada por un cuarteto casual de estrellas (Alfa, Beta, Gamma y Delta) que –por su fácil referencia en la bóveda celeste antártica (análoga al caso de la Estrella Polar para la bóveda celeste boreal / hemisferio norte) –sirve desde la antigüedad como “señal celestial orientadora” (en función al eje mayor que indica la dirección al Polo Sur) para la navegación nocturna tanto marítima como terrestre.

-CRUZ CUADRADA (y su derivada cruz escalonada o chakana): Su concepción deriva de las proporciones geométricas de sucesivas “cuadraturas de circunferencia” en base a la relación de todo cuadrado con su diagonal. Cuadrado cuyos lados, al ser comparados proporcionalmente con el “eje menor” de la constelación Cruz del Sur, determinan una diagonal (de aquel cuadrado) coincidente –entonces si – con el “eje mayor” de la misma constelación. En base a esas proporciones, entre lados y diagonales combinadas sucesivamente con las respectivas circunferencias inscritas, es que –a su vez –deriva la cruz escalonada o chakana determinante de una “proporción sagrada” (V^2 , o sea la hipotenusa de los triángulos inscritos en al cuadrado), así como del respectivo carácter científico matemático vía el 3.14 de π (Pi) que, según sugería Platón, diferencia –su conocimiento –a una cultura de una manada. De aquellas relaciones matemáticas (de la chakana) se generaría la “unidad-patrón de medida” para el Tawantinsuyo, según demuestra el mismo Carlo Milla (ob. cit).

Por su parte, Garcilaso alude aquella resultante cruz o chakana, como cruz de jaspe, describiéndola así:

“... Tenían los reyes inkas en el Qosqo, una cruz de mármol fino, de color blanco y encarnado, que llamaban ‘jaspe cristalino’. Teníanla en una de sus casas reales, en un apartado que llaman huaca, que es lugar sagrado...” (*Comentarios Reales*).

En síntesis, la cruz cristiana se inspira en el suplicio o tortura corporal del hombre-Dios hebreo / occidental; la Cruz del Sur se refiere por la astronomía (de hemisferio antártico) guía de navegación nocturna; y la cruz chakana se genera del razonamiento matemático cuya ritualidad (derivada en la "gran diagonal", "ruta de Thunupa", etc.) residía en que – luego de solucionar geográficamente el problema de la cuadratura de la circunferencia (método que no se le ocurrió a Euclides, Tales y compañía) – determinaba la unidad patrón de medida tawantinsuyana, análoga al metro-patrón en cuanto unidad de medida occidental, cuyo "templo" se encuentra en la ciudad de Breteuil (Francia), con el respectivo "tótem" constituido por una sagrada y métrica barra de platino.

CAPÍTULO IX

Del canibalismo e infanticidio... hasta la eucaristía

KÁPAQ COCHA Y CORDERO PASCUAL

En sus inicios culturales el sacerdocio implicaba las funciones simultáneas de astrónomos... como –eventualmente –también de carnicero. A medida que la agricultura y ganadería fuesen desarrollándose hasta lograr un mínimo vital de reservas proteínicas, los sacrificios humanos (derivados de la primitiva antropofagia) irían gradualmente extinguiéndose, pero cuyas atávicas reminiscencias se simbolizarían aun en la eucaristía.

Después de la cruz, el otro gran icono cristiano lo tenemos en el llamado Cordero Pascual (conmemorador de la matanza de primogénitos egipcios), lo cual –como sacrificio purificador de comunión con Dios – contendría ciertas coincidencias con la *Kápaq cocha* andina en cuanto ofrenda infantil. Es necesario precisar que este vocablo kechua, traducido literalmente como “gran mar” (*kápaq* =gran; *cocha* = mar, lago), tendría según el psicoanálisis freudiano “implicidad infanticida”, dado que el agua alude al líquido amniótico que contiene al feto en la placenta. Por consiguiente, sea cual sea la genuina denominación de este ritual, sugiere una vinculación con el ancestral sacrificio humano a la Divinidad; lo cual no deja de ser un recurso propio de cierto nivel cultural de la especie, por consiguiente, universal.

Sin embargo, resulta curioso –por decir lo menos –que aquel ancestral recurso, ahora considerado como bárbaro, sea atribuido –por la antropología occidental –exclusivamente a las etnias del hemisferio sur, en un afán sicosocialmente infernalizador... de lo que deriva la “discusión” sobre si los inkas realizaban sacrificios humanos o no. Una polémica que va desde el interés puramente científico hasta una tendenciosa

especulación política, tras la que se camufla (como en la calumniosa crónica del lenguaraz cronista Betanzos) el afán inquisidor-católico de descalificar todo indicio cultural prehispánico como “sadismo bárbaro” que providencialmente lograría superarse con la inserción al Occidente Cristiano, sin importar que esto último se haya efectuado a punta de fosas comunes (de ADN cobrizo), propias de la “destrucción y despoblamiento de jurisprudencia de conquista, uno de los causales justificatorios de intervención en una comarca (invasión) y despojo del monarca respectivo era –conjuntamente con la idolatría y sodomía –el sacrificio humano, para lo cual bastaba una simple calumnia, mejor aún de algún clérigo, al estilo prevaricador de la Inquisición.

Basto el hallazgo de aquella momificada doncella inka, bautizada como “Juanita”, semicubierta por las nieves del Ampato (Arequipa), así como otros hallazgos similares en las pendientes nevadas de los Andes ayacuchanos (Sarasara) y argentinos (Yuyaico y Aconcagua), para denigrar a esos “sanguinarios déspotas” –los soberanos inkas –que tenían “oprimidos y aterrados” a millones de pobladores (runas) del Tawantinsuyo. ¡Ese “gran mentiroso” de Garcilaso (que idílicamente afirmaba que los inkas no recurrieron a los sacrificios humanos) quedaba así descubierto! Celebraría la moderna antropología criollo-católica.

¡Nada menos que la “antropología”!; vale decir aquella eurociencia del estudio (logos) de los antropoides, que según definición zoológica, así como de la Real Academia de la Lengua Castellana, refiere –la palabra *antropoide* –a “todo animal que asemeje al hombre”, o sea el logos del chimpancé, gibón, gorila, orangután... y, por supuesto, de la subhumanidad no blanca ende, carente de verdadera expresión religiosa. Racismo solapado, pero a la vez contundente.

Retornando con Juanita, ella tenía el cráneo fracturado al igual que otro pequeño infante hallado años antes entre las nieves del Aconcagua; ambos con vestuarios, utensilios y ornamentos de la época inkaica, por lo que inmediatamente –en el ambiente científico / eurocentrista –se resaltó que eran sacrificios humanos propios de la idiosincrasia maligna de

culturas necrófilas y sádicas, especialistas en canibalismo colectivos, llámense mayas, aztecas, chimúes y, por supuesto, los inkas, así como todo el resto de “subculturas” selváticas del continente Abya Yala (en donde las palmas se la llevarían los “sicopatas” jibaros reductores de cabezas / *tsansas*). Obviamente lo que enfatizo políticamente la habladuría criollo-profana, particularmente del inkario, por lo cual no tendrían por qué llamar la atención –en pleno siglo XXI –linchamientos del tipo llave o Huayanay, atávicos en estos incorregibles barbaros (e infieles) cholos kechuaymaras.

Urge, entonces, precisar si acaso esa “atávica crueldad” constituiría un calificativo exclusivo de las etnoculturas cobrizas, o si es un denominador común de la evolución cultural de la especie humana en general; más aun considerando que constituye también el infanticidio y el sacrificio humano –parte del curriculum religioso judeo-greorromano, eje cultural del Occidente Cristiano que, no olvidemos, hasta el siglo XVIII quemaba mujeres vivas (bajo el cargo de brujería), y que hasta inicios del siglo XX aun solía –vía mandato de la “Santa” Sede –capar niños (castratis) para la preservación de los tonos agudomelódicos de sus coros gregorianos.

Asimismo, si se lee con detenimiento *La Ilíada*, podrá repararse en aquellos sacrificios humanos descritos por Homero. El primero en la isla de Áulide, en donde los comandantes de la flota aquea, en su premura por encontrar vientos propicios hacia la costa del Asia Menor (actual Turquía) para así desembarcar en las playas de Troya, obligan al “rey de reyes” – Agamenón –a sacrificar a su propia hija, Ifigenia¹ (que finalmente es trocada, por la divinidad, en una cierva). Más adelante –en la misma obra –se describe el sacrificio de una docena de prisioneros troyanos, casi al “estilo” azteca y chimú, para solemnizar los funerales de Patroclo. Otro caso helénico, más documentado y posterior (480 a. C), se da en la víspera

1 Ejecutada por el sacerdote aqueo, Calcas, para “bendecir” la expedición a Troya, según narra Eurípides en su tragedia *Ifigenia en Aulide*

de la batalla de Salamina, en que Temistocles sacrifica a tres prisioneros persas. En el Antiguo Testamento bíblico también tenemos aquel sacrificio humano, ya del tipo infanticida, cuya víctima es el mozalbete Isaac atado y a punto de ser ultimado por un semifilicida Abraham, cuchillo en mano, justo hasta que un ángel enviado por Jehová le troca al infante por un carnero. En cuanto a los romanos, Tácito y Suetonio relatan casos de sacrificios humanos en el 226, 216 y 104 a.C., siendo las víctimas cautivos galos, germanos e inclusive griegos.

Pero no solo eso; también existen testimonios de “canibalismo euro” en el relato de Pausanias de Lidia, referente a que los caudillos galos Combutis y Orestorios luego de masacrar a toda la población masculina de Callicas, “...(sus huestes) BEBIERON SU SANGRE Y COMIERON SUS CARNES...”; ni hablar de las tribus celtas, tan “cazadoras de cabezas” como los antiguos jibaros de la cordillera del Cóndor, pero además

acostumbrados –los celtas –al canibalismo ceremonial guiados por sus chamanes denominados druidas.

Se puede concluir –vistos los casos helénicos, judaico, romano, celta, inkaiko, azteca y chimú (por no extendernos hacia culturas de otros continentes) –que los sacrificios humanos (a menudo complementados con antropofagia) obedecen a determinadas etapas culturales de aquellos remotos tiempos en que la ciencia sucumbía aun ante creencia; vale decir, ante la fe, el misticismo.. O sea, ante la religión.

Refiérase que desde que ese genial simio bajo del árbol hace millones de años, para erguirse y combinar la libertad de sus rudimentarias manos con el incipiente razonamiento de su ligero cerebro, entonces se aperturaría el tránsito del mono al hombre y con ello el génesis del trabajo y, por ende, de la cultura. Aquel antropoide erguido lograría –luego de transitar generacionalmente desde las selvas a las cavernas –descubrir la agricultura, lo cual le acarrearía la necesidad de domesticar el tiempo distinguiendo el ciclo de estaciones para así determinar el calendario agrario. Pues bien, en esa incesante evolución y revolución, los vacíos de conocimiento (por cierto, abundantísimos) se

suplían o mitigaban con los rituales religiosos de unos sacerdotes que se iniciaron como astrónomos... pero en ciertas ocasiones también como carniceros. En esos vacíos se explica aquel recurso de los sacrificios de animales y también, en hábitats de atroz carestía (donde la naturaleza desproveía de animales domesticables y/o en regiones asoladas por sequías endémicas), los sacrificios previos a la legítima “antropofagia de emergencia”. Recientemente nomás, a consecuencia de aquel accidente aéreo acaecido en los Andes chilenos (1972) en que dieciséis sobrevivientes del equipo uruguayo de rugby recurren al “canibalismo de crisis” (devorando los cadáveres de sus compañeros fallecidos) para subsistir, la iglesia católica –ante la polémica desatada –finalmente “exonera de responsabilidad”, o sea de pecado, a aquellos “caníbales cristianos”.

Debe observarse que en caso azteca los atribuidos sacrificios y canibalismo colectivos –en todo caso –se debían justamente al déficit de “reservas (domesticables) de carne animal”, que por lo menos en los Andes provinieron de los auquénidos y del cuy, inexistentes en el densamente poblado Yucatán, tal como lo explica Marvin Harris² (Caníbales y reyes). Inclusive, a su paso a bordo del Beagle (1853), Darwin constata la antropofagia entre las tribus onas de la Tierra del Fuego, quedando pasmado ante la respuesta que determinado cacique fuegino le dio al ser recriminado por no anteponer –en el “menú de emergencia” – los perros a los ancianos: “Los perros cazan focas y recién cuando sean inútiles serán comidos”. Por supuesto, aquel cacique estaba completamente convencido –con toda coherencia en aquellas críticas circunstancias –de lo legítimo de su razonamiento, amparando en su respectivo encuadramiento religioso. Y es que si el hábitat natural determina el llamado “ser social”, que –a su vez –determina la respectiva

2 Tesis que colisiona con el planteamiento del etnólogo alemán Peter Hassler, quien destaca que las fuentes hispanas afirmantes de los sacrificios y canibalismos aztecas se ciñen al “oír decir”, sin ningún solo testimonio presencial (“yo vi”)

“conciencia social”, pues entonces el código moral de la religiosidad derivada se tornara más feroz en tanto más duras sean esas condiciones de sobrevivencia. Sopese, al respecto, que –a diferencia del favorecido hemisferio norte eurasiafricano –la naturaleza apenas doto al hemisferio sur, particularmente a Abya Yala austral / andina, de animales domesticables proveedores de carne (llama y cuy), así como de un solo cereal (maíz) y un providencial tubérculo (papa).

Cabe destacar que en el hemisferio sur sería con los inkas – implementadores de reservas alimenticias en los kolkas –que se daría la supresión definitiva de sacrificios humanos “de necesidad proteínica”, restando aun, en cuanto necesidad psicológica (religiosidad), las esporádicas reminiscencias de “aplacamiento de iras divinas”, tal como sería el excepcional caso de Juanita. Supresión análoga que en el hemisferio norte –donde la disponibilidad de especies animales (vacunos, caprinos, ovinos, aves de corral) y vegetales (todos los cereales menos el maíz) fue muchísimo mayor que en Aby Yala –lo efectuarían el cristianismo, islamismo, hinduismo, budismo y shintoísmo. Efectivamente, en el caso europeo, el sacramento de la eucaristía establecido por Jesucristo termino de abolir todo tipo de sacrificio-carnívoro, simbolizándolos ritualmente con la misa que hoy se conoce. Ahí el holocausto de la “sangre y cuerpo de Jesucristo”, transubstanciados en vino y hostia, atavizan ritualmente milenios de canibalismo greco-judeo-romano, empezando por aquella “antropofagia divina” (y además filicida) del preolímpico Urano (Cronos), incorregible devorador de sus vástagos. Ni que decir del hombre-dios Hércules que en su locura asesina a sus propios hijos.

No obstante, aun en la modernidad del Imperium, aquellas heterogéneas y “gentiles” masas contemporáneas de Jesús y creyentes aun en el politeísmo indo-greco-romano (Mitra, Zoroastro, Zeus, Osiris, Apis, Apolo, Minerva, Poseidón, etc.), se hallaban sumidas en la anarquía holocáustica –vía el sacrificio de animales (para dieta humana) –en pro del Dios o dioses de sus preferencias. Es, pues, con la oficialización del peculiar cristianismo “trinito-monoteísta” (soslayando las legiones

de santos, beatos y arcángeles), en un ambiente romano cargado de siglos de politeísmo, que se impone cierto ordenamiento y superación –vía la simbólica hostia –del primitivo y anárquico holocausto carnívoro / animal, propio del costoso festín hasta entonces ofrecido a la heterogénea grey por el respectivo clero dirigencial. La simbólica, unificadora y “ultraeconomica” hostia resolvería aquel problema acumulado de siglos (el abastecimiento de dieta carnívora a la tribu por parte de la elite), ya prácticamente insostenible –dada la administración romana (donde el Cesar, además de “dador supremo”, era a la vez sumo pontífice y/o personificación misma de la máxima divinidad). Por consiguiente, medida muy de agradecer –al oficializado clero católico –por los funcionarios del cada vez más desbordado Estado romano.

Finalmente, en relación al currículum infanticida del Antiguo Testamento, tenemos las ofrendas “de los primogénitos de sus ovejas” del pastor Abel³ (“que el señor aceptaba”), que si bien es cierto no constituyen infanticidio, pues por lo menos lo sugerirían (recordemos que en esa primera generación, Abel jamás tuvo prole y Caín aún no la tenía). Y es que luego hallaremos aquel cordero pascual cuya sangre untada en las puertas de los hogares judíos aviso al “ángel vengador” (enviado por Yavé) para aquella típica operación-comando que fue la matanza de primogénitos en el Egipto de Ramsés. Efectivamente, el cordero pascual está íntimamente relacionado con el sacrificio de los niños-primogénitos egipcios como tacita ofrenda para la liberación del pueblo hebreo. Siglos más tarde (y ya en el Nuevo Testamento bíblico), en las orillas del Jordán,

3 Asimismo, se debe hacer relevancia que el relato bíblico no favorece particularmente a los primogénitos: Cain (primogénito) es maldecido por Yavé; Esau es despojado de su primogenitura por una confabulación entre su madre y su hermano Jacob; el primogénito de Abraham –Ismael –es expulsado junto con su madre Aaar, favoreciendo a Isaac. Algo parecido sucede con el primogénito de Jacob –Rubén –a quien José Benjamín opacan. En cuanto a Cristo, recordemos que él es unigénito. Y aquí encontramos cierta cercanía con la normatividad inkaica que establecía que el sucesor o futura cabeza de la teocracia tawantinsuyana no lo fuese necesariamente el primogénito de los hijos, sino el “que entre todos fuese más bienquisto” (Garcilaso).

San Juan Bautista llama a Jesucristo “cordero de Dios” que, al igual que en el Apocalipsis, simboliza inocencia, pureza y obediencia ante la divinidad. Significado que, en todo caso, contendría cierta analogía con la kápaq cocha andina.

Esto revela que el simbólico holocausto del cordero de Dios durante la misa cristiana (“... he aquí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo”, anunciado por el sacerdote al colocar la hostia en la boca de los comulgados), al involucrar, conjuntamente con el vino, la ofrenda-comunión del cuerpo y sangre de un Cristo que en su infancia estuvo a punto de ser sacrificado por Herodes, coincidiría –parcialmente en cuanto a forma –con ciertos usos sacramentales de la religiosidad ancestral de la grey cobriza, desde la crudeza del atávico sacrificio humano hasta su sustitución por el holocausto purificador del auquénido negro, practicado por el clero inkaico, según especifican Huamán Poma y Garcilaso.

CAPÍTULO X

Domesticación y mercantilismo

EL TRÓPICO ES ÁLERGICO A PAPÁ NOEL

Inmerso en el proceso quincuacentenario de colonización espiritual de la grey cobriza, tenemos –como reciente aporte “sacrocomercial” –la importada celebración de la Natividad o Navidad (supuesto nacimiento de Jesús), en función a un sobrenutrido y barbado escandinavo –Papá Noel –ajeno a la milenaria idiosincrasia kechuaymara.

Los teóricos del llamado “socialismo del siglo XXI”, allá en la Venezuela bolivariana, muy aparte de denunciar el “corruptor espíritu mercantilista” de una fiesta de recogimiento y cohesión familiar, como se supone es la Navidad, también han rescatado ciertos argumentos que en su momento plantearon los bolcheviques hebreo-rusos, como, por ejemplo, que la fecha de nacimiento de Jesucristo está falsificada históricamente. Por supuesto, la impugnación que el socialismo eurocentrista efectúa contra la “Navidad imperialista” reside en argumentaciones estrictamente clasistas, mas no –tal como lo efectúa el etnonacionalismo tawantinsuyano –con argumentación, valga la redundancia, étnica: choque de civilizaciones, guerra de razas, lucha por la existencia... que esencialmente significó la Conquista: militarmente (caballería blanca vs. infantería cobriza), político-económicamente (feudalismo vs. colectivismo) y teológicamente (Cristo / Pachakámac), todo ello bajo el *modus operandi* de guerra santa. Sin embargo –vale la pena recalcarlo en el actual siglo XXI de la globoneoliberalización -, tanto la argumentación clasista como la etnicista se conjugan “etnosocialistamente”.

Retomando el tema de la Natividad cristiana, lo cierto es que la Biblia no refiere la fecha natal, ni tampoco hay pruebas de que Jesús lo haya mencionado (mucho menos sugerido u ordenado su celebración). No obstante, en el Nuevo Testamento se precisa que Cristo fue ejecutado “el 14 de Nisán”, al final de la Pascua judía que correspondió al 31 de marzo del año 33 de la Era Cristiana. Asimismo, se menciona que Cristo tenía 30 años cuando se bautizó y emprendió su labor proselitista, la cual duro tres años y medio hasta que es ejecutado. Hubiera cumplido 34 años aproximadamente en octubre del año 33. Esto se deduce del Evangelio de Lucas, quien indica que cuando Cristo nació habían pastores “que vivían en campos raso y guardaban las vigiliás de la noche sus rebaños” (Lucas 2:8). Los pastores no podrían haber estado a la intemperie con sus rebaños en el frío mes de diciembre que caracteriza al hemisferio norte, cuando hasta a veces llega a nevar sobre Belén. Pero si podrían haber estado así (a la intemperie) a inicios del aun no tan frígido octubre, tiempo en que –tal como sugieren los indicios (que el Vaticano omite) –habría nacido Jesús.

No esta demás precisar que el cristianismo de los primeros siglos prácticamente omitía la celebración de la Navidad o en todo caso la celebraba clandestinamente. Fue recién con el emperador Constantino (que se ve obligado a oficializar tal religión, hasta entonces marginal, para darle unificación política a un heterogéneo Imperium en guerra civil¹) que lo cada vez más romanizados obispos –más aun al papado (obispado de Roma) recientemente instalado en un Vaticano que desalojaba a las estatuas olímpicas –coinciden en la necesidad de conmemorar oficialmente el nacimiento de Cristo, para lo cual era elemental

1 Constantino se enfrentaba a su rival Majencio, a quien vence en la batalla del Puente Milvio (312 d.C.), con lo que –mediante lucha armada –unifica al Imperium oficializa un cristianismo ya camuflado con el culto al Sol Invictus, venerado por el flamante “emperador-dios” romano.

“adecuarle” la fecha en función a la celebración más próxima en el aún vigente calendario de culto al Sol-Invictus, al cual el mismísimo Constantino veneraba; cuestión urgente porque desde las provincias orientales del Imperium venía ya consolidándose –con más intensidad que el cristianismo (y a manera de competencia) –el culto al Dios Mitra o “Sol Invictus”, cuya festividad principal se celebraba justamente el 25 de diciembre en función al solsticio de invierno (para el hemisferio norte), y que –además –santificada del domingo como día de descanso. Había, pues, que anticiparse y la iglesia –habilísima en estos menesteres –lo hizo: expropio oficialmente la fecha para la “Natividad de Jesús” (hasta entonces referida el 6 de enero²) retrocediéndola, o sea “arrimándola”, en doce días (25 de diciembre)... Que –a veinte mil kilómetros de ahí –en el calendario tawantinsuyano del hemisferio sur coincidía con la festividad del Qapaq Raymi o gran pascua solar, propia del solsticio de verano. Conforme pasaran los siglos, dicha festividad cristianizada siguió incorporando elementos “gentiles”, empezando por el halo o aureola divina que refiere al Sol Invictus (Mitra) de la Siria antigua, asimismo tenemos los magos alusivos a los astrólogos mesopotámicos, el buey del establo (del Nacimiento) rememorador del sagrado Apis de la religiosidad egipcia, la presencia de los pastores ya referida por el mitraísmo como “testigos” en el nacimiento de su Dios y, muy posteriormente, la asociación del “esquimal” Papa Noel (o Abuelo Escarcha) propio de las tribus bárbaras escandinavas que influenciaron sobre los germanos, los que a su vez lo hicieron sobre los romanos, a quienes a menudo les exterminaban legiones enteras.

Así, descendentemente por la escala globocolonialista y extracontinental, tenemos en el Perú al carapalida, barbado y obeso Noel distribuyendo regalos a un pueblo de desnutrido hombrecillos “de color”, subdesarrollados y desmemoriados desde hace siglos; o sea, eficazmente cretinizados (estupidizados via la intoxicacionalización cristianica) y, por ende, desubicados.

² La Iglesia ortodoxa aún sigue manteniendo vigente esta fecha (6 de enero) como de celebración de la Navidad.

Si: desubicados no solo culturalmente, sino también geográfico-terrenalmente. Debe tenerse en cuenta que cuando veranea en Perú, inverna en Europa. Así es la fluctuación del clima según la rotación de la Tierra en sus hemisferios norte y sur a lo largo del año solar. El Perú pertenece a la llamada "zona tórrida", entre los trópicos de Capricornio y Cáncer, con la línea ecuatorial al medio. Todo ese sector terráqueo se conoce como trópico. Más allá de los límites tropicales de Capricornio y Cáncer, empiezan las llamadas "zonas templadas": ártica y antártica, cada cual con su cúspide en los Polos Norte y Sur, respectivamente. Asimismo, la fauna y flora, tropical como templada, se adaptan a sus respectivas geografías y clima. Las cultura también.

Es por eso que el buen Papa Noel, nativo de la zona templada ártica (más específicamente de los países escandinavos), se arroja según el clima frígido de su región: con pieles, capuchón, botas y guantes gruesos, al estilo esquimal o lapón. Y claro, se transporta en trineo provisto de esquís para el hielo y la nieve, jalado por unos animales jamás llegados al Tawantinsuyo de ayer ni al Perú de hoy: los renos (que en algunos wawawasis se les desinforma a los infantes cobrizos con que son cabras).

Además, como el euro-nórdico Noel se desplaza en medio de su selva de coníferas, es que vemos los pinos –nativos de allá –como clásicos arbolitos de Navidad Noel es patriota. Por supuesto que si Noel hubiera optado por su recua de llamas (cargadas de regalos) transitando por punas y breñas andinas, entre bosques de keñuales y molles, o de huarangos y algarrobos en el llano del arenal costeño... Pero no; es extranjero y, por consiguiente –como buen globocolonialista que es -, nos impone sus costumbres y cultos foráneos (así como el Halloween o el estúpido "Día de la Canción Criolla"). La verdad es que resulta un buen agente del Imperium en su modalidad pasiva. Esta, pues, más cercano a Cipriani que al grupo Colina.

Lamentablemente, los desvergonzados cholos feligreses, descendientes de gloriosos ancestros inkas, estamos descerebrados. Y, por ello, cada cálido diciembre (a veces hasta con el calor infernal del

fenómeno del Niño, en pleno calentamiento global) se desesperan por “su arbolito”, “su pino”, “su trineo”, etc., clamando –apretujados y sudorosos–en Polvos Rosados o Mesa Redonda. Y como no hay nieve (¿Quién va a subir hasta Ticlio, peor aún en pleno derretimiento glacial?), ¡pues la escarcha y las pelotitas! Y también el panetón con su chocolate “caliente”. ¡En pleno verano tropical y casi caribeño, chocolate caliente!, que toman sudando como condenados en un sauna, con su italiano panetón Motta. Pobres... Y después preguntan por qué somos subdesarrollados, o sea cretinizados.

¡Caramba! El diciembre cholo –salvo en la sierra –desde Tumbes hasta Tacna, o desde Gueppi hasta Inambari, es para pasarlo (semi)calato con su chicha de jora, masato o hasta su “chela” bien helada, si se quiere con cannabis incluida. Pero ahí está el gordinflón vestido de esquimal, extranjero, blanco y barbado –como Pizarro o Hernando de Soto – vigilándonos: ¡Mamani!, ¡Quispe!, ¡Chero!, ¡Amasifuen!: ¡Carajo, los quiero ver con pinos, renos, trineo, chocolate, panetón y “nacimiento”!

Además, celebran la Natividad del hombre-Dios de Valverde, Areche y Cipriani... Así los doman desde wawas, falazmente desde 1531. Entiéndase que al esclavo hay que interiorizarle la (santa) identificación con su amo. Así hago yo con mi perro, que me es fiel hasta la muerte.

SEGUNDA PARTE

EL COLOR INSURGENTE
DE LA FE

CAPÍTULO I

CONFLICTO Y REIVINDICACIÓN

LA DUALIDAD SACRAMENTAL

Inmersa en el choque de civilizaciones por la selección natural y cultural de la especie, nada más natural que la invasión extracontinental del siglo XVI generase también una “conflagración sacramental” entre la tergiversación doctrinal católica (degeneradora de sus propias prescripciones bíblicas) y una religiosidad andina revelada por el Illa Tecse Wiracochanpachayachican¹. Sépase –por lo demás –que toda religión, por más simplona o elaborada que sea, consta de su respectivo repertorio de ritos, simbolismos códigos morales, los cuales cuando atañen individualmente el nexo vital-terreno de su feligresía con Dios, adoptan el nombre de “sacramentos”.

EL MATRIMONIO

Ya sé cómo recurso de subyugación política, expansión terrenal o de reivindicación cultural, la religión –acondicionando los esquemas subjetivos de “bien” y “mal” –encausa el comportamiento social en función al criterio de la elite gobernante. Es, entonces, que se anuncian los respectivos tabús, mandamientos, anatemas y sacramentos, que en los posible regulan y/o institucionalizan (atribuyéndose el respectivo “auspicio divino”) las necesidades instintivas de la grey, ya sean individuales o colectivas.

Dentro de este marco, el instinto biológico-reproductor de la especie es institucionalizado y consagrado mediante el matrimonio, ya sea en versión monogámica (hombre-mujer), poligámica (hombre-mujeres),

¹ En su relación de antigüedades, Santa Cruz Pachacuti refiere este apelativo como el de la superior deidad andina, que en realidad sería la denominación primigenia Pachakámaq, thunupa o Wiracocha.

poliandrica (mujer-hombres), así como en las demás subvariantes derivadas, en cuanto núcleo de la célula familiar (de lo que se desprende que el matrimonio homosexual –cada vez más en boga en la sociedad “moderna” occidental –sea una aberración, dada su incapacidad biológica de procreación de la generación de relevo, indispensable para el porvenir de la especie).

Al momento histórico de la invasión extracontinental, en los estamentos populares del Tawantinsuyo y Europa primaba el matrimonio monogámico. No obstante, en cuanto a las respectivas elites, si en la nobleza incaica regia formalmente la poligamia (al igual que para los patriarcas bíblicos, como el mismo Abraham, por no extendernos a las noblezas árabes, helénicas, egipcias, hindús, persas, etc.), pues en su similar eurocristiana –aunque hipócritamente –también rigió (¿Qué eran sino los harems de fervientes cortesanas que rodeaban a los monarcas ingleses, franceses e hispanos?). Cabe mencionar que entre los doce cargos formulados en el juicio inquisidor sumario, efectuado por los españoles contra Atahualpa, figuraba el “que tiene muchas mujeres”, sic. Poligamia que, no obstante, el derruido Tawantinsuyo fue inmediata e informalmente asumida por los “Wiracochas euros” para con sus cautivas cobrizas, como parte del botín de guerra en cuanto recompensa sexual...Vale decir, con nula sacramentalización.

Por supuesto, en clara muestra del racismo característico de la invasión extracontinental de aquel siglo XVI, la “poligamia informal” de los conquistadores con las cautivas cobrizas no sería considerada –solamente para ellos –pecaminosa, dado que aún se debatía en Europa si efectivamente los cobrizos (as) eran o no seres humanos. Planteaban la duda “animalesca/desalmada” (tesis de Sepúlveda) o “subhumana/tutelada” (tesis de Las casas), pues no revestía -tal poligamia –infracción moral alguna para los conquistadores, cuya promiscuidad con las “humanoides cobrizas” constituiría el racista génesis mestizo de la católica “peruanidad”.

El cronista hispano Oviedo y Valdes² indirectamente refiere esa poligamia de saqueo cuando narra las increpaciones de Paullo Inka a Almagro por la lentitud de marcha del ejército hispano (almagrista) / andino que perseguía, durante la primera "guerra civil", a los pizarristas:

"...Quiero tanto a mis mujeres como tus cristianos a las suyas, y las dejare y dejen ellos a las suyas; y vamos a la ligera al igual en pasos, que matare la mayor parte de la gente de Pizarro y los desbaratare. Y si tus cristianos no quieren ir, déjame ir solo con mis indios de guerra y hare lo que digo, que estos tus cristianos con tantas mujeres como tienen, no hacen cosa a derechas..."

En cuanto a la monogamia, esta quedaría para el *populorum*, que en una sociedad de castas (etnoclases) como la virreinal, implicaría solamente a la llamada republica de indios, puesto que en la dominante republica de españoles la usanza de conquista permitiría que cada "wiracocha" emparejase indias por doquier "paridoras de mesticillos", según descripción de Huamán Poma:

"...Hacen casta perdida de mestizos y salen grandes bellacos que no obedecen a sus caciques. Salen haraganes y ladrones y sus mujeres grandes putas que ya no quieren lo indio. Que los encomenderos y curas desvirgan a la fuerza a las indias doncellas y casadas, ellos como sus criados negros y mulatos las hacen perder la decencia, haciéndose grandes putas las indias, en este mundo al revés..." (*Nueva Crónica y buen gobierno*).

Efectivamente en la medida que el mestizaje fuese producto de una violación antes que de un romance, la pseudo-institucionalidad matrimonial resultante –sobre los escombros de la destrucción del núcleo familiar cobrizo– solo podía naufragar en una anarquía sexual conexas a un encono étnico procreador de vástagos "naturales", no reconocidos y bastardos, vale decir "mestizos de vidas destruidas" en quincuacentenaria y

² Historia general de Indias.

comprensible crisis de identidad...Base hueca de la llamada *peruanidad* virreinal como republicana.

Dentro de este contexto, a fin de ordenar la anarquía conyugal de la nueva elite extranjera-católica, es que por bando real (o sea como decreto político) se dispone que todas las "viudas principales" (del harem, por supuesto) de maridos hispanos fallecidos en las guerras de conquista y con hacienda (encomiendas y reparticiones) volvieran a casarse con españoles "cuyo servicio a su majestad fuera incuestionable", a fin de impedir la pérdida de dicha hacienda vía de un posible matrimonio entre la viuda cobriza con algún corracial suyo de (naturalmente) dudosa lealtad al nuevo estableblishment. Respecto al acatamiento de este decreto sacramental, Garcilaso refiere cierto caso anecdótico que bien merece ser transcrito:

"...A la viuda de Martin de Bustinza, que era hija de Huayna Cápac, casaron con un valeroso capitán muy hombre de bien, que se llamaba Diego Hernández, de quien se decía que en sus mocedades había sido sastre. Lo cual, sabido por la infanta inkaica, provoco que rehusase el casamiento diciendo: "No es justo casar a la hija del gran Huayna Cápac con un ciracamayok, que quiere decir sastre. Y aunque le rogo e importuno el mismísimo obispo del cusco, así como el Capitán General Diego Centeno, con otras personas principales, no se logró convencerla. Entonces, enviaron llamar a Paullo Inka, su hermano y en quien los españoles guardaban especial consideración, el cual una vez reunido con la infanta, la aparto a un rincón de la sala y le dijo que no convenía rehusar aquel casamiento, que implicaba hacer odioso a lo que quedaba del linaje real de los inkas, y que políticamente traería encono hacia lo que restaba de las panakas. Ella consintió al fin el mandado de su hermano, aunque de muy mala gana, y así se pusieron delante del obispo, que hizo el oficio de cura por honrar a la desposada; y preguntando mediante indio interprete a la novia si accedía a otorgarse por mujer y esposa al susodicho Hernández, la desposada respondió muy altivamente: "Ychac munami, ychac manamunami", que quiere decir "quizás quiero, quizás no quiero", entre la perplejidad de los presentes...".

Pero fuera de lo anecdótico, la preservación misma del nuevo “establishment de castas” propio del coloniaje pro-blanco, resultaba políticamente incompatible con la potencial elitización social del mestizaje generado de aquel choque de civilizaciones. Tal es así que en el proceso, previo a su ejecución, de último inka de Vilcambamba (Túpac Amaru I), inicialmente serían incluidos como acusados –también de rebelión – “todos los mestizos cusqueños hijos de los conquistadores y de las indias naturales, más aun si eran de sangre real inkaica...”, según anotaría Garcilaso refiriendo su propio caso.

En fin, toda suerte de viscidudes acaecieron en aquel convulso choque de armas, religiones y razas, que engendrarían el resentido insurgir del cholaje. Lamentablemente el frustrado encaramiento social de una elite cholo/mestiza en aquel apocalíptico siglo XVI –descendiente de conquistadores hispanos y pallas inkaicas –agravaría aún más la anarquía matrimonial, o sea el caos de la célula familiar, inherente a una sociedad tan colisionada como la virreinal. Se puede entrever que la derrota en Chupas del “cholo” Almagro (el mozo) –parido por madre cobriza –el mejor mestizo nacido en el *nuevo mundo; lindo hombre de a caballo* (comentarios Reales), así como el no acatamiento del consejo carvajaliano por Gonzalo Pizarro (“tome por mujer la infanta que entre los inkas este mas pronspicua al árbol real, y envié a sus embajadores a las montañas donde resiste el heredero, Manko Inka, pidiéndole salga para restituirle en su majestad y grandeza, y que de su mano de a esa señoría la hija o hermana que tuviese”), al frustrar históricamente un franco proyecto etnonacional mestizo; también, desestabilizó la sacramentalización matrimonial “de color” popular bajo el statu quo globocolonial, ya sea virreinal como republicano.

Entiéndase, por fin, que si –como se dice –la familia constituye la “célula de la sociedad”, pues dicha célula tiene como núcleo la pareja padre-madre vinculada por el matrimonio; por consiguiente, al estar anarquizado (y minado por el desempleo y/o la explotación) tal vínculo, indefectiblemente aquellos profanados núcleos apenas podrán “subdesarrollar” un erosionado tejido social (de células familiares

enfermas) en donde lo sagrado tiene escaso, nulo o prostituido significado. Por consiguiente, si desde la perspectiva clasista, F. Engels³ concluye que bajo el mercado capitalista “el matrimonio monogámico nace de cuerpo coronado” desde una perspectiva etnicista “de color” subdesarrollado y bajo escenario libre-saqueador globoneoliberal, aquella inexorable cornudez resultaría por doble factura.

LA CONFESION

Como regla general, la extirpación de idolatrías se valdría –en su naturaleza represiva –de la infidencia de los frailes hacia el “secreto de confesión”. Felonía eclesiástica cuyos antecedentes históricos se remontan al siglo XII, época en que el movimiento herético (protosocialista) de los albigenses, habiendo adquirido una difusión tremenda en Francia, fue combatido por el Vaticano mediante una “cruzada anti-herética” cuya naturaleza represiva la obligada a recurrir a la confesión obligatoria y delatora:

“...El obispo debe cada año visitar las parroquias en las que sospecha a la existencia de heréticos, y tiene que obligar a la gente a denunciarlos bajo juramento de confesión; quien deniega tal denuncia será también tratado como herético...” (Concilio Laterano, cap. III).

No debe extrañar, entonces, que en los Andes los cabecillas del Taki Onqoy, e inclusive Túpac Amaru, Túpac Katari y tantos otros “terroristas”, cayeran precisamente por la traición del curato católico al secreto confesional. ¿Qué más se podría esperar? Baste sino observar la diferencia cualitativa entre las performances del primer obispo de Roma (Pedro) y la del primer obispo del Perú (Valverde): mientras que el apóstol Pedro representaba ante los cesares a las masas sufrientes (esclavas), muriendo como subversivo mártir en el coliseo romano, en defensa de su fe; fray Vicente –en los Andes –representaba al establishment represor y como franco antimartir

³ *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.*

terminaría linchando por los martirizados nativos de Tumbes, a consecuencia de su afán extirpador de idolatrías –avisado por aquella red de agentes/confesionistas (o “santa soplonería” contrainsurgente) –a una agredida grey cobriza, la cual muy bien podría haber anticipado aquella respuesta que le da, por razones similares, un cacique selvático al jesuita Francisco Patiño en 1648:

“... ¿Por qué no te cansas de arrebatarnos nuestros ídolos? ¡Llévate ese cerro si puedes, que es el Dios que adoro!...”.

En tan dramático (y represivo) escenario de destrucción (de las Indias), la confesión o descarga de conciencia” llevaba latente una tacita impugnación, cotidiana e individual, al *statu quo* por parte de la feligresía “de color” humilde y –vale la pena referirlo –excepcionalmente también de parte de ciertos elementos de la alta feligresía “blanca-pudiente”, como el arrepentido conquistador Mancio Sierra de Leguizamo (aquel que perdiera “a los dados” la imagen aurea del Sol del Qoricancha durante el saqueo del Qosqo), cuyo testamento⁴ pasaría a la posteridad como clásico de “confesión política” impugnadora del establishment. Impugnación también convalidada por otro conquistador de renombre como Pedro Alvarado, quien en su lecho de muerte –en plena extremaunción –le confesaría al capellán que le asistía: “me duele el alma”.

Por supuesto, este sacramento se complementaba (ba) con la respectiva penitencia ordenada por el cura, a menudo –como denunciaría Huamán Poma –contante y sonante en monedas o en especias para la manutención y/o enriquecimiento del seudoministro de Dios. No esta demás agregar que la subsiguiente penitencia a menudo sería efectiva por la Santa Inquisición –de sobrevivir el reo a las torturas –mediante el confinamiento carcelario (de ahí deriva que las penas de prisión, así como el ambiente mismo del encierro, sean aun referidos en los códigos penales como “penitencierías”).

En cuanto al ritual de la “confesión andina”, el cronista mestizo –y

4 ver encabezamiento del Capítulo IV (I parte) del presente libro.

además clérigo –Blas Valera refiere que se efectuaba a orillas de un río: el pecador –acompañado del párroco incaico –portaba en la mano un manojo de esparto o ichu y, una vez confesado, luego de recibir golpes de puño en el dorso (propinados por el huatuc), escupían ambos en el manojo que luego se arrojaba al río, “lavándose así de pecado al pecador”.

EL BAUTIZO

Referido a neutralizar un “pecado original”, cuya extensión al grueso poblacional nativo derivó en una irracional al grueso poblacional nativo derivó en una irracional competencia por bautizar paganos cobrizos a diestra y siniestra:

“...Que los dichos padres y curas en tiempos de la Conquista, para hacer cristianos a los indios y bautizarlos los metían como carneros...” (Guamán Poma).

Sébase que si bien es cierto la tesis de “animalidad cobriza”, planteada por Ginés de Sepúlveda (*de justis belli causis a pud indos*), había sido ya –entrado el segundo tercio del siglo XVI⁵ –dejaba de lado por la iglesia católica, esto no obedeció (como se cree) a un sentimiento filantrópico o magnánimo derivado de las denuncias de fray Bartolomé de las Casas...sino a la urgente necesidad de una coartada política que santificase el saque y expoliación del (sub)mundo indiano, en donde la mano de obra tributaria (en minas, encomiendas y reparticiones) era indispensable. Efectivamente, se hacía elemental reconocerle “posesión de alma” a los cobrizos a fin de que fuesen aptos para el bautizo; por ende, también aptos para el tributo (vía el trabajo forzado), en cuanto justificativo oficial de la explotación feudocristiana (“te bautizo para que tributes”). Entiéndase que no era factible bautizar animales desalmados. Y es que sin tal requisito (del alma) la “evangelizadora explotación” del indio hasta podía resultar herética, peor aún en un continente otorgado (inconsultamente) por el mismísimo papa Rodrigo Borgia, alias Alejandro VI, a los reyes hispanos.

⁵ La Bula “sublimis Deus” del 9 de julio de 1537, dada por el papa Paulo III (sucesor de Borgia), luego de un largo debate y resistencia declaraba a los indios “seres humanos de comprender y recibir la fe cristiana”.

Por supuesto, la otra alternativa –para los invasores –era el exterminio del invadido...ciertamente complicadísimo ante la resistencia demográfica cobriza (pese a la peste bacteriológica) y mortandad guerrera), pero principalmente resultaba contraproducente –tal etnocidio –para la explotación del aun operativo mecanismo socio-laboral inkaico; consolidados ambos (demografía y trabajo) en una abrupta geografía andino/selvática propicia también para resistencias, y donde la “caballería cruzada” –agobiada entre cuevas, quebradas y abismos –menguaba su espacio de maniobra, a diferencia del arenal costeño (que incluso genero al caballo de paso), así como del posterior escenario de las praderas del oeste norteamericano donde la raleada y atrasada demografía “piel roja” no implicaría la necesidad evangelizadora –explotadora (peor aún en versión capitalista), sino del etnocidio indispensable para la consecución, allá, del “sueño americano” pro-blanco. En cambio –acá –las resentidas (pero civilizadas) indias del derruido Tawantinsuyo, luego de la mortandad de la guerra de resistencia, tenían que ser masivamente vaciadas de identidad vía el bautizo supresor del nombre kechuaymara, a fin de que se constituyesen (y justificasen) encomiendas, mitas y reparticiones, básicas para el “sacro saqueo” desarrollador del subdesarrollo. Es así que aquel “bautizo pro-explotación”, opuesto a la convicción liberacionista que se percibe en el proceder de Juan Bautista a orillas del Jordán, degeneraría en el orbe “de color” no blanco hasta vulgarizarse al estilo de un tal San Javier, quien se jactaría de haber logrado bautizar –en la India –a diez mil niños nada menos que en una semana (día y noche al promedio de uno por minuto). Este supersanto tendría un emulo que en los Andes batiría otro record Guinness: el frayle Juan Diego de Porres (progenitor del santo mulato Martin de Porres), quien alardeo oficialmente de haber bautizado (en manadas) “más de ochenta mil indios”. Es decir, se bautiza antes que por una malentendida impureza espiritual o pecado original, por la bienentendida “impureza de piel” conjugada con la ambición de riqueza (saqueo). El pecado tenía (y tiene) color crematístico.

Ya que hemos tocado el bautizo infantil, lo que debe llamar la atención respecto a los traumatizados niños cobrizos bautizados en los primeros años de la Conquista (que habían visto morir a sus padres a manos de esos “cristianos”), es que en el Nuevo Testamento no existe pasaje alguno insinuando que Cristo (que se bautizó a los 30 años), Juan el Bautista o los apóstoles, practicasen tal bautizo (infantil). Inclusive, cuatro siglos después, San Agustín –teólogo estrella del catolicismo –se bautizaría a los 33 años. Y no podía ser de otro modo: Cristo, que proclamaba “dejad que los niños vengan a mí, porque de ellos será el Reino de los cielos”, así como “Si no os volvéis como niños, no podréis entrar en el Reino”, jamás enseñó ni insinuó que los niños (paganos o no; blancos o no) sin bautizar eran consecuentemente “pecadores originales” y, por ende, incapaces de merecer el cielo.

Por su parte, el cronista Tito Cusi Yupanqui, hijo de Manko Inka, refiere que el bautizo andino –además del *tuctu rucuchin* (corte de pelo) de la infancia –consistía “en trasquilarse y oradarse las orejas” practicado individual o colectivamente, tal y conforme lo describe en aquel último ritual masivo dirigido por el clero inkaico en el Qosqo de 1536 (en pleno cerco a los invasores) a orillas Huatanay, el cual contó con la asistencia del propio Manko Inka. Entre los miles de fieles pachakamistas de aquel día –agrega Cusi Yupanqui –hubo muchos “rebautizados” que habían sido coactivamente bautizados por los españoles, tal como denunciaría el clérigo mestizo Blas Valera:

“...Por fuerza y con violencia, sin que precediese enseñanzas alguna, como sucedió en Puna, Tumpis, Cassamarca, Pachakámaq, Rímac y otros lugares, cuando estos predicadores eran soldados y los bautizadores idiotas, y los bautizados traídos encadenados o atados en sarta o manada, con apercibimiento que si levantan sus cabezas habían de probar lo que eran bautizados, aparentaron consentir para que no los matasen, como mataron (los españoles) a los que declaraban por Pachakámaq...”.

Es necesario precisar que si bien es cierto la justificación moral de la empresa conquistadora auspiciada por el papado y los reyes católicos era la “conversión” de las indias, lo afectivo fue que con tal sacramento

bautismal (por más efectivo que fuese) se aperturaba el ciclo generacional –entre los globocolonizados –de **DESCEREBRAMIENTO COLECTIVO** o vaciamiento cultural, vía el apelativo postizo que implicaba el “nombre cristiano” (más aún el apellido), que el bautizador blanco imponía a los bautizados cobrizos (ejemplo: Huamán Poma “de Ayala”) o negros (ejemplo: Kunta kinte⁶, bautizado como “Toby”), derivándose de todo ello tipologías tan atorrantes y alienadas como el “Zambo beato greco-romano”, el “cholo de Opus Dei” o el “indio católico con escudo heráldico de Castilla”. Huelga referir que cuando Mario Vargas Llosa – Novel de la castellanización peruana –comento, en relación al alienado cobrizo Alejandro Toledo (quien por segunda vez tentaba la presidencia de la republica Criolla/2001), que “portaba un apellido afilado como una espada” en alusión al virrey que ejecuto al último inka de Vilcabamba (1572), omitió –MVLL –precisar que dicho apellido hispano (Toledo), portado por el expresidente cobrizo, obviamente era postizo, vale decir sin vinculo sanguíneo alguno, sino por mero “bautizo en manada” de algún ascendiente generacional del personaje de marras.

Entiéndase que para dominar y cretinizar a un pueblo, nada mejor que suprimirle la memoria colectiva, empezando por la falsificación – mejor aun así es con olor a santidad (foránea) –del yo (identidad). Por último, la víctima “evangelizadora” estaba prácticamente entre la espada y la pared, pues negarse al bautizo implicaba ser fichada como infiel en medio de aquella guerra (etno)santa que fue la Conquista... y, por ende, (mal)tratado como “diabólico subversivo) por la Dircote virreinal. A su vez, acceder al sacramento aquel implicaba su forma capitulación cultural.

LA EUCARISTIA

La eucaristía, en cuanto “santa comunión” (común-uni6n entre el hombre y la divinidad), constituye un ritual bajo la solemnidad de una cena. La remembranza de una “ultima cena” en com6n-unidad (comunidad) militante en la que el Cristo-hombre, sabedor del inminente

⁶ Personaje principal de la novela hist6rica Raíces, de Alex Haley.

arresto, procede a despedirse de sus principales correligionarios, invocándoles no solamente que se acordasen de él, sino –principalmente –mantener enhiesto el proyecto etnonacionalista /liberador hebreo (el Cristo-histórico, antes que redentor de “toda” la humanidad, se asumió Mesías EXCLUSIVO de su pueblo: “No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel” Mt 15,24), mediante la renovación de un judaísmo que él consideraba profanado en sus tendencias farisea y saducea.

Con el tiempo, la remembranza aquella sería solemnizada en una simbólica teofagia común, vía hostia/pan y vino, cuya antiquímica transubstanciación derivaría del cuerpo y de la sangre de un pasivo domesticador de esclavos (el Cristo-Dios “de la fe” celestial), en detrimento del radical Cristo-hombre (histórico-insurgente-terrenal) que hasta exhortaba el uso de la espada⁷. Por supuesto, mediante al pecador, a manera de borrón y cuenta nueva los pecados cometidos quedarían cancelados (mejor aún si se adjuntaba cierto pago “monetario-indulgente”, ya que así se aseguraba –además –un cupo privilegiado al cielo). Algo estupendo –en las Indias –para la impunidad política de los “evangelizadores” que, como Pizarro, Cortes, Toledo y Areche, luego de ejecutar a Atahualpa, Moctezuma, Túpac Amaru I Túpac Amaru II, asistían fervientemente –enlutados y hasta penitentes –a la hipócrita eucaristía “de cuerpo presente” dirigida por el cómplice obispo.

Por otra parte, el “*comed y bebed que este es mi cuerpo, tomad y bebed que esta es mi sangre*”, pronunciado por Jesús antes de repartir entre sus apóstoles el pan y el vino en el huerto Getsemaní, posteriormente serviría a un clero en proceso de romanización (colaboracionista con el *establishment* imperialista) como “alternativa económica” –mediante la simbólica hostia –ante el paganismo judaico, romano, egipcio, helénico, etc., cuyo ritual alterno contemplaba el

⁷ “Y el que no tiene espada, venda su capa y compre una...” (Lucas 22.36) . No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino la espada...” (Mateo 10, 34).

oneroso sacrificio de animales (festín carnívoro-colectivo) ofrecido a sus dioses:

"...La carne de estos animales sacrificados era ofrecida (y ofrenda) en los mercados públicos en calidad de carne de Júpiter, carne de Minerva, carne de Poseidón, etc., según los dioses a quienes habían sido sacrificados los animales. Los compradores elegían la carne que más les convenía, creyendo que comiéndola recibirían una bendición especial de la divinidad respectiva y hasta creían entrar en comunión con ese Dios medianoche aquella carne..." (Franz Griese /*La desilusión de un sacerdote*).

De análoga naturaleza (comunión con la divinidad) vendría a ser la ofrenda andina (sacrificio del "auquénido negro" referido por Garcilaso) y, subsecuentemente, el respectivo sumun litúrgico tenía que expresarse en una eucaristía inkaica, que en tanto resistiese el globocolonialismo cristiano, ipso facto sería descalificada, en versión de parte, como "ritual demoníaco" por el intolerante clero occidental. Para hacer más entendible este aspecto, recurramos finalmente –en un enfoque de similar naturaleza, pero aplicando repetidamente –al contraparte nativista de Carlos Milla, en su obra antes mencionada, con respecto al ritual de la misa católica:

"...Tenían los invasores muchos templos oscuros y adornados sus altares con el oro que nos robaron. Las paredes estaban llenas de imágenes torturados y escenas masoquistas, siendo su Dios un hombre muerto, ajusticiado, al que lo hacían resucitar por extraños ritos de hechicería para ofrecerlo nuevamente en sacrificio caníbal a su propio padre. En estas ceremonias tenebrosas, entre todos los presentes se comían a la víctima y se bebían su sangre..."

Depende pues –tal apreciación eucarística –de donde nos ubiquemos, o sea como nos identifiquemos.

LA EXTREMAUCION

No obstante su exclusividad para con los bautizados que debían haber llegado "a la edad de la razón" (algo complicado en una población cobriza "sujeta a tutela"), este sacramento ad portas al "más allá" y que

confiere fortaleza al alma (“quitando el pecado venial y la pena temporal”) para el tránsito hacia “otra vida”, resultaba incompatible con el eminentemente terrenal planteamiento andino:

“...no entendían que la “otra vida” fuese espiritual, sino corporal como en esta misma (...). Consideraron, asimismo a los inkas, la resurrección universal, pero no para gloria ni pena, sino **PARA LA MISMA VIDA TEMPORAL...**” (Garcilaso).

Subsecuentemente, la salvación o condenación –terminología occidental –resultaba absurda en cuanto premio o castigo extraterrenal, o sea en tanto no fuese decodificada desde la perspectiva filosófico-moral inmanentemente a la existencia terrenal de la colectividad tawantinsuyana. Debe considerarse que la cosmogonía andina (del que la religión es un derivado), si bien es cierto contempla el caso de la materia inerte (estática), pues no admite el de la materia inanimada; vale decir que nos hallamos en un universo pleno de vitalidad (energía / kamakén), de lo que deriva una concepción religiosa, antes que panteísta (cada cosa –animada o no –es una “minidivinidad distinta e independiente”), **pananteísta**⁸: la “macrodivinidad única” esta (distribuida) en toda cosa vía el kamakén o espíritu universal impreso en astros, cerros, piedras, mar, lluvia, tierra, etc.; y –por supuesto –donde el “cadáver” (inerte y **ADEMÁS DESALMADO**, según el concepto occidental) difiere del “aya” –vocablo kechua –alusivo al cuerpo inerte **AUNQUE “ALMADO”**, siempre vinculado a su espíritu (nuna), contemplando el carácter permanentemente de individualidad (indivisión de materia / espíritu) en todo ser orgánico como inorgánico. Es que, **tal como existe el SER HUMANO, también existen los SERES NO HUMANOS (minerales, vegetales, animales...), puesto que TODOS SON (EN EL TIEMPO) PORQUE ESTAN (EN EL ESPACIO), como parte de la infinitud cósmica. Es, entonces, que se puede empezar a entender por qué el concepto de “PACHA” IMPLICA CONJUNTAMENTE ESPACIO Y TIEMPO.** Este aspecto ha sido muy poco estudiado (por no

⁸ Término acuñado y explicando por teólogo brasileño Carlos Libanio Christo (más conocido como Frei Betto), fraile vinculado a la Teología de la Liberación.

decir ignorado) por teólogos y etnólogos, empezando por el incumplimiento del requisito básico para este tipo de investigación, como los es un eximio conocimiento del kechua y/o aymara, para que recién pueda deducirse etimológicamente (rescatando la raíz del concepto); por ejemplo, si “aya” equivale realmente a muerto; si “supay” equivale a diablo; o los “huaypantas”, a ángeles, etc., y así sucesivamente con todo el repertorio de categorías religiosas y filosóficas andinas.

Si se analiza el empeño que tuvieron los capellanes españoles por apoderarse de las momias o mallquis inkaicos que llevaron consigo – durante cuarenta años (1532-1572) de incesante batallar – los últimos ejercicios cobrizos que se internaron en las selvas de Vilcabamba, podremos otear la trascendencia del culto a dichos “difuntos vitales”; lo cual, de alguna manera, se atavisa en las visitas que hacen – en noviembre – las etnoclases populares a sus difuntos, en cuyos nichos (de cruz impostora) beben, comen, hablan, cantan y bailan (ayataki) con los “mallquis”, tal como si de veras estuvieran en vida. Esto contradice, entonces, aquella (mal) interpretación tridimensional de kay pacha, hanan pacha y uku pacha (como equivalente al cielo, terreno e infierno cristiano) obviando el hawapacha (el cosmos infinito y no sensible, expansivo a los límites en tiempo y espacio de la finita percepción humana), pretendiéndose forzar una “feliz coincidencia” con la estructuración occidental de la Trinidad.

Incompatibilidad que represivamente exigía al runa andino suprimir “por diabólica” (según la visión extranjera) la devoción vivificadora a las montañas de los antepasados, de suma trascendencia en una sociedad – como la inkaica – cuya cosmogonía no contemplaba un “abstracto más allá” (llámese paraíso, purgatorio, infierno e incluso el limbo para los no bautizados), en razón a que sus difuntos seguían, en cuanto energía vital inmortal (el *kamakén* que divinizaba lo que hoy se ecuaciona científicamente en la *Ley de la conservación de la energía*⁹), siempre circunscritos al “tiempespacio” del Pacha (*wañuscapaca kamaqenchi*

⁹ “La energía no se crea ni se destruye, solo se transforma”. Ergo: es eterna.

circunscritos al “tiempespacio” del Pacha (*wañuscapaca kamaqenchi kutipun pacha kallpaman* / cuando morimos nuestra vida retorna a la gran energía del universo¹⁰); por consiguiente, considerados (los mallquis) antes que meros cadáveres, individuos inertes –si –pero en eterna indivisión de alma (pensamiento o espíritu) y organismo (sea momia o esqueleto). Diríase, una muerte relativa antes que absoluta...En todo caso, la transmigración del alma consistiría en la reintegración del kamakén en otra dimensión energética del cosmos, ya sea en el hanan pacha (macrocosmos subterráneo). Es por esto que la exégesis funeraria tawantinsuyana, antes que como vulgar entierro del “cadáver desalmado”, se planteaba en lo posible como “preservación del cuerpo (materia inerte) aun con espiritualidad vinculada”; por consiguiente, con el respectivo ajuar logístico de víveres, utensilios y adornos, que normalmente conforman las vituallas de las momias inkas y preinkas, cuyas panacas seguían manteniendo sus poderes sociopolíticos; lo cual determinaría que Herbert Spencer¹¹ –uno de los clásicos de la sociología mundial –concluyera:

“...el culto de descendencia entre los Inkas era tan complicado, que se podría creer que los vivos eran sirvientes de los muertos...”.

En 1597, en la Plaza Mayor de Lima y en presencia del virrey y del arzobispo, se efectuaría una quema de mallquis huarochiranos requisados por el extirpador fray Francisco de Ávila, mediante una colosal pira de dos millares “de idolillos, huacas y conopas”, amén de otros millares de quipus, para –a continuación (y sobre los escombros)-ser azotado el huactuc Hernando Paucar y luego ser desterrado perpetuamente a un presidio en Chile. Otro testimonio de la trascendencia “mallquiiana” en la religiosidad inkaica, lo hallamos en el “bautizo bajo presión” de Atahualpa, quien tuvo que acceder a dicho chantaje con el solo fin de evitar que su cuerpo fuese desintegrado en la hoguera (tal fue la modalidad de pena capital inicialmente sentenciada por sus

10 Federico García / Pilar Roca, ob. cit.

11 *Principios de Sociología*

secuestradores, con aval de Valverde, trocándola por la pena de garrote /ahorcamiento). Tuvo, entonces, (el inka) que “bautizarse” –en lo absoluto por convicción católica –a fin de asegurar la extremaunción sacramental pachakamista (de preservación del corpus inerte), en tan precaria situación de prisionero de guerra...Etno-extremaunción inmersa en los funerales que le efectuarían, en Quito, los generales Kiskis y Tito Atauchí, luego de recuperar la urbe cajamarquina (a la partida de Pizarro) y hacer desenterrar el corpus del inka para su adecuación como mallqui.

Conscientes del formidable potencial político-cultural de los españoles emprendieron una búsqueda frenética de aquellas momias. En 1560 el joven Garcilaso, poco antes de partir para España, logro ver cinco de estas (las de Wiraqocha, Túpac Yupanqui, Huayna Qápaq, Mama Runtu Y Mama Ocllo) en la mansión del entonces corregidor del Qosqo, Polo de Ondegardo. Posteriormente los cuerpos serían llevados a Lima, al cementerio de San Andrés (Barrios Altos). A inicios del siglo XIX, un par de aristócratas criollos, José de la Riva Agüero y Toribio Polo, desenterraron (exhumaron) un cumulo de huesos que atribuyeron “pertenecer a las momias de los inkas”. Desde entonces se perdió exprofesamente aquel importantísimo rastro. Evidentemente, el criollismo católico se percató de lo riesgoso de proporcionar a la grey de estirpe cobriza reliquias de tan trascendental magnitud, como los restos de sus divinizados (hombres-dioses) inkas...Algo así como que los cardenales del Vaticano hallasen los del mismísimo Mahoma (¿acaso lo harían público, devolviéndolo al islam?), o que los ulemas y ayatollah de la meca encontrasen los del Cristo (¿acaso lo harían público, devolviéndolo al Vaticano?).

Doce años después de la testificación garcilasiana de los mallquis inkas, ya en 1572 (caída de Vilcabamba), la expedición hispana que captura al último inka rebelde, Túpac Amaru I, trajo también consigo la venerada estatua aurea del *Punchao* (representativa de un niño en cuyo interior –en una especialmente acondicionada –se guardaban las cenizas de los corazones de todos soberanos habidos desde Manco Cápac).

Pues bien, dicho legado fue remitido por el virrey Toledo a España,

de donde el rey optaría por despacharlo al Vaticano, sede en la que hasta la fecha se halla: en el área reservada –entiéndase “secreta” –del Museo Papal (a la espera de ser recuperada por un futuro Gobierno etnonacionalista reivindicador del inkario).

No obstante la quincuacentenaria desculturización, aquellos mallquis siguen siendo venerados –camuflados tras las efigies de los santos católicos –durante la festividad del Corpus (sin el Christi) institucionalizada desde mucho antes de la fundación española del Qosqo, todas las cuartas semanas de junio (Inti Raymi), durante el solsticio de invierno del hemisferio sur.

LA YIHAD INKAICA (WILKAUKATINKU)

La guerra santa o “yihad” constituye excepcionalmente un sacramento, colectivo en vez de individual, efectivo y reconocido en el islam, como también –efectivo aunque no reconocido formalmente –en el cristianismo, por lo menos desde el tiempo de las Cruzadas, ya sea contra turcos y árabes del Medio Oriente, o contra inkas y aztecas de Abya Yala. Definitivamente, tal “sacramento bélico” estaría implícito (desde todos los bandos) en las invasiones extracontinentales propias del choque de civilizaciones euro-asiáticas, africanas y abyayalinas, bajo las denominaciones de guerra santa, yihad o wilkauptinku.

Refiérase que las invasiones persas a Grecia, la contra-invasión alejandrina al Asia, las ofensivas “bárbaras” que acabaron con Roma, la expansión de los pueblos mahometanos, las invasiones mongolas, árabes y turcas a Europa, la destrucción de las civilizaciones cobrizas, la eurocolonización de los pueblos “de color” no blancos, el tráfico esclavo afro-negro, la conquista del *Far West*, las mismas guerras mundiales e inclusive el sionismo y los recientes conflictos en los Balkanes, Somalia, Irak y Afganistán...Vale decir, aquellas sacudidas históricas de la humanidad, si bien es cierto conforman –vía colisión bélica –parte del proceso de selección natural y cultural de la especie, pues también con llevan su respectiva esencia religiosa en cuanto “competencia cultural entre fes”. Vale decir que todo choque de civilizaciones (proceso de

mucha de mayor contundencia y antigüedad que la lucha de clases) implica, en mayor o menor grado, guerra (etno)santa.

Por consiguiente, dada la viciada sacramentalización católica (descrita en este capítulo), el runa andino en defensa de su dignidad y libertad solamente podría refugiarse en las selvas de Antisuyo; región que se constituirá en el último reducto de su integridad religiosa y de donde provendrían –a lo largo de siglos –sus respuestas armadas con ingredientes de wilkukatinku o “yihad inkaica”, impregnadas de una legítima (contra)violencia –en su trasfondo psicoanalítico –de tipo compensadora; ya sea por venganza, frustración o (en su más excelsa manifestación) por reivindicación, conforme decretaría aquel mesías inkaico, Juan Santos Atahualpa, cuando ordena no solamente la “expulsión de todo cura católico”, sino de todos los blancos en general, de aquella zona liberada, que en efecto fue el antisuyo central de mediados del siglo XVIII comprendido por el valle del Apurímac / Ene (VRAE), tal como antes lo fue –zona liberada –la conexas selva de Vilcabamba del siglo XVI.

Esto contribuye a entender por qué en las rebeliones serranas (salvo en el caso primigenio del Taki Onqoy, que apelo a la modalidad desarmada) la impugnación del culto católico no constituyo el objetivo político explícito, inmediato y principal (pese a que la restitución del inka, a la postre, lo implicaba), a diferencia de las rebeliones del epicentro selvático (antisuyo), en donde –reaccionando contra las “entradas” y “misiones” de arcabuceros y frailes –adquirió principalmente el perfil armado de guerra (de liberación) etnosanta. Lo cual determinaría la reconfiguración de una frontera geográfica y cultural, andino –occidental, a lo largo de la ceja de selva “rupa rupa”, y en donde una nueva toponimia con el prefijo “San” advierte la yuxtaposición de la espada y la cruz: San Juan de la frontera de los Bracamoros, San Juan de la Frontera de Chachapoyas, San Ramón, San Juan de la Frontera de Vilcabamba, así como sus respectivas avanzadas o “fuertes Apaches” con guarniciones hispanófilas de soldados, misioneros y rintintines, como en Palca, Quimiri,

Chanchamayo, Huasahuasi y Sivia.

De esta manera, tornariase la espesura selvática en refugio guerrillero y santuario natural de reconstitución de la religiosidad inkaica. Entiéndase que “allá afuera” (sierra y costa), dada la prejuiciosa exegesis católica-globolonizadora, aquel rebaño de fieles “de color” cobrizo (en realidad, resentidamente fieles), cuyos pastores originales seguían sucumbiendo desde Cajamarca hasta Vilcabamba, a lo sumo podía –en angustia generacional –aguardar un yugo sacramental de “santa explotación” por parte del nuevo escalafón político –eclesiástico, cuyo obispado solía compartir las tiendas de campaña de sus “cruzados y santos” regimientos de infantería, artillería y caballería:

“...Llevaba cuatro obispos a sus lados: a la mano derecha iba el arzobispo de Los Reyes, a cuyo lado iba el obispo de Quito; a la izquierda de Gonzalo Pizarro iba el obispo del Cuzco y a su lado el obispo de Bogotá...” (Garcilaso / Entrada de Gonzalo Pizarro a Quito, luego de su victoria en Chupas).

Definitivamente, el renacimiento etnocultural de la nación mestiza implicaría, necesariamente, el rescate de los principales elementos de la religiosidad ancestral preservados mayormente en la dorsal andina y sus estribaciones amazónicas (cejas de selva / Antisuyo), justamente donde la hegemónica demografía e idiosincrasia cobrizas garantizan –una vez recuperada la identidad –el genuino sincretismo sacramental...Resultante en una Iglesia neo-tawantinsuyana, cada vez más desconocida del Vaticano y (re)conectada al Qoricancha.

CAPÍTULO II

Cobricidad, blanquitud y negritud

TIJERAS DE VILCABAMBA Y EL TAKI DE LA FE

Es sintomático que, en cinco siglos de catolicismo impuesto en el orbe andino, los únicos santificados –en “argollera” gracia divina –sean una blanca (Rosa de Lima) y un mulato (Martin de Porres). No existe representante cobrizos, deduciéndose que los cholos a lo sumo podemos decir “amen”, lo cual indica que el catolicismo se enraizó más en el esclavo negro que en el siervo cobrizo. Si consideramos que el primero llego “ya convertido”, acompañando en la guerra de Conquista¹, y que el segundo –culturalmente más sólido –fue descalificado como “desalmado” (en el mejor de los casos “sujeto a tutela”) por quienes venían a “convertirlo”; entonces, convendremos que el factor afro resulto benigno –para los Valverdes, Luque, Areches y Ciprianis –en el sentido que no adscribe formas discrepantes, sino sumisas...Precisamente eso: esclavas. No pudiendo decirse lo mismo del elemento cobrizo que resulta –desde esa misma perspectiva –“maligno” en la medida que adscribe formas alternas u opositoras al culto cristiano-romano. ¡Felicitémonos, pues lo maldito para el globolonizador resulta bendito para el globocolonizado y viceversa!

El Taki Onqoy (“enfermedad del baile), tal como se denomina la primigenia resistencia religiosa tawantinsuyana, tuvo su epicentro en Ayacucho de 1565 y fue liderado por un huactuc –el curaca chokne de Laramate (Lucanas) –acompañado de dos acolitas indias mimetizadas bajo el seudónimo de “Marías”, siendo lo más probable que se tratara de antiguas acllas de las huacas y templos profanados y/o destruidos por los

¹ Por ejemplo, las únicas bajas oficiales del ejército de Pizarro en la emboscada de Cajamarca fueron un español herido en la mano y un esclavo negro muerto en la refriega.

invasores. Dicho movimiento de resistencia pasiva, conjuntamente con la resistencia activa de los inkas de Vilcabamba (1536-1572), serían las caras de una misma medalla. La danza en sí, acrobática y de ritmo frenético, era prologada por “pagapus” de coca en la que se expresaban las visiones de los huátucs, todas anunciadoras de la derrota final del Dios invasor y, por ende, de la raza invasora... al mismo estilo de aquella (otra) “danza fantasmagórica” de los sacerdotes lakotas del Far West norteamericano del siglo XIX, cuyo máximo exponente sería el cacique hechicero Toro Sentado (*Tatanka Lyotanka*²), que, en medio de su ritual danzante extranjera del coronel Custer en el campo de Little Big Horn (1876).

Retornando a la Andinoamérica del siglo XVI, si consideramos que la frontera más próxima con el inka era la ceja de selva de Huamanga (o San Juan de la Frontera), pues entonces aquel mensaje reivindicativo de “Resurrección de las huacas” definitivamente tuvo que ser coordinado desde el refugio de Vilcabamba por los remanentes del clero inkaico, dada su ejecutoria de oposición anti-occidental (guerra etnosanta). Debe sopesarse que el principal consejero y miembro del Estado Mayor de Manco Inka durante la gran rebelión fue el sumo pontífice del Qoricancha, el Willac Uma, que luego de desviar al contingente almagrista hacia el “reino de Chili” (facilitando así el desencadenamiento de la reconquista inkaica³, cuyo zenit fue el cerco simultáneo del Qosqo y Lima), se repliega –el Willac Uma –acompañando a Manco Inka hasta la nueva (e insurgente) capital selvática de Vilcabamba, desde donde direccionaría toda posible resistencia etnorreligiosa contra los invasores:

“...Estos ingas (de Vilcabamba) desearon recuperar estos reinos por todos los medios, y lo han intentado, no hallando otro de más provecho que mediante la resurrección de su religión (...). Han desparramado indios ladinos (huatucs/ N. del A.) por todas las provincias del Perú, con predicción, exhortando a todos los que eran fieles a su Señor que

² La traducción real de Tatanka-Lyotanka es “Bufalo Sentado”.

³ Este enfoque del protagonismo belico-religioso del Willac Uma fue planteado y muy bien explicado por el historiador Juan Jose Vega en sus obras *La guerra de los Wiracochas y Manco Inka: el gran rebelde*.

retornasen a las huacas..." (Cristóbal de Albornoz, visitador general del obispado de Huamanga / 1569).

Oposición / resistencia –por otra parte –inexistente o mínima en el ya desarraigado elemento afro-esclavo, cuyo panteísmo primitivo, si bien es cierto desenvuelto "sin competencia" en el Caribe y Brasil (favorecido por la escasa densidad demográfica cobriza y su tenue desarrollo cultural), dando lugar a la santería, al candomble, a la macumba y al vudú, pues tales expresiones no lograron prender en los Andes a causa de la ínfima representatividad demográfico / cultural –del elemento afro –ante una fe / panteón andinos aun resistentes, amén de un catolicismo que ante la coyuntura de guerra racial –como fue la conquista –muy difícilmente toleraría "otra competencia" (afro-religiosa) para su "fe de apartheid". Tenía ya, la iglesia euroblanca, más que suficiente con la "extirpación de idolatrías" cobrizas.

Además, en un continente que les era tan extraño como a sus amos blancos, la actitud del esclavo negro tendía a ser, por instinto de conservación (en el fragor de aquella conflagración inter-racial), convenientemente pro-occidental. Y es que por la relación propietario / propiedad, inmersa en el esquema amo blanco /esclavo negro (con cierta generacional "sindromelgia de Estocolmo"), así como por su alienada repulsión a los nuevos exponentes "de color" como lo eran esas masas cobrizas infieles (ellos –los negros –"ya eran fieles"), no podía ser de otro modo. Ante el masivo peligro común que representaban las indias, no había para los esclavos más alternativa (de sobrevivencia) que una solidaridad para con sus también apelligrados amos blancos, aferrado (tal "solidaridad de crisis") a la fe en un Dios, aunque sea de imagen y semejanza de sus históricos opresores.

A fin de cuentas, blancos y negros eran forasteros y co-invasores en esta tierra de infieles cobrizos. Recordemos que el mismo a Túpac Amaru (cuyo colaborador, el zambo Antonio Oblitas, no fue sino la “excepción afro”) fracaso en su afán de captar masivamente al elemento negro y que, asimismo, fueron “pardos” los que integraron en gran proporción la tropa virreinal contrainsurgente (cuyo folclore se expresa en los bailes “de negritos” difundidos por casi toda la sierra central y sur). El mismo virrey O Higgins –consciente de esto –descartaría una posible alianza subversivo / racial afro /cobriza:

“...negros e indios son irreconciliables...”

Retomando el tema del Taki Onqoy, este es reprimido luego de varias décadas y las “Marías indias” son, previa exorcización, confinadas a perpetuidad en un centro de reclusión limeño. Ejecutarlas bajo el estigma de brujería (laycas) las hubiese deificado ante una grey cobriza muy poco catequizada, convirtiéndola en mártires de la fe al Pachakamaq. El establishment virreinal, por elemental instinto de conservación, prefirió evitarlo.

Aquel Taki Onkoy (o *Ayra*) transcendía los esquemas religiosos, puesto que al propugnar el “retorno de las huacas” ipso facto contemplaba la restauración del orden inkaico (conceptualizado en su cosmogonía como Pachakúteq) a expensas de la expulsión de los extranjeros, ya sean hombres o dioses. “echarlos a la mar” había sido la consigna del general Kisu Yupanki durante el cerco de la recientemente fundada ciudad de los Reyes, en el zenit de la guerra de liberación liderada por Manco Inka, hacía apenas una generación. Ahora con el Taki Onkoy, la consigna política sería la misma, pero ya no mediante las armas, sino mediante el rescate de la fe (colectiva) “de color” insurgente. Para eso, debía el diezmo clero inkaico recuperar su influencia sobre la traumatizada grey cobriza. Nada más oportuno, entonces, que promocionar –aunque sea subjetivamente –su poderío sobre las pestes (también) invasoras que en dupla con la tecnología “zoobelica” (caballería

acorazada más armas de fuego) habían derruido la república tawantinsuyana. De ahí su faceta (también) sacroterapéutica –muy bien enfocada por Max Aguirre C.⁴ –vía aquel ritual de “danza purificadora” (sanadora) de enfermedades transmitidas por europeos y africanos. Y así como el Taki Onkoy primigenio (pre-hispánico), cuanto danza “psico-ritual” contra la enfermedad, formo parte de la festividad andina de la Citua (que contemplaba la profilaxis general del reino –descrita por Huamán Poma – mediante procesiones, limpieza de acequias, baños colectivos, ayunos y hondadas de fuego que “*expulsaran malos espíritus y enfermedades de hombres, plantíos y animales*”), pues –luego –ya del Taki Onkoy de resistencia anticolonial derivarían, a su vez, los respectivos sub-takis para determinadas epidemias hasta entonces desconocidas: Muru Onkoy (contra la viruela, gripe y tifus), Sara Onkoy (contra la plaga del maíz), Puquio Onkoy (contra la malaria), etc.

Séparse que, cuando se habla de “despoblamiento de la Indias” o de “destrucción de las Indias”, debiera aludirse, antes que a la altísima mortandad bélica (que en efecto la hubo), al impacto multibactereológico euroasiafricano sobre la fauna (incluido el homo sapiens cobrizo) y flora de un continente aislado como Abya Yala (Indoamérica), en donde aún no se desarrollaban los leucocitos (defensas orgánicas) ad hoc para inmunizarse de las mismas pandemias extracontinentales (por ejemplo, la llamada “peste negra” transmitida a Europa desde el Medio Oriente con el retorno de los cruzados) que siglo y medio atrás arrasaban con un tercio de la población blanca.

En cuanto al impacto de las pestes eurasiáticas en los Andes, ha sido el cronista jesuita Fernando Montesinos quien mejor se ocuparía, describiendo la “mortandad india” dejada por el sarampión aparecido en 1585, así como la expansión de la viruela y gripe sobre Huamanga, Andahuaylas y Qosqo, al extremo que la administración virreinal, ante las decenas millares de cadáveres, extendería un cordón sanitario que “*cerraba el paso en los puentes y caminos que vinieran de Lima*”.

⁴ Ayacucho: VilcasHuamán y Cangallo.

Pandemias que no solamente arrasaban con los humanos, sino también con el ganado, tal como narra Garcilaso⁵ respecto al *“carache jamás visto” (sarna / caracha) que “cruelísimamente despacho las dos terceras partes del ganado mayor y menor de alpacas, llamas, huanacos y vicuñas”, sic.* Debían, pues, los huátucs del Taki Onkoy lidiar contra plagas tan terribles como las que asolaron el Egipto de Ramsés I.

Respecto al, digamos, “programa político” del Taki Onkoy, este destacaba por su etnonacionalismo reivindicacionista, tal como se deduce de las quejas de uno de los más destacados extirpadores de idolatrías, el dominico Cristóbal de Albornoz:

- 1) Que estos indios no creen en el Dios cristiano, ni en sus símbolos (cruz) ni imágenes, bajo castigo de enfermedad mortal maldita, anunciada por los huatucs.
- 2) Que se confiesan solamente con los huatucs del Taki Onkoy.
- 3) Que ayunan en ciertas festividades del calendario inka.
- 4) Predican –los huatucs –que las principales huacas (Pachakamaq, Tiawanaco, Chimboraso, Karhuarasu, Sarasa, Tampusoto y otras) están venciendo a los dioses cristianos, y que solamente los reconversos verían el nuevo orden inka.
- 5) Que (los indios) hacen caso omiso a los ritos y sacramentos cristianos.
- 6) Que rechazan toda vestimenta cristiana (o sea invasora, N. del A.), manteniendo la indumentaria inkaica.
- 8) Que rechazan la chicha (akna) en los rituales, rechazándose el vino.
- 9) Que preservan la chicha (akna) en los rituales, rechazándose el vino.
- 10) Que (por orden de los huátuc) mantienen la dieta, cultivos y comidas autóctonas.

...Como se puede apreciar, una reivindicadora “plataforma etnopolítica” que, al presente siglo de la globoneoliberalización intoxicantizadora de los TLC y ALCA, no ha perdido casi nada de vigencia resoberanizadora.

⁵ *Comentarios Reales*, Libro 8 Cap. XVI.

Ardua labor la de aquellos heroicos huatucs, despachados desde el bastión rebelde y santo de Vilcabamba para resistir la extirpación de idolatrías ejecutada por los curas invasores. Más aún: para demostrar que también dominaban la “magia tecnológica” de las divinidades foráneas, estos huátucs innovaron en sus danzas el dominio del acero –vía las tijeras –en medio de sus acrobacias rituales. Sépase que después de las armas de fuego (illapas / rayos), así como del arsenal acerado y del caballo, algo que también asombro a la población cobriza fueron –si hemos de basarnos en las crónicas de Huamán Poma y Garcilaso –las tijeras y navajas aceradas de los barberos / sangradores que constituían el servicio de sanidad de los ejércitos invasores euroafros. “*Vuelven mozos a los viejos*”, comentaría risueñamente el propio Garcilaso⁶no sin antes aludir las expresiones de ciertos caciques veteranos, quienes ironizaban –ya culminadas las guerras de Conquista –que tanta mortandad de ambas partes se habría ahorrado si los españoles hubieran otorgado previos presentes de tijeras y navajas, por lo que “*con gusto hubiésemos trocado todo el oro que estimaran*”, sic.

Seria –también –a fines de aquel convulso siglo XVI que la Iglesia anti-cobriza reacciona, además que mediante la extirpación de idolatrías, exaltando las performances santorales de la criolla Isabel Flores de Oliva (Santa Rosa de Lima / 1586-1617, hija de un arcabucero –Gaspar Flores – de la Guardia del Virrey Toledo), así como del afro Martín de Porres Velásquez (1579-1639, hijo del capellán español Juan Diego de Porres y de la esclava negra que adopto el apellido del amo que la compro: Velásquez). Era necesario contrarrestar esa atribución que “usurpaban” aquellos sacerdotes vilcabambinos del Taki Onqoy, así como aquellas acllas que comulgaban subversivamente con los rituales de los huátucsdanzarines (danzac`s de tijeras) peregrinando en proselitismo etnorreligioso por los Andes sureños. Situación grave para el nuevo

⁶ Garcilaso también especifica que los inkas, contra lo que comúnmente se cree, no se dejaban crecer el pelo, sino que manteníanse rasurados permanentemente. Lamentablemente, ni las crónicas ni la arqueología han determinado la herramienta con la que se efectuaba. En cuanto al poblador común, estos si se dejaban crecer la cabellera.

establishment, empezando por la añoranza popular hacia los remanentes del clero inkaico en su habidad andino. Documentos de la época (referidos por Steve Stern⁷ hablan de “ocho mil participantes activos”, o sea militantes encarcelados o enclaustrados por la Iglesia virreinal (en una zona que en pleno despoblamiento tenía un estimado de 150, 000 habitantes tributarios). Se hacía, por ende, indispensable acabar cuanto antes con aquel reducto “infiel” (Vilcabamba) que tenía toda la proyección para tornarse en una “meca cobriza”, por consiguiente, directora de la fe andina. Justamente, el posterior calificativo popular de la Machu Picchu, la “ciudad sagrada de los inkas” (inicialmente asumida por Hiram Bingham como la histórica Vilcabamba / “ciudad perdida”), deriva subliminalmente de tal proyección etnorreligiosa.

En 1572 Vilcabamba cae y Túpac Amaru I, hijo de Manco Inka, es decapitado en la Plaza Mayor del Qosqo. No obstante, el Taki Onkoy persistiría por un siglo más. Simultánea a dicha resistencia, específicamente setenta años después de la caída del reducto vilcabambino, surgiría –desde la capital virreinal –la veneración a la imagen de un Cristo “de color” no blanco, flanqueado por el Inti a su diestra y la Killa a su siniestra, al estilo “Altar de Qoricancha” (dibujado por el cronista Yamki Santacruz Pachacuti). Aun así, la tradición hispana conceptualizaría convenientemente el imaginario de aquel Cristo “moreno” en función al perfil africano, expropiando –con obvio móvil político –su elaboración andina. Al respecto ya se ha referido (Capítulo II / Primera Parte), en función a las investigaciones de Rostworowski, que el culto “catolizado” al Cristo de Pachacamilla debe su arraigo popular a la heredad del culto prehispánico al Pachakámaq.

A su vez aquel culto al señor de los Milagros o Cristo moreno “de Pachakamaq”, en cuanto máxima expresión “dócil” endosa al elemento de estirpe afro en el Perú (o sea expropiada por el blanco a favor del negro en perjuicio de la autoría cobriza), comprendería la compungida

⁷ *Los pueblos indígenas del Perú y el desafío de la Conquista española.*

veneración –propia de una etnia esclavizada por milenios –a un Dios cuyo color “no blanco” (aunque sea cholo) le vislumbra (ba) –a esa población afro-negra mayor aproximación física y psíquica: un Cristo desblanqueado que si hasta entonces habíase representado exclusivamente por la imagen racial de los barbados y blancos conquistadores, pues “ya de color humilde” (¡aunque sea cholo!), desde perspectiva psíquica (por su pasión de sufrimiento) identificabase mas con los esclavos negros y siervos cobrizos, vale decir, con las etnoclases dominadas (incluida la “zambitud”, producto del mestizaje afro / indio) en proceso de una domesticación espiritual indispensable para el bienestar material de la etnoclase blanca...La cual –a su vez –limitada (y obligada), por su minoría demográfica, se vería finalmente en la necesidad de flexibilizar aquel apartheid de la santificación cristiano –occidental en esta parte del orbe “de color” resentido. Además, aquella “meca –inkaica” (Vilcabamba) había caído hacía ya varias décadas.

Debe observarse, también, que tal proceso de suplantación (el, digamos, Pachakristo” cholo –mestizo tergiversado oficialmente como el Jesucristo afro-moreno), más que por la “tolerancia de necesidad” blanco –criolla para con sus esclavos, se vería facilitado por la despoblación cobriza, particularmente en la costa limeña...Cabeza de playa de la cristiana globolonización libre saqueadora.

CAPÍTULO III

El “señor” es qosqoruna antes que nazareno

EL INKA CAUTIVO

El Cristo de Ayabaca, conocido como “señor Cautivo”, representa en histórica y sacra autenticidad, la figura del inkarri sintetizada en las pasiones, muertes (...y resurrecciones) de Huáscar, Atahualpa y Túpac Amaru I, este último, postrero soberano de la rebelde Vilcabamba y tatarabuelo de Túpac Amaru II, cacique de Tungasuca.

Entre la diversidad de estructuraciones religiosas de fondo andino subliminal bajo formas occidentales, una de las más elaboradas –además del Cristo de Pachacamilla –viene a ser el culto popular que se profesa en el norte peruano y sur ecuatoriano al señor Cautivo de Ayabaca, que a continuación abordamos:

Según la versión hispanófila, aquel culto se origina cuando un trio de chalanes (quizás emulando el relato de los tres reyes magos) montados en caballos blancos arriban en 1751 –siguiendo la ruta pizarrita desde el Pacífico a los Andes –a Ayabaca (serranía piurana), donde esculpieron en un tronco de cedro (maderamen importado de Europa) la efigie desde entonces venerada. Sin embargo, la “otra (contra) versión” andina –aun por reivindicar –resulta auténtica y sociológicamente más coherente:

En principio, ¿Qué entendemos por “cautivo”? En el diccionario castellano se lee “prisionero de guerra”. No hay lugar a dudas, el cautivo al que se alude no puede ser de ninguna manera Jesucristo, quien jamás guerreó y que simplemente (tal como se describe en el Nuevo Testamento) fue detenido en el huerto Getsemaní, conducido a los sacerdotes judíos y luego pasado a Poncio Pilatos, quien después del episodio de la “lavada de manos” lo entrega a la furibunda muchedumbre en un final ya conocido.

Es decir, Jesús jamás fue técnicamente prisionero de guerra; no fue

cautivo ejecutado sumariamente. No estuvo ni siquiera veinticuatro horas detenido, pues es arrestado en la madrugada del Jueves Santo y en el crepúsculo de aquel mismo día ya estaba crucificado.

En aquel tiempo la crucifixión era aplicada a quienes incurrieran en delitos políticos, como, por ejemplo, sedición, motín o rebelión: hacía apenas un siglo de la insurgencia de esclavos liderada por Espartaco en la península itálica, en cuya rebelión el patricio romano Craso “adorno” la Vía Apia con seis rebeldes en la crucifixión. El mismo Barrabás -colega de Cristo en la crucifixión –fue un militante zelote (secta etnonacionalista hebrea) apresado por motín y no por “robo agravado”.

Retomando el calificativo de “cautivo” (prisionero de guerra), eso fueron, efectivamente, los inkas Huáscar (por el ejército atahualpista) y Atahualpa (por el ejército hispano). Y en el caso de este último, por el transcurso de ocho meses (noviembre de 1532 –julio de 1533): un larguísimo cautiverio en el epicentro mismo de los Andes septentrionales (ámbito de influencia de dicho culto), como lo es la ciudad de Cajamarca.

Ha de precisarse, también, que Pizarro llega a Cajamarca –por la ruta de Ayabaca –en el mes de noviembre (Aya Raymi), vale decir en el mes de las honras a los difuntos. De ahí que hubo millares de peregrinos acampando –en carpas (tiendas blancas con toldo de algodón) –a campo raso en las afueras urbanas, tal como refiere el cronista hispano Cristóbal de Mena:

“Eran tantas las tiendas blancas que aparecían, que cierto nos puso hartos espanto, porque no pensábamos que los indios pudiesen tener tan inmensa y soberbia estancia, ni tantas tiendas, ni tan a punto, lo cual hasta allí en las Indias nunca se vio...”

Es decir, que Atahualpa (cabeza de la teocracia andina) se hallaba en plena celebración religiosa, lo cual se corrobora cuando en la víspera de la celada que le tenderían los Pizarros, a punto de terminar la entrevista con Hernando de Soto, el inka brinda chicha con el español, manifestándole “estar en ayuno” y que devolvería la visita al día siguiente. Queda claro que en aquel choque etnocultural que tanto ha marcado el devenir de las repúblicas andinas hubo una intensa ansiedad religiosa no solo de parte

maquiavélica hispana sino también de la sincera (contra)parte inka.

Respecto al recorrido del Señor (¿inka o Cristo), es notorio que el aludido en la celebración del “Cautivo de Ayabaca” se sustentara en la crónica local andina antes que en algún itinerario jalonado desde Palestina. Y es que comparando –en el Nuevo Testamento y en los *Comentarios Reales* –la entrada de Cristo a Jerusalén entre vítores y hosannas (“bendito sea el advenimiento del reino”), con el apoteósico recorrido del príncipe inkaico Sayri Tupaq –hijo mayor del ya difunto Manco Inka –a la salida de Vilcabamba para su entrevista, en Lima, con el virrey Hurtado de Mendoza (“*por el camino salían los caciques e indios de las provincias por donde pasaba a recibirles y festejarle*”, *Comentarios Reales*), podremos percatarnos de cierto paralelismo la esperanza popular de justicia social. En el primero, con el advenimiento del Reino del inka para la castigada (sub)humanidad cobriza.

En relación a la agonía propiamente dicha, continuamos encontrando similitudes de fondo político. Por una parte, antes de ser crucificado por rebelde (y traidor) ante el Cesar y paradójicamente también por usurpador del proyecto nacional hebreo (autoproclamarse descendiente de David / rey de los judíos), Jesucristo invoca a su deidad superior: **“Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”** (Lucas); percibiéndose un sentimiento de injusticia, calumniada, despojo y además de censura en el “no saben lo que hacen”. A su vez, por la parte del inka, percibimos en la descripción de la ejecución e invocación –en 1572 –del joven Túpac Amaru I (que apenas frizaba 25 años de edad), análoga estructuración:

“...Sacaron al Inka en mula, con soga al cuello y un pregonero que iba anunciando su muerte y la causa de ella, que era “tirano traidor contra la Corona Católica. El príncipe, no entendiendo el lenguaje español, pregunto a los religiosos que con el iban qué era lo que aquel hombre decía. Declaráronle que le mataban porque era auca (traidor) contra el Rey. Entonces mando a que le llamasen aquel hombre, y cuando le tuvo cerca le dijo: ‘No digas eso, pues sabes que es mentira. Di que me matan

porque el Virrey lo quiere y no por mis delitos, que no he cometido ninguno. Yo invoco al Pachakámaq que sabe que es verdad lo que digo'..." (Garcilaso).

Ambos, el inka y Cristo, mueren atormentados y en olor a multitud, pero con una diferencia substancial: mientras que Jesús es, en esos instantes, aborrecido y casi linchado por una multitud / (canalla) que "prefería absolver a Barrabas", en el caso del inka la multitud / (pueblo) esta consternada y acompañada en el sufrimiento a su genuino Señor Cautivo, hasta levantar un estruendoso griterío de protesta que hace atemorizar a los mismos verdugos, debiendo ser el propio inka quien –con una señal gradual del brazo –logra acallar al pueblo, hasta el acongojado silencio total, en que perece:

"...Los indios viendo su inka tan cercano a la muerte, de lastima y alaridos de manera atronadora. Los sacerdotes católicos que hablaban con el príncipe le rogaron que mandase callar aquella multitud. El Inka alzo el brazo derecho del oído, y de allí la bajo poco a poco hasta ponerla sobre el muslo derecho. Con lo cual, sintiendo los indios que les mandaba callar, cesaron de su vocerío, quedando con tanto silencio que parecía no haber un alma en toda la ciudad. De lo cual se admiraron los españoles, el virrey entre ellos, el cual estaba desde una ventana mirando la ejecución. Notaron con espanto (los españoles) la obediencia que los indios tenían a su Inka aun en aquel trance. Luego, el verdugo corto la cabeza del príncipe, el cual recibió aquella sentencia con el valor y grandeza de ánimo con que los indios nobles suelen recibir cualquier inhumanidad y crueldad que les hagan..." (Garcilaso, ob.cit.).

En cuanto a la pasión o "sufrimientos del Señor" (supuestamente un Jesucristo que jamás cargo la cruz¹), en realidad, mimetizandose en el Evangelio de los apóstoles, la memoria popular subconscientemente evoca el trato cruel que recibió el cautivo Huáscar en su trayecto de

¹ Solamente en uno (Mateo) de los cuatro evangelios figura que Jesús carga personalmente la cruz. En los otros (Juan, Lucas y Marcos) ni siquiera se insinúa la "cargada". Más bien, en su caminata a la crucifixión en el Gólgota, quien "se la carga" es Simón de Cirene, referido así, con nombre propio.

Huanaco Pampa (Apurímac), lugar donde se dio la última batalla de la guerra civil inkaica Andamarca (Ayacucho):

"...los dos capitanes de Atabalipa (los generales Kiskis y Calcuchimak, N. de R.) volviéronse para su Señor, llevando preso a Guascar, y tratábanle tan mal que le daban a beber orines por el camino, y a comer cosas muy sucias y sabandijas..." (Cieza).

"Luego le maltrato [a Huáscar] y le dio a comer chuño podrido, y por coca, hojas de chilca, y por llipta le dio estiércol, por mujer una piedra larga..." (Guamán Poma).

Con respecto a la figura e indumentaria del Señor Cautivo ("Señor, tanto por inka-hijo del Sol, como por Cristo-hijo del Dios Padre), aparte de la relación sincrética entre la tez nativa y la barba foránea, resulta llamativo su modelado: mientras que normalmente se representa al Cristo en agonía, atormentado, semidesnudo, crucificado y coronado con espinas o, de no ser así, con una vestimenta austera, inmaculadamente blanca o de cualquier otro color tenue y con aureola divina sobre la testa...Por el contrario, sucede con el Señor Cautivo la particularidad de que –pese a no estar crucificado y tampoco presentar aspecto lastimero, ni estar vestido con el color inmaculado de la túnica o manto –se le representa con una vestimenta originalmente "vellorí"² o azulada (el "clásico" color morado no data –acá –de más de un par de siglos), espléndidamente ataviado, adornado en purpura, con una diadema de oro sobre su cabeza, los brazos semicruzados con dedos separados y extendidos al estilo de las "manos cruzadas" del templo pre-inkaico de Kotosh (que según demuestra Carlos Milla³ constituye la simbología ancestral de la reciprocidad andina, propia del ayni), de tal forma que representa no solo una pose, sino además una expresividad y talante muy distintos a las de los "otros" Cristos, lo cual –en su conjunto –sugiere al observador perspicaz que dicha representación, en todo caso, estaría mucho mas cercana a la coreografía, idiosincrasia y

2 En su *Nueva crónica*, Huaman Poma refiere que el "vellorí" era considerado por los inkas como "un color sagrado y restringido al culto"

3 Ver su obra *Ayni*

figura de la antigua elite cobriza, como –por ejemplo –el Señor de Sipán ode Huari, en vez que a los clásicos modelos judeo-occidentales con que se alude a la segunda persona de la Trinidad.

Se puede entender, por consiguiente, que el (re)sentimiento popular ha elucubrado, desde los acontecimientos de hace cinco siglos y en los recóndito de un subconsciente colectivo aun atemorizado, una amalgama de elementos nativos y foráneos en la que se concatenan ciertos pasajes del Nuevo Testamento con el recuerdo popular (y no menos influyente) de la vida, pasión y muerte de nuestros venerados inkas.

CAPÍTULO IV

Mesías indio, inka-rey... ¡santo Atahualpa!

EL SALVADOR COBRIZO

“De cuerpo más que mediano, el dicho indio es muy querido; tiene algo de vello en los brazos, luce una barba como de tres dedos; es de buena cara; nariz algo cava y larga; tez mestiza y el pelo cortado por la frente hasta las cejas como los indios de Quito; va vestido con una cusma de algodón pintado; tiene a su obediencia a las naciones de los Antis y toda la gente de las conversiones que lo ven como su inka divino”.

(Descripción de Juan Santos Atahualpa por fray Vásquez de Caicedo / junio de 1742).

A fines de mayo de 1742 llegaron noticias alarmantes al recientemente inaugurado convento / abadía –“fuerte” de Ocopa. Un par de esclavos negros que acompañaban a sus amos franciscanos en sus “entradas” a la selva, en una de las comisiones de aprovisionamiento de víveres, habíase topado en cierta aldea coniba del Gran Pajonal (área de la selva central en la actual región de Pasco-Ucayali, próxima al río Pichis) con un grupo de guerreros asháninkas (también llamados *campas*), quienes los llevaron prisioneros ante un sensacional personaje, mezcla de inka selvático y Cristo andino, el cual –luego de observarlos afablemente – les despachó de retorno con un mensaje verbal para sus amos blancos. Después de varios días de caminata, los exhaustos esclavos lograron llegar ante los misioneros y ponerlos al tanto. Noticias que provocaron la inmediata levantada del campamento para que retornasen espantados hasta el “cuartel general” de Ocopa. Una vez ahí, ya informado el abad, este –aún más preocupado –emprendió viaje hasta Lima para darle cuenta personalmente al virrey de Villa García (Conde de Superunda). El relato quedó plasmado en un documento que, dentro de la maraña burocrática colonial, terminó anclado en el Archivo General de las Indias. Helo aquí:

“...Este indio, que dice ser Inca del Cusco, llamado Atahualpa, viene por el río escoltado por un cacique simirinchi (piro, N. del A) de nombre Wiraveki; y dice que deja en el Cusco tres hermanos. Este indio tendrá poco más de treinta años y su ánimo, dice, es cobrar la corona que le quito Pizarro matando a su padre y enviando su cabeza a España. Dice que estuvo también en Angola y los Congos; que además ha hablado con los ingleses¹, con quienes a pactado que le ayuden a cobrar su corona por la mar, pues el lo haría desde tierra recogiendo su gente de guerra, pues a este fin le enviaron sus hermanos del Cusco. Asimismo, que luego de reunir a su gente, subirá a Quimiri, en donde hará llamamiento a los serranos, sus vasallos, para que le acompañen en la empresa; pero que antes vaya el padre Fray Manuel del Santo y escriba al Virrey para que le restituya a su corona o el tendrá que recuperarla por la fuerza. Para eso ha llamado –este indio –a todas las tribus amajes, conibos, shipibos, simirichis, antis, teniéndolos ya juntos y obedientes a su voz y todos clamando que no quieren ser cristianos. (...) hacen los indios, tanto como cristianos como infieles, mucho festejo en contento de su Inca Rey, diciendo mil cosas contra los españoles y sus negros. Habla, este que dice ser Inca, lengua serrana, lengua de los antis y español, y parece que también latín, proclamando que a los españoles ya se les acabo su tiempo y al Inca le retorno el suyo. Y con esto también se acaban los obrajes, tributos y esclavitudes (...). Dice también que el ordenara indios para el sacerdocio, pues allá en Angola ha visto padres negros diciendo en misa. (...) Masca mucha coca este Atahualpa y envía recados a los pueblos para que se le traigan y de ella reparte a quienes no la tienen. Proclama que es ‘yerba de Dios’ y no de brujos como dicen los españoles (...). Todas estas cosas hablo con los esclavos negros el Inca y, sacando un crucifijo de plata que trae al pecho, les dijo hablasen verdad sin quitar ni añadir lo que el decía y los despidió...” (Archivo General de Indias, Sevilla / Legajo 541 / Manuscrito fechado de 1743).

¹ En la primera mitad de aquel siglo XVIII las costas del virreinato del Perú habían sido merodeadas y asoladas por piratas y corsarios ingleses, como Anson (1739), Clipperton (1721), Shelvocke (1719) y, en fin, de toda una saga que venía desde el siglo anterior, como parte de la pugna interimperialista entre España e Inglaterra.

Se trataba de Juan Santos Atahualpa, quien entre 1742 y 1756 hizo de la selva central, comprendida por las cuencas de los ríos Ene, Perene, Palcazu, Pichis y Tambo, una extensa “zona liberada” que hoy abarcaría la selva y ceja de selva de Pasco, Junín, Huancavelica y nororiente de Ayacucho. Un precursor de la “santa guerra de guerrillas” que en el transcurso de catorce años rechazó exitosamente cuatro expediciones españolas, culminando con una contraofensiva que logró amenazar el valle del Mantaro, es decir, ad portas de la capital virreinal.

De su lugar de nacimiento y educación, tan solo existen conjeturas que más apuntan hacia el Qosqo y describen a un hombre culto: habría estudiado en el colegio de Caciques que por entonces regentaban los jesuitas. De ahí su sapiencia del latín que un fraile que logró entrevistarse con el –en plena rebelión –corroboró:

“...Una vez que su escolta de flecheros me llevó ante su presencia, luego que le saludé respondíome igual; inmediatamente –al verme en mi atuendo de fraile –me preguntó ‘¿Cuánto tiempo ha que el Señor murió?’, a lo que yo pregunté ‘¿cuántos dioses hay?’, a lo que me respondió ‘in unum deum’, dejándome pasmado de su conocimiento del latín romano...”
(fray Vásquez de Caicedo),

Los investigadores de este personaje tan fascinante –en especial M. Castro Arenas² –coinciden en la posibilidad de que Juan Santos Atahualpa, culminado sus estudios escolares en el colegio de Caciques (por lo que se deduce su abolengo incaico), y adolescente aun, pasó a integrarse como novicio en la Orden Jesuita con sede en Qosqo y que mediante ella lograría partir hacia España, llegando –dada la expansión de aquella Orden

² *La rebelión de Juan Santos Atahualpa.*

“transcolonial” –a Angola, en donde, efectivamente, esa compañía regentaba una misión desde 1688.

Tan hábil estratega militar como místico religioso y a la vez propugnador de un clero inkaico, cobrizo y cristiano, Juan Santos Atahualpa inicia su guerra etnosanta con una defensiva guerrillera en el área de Kisopango, en donde luego de rechazar las columnas realistas de los coroneles Troncoso (500 infantes, 60 jinetes, 4 piezas de artillería y centenares de negros esclavos e indios auxiliares) y Milla Ocampo (360 infantes, 80 jinetes y 2 piezas de artillería, además de auxiliares y esclavos), que en operación de tenaza pretendían aniquilarlo convergiendo desde Tarma y Jauja...Logra convertir en una “nueva Vilcabamba” aquel poblado –kisopango –que se mantuvo invicto por una década, hasta la muerte del caudillo. Kisopango queda en la actual provincia de Satipo (Junín). De ahí, en una típica operación de comandos, aquel Ejército inkaico–asháninka captura el Fuerte de Quimiri aniquilando a la guarnición integra. Con ello lograrían el control total sobre el famoso Cerro de la Sal, que por entonces era –dada la importancia vital de ese producto en la economía doméstica de la población selvática –el centro neurálgico de la región.

Todas las misiones religiosas y guarniciones militares virreinales (acantonadas conjuntamente, dada la complicidad entre la cruz y la espada durante el establishment colonial) se replegarían hacia la sierra. La “frontera del inka”, trazada por Manco Inka hace un par de siglos desde Vilcabamba, había sido restablecida –esta vez –un poco más al norte y ya no amenazando al Qosqo y Huamanga, sino a la serranía central, próxima a la mismísima Lima.

Juan Santos no cesa en su empeño liberacionista y para agosto de 1752, al mando de 2500 guerreros tramonta la cordillera oriental y captura Andamarca, cuya guarnición huye despavorida. Este suceso causa conmoción en el palacio Virreinal (Lima), organizándose una quinta expedición que no llegaría a la selva, pues, al llegar a Andamarca, ya el inka se había replegado. La expedición, por disposición del propio virrey,

tampoco se animó a seguir al ejército cobrizo. Se dispuso solamente que se reforzaran los fuertes “fronterizos”, desde La Merced y Oxapampa hasta Huanta (Ayacucho). Y así se mantuvo el statu quo “de frontera” hasta que el nombre de Juan Santos Atahualpa, más aun a la muerte del caudillo, se legendarizó con que “había ascendido echando humo³ al cielo” donde su padre, el Pachakamaq, ordenador del universo.

“Ascensión” típica que –en tiempos de crisis existencial –las multitudes humildes atribuyen a sus líderes carismáticos, en alusión a la vigencia del ideal mesiánico / milenarista impreso generacionalmente en estos, implicando la “apoteosis histórica” (o sea la divinización popular) del mensaje como del mensajero, desde entonces venerado por la grey ante la que se sacrificó liberacionistamente. Al respecto, viene a colación el final del relato vargasllosiano –La guerra del *fin del mundo* –en que luego de la masacre de millares de seguidores (“canudos”) del mesiánico personaje llamado “consejeiro”, una diminuta anciana –sobreviviente de aquella masacre acaecida en 1897 (noroeste brasileño) –deja estupefacto a cierto militar genocida, sobre el cadáver del Consejeiro (ya inmolado), con la respuesta siguiente: “Lo subieron unos arcángeles: yo los vi”.

En cuanto al deceso físico del mesías cobrizo, sus místicos guerreros le erigieron un mausoleo a manera de ermita pétreo en el área de Metraró, al pie del cerro-apu de La Sal (límite de selva alta “rupa rupa” entre Pasco y Junín). En 1891, el gobernador de Chanchamayo, Adrian Zapatero, afirmó haber ubicado la ermita sagrada y encontrado en ella los restos del legendario inka. En 1910 el coronel francés y veterano de la Campaña de la Breña, Ernest La Combe, en una expedición encargada por la Sociedad Geográfica de Lima, corroboró el hallazgo del gobernador Zapatero, no sin antes reconocer que aquel agreste mausoleo constituían un lugar de veneración y peregrinación para los aldeanos en todo el área (de ceja de selva) circundante al cerro de la Sal.

Viene a colación observar que –en el Perú –el catolicismo importado

³ Izaguirre B. (*Descripción de las tribus orientales del Perú* / 1927)

se diluye (y en cierto modo, se desprostituye) a medida que, una vez desembarcado en el litoral, comienza a remontar en los Andes y descender a la jungla. Mientras más lejos de la gomorrización capital, centro de ingreso de la intoxicación (y –a la vez –de succión del libresaqueo), pues mayor potencialidad reivindicativa de las etnoclasas obrizas y por ende, en donde la “opción por los pobres”, o sea por el país profundo e hirviente, marca la esencia genuina de la respectiva religiosidad; lo cual implica la purificación del prostituido catolicismo y/o el resurgir del pachakamismo. “Resurgimiento purificador” al cual se presta la misma geopolítica interna: la costa –particularmente la alienada capital (ciudad de los Reyes) –conquistada, domesticada y acomplexada, no ha logrado generar un solo culto alternativo al catolicismo globoclonizador (el señor de los Milagros, como ya se refirió, es heredad del pre-inkaico Pachakamaq, a su vez, Santa Rosa y San Martín forman parte del oficialismo clerical pro-establishment criollo, y –por último –las melchoritas, saritas beatitas e Humay, aunque “informales”, conforman el mismo estereotipo pasivo / domesticador); en cambio, la sierra, más robusta en demografía obriza, identidad y etnocultura, pues ha mestizado, cholificado y hasta absorbido el catolicismo en infinidad de fiestas patronales (como en la contundente e impugnadora peregrinación al Koyllur Riti); a su vez, la selva (el antisuyo), en donde la pureza racial “no contactada” es más recóndita, se presta históricamente como zona de operaciones, por excelencia, para yihades etnoreligiosas al estilo mesiánico-armado “santahualpista”, como también para el desarrollo óptimo de congregaciones afines, tal como se manifiesta la Iglesia ataucista con casi medio millón de fieles / mitimaes “de monte y machete”.

Retornando a la yihad-inkaica de Juan Santos Atahualpa, sépase que, poco antes de la toma de Andamarca, ya las ramificaciones insurgentes se habían extendido hasta la misma sierra limeña, precisamente la región más resistente a los extirpadores de idolatrías (Huarochiri, Langa y Lahuaytambo), donde estallaría otra rebelión conexas liderada por un emulo y/o lugarteniente de Juan Santos: un tal Francisco

Inga, cuyo manifiesto era muy similar al del inka selvático:

“...Se disponían dar muerte a los corregidores y al Virrey, apoderarse de la Casa de Pizarro y sala de armas, abolir las mitas, tributos y obrajes, concitar a los esclavos negros en causa común contra el enemigo blanco, liberar al reino de España y reponer al Inka Rey...” (Archivo General de Indias / Audiencia de Lima / pág. 417).

La ramificación huarochirina del “santahualpismo” fue sangrientamente reprimida... Pero ya la chispa habíase extendido por la pradera. Treinta años después estallaría en el Gran Sur la rebelión de los “excomulgados e internalizados” Túpac Amaru y Túpac Katari, que removería hasta sus cimientos el Imperio colonial español en América, dejándolo resquebrajado a tal punto que ya no pudo soportar el separatismo criollo de inicios del s. XIX con los Bolívars y San Martínez, que –fieles a su idiosincrasia de apartheid –mantuvieron el culto oficial al Dios invasor, aludido como “Dios de Jacob” en el postizo himno patrio (criollo).

CAPÍTULO V

Insurgencia andina y secesión religiosa

LA TUPACAMARISTA OPCIÓN POR LOS POBRES

“...Tu eres nuestro Dios y señor, y te pedimos que no hayan sacerdotes católicos que nos importunen...”.

(Diciembre de 1780, clamor popular-cobrizo ante el ingreso triunfal de Túpac Amaru II al pueblo de Livitaca / Archivo General de los Indias).

El 26 de enero de 1780, vale decir nueve meses y nueve días antes del ahorcamiento –en Tinta –del corregidor (Mateo Ibáñez Arce) había sido apedreado y muerto por los indios de Colquemarca (prov. De Chumbivilcas, Qosqo); asimismo seis meses antes de aquel estallido tupacamarista (4 de noviembre de 1780), un trio de caudillos cobrizos, Tomas Katari, Santos Mamani y Bernardo Tambohuaco, ya venían sublevando el altiplano del Kollao y el Valle Sagrado (Urubamba) contra el establishment virreinal. Se puede entrever –contemplando inclusive la rebelión santahualpista (1742-1756) de 24 años atrás, así como los levantamientos simultáneos de los indios de Cotabambas, Carabaya, Azangaro y Castrovirreyna acaecidos en 1730 (con los respectivos ajusticiamientos de corregidores) –que el preludio escénico del tupacamarismo comprendió una dorsal andina ya convulsionada por una seguidilla –digámosle de alguna forma analogizada al presente –de arequipazos, ilavazos, moqueguazos, andahuaylazos y baguazos¹.

Cabe entonces, la pregunta: ¿qué de especial podía tener el cholo / mestizo José Gabriel Kunturkanki Noguera (Túpac Amaru II) para que, recién con su participación, aquella insurgencia de baja intensidad se

¹ Insurgencia de índole etnonacionalista contra los gobiernos globoneoliberales de Alejandro Toledo y Alan García, periodísticamente así nominados (con el aumentativo de “azo”)

tornara en revolución de alta intensidad? Pues que se trataba del descendiente, si no el más entroncado, el más identificado con el linaje inkaico, cuya reivindicativa divinización por la grey cobriza databa desde el holocausto de Atahualpa y el martirologio de los inkas de Vilcabamba –y por qué no agregarlo –“refrescada” con la relativamente reciente rebelión, en la selva central, de Juan Santos Atahualpa. Se trataba del mítico retorno del hombre-dios del Tawantinsuyo redivivo: el inka-rey en cuyo bando de coronación, efectuado en Tungasuca, se consagraría la siguiente formula:

“A José I por la gracia de Dios, INKA-REY del Perú, Santa fe, Quito, Chile, Buenos Aires y continentes de los Mares del Sur, Duque de la Superlativa, Señor de los Cesares y Amazonas, con Dominio en el Gran Paititi, Comisionario y Distribuidor de la Piedad Divina por Erario sin par”.

Para entender en su dimensión mesiánica la gran rebelión tupacamarista, ha de valorarse el “rol identitario” del líder representativo del linaje real (y originario) defenestrado por el Statu quo extranjero e invasor. Rol que resalta aún más cuando aquella persona-eje o personaje reivindica no solo aquel linaje originario, sino –principalmente –a la republica oriunda sometida. Labor en la que el personaje deberá lidiar, a menudo, con otros descendientes de una colaboracionista y alienada nobleza indígena que le resta y critica todo afán revolucionario. Recuérdese, al respecto, que Jesucristo –autoproclamado descendiente directo del rey David –tuvo como principal oposición a la plenitud de la nobleza hebrea encaramada en los partidos saduceo y fariseo, colaboracionistas con las dominación del Cesar romano, los cuales jamás le perdonarían al revolucionario Nazareno haberse asumido “rey de los judíos”. En cuanto al caso del “pobre arriero de vil e ignoto padre”², José Gabriel Kunturkanki, este tuvo que lidiar contra las diezmadadas panakas colaboracionistas que, además, le desconocían todo entroncamiento con el ultimo soberano de la Vilcabamba rebelde. Se explica así la feroz oposición armada de los intoxicidentalizados caciques Pumacahua, Sahuaraura, Choquewanca, Chillitupa, Tito Atauchi, etc.,

² Cahill, David. *Nobleza, Identidad y rebelión: Los incas del cusco frente a Tupac Amaru (1778-1782)*.

que actuaron como farisea quintacolumna de la represión blanco-católica.

Luego de seis meses y medio de arduo batallar, el inka cae prisionero por delación del cura de Langui y, luego de ser conducido al Qosqo, es encarcelado conjuntamente con su familia en los calabozos / celdas de la Iglesia de la Compañía de Jesús, donde se le inicia un juicio sumario de cinco semanas en medio de tormentos y vejaciones. No obstante, lejos de menguar, la rebelión se sobreentendería geográficamente, particularmente hacia el Kollasuyo (con los hermanos Katari y Vilca Apaza) y el Kontisuyo (con el sobrino del inka, Diego Cristóbal) por dos años más hasta la suscripción del Armisticio de Sicuani.

El viernes, 18 de mayo de 1781, casi al mediodía, se dio curso a la sentencia de tortura-muerte de Túpac Amaru II, quien se había proclamado (y fuera reconocido por la grey cobriza) INKA-REY –Inkarri – del orbe andino. El cadalso, ubicado en el sector de Plaza Mayor del Qosqo, próximo al atrio de la catedral (edificada sobre los cimientos del palacio de Sinchi Roca), estaba resguardado por una escolta de soldados pardos (negros)armados de fusil con bayoneta calada; siendo los verdugos suboficiales mestizos, según narración de Manuel de Espinavete, testigo presencial y secretario del visitador Areche. Por supuesto, el catafalco oficial estaba repleto de autoridades, todas blancas (europeas y criollas) y mestizas “aculturadas”. En síntesis, una contundente radiografía de la sociedad de castas (etnoclases) virreinal.

A su vez, el autor de la sentencia, José Antonio de Areche – exclérigo, miembro del Consejo Supremo de Indias, Intendente del Ejército y Visitador General –espectaba el suplicio con el obispo Moscoso a su diestra desde aquel catafalco ubicado en el atrio de la Iglesia de la Compañía de Jesús. Algo plenamente explicable, pues entre los principales considerandos de la sentencia estaba:

“...atender la defensa de nuestra amada y venerada Santa Iglesia Católica, mirando también la pronto quietud de estos territorios, el castigo de los culpables la justa subordinación a Dios, al Rey y sus ministros”.

La ejecución –colectiva en si –del líder rebelde (que ya estaba con un brazo quebrado), su brava esposa y principal lugarteniente (Micaela), su hijo Hipólito, su hermano Francisco, Tomasa Condemayta (cacica de Acos) y otros tres colaboradores (Antonio Bastidas, hermano de Micaela; José Berdejo y Andrés Castelu), además del Zambo Oblitas (por hacer de verdugo del corregidor Arriaga), fue la más martirizante y espeluznante –aquella ejecución –de toda la antología mundial: arrastres con caballos, cortadas de lengua, garrotes (estrangulamientos), apaleamientos, ahorcamiento y descuartizamientos... Cerrándose aquel martirologio con “el pasaje bajo la horca” del niño de diez años de edad –Fernando Túpac Amaru –hijo menor del jefe rebelde, para luego ser deportado a perpetuidad a un presidio africano³. No se exagera un ápice (y ante lo cual el suplicio de Jesucristo podría calificarse de generoso). Es que urgía al establishment cristiano, occidental y blanco, en su contrainsurgente “rol pacificador”, aterrorizar a toda una subhumanidad “de color” infiel. Así es que los dos descuartizamientos de los “corpus tupacamaristas” tendrían –para su escarmentadora exhibición pública –la psicogeografía distribución siguiente:

TINTA

- Cabeza de Túpac Amaru II.
- Tronco y brazo de Berdejo.

TUNGASUCA

- Brazo de Túpac Amaru II.
- Brazo de Micaela Bastidas.
- Cabeza de Hipólito Túpac Amaru.

PAMPAMARCA

- Brazo de Antonio Bastidas.
- Brazo de Castelu.

³ Moriría en la travesía por el Atlántico

PILPINTO

-Cabeza de Francisco Túpac Amaru II.

YAURI

-Pierna de Túpac Amaru II.

-Brazo de Berdejo.

PAMPAMARCA

-Brazo de Antonio Bastidas.

-Brazo de Castelu.

PILPINTO

-Cabeza de Francisco Túpac Amaru.

YAURI

-Pierna de Túpac Amaru II.

-Brazo de Berdejo

URCOS

-Brazo de Antonio Bastidas.

QUIQUIJANA

-Pierna de Hipólito Túpac Amaru.

SANGARARA

-Pierna de Antonio Bastidas.

ACOS

-Cabeza de Castelú.

CUSCO

- Tronco de Túpac Amaru II (cerro Picchu).
- Cabeza y tronco de Micaela Bastidas (cerro Picchu).
- Brazo de Antonio Oblitas (salida a San Sebastián).

CARABAYA

- Brazo de Francisco Túpac Amaru.
- Pierna de Micaela Bastidas.
- Brazo de Antonio Oblitas.

AZANGARO

- Pierna de Hipólito Túpac Amaru.

SANTA ROSA (LAMPA)

- Pierna de Túpac Amaru II.

AYAVIRI

- Brazo de Micaela Bastidas.

AREQUIPA

- Brazo de Micaela Bastidas.

LIVITACA

- Pierna de Túpac Amaru II.

SANTO TOMAS (CHUMBIVILCAS)

- Brazo de Hipólito Túpac Amaru.

PAUCARTAMBO

- Cabeza de Antonio Bastidas.
- Tronco de Castelu.

PARURO

-Brazo de Francisco Túpac Amaru.

CHUQUIBAMBA

-Cabeza de Antonio Berdejo

PUNO

-Pierna de Francisco Túpac Amaru.

Cabezas, piernas, brazos y troncos tupacamaristas dispersos por aquella extensa zona de operaciones del sur andino (actuales regiones de Puno, Qosqo, Apurímac y Arequipa), que más allá del objetivo terrorista / escarmentador (algo relativo, ya que tres décadas después otra gran rebelión, esta vez del “reconvertido” Pumacahua, sacudiría aquel mismo teatro de operaciones), tendría efectos contraproducentes para el establishment globocolonial, puesto que aquel martirologico desmembramiento colectivo (a lo cual deben agregarse los de Túpac Katari y Pedro Vilcapasa con sus respectivos lugartenientes) lo primero que provocaría en la resentida grey cobriza –una vez repuesta del estremecimiento –sería la ansiedad de reunificación de aquel “gran corpus” tupacamarista, señalador del nuevo tiempo cíclico en que la republica de españoles...El Inkarri, lo cual implicaría la repachakamización a expensas de la descatoización. Proceso cuya proyección geopolítica se orienta, vía el etnonacionalismo cholo del presente siglo XXI, hacia la reunificación del Perú, Bolivia, Ecuador y el noroeste argentino bajo criterios neo-tawantinsuyanos necesariamente anticristianicos.

Pese a que en los inicios de la rebelión Túpac Amaru pretendió evitar la conflagración con la Iglesia católica (de ahí sus iniciales relaciones preconspirativas con el mismísimo obispo del Qosqo), el desencadenamiento del huaico social derivaría en una *wilkaukatinku* o “yihad inkaica” desde el momento en que el entronizamiento del inka-rey (Túpac Amaru II) en la cúspide social, ipso facto implicaba la restauración de la teocracia inkaica, conllevando nuevamente la efectiva “resurrección de las huacas” con la simultanea demolición de las iglesias. Vale decir,

el reordenamiento de un caos propio de aquel “mundo al revés” tantísimas veces maldecido por el profeta Huamán Poma, añorando del pretérito “buen gobierno” tawantinsuyano, apologizado también por Garcilaso (por lo que la sentencia contemplaría –entre una serie de proscriciones –la censura de los *Comentarios Reales* y de toda pieza teatral, indumentaria y pintura que aludiese a los cada vez más divinizados soberanos cuzqueños).

Refiérase –también –que aquella gran rebelión, iniciada el 4 de noviembre de 1780, coincidía con el onomástico del monarca español de entonces, Carlos III, a cuyo nombre –en ardid de Túpac Amaru –es ajusticiado el corregidor Arriaga no sin antes habersele obligado a entregar armas, pólvora y dinero para la organización del ejército insurgente. Obviamente con el ahorcamiento público del corregidor –con pregón y escolta miliciana –se rebasaría el punto de “no retorno” desencadenante de un furor acumulado generacionalmente, por más que el inka se esforzase en racionalizar políticamente aquel (re)sentir social, lo cual se revelaría crudamente en Sangarara, primera victoria bélica de los tupacamaristas (18 de noviembre de 1780), donde la Iglesia colonial – último reducto de las tropas virreinales –es volada y demolida hasta solo quedar los cimientos...Justamente de lo que fue la huaca local.

Aquel mensaje etnorrevolucionario trascendía los esquemas meramente políticos, ya que el contemplar el “retorno del tiempospacio-inkaico”, la insurgencia adquiriría el carácter mesiánico y cósmico de un nuevo Pachakuteq, que en esencia no tendría por qué considerarse retrogrado, y es que –como se dice –no hay nada nuevo bajo el sol. Todo es reactualización constante, más aun en el tema sociocultural del cual la religión es una de sus facetas. Entiéndase que históricamente, ante las crisis existenciales, la instintiva tendencia de los pueblos colonizados en rescatar el respectivo modus operandi ancestral es asumida como la superación cultural re-creacionista ante el caos estructural presente (y extranjerizado), en pos de construir, por fin, un futuro propio. Pues bien, esa “recreación” genera la genuina modernidad sin calco ni copia. Por ejemplo, allá en la oscurantista Europa medieval, el Renacimiento y su

derivado humanista (en realidad "blanquista") consistió en la revalorización de las fuentes ancestrales helénicas, lo cual viene a ser el antecedente inmediato de su llamada Edad Moderna (que hizo florecer a Occidente luego de un milenio de oscurantismo), y nadie se le ocurría tildar de "arcaicos utopistas" a Erasmo de Rotterdam, Da Vinci y Moro... Algo análogo se vislumbra en la andinoamericana de estirpe cobriza, donde la lógica exige –urgida ante una fariséica coyuntura de libresaqueo globolonial –la revalorización y reactualización de los planteamientos político-culturales (incluida la religiosidad) del ecosistema originario que permitió, pese a la falencia de medios, solucionar –por ejemplo –el problema alimenticio sin "ayudas", "prestamos" ni "importaciones". Por supuesto que, desde una "perspectiva cretina", dichos logros se descalifican como arcaicos, en una modernizada versión laica de la intolerante extirpación de idolatrías, conforme a la cual se pretendería exorcizar las "ficciones indigenistas" de Arguedas (en el campo social), es decir algo equivalente en el campo militar a renegar de la performance andino / breñera del Caceres-Tayta, así como en el campo religioso maldecir el insurgir de una neo-iglesia inkaica... Justamente lo que reivindicaba renacentistamente el tupacamarismo y antes el santahualpismo.

Obviamente, la reacción del alto clero católico (no sería apropiado decir "Iglesia católica" porque cierto sector del bajo clero, de extracción cobriza y humilde, se mostró proclive y hasta militante del tupacamarismo) fue la inmediata excomunión de Túpac Amaru. La sentencia misma, al aludir los recibimientos populares "bajo palio" portado por curas", sic), reconoce tácitamente cierta tendencia secesionista de parte de aquel bajo clero tan resentido como sus corrales feligreses. Es más en una de sus cartas⁴, Túpac Amaru refiere que entre los parlamentarios enviados para entrevistarse con la junta de Guerra realista (durante el cerco del Qosqo), "mande dos sacerdotes y tres seglares", sic. No está demás mencionar la ira del obispo Moscoso al ser

4 carta remitida al Dr. Jose Paredes, fechada en Chuquibamba, el 26 de enero de 1781.

informado del modus operandi de recolección de fondos tupacamaristas: “De la misma forma como acostumbraban los curas de la época para pedir limosnas y donativos, con la imagen de algún santo” (en este caso con el “santo Túpac Amaru”)⁵.

Sébase que el escalafón eclesiástico / virreinal de entonces –propio de una sociedad regida por el apartheid étnico –restringía el ascenso en función a la “limpieza de sangre”. Tal es así que –pocos años antes de la insurgencia tupacamarista –en Cajamarca el opulento cacique Astopilco tuvo que erigir un convento (de la Inmaculada Concepción) a fin de que el obispo aceptara, bajo clausula precisa, recepcionar como novicias a algunas “mujeres virtuosas” de la diezmada aristocracia cobriza. Hasta antes las indias nobles estaban impedidas de eso, ya que la monjeria era exclusiva para españolas, criollas o a los sumo mestizas con dote. Sin embargo, pese a la cláusula, una vez admitidas las novicias indias, estas terminaron destinadas al servicio doméstico por presión de las reverendas hispanas. Servidumbre que se extendía con mayor escarnio a las esclavas negras, cuya admisión monjeril era impensable; solamente podían continuar –dentro de los claustros –en “labor esclava” al servicio de sus beatas patronas blancas, tal cual lo narra –con la mayor naturalidad –la no tan liberal Flora Tristán (en *Peregrinaciones de una paria*), al describir el funcionamiento interno del convento de Santa Catalina (Arequipa), ya en plena Republica.

Es que así como se dice –en el caso de la espada –“que un ejército contiene las mismas taras y virtudes de la sociedad que lo genera”, pues al referir a la cruz (el otro elemento de la conquista hispana) cabe análoga conceptualización: una Iglesia “de apartheid” propia de una sociedad de castas, por ende, proclive (dicha iglesia) a ser capturada o secesionada desde sus estamentos inferiores y de “de color” hereje, por el discurso y praxis de opción por los pobres.

Debe observarse, finalmente, que si bien es cierto la secesión

⁵ Estenssoro, Juan Carlos, *La plástica colonial y sus relaciones con la gran rebelión*.

eclesiástica es algo usual en las grandes revoluciones (el bajo clero, que se alinea con el Tercer Estado en Francia en 1789, es el referente más contundente), en el caso tupacamarista podemos visualizar que tal secesión era en doble fractura: además que por factores clasistas “de opción por los pobres”, por factores etnicistas “de reivindicación racial”. Ambos factores –clasistas y etnicistas –eran (y son) las caras de una misma medalla, por los menos en el orbe andinoamericano de “color” humilde.

CAPÍTULO VI

Mitimaes de la genuina buena

ATAUCUSISMO Y EXÉGESIS ANDINA

Entre Willac Uma y profeta bíblico: Ezequiel Ataucusi encarna la impugnación cholo / clerical más institucionalizada en el Perú contra cinco siglos de apartheid eclesiástico, judeocristiano, occidental y blanco.

Ya en el presente siglo XXI –en pleno auge de Internet y telefonía móvil –no sorprendente que cualquier colegial ubique sin dificultad, en el mapamundi, al país denominado “Israel” cuyo patronímico geopolítico figura desde la creación oficial de su Estado, en 1948, por resolución de una ONU direccionada por un Consejo de Seguridad Permanente conformado exclusivamente, hasta entonces, por potencias blancas y cristianas (China aún se hallaba en guerra civil). Sin embargo, antes de la fundación del moderno Estado sionista lo que figuraba en el mapa era Palestina. Más bien, el “otro Israel” –vigente en el tiempo mítico antes que en el espacio geográfico –era imaginado como un sufrimiento reino pretérito (Viejo Testamento) vinculado con el clamor milenario de justicia divina en pos del respectivo Mesías. Esta sería la “percepción israeliana” que tuviera un humilde campesino kechuablante –nacido en la Semana Santa de (1918-1998). Todo un personaje que si bien es cierto conjugo, en la fenomenal Congregación “israelita”, el Código Moral Andino con el Antiguo Testamento bíblico (Tora hebreo), pues en lo absoluto vinculase al sionismo vigente en el actual Estado israelí.

Su nombre mismo –Ezequiel –elegido por sus humildes padres bajo la superstición de la semana santa serrana, desde ya sugestionaría su infancia rural transcurrida entre las andenerías (pre)inkaicas que escalonan las laderas del abrupto valle huarhuino. Ahí mismo –a la edad de dieciocho años –es levado y tal como se acostumbraba, remitido con

manos atadas al contingente de reclutas cobrizos que anualmente, a manera de "mita castrense", demandaba el cuartel Salaverry de Arequipa. Luego de dos años de servicio en un batallón de infantería, se licencia como cabo castellano-hablante, conocedor del alfabeto. Retorna a su tierra para dedicarse de lleno a la agricultura en la chacra paterna y –claro está –tornarse eximio lector bíblico y espontáneo exegeta del Antiguo Testamento.

Cabe –aquí –preguntarse por qué en el mensaje ataucusista (circunscrito al Viejo Testamento) tanto Jesucristo como el Nuevo Testamento son omitidos, al igual que la cruz (optándose por el símbolo primigenio del "pescadito"). La razón estriba en que la idiosincrasia y moral andinas calzan mejor con la severidad del Jehová judaico que con el prostituido mensaje cristiano (Nuevo Testamento) del hipocritón clero afinado quincuacentalmente en los ex -territorios tawantinsuyanos. Además, el concepto de "gracia jesucristiana colisiona con el principio de "reciprocidad" inkaica. Y es que resulta –aquella gracia –absurda y hasta inmoral, dada su parcializada esencia de "gratuidad sin compromiso de reciprocidad", vale decir, sin espacio para la equidad (requisito elemental de la justicia), propia del ancestral ayni andino. Obviamente la exégesis mesiánica neo-tawantinsuyana se conjugaba mejor con la severidad del Antiguo Testamento y –dentro de este –con la liberación terrenal del yugo extranjero por Moisés, antes que con la abstracta "liberación celestial" (post modum) jesucristiana.

Prosiguiendo con el reservista, agricultor y exegeta Ezequiel Ataucusi, este sostuvo haber escuchado el mensaje divino, ordenándole que "saliera a predicar"... Para entonces contaba con los significativísimos treinta años de edad a partir de los cuales inicia su ministerio errante, dejando chacra, familia y aldea. Definitivamente tuvo que ser un pastor de capacidad excepcional, cuya grey la captaría de entre las etnoclases populares de extracción provinciana y kechuahablante emigradas a Lima, en donde con "estera y banderita peruana" plantadas en los arenales, conformarían desde 1950 los primeros cinturones de miseria sitiadores de la capital. De ahí, de entre los *condenados de la tierra* (parafraseando a

Frantz Fanon), edificaría –entre el sopor del gas lacrimógeno policial y el “apartheid rhodesiano” de la elite criolla –una Iglesia autónoma de dirigencia clerical cobriza que, a contracorriente de la masiva migración provinciana en pos del “(falaz) paraíso capitalista” de las urbes costeñas, impulsaría las primeras contramigraciones de millares de harapientos campesinos sin tierra, fracasados (desempleados) en la gomorrizada y sodomizada “Ciudad de los Reyes”, reenrumbandolos hacia las tierras del Antisuyo amazónico donde “manaba leche y miel”. Al respecto, para mí – el autor –fue impactante la expresión de merecida satisfacción del hermano Jeremías Arcos (Pastor ataucista y ex -mozo del hotel Bolívar cuando me narraba como:

“...los niños mendigos que antes deambulaban escarbando entre los basurales limeños por algo que vender o comer los basurales por algo que vender, ahora se revolcaban sobre las cosechas de platanos y yucas, alla en nuestros polos de desarrollo en la selva...”

Definitivamente, la bendita antítesis etnonacionalista del crematitisco, ecocida y saqueador “Dorado amazónico” de los Pizarros de anteayer, Aranas de ayer y Rockefeller de hoy. De esta manera, la Iglesia ataucusista reivindicaba –pese al recelo de la Iglesia católica y el hostigamiento del Estado Criollo –la praxis emuladora del trabajo colectivo, propia de la reciprocidad tawantinsuyana, esta vez pachakamizando al Jehová o en todo caso rescatando lo usurpado (u olvidado) por el judeo-cristianismo.

Se percibe, entonces, que no resultara “tan inicuo” pretender una nueva religiosidad inspirada en un tercer creador sintetizado de Jehová y Pachakámaq... Y es que no se incurrirá en tal despropósito si consideramos que de tanto “extirpar idolatrías”, acá se desgaja un judeo-cristianismo disidente y de marca cobriza, vale decir, “cholificado y extraoficial”, cada vez más alérgico a las matrices del Vaticano y Jerusalén. Se aprecia así que la –activa o pasiva –resistencia religiosa andina, aunque todavía informalmente, resurge institucionalmente (vía la Iglesia ataucusista) con más fundamento:

“...Para integrarse a las colonias no hace falta ser israelita, lo que nosotros perseguimos es la unión en pro del bien social, practicando el respeto mutuo. Eso sí, hay que estar **DISPUESTOS A RESPETAR LAS LEYES DEL INKANATO: No seas ladrón, no seas ocioso, no seas mentiroso, y a asumir la práctica del ayni o trabajo recíproco...**” (Iglesia del Nuevo Pacto Universal).

Tawantinsuyanización que dicha congregación extiende a su expresión política plasmada en la agrupación conexas Frente Popular Agrícola FIA del Perú (FREPA), definido estatutariamente como “Partido **Teocrático, Nacionalista, TAWANTINSUYANO, revolucionario, Agrario – Ecologista** y de Ancha Base”, sic. Proyecto político / religioso propugnador del renacimiento del “modus moral” / laboral” autóctono, entre cuyos objetivos terrenales destaca la autarquía agro-alimentaria lograda hace quinientos años por la agrarista teocracia incaica... que al emularla (el ataucusismo) vía sus 54 polos agropecuarios diseminados en la frontera selvática, ipso facto colisiona con la “geopolítica del hambre” operativizada por las grandes potencias de Norteamérica (EE.UU. y Canadá) y Europa, con visto bueno del Vaticano, para seguir subyugando mediante la dependencia agroalimentaria (comedores populares, PRONAA, CARITAS, Programa del Vaso de Leche, etc.) y la cretinización cristianica al populorum “de color” humilde.

Pareciera entonces que lo descalificado antes como “idolatra y pagano”, pese al boicot ridiculizador de los medios de (des)información masivos, deja de serlo, en la medida que por vez primera en cinco siglos obtendrá –vía el FREPA –representatividad (dos parlamentarios) como “partido teocrático” (incaico / mosaico) en el segundo poder del Estado criollo (Congreso), desde 1990 hasta el 2000. Y si estos representantes terminaron transfugando a otras agrupaciones políticas (era el periodo mafioso del fujimontesinismo-ciprianismo), ello no quita el hecho inobjetable de que, por vez primera desde 1532, la vertiente teocrática de los Willac Uma del Qoricancha comenzaba a reaccender al poder político del país. ¡Se tenía nuevamente el potencial para ello! Lo cual implicaría un

duro golpe o “gran señal de alerta” para el otro clero católico (y oficial) de los Valverde, Areches y Ciprianis¹.

Definitivamente una precursora señal de la nueva aurora... ¡Que diferencia tan substancial la que se percibe, entre el fastuoso clero cristiano / Católico, apostólico, romano y criollo, con respecto a aquel “otro” clero, (aun)no oficial, cuya vanguardia la constituyen –por su organización comunitaria y efectividad laboral –aquellos humildes y frugales “melenudos” cobrizos de la congregación fundada por aquella personalidad, mezcla de patriarca bíblico y Willac Uma, que representaba Ezequiel Ataucusi! En tanto que los primeros son sedentaria y confortablemente “párrocos” asalariados por el Estado criollo (vía el concordato), los segundos son nómades e informalmente “mitimaes predicadores”, que internándose en lo recóndito de nuestra geografía, principalmente amazónica, emulan en estoicismo a los cuáqueros de la Pensilvania agreste, aunque irradiado –en el caso ataucusista –un cholificado rescate evangélico, vale decir, genuino antes que el invasor.

Es así que, mientras el clero dependiente del Vaticano ejerce oficialmente en el país formal, estos neohuátucs cobrizos –en un proceso de gradual secesión ecuménica del orbe “de color” cobrizo –lo hacen extraoficialmente, más allá del cemento y la electricidad, en el país informal y profundo, socavando las alienadas bases de un catolicismo occidental más oprobioso que dignificante, a la vez que renuente en adaptarse al signo contestatario que impera en este gran espacio de hambre, racismo y miseria que abarca el subdesarrollo orbe andino –amazónico.

¹ El cardenal J. Luis Cipriani, cabeza del catolicismo en el Perú, se hizo célebre por su “contrasubversiva performance” en el Ayacucho de los 90, en plena “guerra sucia” (fosas comunes, desaparecidos y asesinados cometidos por las fuerzas principalmente), así como por haber sido –en 1997– quien filtro los micrófonos a la embajada del Japón (entonces ocupada por un comando emerretista) indispensables para el operativo Chavín de Huantar. Su frase “los derechos humanos son una cojudez” lo describe plenamente.

CAPÍTULO VII

El etnonacionalismo religioso ha de ser necesariamente fundamentalista

ALMA, ADN Y DNI

Los mudéjares eran mahometanos admitidos en la sociedad cristiana de la Península Ibérica del s. XV; los mozárabes eran cristianos admitidos en la sociedad islámica; a su vez los marranos eran judíos admitidos entre cristianos. Estos casos dilucidan cierto grado de tolerancia que –como contraparte de la yihad y la Cruzada –caracterizo también a las sociedades islámicas y cristianas. Centrándonos al Perú actual, dado el ancestro tawantinsuyano caracterizado por la tolerancia religiosa, asumimos que el proyecto etnonacionalista (ya sea cholificando el cristianismo y/o reivindicando el pachakamismo) no tendría por qué ser necesariamente intransigente con las expresiones religiosas de las minorías extranjero-criollas afincadas acá, SIEMPRE Y CUANDO se comporten como eso: “minorías”, incluyendo la colonia hebrea profesante del judaísmo (concepto distinto al de semitismo). Refiérase que la religiosidad es también un factor fundamental de la nacionalidad.

¿El etnonacionalismo religioso neo-tawantinsuyano, en su proceso reivindicativo, tiene acaso necesidad de ser antisemita? No, como tampoco antigermano, antinipon ni antizulu. Entiéndase que el término “semita” refiere –en cuanto variedad taxonómica de la raza blanca – determinada categoría étnica (análogamente que “aymara” para la raza cobriza, “sajon” para la raza blanca, “hotentote” para la raza negra y “manchu” para la raza amarilla). No debe, por consiguiente, confundirse semita (descendiente de Sem, hijo de Noé) con judío (profesante del judaísmo); este último término refiere estrictamente a una categoría religiosa. Sépase que también existen congregaciones judeo-negras en Etiopía, país de donde provino la reina de Saba (primera dama del harem de Salomón). Por su parte, los árabes también conforman, al igual

que los hebreos, la variedad semita (en la subvariante "islamaelita") de la raza blanca; originándose ambos –según el Antiguo Testamento –de tronco común abrahámico, vía los medios hermanos Isaac e Ismael, paridos por la matrona Sara hermanos Isaac e Ismael, paridos por la matrona Sara y la esclava Ajaar, respectivamente. Por consiguiente, si bien es cierto nuestro etnonacionalismo religioso no tiene por qué ser – por ejemplo –antisemita, pues si podría tener motivos para tornarse políticamente alérgica al judaísmo (así como al cristianismo, islamismo y demás ismos)... en la medida que obstruyan el "espacio originario eclesiástico", incluido el rescate de feligrés, para aquel insurgir de la fe "de color" autóctono.

A veinte mil kilómetros y cuatro mil años de campamento del bígamo Abraham... en los suburbios de Cajamarca cierto grupo de campesinos "sin tierras", congregados por un tal Segundo Villanueva, se convirtieron al judaísmo para, luego de décadas de desprecio por parte de la sinagoga instalada en Lima metropolitana, ser finalmente reconocidos como tales: "judíos-peruanos" que, una vez emigrados a Israel¹, fueron ubicados (previo reconocimiento de ciudadanía) por el Estado sionista como "frontera viva" en uno que otro kibutz de ocupación de territorios árabe-palestinos (Cisjordania). Se observa que a diferencia del ataucusismo promotor de un "israelismo mítico" generado de la combinación de judaísmo con pachakamismo (en pos liberadora del "Reino de justicia"), por su parte los conversos del rabí cholo Segundo Villanueva se hipotecan plenamente al "israelismo geopolítico" (más que todo por interés y angustia económica), al grado de obtener la ciudadanía de aquel Estado con capital en Tel Aviv. Claro ejemplo de como el sionismo –faceta política del judaísmo estatal hebreo (bajo influencia del ultraderechista Likud) –suele mercenarizar "gentiles no hebreos" en tanto sean de utilidad para su consecución geopolítica. Se desprende entonces que la otra alternativa para estos "judeos cholos", en cuanto carne de cañón sionista, hubiera sido mercenarizarse como guachimanes en la llamada "zona verde" de Bagdad

¹ Caso referido en el libro *La Revelación* de la investigadora argentina Graciela Mochkofsky.

Contrariamente al judeosionismo promotor de la globo-economía imperial (liquidadora de las “soberanías nativas”); pues para los pueblos kechuaymaras lo elemental del proyecto etnoreligioso (en cuanto pilar espiritual de la nacionalidad genuina) consiste en potenciar y necesariamente santificar el resurgimiento político –cultural de identidad inkaica, empalmándolo con el proceso de renovación evangélica “de opción por los pobres” que, dada la yuxtaposición de clase y raza, comulga con el interés de los pueblos originarios en su lucha por recuperarse de una cretinización física y psíquica de siglos. Y si en ese proceso de desintoxicalización se hace imperativo colisionar con interés foráneo, propios de inmigrantes que aquí constituyen –ellos o sus descendientes (criollos) –minorías demográficas sin identificación alguna con el ADN de Manco Cápac, y que valiéndose del leguleyo trámite de la “doble nacionalidad” (en función del código de barras de DNI) atentasen impíamente –bajo el alias de “inversionistas” –contra los intereses de la etnonacionalidad emergente, explotación o gomorrizando a la grey cobriza, pues obviamente deberán ser expulsados –previa expropiación –a sus “madres patrias” de origen. En tan liberador escenario, por supuesto, la Iglesia neocolonial vinculada a la Santa Sede vaticana, así como la sinagoga sionista vinculada a Jerusalén, a lo sumo deberán autorrestringirse a los barrios “rhodesianos” de San Isidro, Asia o Casuarinas, si es que no cuanto impedimento para la materialización terrenal del nuevo Estado etnonacional kechuaymara ... implicante de una genuinamente moderna “resurrección de las huacas”.

Refiérase que el “ADN santificado” de los padres fundadores de las grandes religiones corresponde naturalmente de las grandes religiones a su “bioetnias” respectivas: el hindú Siddhartha Gautama (Buda) partero del budismo originado desde el alto Ganges; el hebreo Moisés para el judaísmo exclusivo del “pueblo elegido”; el (otro) hebreo Cristo para un cristianismo inicialmente propio de la “Casa de Israel” (que luego se romanizaría con la apertura pablista); el ismaelita Mahoma edificador del islam pan-árabe (luego expandido hasta Pakistán e Indonesia)... Salvo en el caso de los países eurocolonizados del África

subsahariana y América (central y sureña), donde las masivamente cretinizadas greyes negras, zambas y cobrizas siguen siendo arreadas por minorías extranjeras y / o criollas hacia la creencia “sin duda ni murmuración” en monoteísmo ajenos (como el “Dios de Jacob” aludido en el himno criollo) injertado –ahí en las ex colonias –por patriarcas conquistadores no meno foráneos: Rhodes² para Sudáfrica, Cortes para Centroamérica y Pizarro para Andinoamérica.

Vale la pena hacer hincapié que a menudo las repúblicas emergentes tienen que recurrir a la “resoberanización” demográfica con el respectivo apuntalamiento religioso –a veces vía guerra santa “de liberación” –tal como acaeció en la histórica Marca Hispánica del Cid Campeador, donde y cuando la “limpieza de sangre” (nativo-castellana) era requisito para ser “hijos-dalgo” (hidalgo), ante la necesidad político-terrenal de contar con una nobleza / elite de ADN oriundo que dirigiera no solamente el proceso fundador de la nueva república, sino principalmente la expulsión de los invasores moros –musulmanes y hebreos-judíos (sefarditas), usurpadores de la hegemonía política y económica respectivamente. Finalmente, musulmanes y judíos fueron deportados masivamente de la Península Ibérica a fines del siglo XV, vía aquella reconquista o etnonacionalización política, militar y religiosa conducida por soberanos nativos como Fernando e Isabel, en aquella emergente España católica. Caso similar lo hallamos en la Turquía de inicios del siglo XX, en la que si bien es cierto el movimiento de “jóvenes turcos” logra reconstituir un Estado nacional laico bajo el liderazgo de Kemal Atatuk, pues ello jamás puso en cuestionamiento la “unidad (etno)nacional en base al islam”; por el contrario, las minorías cristianas-ortodoxas serían

² Cecil Rhodes (1853-1902), cazador de fortunas británico, fundador de Rhodesia y celebre por el etnocidio afro-negro, además del apartheid impuesto, en los países sureños del África negra. Hijo de un vicario anglicano, justificó las matanzas aborígenes, sosteniendo que los yacimientos de diamantes hallados en Rhodesia (actuales repúblicas de Zimbabue y Zambia) y Sudáfrica constituían la *“heredad de las minas del Rey Salomón al Imperio Británico en cuanto máxima expresión del Occidente Cristiano”*.

prácticamente expulsadas, tal como fue el caso de la población armenia y griega afincadas ahí.

Considérese que además del territorio, idioma, etnia e historia comunes, tenemos la común-unidad religiosa como otro de los pilares o factores fundamentales de la nacionalidad. En el Perú, en tanto esa “comunidad religiosa” gire acomplejadamente en torno al cristianismo euro-occidentalizador en sus diversas versiones (católicas, evangélica, mormona, etc.), pues su expresión de poder terrenal y temporal será indefectiblemente de tipo globocolonial, por ende, con escalafón racista e historial sacro de apartheid. Esta visto, pues, solamente la común-unidad espiritual prescrita por una contestataria Iglesia kechuaymara (o pachakamista), rescatadora también del potencial liberacionista del Cristo-histórico, podrá consolidar –acá –al genuino Estado etnonacional.

En cuanto al excepcional caso del Estado hebreo, sépase que mediante el judaísmo destaca como “campeón del etnocentrismo”. Y es que su vademécum jurídico –religioso (Tora), al establecer la preservación de la “pureza de sangre” alérgica a cualquier tipo de mestizaje racial y cultural (o sea étnico), si bien es cierto le ha fortalecido admirablemente el “ego(ismo) colectivo etnonacional” hasta el grado de mantenerse milenariamente incólume como nación, inclusive hasta mediados del siglo XX sin Estado ni territorio... Pues también sus estadías de siglos o milenios en el extranjero (entre pueblos “no elegidos” o inferiores”) ha provocado, en la medida que tienden –sus colonos –al dominio económico y (por ende) explotación de los oriundos, una ya histórica animadversión mundial: veinticuatro siglos antes que se publicara Mein Kampf, el asirio Nabucodonosor los deportaba en masa, luego –ya en la Era Cristiana – serían expulsados de Roma en el año 50, luego de Inglaterra en 1292, lo mismo que de Francia en 1390, de España en 1492, de Portugal en 1497, de Praga en 1561, inclusive de la Rusia zarista lo estuvieron siendo vía los pogromos (ajusticiamientos colectivos de hebreos) hasta la ascensión del bolchevismo... Llegando a su máximo “escarmiento histórico” en la Alemania nacional-socialista. Por algo será.

Retornando al “corral trasero” peruano, lamentablemente la globocolonización demoledora de identidad (principalmente mediante la cretinización judeo-católica³), aparte de ultra –acomplejar quincuacentenariamente a la mayoría nativa, simultáneamente malacostumbra a las colonias extranjeras afincadas. Y es que acá el catolicismo –Vaticano resulta ser un “factor elemental” solamente para la comunión globocolonial, mas no para la reivindicación etnonacional. Peor aún: resulta un antifactor, por ende, nocivo –tal catolicismo –al proyecto liberacionista etnonacional neotawantinsuyano.

Urge, entonces, subordinar políticamente, económicamente, culturalmente y, por supuesto, religiosamente a esas sobrevaloradas colonias extranjeras (y a las quintacolumnas criollas) degeneradoras del alma etnonacional kechuaymara, lo cual implica la repachakamización a expensas de la necesaria descatolización en cuanto requisito para la elemental desintoxicalización cultural. Para empezar, somos pecaminosamente tolerantes en permitir, desde la primacía institucional católica (cuyo obispado nombrado desde Roma es exclusivo para extranjeros “con DNI” y/o criollos) en cuanto religión estatal. Sépase que si bien es cierto en el art.50 de la constitución fujimontesinista se menciona que el Estado –supuestamente laico –“respeto otras confesiones pudiendo establecer formas de colaboración con ellas”, pues a continuación es principalmente categórico en el *“reconocimiento a la Iglesia Católica” a la cual sí que “le presta efectivamente su colaboración”* vía el inefable Tratado de Sumisión (Concordato) de Estado criollo peruano al Estado del vaticano.

Derivados de este entreguismo de la “soberanía moral”, tenemos desde detalles nimios como las gomorrizantes discotecas “de apartheid” en Larcomar, Asia y Ripley... hasta cuestiones relevantes y graves como, por ejemplo, aquella “bendición papal” (1984) a las armas

3 Así como la Biblia cristiana tiene como base el Antiguo Testamento o Tora judaico, pues el cristianismo / catolicismo contiene su respectiva influencia judaica, empezando por el Dios (Jehová) –Padre conformante de la Trinidad.

contrasubversivas del cuartel Los Cabitos (sede de fosas comunes cobrizas) en el Ayacucho de la guerra sucia; o el "auspicio eclesiástico", vía legiones de capellanes castrenses, a que los exponentes de la colonia itala acaparen el almirantazgo de la Armada "peruana" (y que, por consiguiente, se sientan horrorizados en medio de la marinería de estirpe mochica en los muelles de Paita); o que los exponentes de la colonia hebrea acaparen las telecomunicaciones del "corral trasero", afrentando a sus anfitriones al propagar series envilecedoras y/o estimulantes de la sodomía... Paralelamente, esos extranjeros "con DNI" por supuesto que consideran "democrático (y cristiano)" que los cholos seamos abrumadoras mayorías (ahí sí, debidamente reconocidos) en las penitencieras de Lurigancho, Chorrillos, Castro Castro y Piedras Gordas.

Claro que dichos extranjeros podrán fariseicamente argüir que ellos también son (legalmente) connacionales "porque portan DNI"... Si, pues, tan "nacionales" como Backus, Coca-Cola, Inkafarma, Lan Peru o Southern Perú. Tenemos, así, seudocompatriotas gringos como Kuczynski, Lerner, Karp, Waisman, Schutz y Baruch Ivcher, e incluso hasta un Isaac Mecler que fungió como vocero político, nada menos, del "nacionalismo peruano (de DNI)". La verdad sea dicha: estos plutócratas forasteros, sino "arqueologizan", pues minimizan y de ser posible amnesiarían (de la mente colectiva de la grey cobriza) nuestras pakarinas del Tampu Toqo y Titiqaqa en cuanto antítesis de Ur y Roma, como que tampoco (¡jamás!) enaltecerían el rol fundador de nuestros míticos Ayar, Naylamp, Manco Cápac y Mama Ocllo, demonizados por el "santo statu quo" impuesto por conquistadores, virreyes y presidentes. Entiéndase que sus respectivas peruanidades, amparadas en el código de barras del DNI y alérgicas a la tawantinsuyidad, no tiene más slogan que aquel ¡al Sur, a ser ricos! de los bandidos de la isla del Gallo, conexo a la ferocidad del dominico Valverde, al apartheid del sionismo y al fundamentalismo del Opus Dei. Y es que si antes se comercializaban indulgencias para el libre albedrío terrenal del explotador, ahora –además de una SUNAT que exonera al inversionista gringo y aprieta al cholo barato –se requiere "técnicamente" de la RENIEC... ¿El DNI antes que el ADN en cuanto referencia terrenal de la

ciudadanía y del “alma (etno)nacional” misma ?

Ahora bien, que estos “extranjeros con DNI” tengan sus respectivas madres –patrias en Groenlandia, Miami, Madrid, Washington, Israel o Madagascar, podría resultar secundario; pero lo relevante es que entiendan (análogamente como lo hacen las semiclandestinas minorías peruanas en España, EE.UU. de Norteamérica, Japón o Chile, respecto a las mayorías locales) que, o se comportan como respetuosas minorías acatadoras de la hegemónica cuota de poder político –religioso de las mayorías cholas, o reemigran de la (com)prometida tierra nuestra. Han de reconocer como lo que son: forasteros, o sea, visitas... Que –como el pescado –suelen apestar desde el tercer día. Al respecto, considérese el caso histórico de los hebreos marrano sefardís (*Anusim* / “forzados” en hebreo) a quienes los reyes católicos permitieron quedarse en la España etnonacionalista a condición de que –abandonando su fe judaica –abrasen el catolicismo.

Entonces, aquella consigna etnocacerista de “renacionalizar todo – absolutamente todo –lo extranjero”, cuya versión religiosa implica el insurgir de la Iglesia neotawantinsuyana, definitivamente que le caerá al obispado criollo como declaratoria de guerra, así como cuando el saqueador “se ofende” cuando el saqueado le pone abrupto alto a sus delitos y pecados. Habrá le pone abrupto alto a sus delitos y pecados. Habrá por consiguiente, que aguardar peor reacción cuando la nueva república (implicante de la requisita estatal de todos los bienes eclesiásticos católicos-vaticanos), en forma paralela a la etnonacionalización religiosa, decreta que “ningún extranjero podrá trabajar (incluso en la denominada labor pastoral) en el país mientras exista un solo cholo desempleado a subempleado”, a fin de recuperar la soberanía moral / laboral –propia del culto al trabajo de la idiosincrasia sacramental inkaica –en cuanto forma elemental de comunión con el genuino Dios liberador, por ende, implicante de una justicia social basada terrenalmente en la soberanía económica. ¡Anatema, pues, para hebreos y argentinos que envilecen nuestra TV (vale decir, el verbo e imagen colectivos)!, ¡anatema para norteamericanos y chilenos que gerencian nuestras mineras y transporte

marítimo!, ¡anatema para chapetones de la Telefónica!, ¡anatema al servil curato foráneo y extranjerizado!, pues nuestra patria no es “tierra prometida” de nadie, salvo de los originariamente comprometidos en ADN y alma. Y es que la consanguinidad siempre prima...Algo que, inclusive, lo contempla aquel milenar eslogan de los “pueblos elegidos”, reconociéndose que la (s)elección divina –deberá haberla –se basaría en el ADN natural antes que en el DNI artificial.

Por consiguiente, de no adoptar acciones drásticas (de carácter político –religioso) para preservar y reivindicar nuestra etnonacionalidad (o “nacionalidad de alma y ADN colectivos”), tendremos que seguir soportando vergüenza globales, tales como el haber tenido un presidente japones⁴, un premier norteamericano⁵, un canciller belga⁶ y –ahora –un premier israelí⁷, o reverenciar quincuacenterariamente una divinidad suprema propia de un régimen de apartheid (aquel “Dios de Jacob referido en el antinacional seudohimno “patrio”), empezando por el hecho antihistorico de que las únicas “santidades” generadas en cinco siglos de intoxicacionalización hayan sido una criolla (Isabel Flores de Oliva) y un afro (Martín de Porras), así como que el cardenalato / obispado siga siendo un monopolio criollo blanco, dejando a la grey cobriza la sola opción del ovejuno “beee...”, o sea, el amen globocolonial.

Por último, en cuanto a la protesta de la colonia judía, experta en autovictimarse (¡¡¡antisemitismo!!!), enfatizamos que el judaísmo es una religión y que el etnonacionalismo –al respecto –contempla la libertad de cultos; pero con la salvedad de que todas las facilidades” de las que aquí goza quincuacenterariamente el clero católico dependiente del extranjero Estado vaticano, así como el rabinato judío dependiente de Jerusalén, deberán ser redireccionadas hacia el emergente escalafón clerical

4 Alberto Kenya Fujimori Fujimori.

5 Pedro Pablo Kuczynski.

6 Fernando de Trazegnies.

7 Siomi Lerner Ghitis.

de la religiosidad andina reivindicadora del "Pachakristo". Es decir, que la Santísima Trinidad (Cristo, jehová y el Espíritu Santo) pasara a un segundo plano ante la nueva Iglesia tawantinsuyana.

Simple, sana y llana cuestión de soberanía etnocultural en su faceta religiosa que el Estado patriota –en nuestro casi específico –además TEOCRÁTICO, por necesidad histórico –refundacionista deberá garantizar.

CAPÍTULO VII

Escarmiento histórico, radicalidad y liberación

PENA CAPITAL: ENTRE MANCO CÁPAC Y MOISÉS

“...Vendió mi pueblo sin que fuera suyo. Vean a un traidor, a Dios y a los humildes; así los matamos. ¡Lirio y eucalipto, pueblo querido, ya te vengue!...” (Todas las sangres J.M Arguedas. Palabras de Asunta luego de liquidar a un agente criollo de una transnacional minera).

Todo proceso de liberación (etno)nacional requiere del respectivo “escarmiento histórico” para con el caduco y maldecido régimen depuesto. Es entonces que la adjunta “moral revolucionaria” ha de justificar, de ser posible santificar, las respectivas causas de una ira popular...cuyo clamor “es la voz de Dios”. Desde tal perspectiva, la pena capital conexas al rigor revolucionario / liberador aludida desde el clamor de los profetas del Antiguo Testamento (remembrando el aniquilamiento de los primogénitos del Egipto opresor de Ramsés I) hasta el “régimen del terror” que –vía guillotina auspiciada por la diosa Razón –aplicaron los jacobinos franceses, e inclusive el ajusticiamiento de corregidores virreinales, así como de “todo español o quien asemeje tal”, ordenado por los Túpac Amarus y Túpac Kataris..., apelaron –todos –al “santo recurso capital” para con los traidores a Dios y al pueblo.

“...el que mata a otro sin causa justa se condena a muerte. El que mata a su semejante necesario es que muera; por lo cual los progenitores nuestros instituyeron que el homicidio fuese castigado con muerte violenta. De ninguna manera se deben permitir ladrones, los cuales pudiendo ganar hacienda con trabajo honesto, quieren haberla hurtando; por lo cual es muy justo que sea ajusticiado el ladrón. Los adúlteros, que afean la calidad de vida ajena y quitan la paz a otros, deben ser declarados ladrones y, por ende, condenados a muerte. Los jueces que reciben a escondidillas dadas de los pleitantes deben ser detenidos por ladrones y castigados con muerte

como tales. El que traiciones a su pueblo irremisiblemente deberá ser muerto con afrenta¹...”.

Estas son algunas de las leyes inkaicas dadas por Pachakuteq hace siete siglos. Se puede deducir que los “tres amas” y sus derivados laborales –comunitarios iban conexos a la pena capital “por convenir al bienestar y moralidad del reino”. Lamentablemente todo aquel código moral sería trastocado con la invasión europea, vale decir, cuando empieza:

...“Lo rotura del reino, pues hemos corrompido a la gente de tanto gobierno como estos indios, y tan quitados de cometer delitos ni excesos, así hombres como mujeres...” (testamento de Mancio Sierra, 1556).

Desde entonces se iniciaría el colapso político de la moralidad en el país, degenerado –según palabras clásicas de Huamán Poma –en un “mundo al revés”, que no es sino la institucionalización del modus operandi del saqueo globocolonizador en generacional impugnación desde el día siguiente de la emboscada de Cajamarca, vía la guerra de “resistencia santa” inicialmente comandada por los generales atahualpistas Kiskis, Rumiñahui, Calcuchimak y posteriormente complementada por Manco Inka y sus lugartenientes de Vilcabamba. Lamentablemente el heroísmo, combatividad y martirologio del Tawantinsuyo. Y es que la imposición tan apocalíptica del feudalismo cristiánico, premunido con caballería, acero y armas de fuego, sobre una cultura peatona de la Edad de Bronce y sustentada en el colectivismo agrario, implantaría el régimen de etnoclases antagónicas (castas), la propiedad privada (encomiendas y reparticiones) y con ello su “moderna” (in)moralidad aristotélica: trabajo para el siervo (cobrizo) y esclavo (negro), y ocio para el hombre libre (blanco). En síntesis: la inserción a Occidente.

Lógicamente la insurgencia fue la respuesta; pero más allá del abismo tecnológico y del impacto zoobélico de la acorazada caballería invasora –, dada la carencia de unidad política (no solamente por la

¹ Garcilaso Inca de la Vega, *Comentarios Reales de los Inkas, I parte, libro VI, cap. XXXVI*.

...anarquizante guerra civil inkaica, sino también por la política pizarrista de “indios contra indios /divide y vencerás”), solo podía –tal insurgencia – abrir el quincuacentenario ciclo martirologico “de los fúnebres alzamientos, del temor a Dios y del predominio de ese Dios y sus protegidos”, en el decir de J. M. Arguedas. Aquello –el martirologio de resistencia –era lo máximo a que podían aspirar Manco Inka, Wíllac Uma, Illatopa, Kisu Yupanqui, Cahuide y de toda esa masa que se inmolo por un pasado que fue edénico en comparación al presente que les toco sobrevivir, de cuya añoranza germinaría en el Inkarrí:

“...acordaos de los incas, mis padres, que descansan en el cielo con el Sol; mandaron desde Quito hasta Chile, haciendo a los vasallos tales obras que parecían que eran hijos salidos de sus entrañas; no robaban ni mataban sino cuando convenía a la justicia. Tenían en las provincias el orden y la razón que vosotros sabéis. Los ricos no cogían soberbia; los pobres no sentían necesidad y se gozaba de tranquilidad y paz perpetua...” (juramento de Yucay² / Manco Inka).

Sin embargo, en un régimen colonial que, como tal, debía sustentarse del libresaqueo por parte de la “sagrada autoridad extranjera”, la moralidad apenas podía sugerirse, mas no aplicarse, es decir, cacarearse no más allá del hipocritón pulpito del Valverde, Areche o Cipriani de turno, para quienes los derechos humanos “de color (humilde)” jamás pasarían de ser (reverendas) “cojudeces”, según la moderna expresión –en lo más crudo de la última guerra sucia –del exobispo de Ayacucho (1997)y nada menos que actual primado de la Iglesia católica en el Perú (J. L. Cipriani –N. de R.).

Para ser precisos, es desde 1532 que, la pena capital pasa políticamente del código moralizador autóctono al repertorio impunificador del saqueo proextranjero (*mundo al revés*), bendecido por su inmoral Iglesia. La denominada “destrucción de las Indias”, diseminadora de fosas con ADN cobrizo desde Bering hasta Tierra del

² Pedro Cieza de Leon: *La Conquista del Perú*.

Fuego, es el referente histórico –catequista por excelencia. Hoy, cinco siglos después, lo único que se ha desarrollado es el subdesarrollo; la dependencia de Madrid se ha trasladado a Washington y al virrey lo reemplaza el presidente; a su vez el libresaqueo (también) se ha modernizado, bendecido globalmente desde el Vaticano, perseverándose así en la cretinización de una subdesarrollada grey en crisis de identidad, a la cual se le machaca que la pena de muerte para los corruptos (o sea, los saqueadores proextranjeros) es “inhumana” (entiéndase anticatólica) y “propia de barbaros”... Pues se advierte que, si se rescatara políticamente aquel “bárbaro” mandamiento (ley inkaica), no quedaría presidente, vladigeneral ni demás fariseos impunes. Se tiene pánico en admitir que la genuina religiosidad, al inclinarse (por su carácter contestatario) necesariamente hacia la “opción por los pobres”, tendría que contemplar, incubada por el legítimo (re)sentimiento acumulado de siglos, una praxis “sedienta de justicia social”, por ende, escarmentadora si y solamente si tuviese afanes liberadores auténticamente democráticos, tal y conforme lo especificarían el mismísimo Sócrates:

“...la DEMOCRACIA se origina cuando los pobres, DESPUES DE VENCER A LOS RICOS, A UNOS LES DAN MUERTE, a otros los destierran y a los demás les reservan equitativamente cargos de gobierno que, en este sistema, suelen otorgarse por sorteo...” (Platón, Diálogos / La Republica o de la justicia).

No debe extrañar, por ende, que la demagogia criolla –laica como religiosa –argumente que aquella reivindicación rigurosa del código inkaico (de cuyos “tres armas” derivan medio millar de leyes descritas por Huamán Poma) “atentaría contra los mandamientos bíblicos”, omitiendo mañosamente que hasta el (supuesto) “no mataras” esta falsificado en el Decálogo mosaico. Sépase que la palabra hebrea “razaj” –empleada por Moisés –no quiere decir “(no)matar”, sino “(no) asesinar”. Y el matador no es necesariamente asesino (por ejemplo, en batallas o revueltas sociales no existen “asesinados”, sino “bajas”, dada la trascendencia político-militar de la acción). Efectivamente, la biblia –de leerse bien –contempla la pena de muerte por causales (pecado / delito) también de tipo político.

Queda claro que aquel quinto mandamiento, en vez de genérico “no mataras”, debería especificarse: “NO ASESINARAS” (en ciertas traducciones bíblicas, de ediciones antiguas, figura aun aquel “no asesinaras”). En síntesis: ajusticiar al corrupto y al traidor equivale en lo absoluto, a “asesinar al prójimo”. Al respecto, viene a colación el “caso capital” de cierto gerente tramposo de la transnacional minera Shougan (Marcona – Perú) que fue, una vez retornado a Pekín (2003), ajusticiado por orden de un tribunal bajo cargo de “crimen económico contra el pueblo chino”. Sépase que el código vigente en China, luego del ascenso reformista de Deng Xian Ping (1978), si bien es cierto mantiene aún el perfil de “justicia popular –clasista” propia del maoísmo, pues también –a partir de Hua – reivindicó la moral budista no menos fundamentalista contra los traidores a Dios y al pueblo.

Entiéndase que el falaz argumento de que “la moral bíblica prohíbe ‘en general’ la pena de muerte” se basa en una traducción premeditadamente defectuosa de la Vulgata latina, conexas a una mañosería político-religiosa de subyugación (etno)clasista. Constátase que, líneas abajo del Decálogo de Moisés, se enumeran (entre otras seiscientas leyes o –también –“mandamientos”) los casos de transgresión que deben castigarse con pena capital, incluyendo el ítem político de “traición al reino”. Moisés (al igual que Pachakuteq) es inflexible: ningún otro castigo podrá sustituir a la pena de muerte del asesino (delincuente político), agregándose que “tampoco tomareis precio por su vida, porque está condenado e indefectiblemente morirá” (Números 35:31). Claro que también se contemplan ciertos eximentes:

“...pero si no mato intencionalmente, en mi altar podrá refugiarse; pero al que se atreva asesinar a su prójimo con alevosía hasta de mi altar lo arrancarás para matarle” (Éxodo 12:12.14).

De lo anterior se deduce que la pena de muerte por asesinato (aleve) a prójimo o por traición al pueblo (patria) se circunscribe en el “mandato divino”, así como que la indulgencia ante esos mismos delitos /

pecados implicaría la violación de aquel mandato y, por ende, complicidad; sin embargo, considerando el “error humano”, la ley de Moisés establece cierta cautela: nadie será condenado a muerte por testimonio de un solo testigo, por lo menos dos serán necesarios:

“...por dicho de dos tres testigos morirá el que hubiere de morir, no morirá por dicho de un solo testigo”.

Tanto Jesús como Pablo confirmarían este principio (Mateo 18: 162; Corintios 13: 1:2 y Timoteo 5:19). A su vez, el ajusticiamiento se ejecutaba por apedreamiento, debiendo los testigos “tirar la primera piedra” (pena también vigente en el inkario), en un proceso sumario de justicia colectiva... Que también hallaremos –milenios después –en el Far West norteamericano, en donde el ciudadano armado (cowboy) y el linchamiento (horca) edificaron la llamada “democracia Colt”, base del sueño americano (“Dios bendiga a los EE.UU.”), en este lamentable caso luego de haber exterminado no a los cananeos y filisteos, sino a la indiada piel roja de la (ajena) “tierra prometida” del Far West.

El mismo “ushaman jampi” (solución / remedio final) vigente aún en los Andes centrales, descritos por Lopeza Abujar³, y cuya atávica moralidad rebrota –no tan de vez en cuando –desde los arenales suburbanos costeños hasta las punas serranas y caseríos amazónicos (ajusticiando colectivamente a rateros, violadores, homosexuales y abigeos, vía linchamiento, quemándolos o enterrándolos vivos), al “estilo Fuente Ovejuna” de Huayanay o llave, evidencia toda una ira social que –imposible de apaciguar mediante el fariseo “poder judicial” –desfoga colectivamente mediante una ideología del inkario:

- 1) Te aconsejamos (yahachishum), y si no enmiendas...
- 2) Te reconciliamos (ayhiachishum), y si no acatas...
- 3) Te desterramos (ahitarishum), y si retornas...
- 4) Te ajusticiamos (ushanan –jampi), en cuanto remedio último de la comunidad.

³ *Cuentos andinos* (Ushanan jampi).

Asimismo, en el libro del profeta Esdras se corrobora aquel principio, de urgencia para el corral peruano, en que antes la corrupción reinante –por parte de los gobernantes –se extiende la pena de muerte por traición a la patria (reino):

“...y cualquiera que traicionare la ley de Dios **y al reino** sea juzgado prontamente a muerte”.

La razón del “prontamente” se especifica en el Eclesiastés:

“Por cuanto si no se ejecuta pronta sentencia sobre la mala obra, entonces por el impune mal ejemplo el corazón de la nueva generación se dispondrá para hacer similar mal y degenerar al reino...” (Eclesiastés 18: 11).

Esto nos persuade de que las causas por las cuales la corrupción y delincuencia asolan este quincuacenario “reino al revés” no es –ante todo –por la necesidad que suele obligar a los malandrines “de abajo”, sino principalmente por la impunidad de la que gozan los capazotes “de arriba”, cuyo modelo globocolonizador (más aun en versión neoliberal) genera masivo desempleo y subempleo, que no son sino las formas laborales del ocio. Y, si la ociosidad viene a ser la “madre de todo vicio”, pues –en su extensión laboral –el desempleo resulta “padre de todo delito”, lo cual arrasa la ética popular en la medida en que dicho establishment timocrático –más allá de sus códigos tramposos –al degradar el trabajo (mediante el cachaciento “sueldo mínimo vital” que no llega a la tercera parte de la Canasta Básica Familiar), termina legitimando el delito, o sea, el “pecado de necesidad vital” por parte de las sufrientes masas desempleadas y subempleadas empujadas premeditadamente al crimen o pecado por el Estado antipatriota, fariseo y extranjerizante que – para empezar –mantiene vigente la globoneoliberal “Carta Magna” o decálogo fujimontesinista, por supuesto, bendecido en los tedeums del arzobispo Cipriani, principal serafín –conjuntamente con el MEF⁴ –del FMI, BM⁵ y concordato.

4 Ministerio de Economía y Finanzas.

5 Banco Mundial.

Por consiguiente, la corrupción de los “de arriba” constituye una modalidad de traición a la patria (reino), con el agravante de haberse cometido –acá –en medio de la miserabilización general de un “reino libresaqueado” materialmente, erosionado espiritualmente y –peor aún – en pleno embate de la guerra interna (zonas de emergencia). Por eso, es que, en tal océano de gomorrización y sodomización, todo presidente, ministro, vladigeneral, congresista, banquero, arzobispo y demás fariseos⁶ potencialmente han de incluirse –en este “mundo al revés” –entre los principales traidores, cuyos necesarios ajusticiamientos señalaran la apertura del nuevo tiempo del inka, o sea del imperio de la ética popular.

Gomorrización política y sodomización social que en su momento, provocarían aquel clamor –consigna de Micaela Bastidas: **“YO YA NO TENGO PACIENCIA PARA AGUANTAR TODO ESTO”**, constituyendo –para la grey tupacamarista –la señal de los ajusticiamientos revolucionarios, materializadores del respectivo y necesario **ESCARMIENTO SACRO-HISTORICO:**

“Manda el soberano inka-rey que pasen a cuchillo a todos los corregidores, sus miembros, sus ministros, cobradores y demás dependientes; como asimismo a todos los chapetones, criollos, mujeres y toda persona que sea o parezca ser española, o que a lo menos este vestida a imitación de tales prendas. Y que, si esta especie de gentes se amparasen en algún lugar sagrado, y algún cura impidiese el fin primario de degollarles, también se ejecuten pasando a cuchillos a dichos curas y ya quemando sus iglesias...” (marzo de 1781, bando rebelde de Túpac Katari / Tiquina, Alto Perú).

Acción y reacción. Terror y contraterror. Aterrorizar y ser aterrorizados... en cuanto desenlace histórico de odios generacionalmente acumulados en pos de un nuevo ciclo que libere la expansión vital de toda (sub)humanidad oprimida que, instintivamente, no claudicaría en su derecho biófilo por existir. Generase, así, una hipersensibilidad o resentimiento plenamente justificables. Entiéndase que simplonamente “sentirse bien” en un ambiente enfermo no deja de ser alarmante. Ergo: el resentimiento social constituye un síntoma de dignidad.

⁶ Los 1653 “vladivideos” que muestran el desfile –por la famosa “Salita del SIN”, entre 1997 y el 2000 –de empresarios, políticos, broadcaster, artistas, militares, y hasta intelectuales, constituyen un macro-testimonio “histórico” al respecto.

Lo cierto es que el “resentido quincuacentenario” no invento el terror; es su producto: ha nacido y subdesarrollado en un ambiente donde el odioso establishment dirige hacia la miseria, racismo y desprecio, en cuanto común denominación de su (sub)vivencia. Surge entonces el dilema: ¿amar o contraamar (odiar)vivencia. Surge entonces el dilema: ¿amar o contraamar (odiar)? La primera opción implica esclavitud por convicción, por ende, la apoteosis del amo y su Dios extranjero. Vale decir, la falacia de una “democrática sumisión” que precisamente viene a ser el objetivo sacrocolonizador con respecto a las desmemoriadas greyes no blancas. En cambio, la segunda opción –el odio santo –implica libertad por acción. Y, si la liberación contiene el “chip de la felicidad” o un medio para llegar a esta, entonces aquel legítimo contraodio contestatario es donde solamente puede germinar (dialécticamente) el auténtico amor universal exento de falaz codificación. Un “odio liberador” bien expresado en aquella “rabia acumulada” señalada por el propio Arguedas respecto a su primera novela:

“... ‘Agua’ fue escrito con odio, con el arrebatado de un odio puro: aquel que brota de los amores universales, allí, en las regiones del mundo donde existen dos bandos enfrentados con primitiva crueldad: uno que esquilma y el otro que sangra...”

Por su parte, San Ernesto de la Higuera (más conocido como el Che Guevara), ya desde perspectiva clasista corroboraría aquel resentir arguediano:

“... el odio como factor de lucha, el odio intransigente al enemigo, que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una eficaz violenta, selectiva y fría máquina de matar: un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal...”.

Se esclarece, así, la legítima social de aquella contraviolencia reactiva como a la vez “compensadora”, mediante la cual el individuo y su colectividad (impedidos de “crear”) reciclan insurgentemente –por necesidad vital –tal frustración generacional.

Reitérese que la célula de la sociedad es la familia. Si tal célula es atacada por el virus globoneoliberal del desempleo, aquel cáncer

contaminara irreversiblemente el indefenso tejido social, degenerándolo – efectivamente – en un SIDA SOCIAL por la carencia de defensas orgánicas nativas ante el virus invasor extranjero..., lo cual se da en el colonialismo de ayer como en el globocolonialismo de hoy. Y el medio más eficaz para destruir esa célula familiar, precisamente, viene a ser el desmadre laboral generado por el efecto libresaqueador extranjero (bajo los logos “neoevangelizadores” de TLC, libremercado, CEPAL, inserción, inclusión, crecimiento, democracia, ALCA, riesgo, país, etc.), en complicidad con un aparato estatal apátrida coludido con la Iglesia transnacional: millones de familias destruidas bajo un establishment que antepone la egoísta individualidad (prooccidental) a la colectividad “de color” humilde: padres subempleados, madres desempleadas, cuernos conyugales, hijos pirañas, pandilleros o “barrista-bravos”, hijas burrier o “masajistas”, o sea, caos socio - familiar-cultural, tal como ya lo denunciaba el mismo Túpac Amaru II en los preludios de su rebelión:

“... en este modo de explotación, nos vemos obligados a desamparar nuestras casas, mujeres, hijos e hijas, las que obligadas por la necesidad se hacen prostitutas; con la destrucción de nuestras familias...” (carta de T. Amaru al visitador Areche, meses antes del estallido de la rebelión).

Vemos también –en este escenario timocrático –la traición a una patria (reino) no solo de fronteras terrenales horizontales (de norte-sur y de este-oeste), sino además verticales (de arriba hacia abajo), o sea: espacio aéreo, suelo, subsuelo, mar y lecho marino, actualmente entregado al saqueo transnacional, además de corruptor⁷, secuestrador (ya sea por privatización o “concesión”) de los recursos naturales de la Pachamama: minerales, gas, petróleo, bosques, etc.; ante lo cual resulta justo y necesario que el pueblo “de color humilde”, elemento esencial de la nación (al igual que el territorio), reaccione bajo estandartes etnicistamente liberadores, vale decir en función de causales sacrosantamente escarmentadoras. Parafraseando a Gonzales Prada: ¿La inundación de los barbaros? ¡No, el diluvio de la justicia! Entiéndase que

⁷ “En los países subdesarrollados, privatizadores equivale a sobornización”, J. Stiglitz (exvicepresidente del Banco Mundial).

la primera escuela de moralidad de un pueblo no lo es el colegio, la universidad, ni la parroquia, sino –principalmente –el ejemplo de los gobernantes.

No obstante, se hace necesario precisar que, en este moralizador escarmiento social, ha de saberse diferenciar la microcorrupción (coima “de abajo”: empleados y funcionarios menores miserablemente remunerados, etc.) de la macrocorrupción (coima “de arriba” o “faenones privatizadores” de lobbystas y/o banqueros e “inversionistas”...), ya que – a diferencia del segundo –el primero, plenamente justificable, es provocado por la falta de trabajo o por aquel cachaciento Sueldo Mínimo Vital (SMV) que –como ya dijimos –ni llega al tercio valorativo de la Canasta Básica Familiar (CBF); digitados ambos (SMV Y CBF) por la política macroeconómica de un Gobierno experto en clavar a mansalva tributos a la población, empujándola al pecado / delito y prácticamente asesinándola en cámara lenta (vía desnutrición física y envilecimiento moral), a la postre con él “es conforme” del catolicismo “de opción por los ricos”, que en complicidad con el FMI y el BM llegan al colmo de falsificar oficialmente –en el padrenuestro –aquello de “perdonar deudas” con lo de “perdonar ofensas”. Es decir, un fariseísmo tan cínico que simultáneamente omite reconocer que al porcentaje mayor de los millares de desaparecidos en las fosas comunes de ADN cobrizo, durante la reciente guerra sucia (allá de los reacomodos porcentuales de la CVR⁸), se le aplicó sumariamente –por parte del Estado terrorista –la pena de muerte “pro –establishment” (Accomarca, Cayara, Frontón, Putis, Chumbivilcas, Cantuta, etc.).

Aclarase, finalmente, que la ley capital que castiga la traición al pueblo y a Dios no nos fue legada mediante injerto judaico de cierto profeta hebreo –Moisés –vía el colonialismo hispano –católico, sino que fue revelada por Pachakámaq desde el milenarismo ancestro tiawanaco de nuestro padre-fundador Manco Cápac.

8 Comisión de la Verdad y Reconciliación.

CAPÍTULO IX

Iglesia angloamericana (también anticobrizo) y doctrina Monroe

\$AN \$MITH TRAS LOS PASOS DE VICENTE VELVERDE

El llamado “sueño americano” vale decir la inspiración de hegemonía terrenal capitalista desplegada sobre el genocidio cobrizo del FAR WEST, debía tener su respectivo planteamiento religioso que fundamentase el eslogan “Dios bendiga a los EE.UU.” y que, asimismo, en su proyección imperialista (doctrina Monroe) erosionase las bases hispano –católicas de las republiquetas del sur del río Grande. Surgía así –como parte de aquel imperialismo –el respectivo “libre mercado eclesiástico”, generador de una serie de “iglesias gringas” entre las que destacaría la iglesia mormona en la falsificación de la historia originaria de Abya Yala, a fin de santificar el (supuesto) “destino manifiesto” de dominación yanqui.

No solo la cruz y la espada fueron cómplices en el proceso de “destrucción de las Indias”, también lo fue el oro. No debe extrañar, por consiguiente, que la Iglesia católica ejerciera algo más que un domesticador “rol espiritual” para la imposición del modus operandi globocolonial del quincuacenario “libresaqueo” (pro-blanco) en Abya Yala, continente al cual el geógrafo italiano Américo Vesputio bautizo con su nombre. Recuérdese que la socia capitalista de la expedición naval de Colon fue Isabel “la Católica” y que, asimismo, en la invasión al Tawantinsuyo fue el obispo Luque, para así tener noción del monetarizado calibre eclesiástico, indefectiblemente, de “opción por los ricos” (invasores europeos y sus proles criollas) en aquel choque de civilizaciones.

Sin embargo, es a partir de la segunda mitad del siglo XX que (in)surgía del

seno de esa Iglesia "colombina" –impactada por el triunfo socialista en Cuba –una corriente de "opción por los pobres" (población "de color" no blanca: cholos, indios, zambos y negros..., etnoclases dominadas) que superaron las lamentaciones "indigenistas" de un Bartolomé de las Casas, que tutelaba indios mientras esclavizaba negros, llegaría con el cura colombiano Camilo Torres a su máxima ejecutividad guerrillera, y con el sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez, a su máxima expresión ideológica, vía la Teología de la Liberación, la cual tendría como precursores al aguerrido obispo de Recife, Helder Câmara (que se enfrentó al pentagonizado generalato brasileño) y al monseñor Romero (asesinado en EL Salvador por una dictadura ultracatólica que supero en ferocidad a los "cruzados" Pinochet y Videla).

Seria contra esta "hereje tendencia" eclesiástico –revolucionaria, agravada con la ejecutoria sandinista del sacerdote Ernesto Cardenal (naturalmente, excomulgado por el Vaticano romano), que el Departamento de Estado norteamericano reaccionaria exportándonos una serie de congregaciones que hiciera "libre competencia" a una devaluada Iglesia criolla, cuyo reciente resquebrajamiento y escisión herético – clasista, desde el momento que fracturaba el monopolio domesticador del "mercado de almas", tendía a desestabilizar los intereses económicos de las transnacionales gringas. Se establecerían entonces, acá, y a partir de 1960, una diversidad de iglesias yanquis con los alias de "presbiterianas", "evangélicas", "adventistas", "testigos de jehová (mormones), "metodistas", "niños de Dios", etc., etc., y etc., conexas a la estrategia de los Cuerpos de Paz y del Ejército de Salvación promovidos por Kennedy en su "Alianza para el progreso", a fin de socavar la insurrección de inspiración marxista en aquella coyuntura de Guerra Fría, vía la redomesticacion espiritual de la grey "de color" humilde, exorcizándola de toda herejía confrontacional clasista, etnicista o, en todo caso, etnoclasista, y asimismo aguijoneándole la codicia individual por el capital (supuestamente "génesis del trabajo") y la propiedad (que el actual

COFOPRI promociona según los planteamientos de Hernando de Soto¹); todo esto a fin de modernizar la cretinización social indispensable para la preservación del establishment libre-saqueador, ya no de tipo feudal-hispano, sino capitalista-yanqui.

Es así que el contenido exclusiva (tierra prometida/pueblo elegido) del Viejo Testamento hebreo-judío sería repatentado por estas congregaciones gringas respecto a Abya Yala, destacando en ello los mormones (testigos de jehová) que llegarían al cinismo de atribuir la construcción de –por ejemplo –sacsayhuaman y Chichen Itza a los fieles (y capitalistas) blancos “nefitas” –dizque “una de las tribus perdidas de Israel” –que, según el seudoprofeta Joseph Smith (1805-1844), no solamente habían antecedido a Colon, sino que daban fe de que “la iniciativa gringa generaba el trabajo indio”, tal como lo evidenciarían los monumentales testimonios de Tiawanaco, Teotihuacan, Caral, Machu Picchu o Kuelap..., de los que ellos –los nefitas –eran “testigos”.

Esto es lo que en buena cuenta constituye el denominado *Libro de Mormón*, que fomenta el “Elder máximo” (tal como los mormones llaman a su guía espiritual), por supuesto, dependiente doctrina y dolorizante de la “central” del Pentágono, “Perdón”, de Sharon (Vermont / EE.UU.). Sandez que no es sino la faceta religiosa del proyecto geopolítico-económico de dominación norteamericana sobre el continente entero – “América para los (norte)americanos” –referido como doctrina Monroe. Sépase que Joseph Smith (que hasta llegó a ser candidato presidencial) y James Monroe (presidente de EE.UU. / 1817-1825) son contemporáneos, y que asimismo sus legados han adquirido mayor vigencia (imperialista) en los siglos XX y XXI de expansión globoneoliberal.

Resulta entendible, entonces, que la “re-evangelización” capitalista efectuada por las iglesias gringas más que todo enclavadas en la región amazónica (en la costa y sierra la presencia quincuacentenaria del clero criollo dependiente de la sede romana es más arraigada, haciendo mas

¹ Ver su libro *El otro sendero*

ardua la competencia de captación de almas cobrizas), tuviera y tenga amplia colaboración del Instituto Lingüístico de verano (ILV) –tentáculo de fachada etnicista más extendido de la CIA en la Amazonia –a fin de inocularle a la grey “chuncha”, en su idioma nativo, aquel clásico mensaje de resignación que la apartase de toda iniciativa contestataria (etnoclasista) capaz de alterar la “paz social” indispensable para el rol explotador de las transnacionales enclavadas en una jungla cada vez más lotizada y en donde, no obstante las masacres caucheras de principios del siglo XX, “ya es tarde” para aplicarle (a la indiada oriunda de aquella “tierra prometida”) el genocidio del tipo Far West tropical. La metodología tenía que ser definitivamente otra: no chocar con la demografía cobriza-selvática,

pero si domesticarla prontamente. Más aun cuando otro “gran profeta capitalista”, Nelson Rockefeller, al navegar –en el verano de 1962 –por el Orinoco y el Amazonas, ensimismado por el paraje (aunque sin perder su pragmatismo empresarial), misionaria:

“...he llegado a la región más bella del planeta, una tierra prometida que, veo, pertenecerá a la Estándar Oil...”

Desde tal perspectiva encaja el mensaje mormón expropiador de la “culturalidad” nativa. ¿Y qué es lo que resume aquella (supuesta) revelación divina hecha al profeta Joseph Smith? Helo aquí:

“...nuestros indios americanos se llaman “lamanitas” y los blancos que vinieron de Jerusalén se llamaban “nefitas”. Tuvieron tiempos de paz y tiempo de guerra. Los nefitas trajeron mucha información de Jerusalén y llamaban “nefitas”. Tuvieron tiempos de paz y tiempo de guerra. Los nefitas trajeron mucha información de Jerusalén y de Egipto, usándola para construir. Muchos de los restos arqueológicos que hoy tenemos, por ejemplo, en Chan Chan, Tiahuanaco, Chavín, Pachakámaq, etc., dan testimonio de esa cultura maravillosa que ellos (los blancos nefitas –N. de R.) hicieron. Los inkas heredaron lo que esta cultura formo y creo. Cuando llegan los inkas, esta cultura formo y creo. Cuando llegan los inkas, esta cultura desaparece. Debe saberse que Cristo vino a América, organizo su iglesia, enseñó los principios del Evangelio igual que en el Jerusalén y en el Medio Oriente. No sabemos exactamente cuánto tiempo estuvo, pero evidencias hay: ahí esta Wiracocha, el dios blanco y barbado de los inkas.

En Colombia, se le conocía como Bachue y, en Centroamérica, como Quetzalcóatl, el dios de los aztecas, blanco y barbado también. Para nosotros, es Jesucristo..." (palabras del Elder afincado en el Perú como máxima autoridad mormona).

En síntesis, un manifiesto racista que tácitamente contempla la inferioridad del indio, incapaz de edificar por si solo alguna obra digna de memoria (que, en todo caso, "serían de autoría extraterrestre o blanca"). Y es que, según "San Smith", hasta las líneas de Nasca, si bien es cierto made in (hecho)Tawantinsuyo, son made by (hecho y/o financiado por) gringos, en una piadosa versión de la consigna rooseveliana del "destino manifiesto" conjugada con una maquillada predica hitlerista de razas superiores e inferiores, readaptada para Abya Yala con santificado y dolarizado corolario mormón.

Es así que, para apuntalar tal sandez como "historial sacro", la Iglesia angloamericana recurría a aquel pasaje de Garcilaso (Comentarios Reales) que narra, como preludeo de la invasión de los chancas contra el Qosqo, la aparición del "espíritu Wiracocha" al entonces aquí Pachakúteq, quien –desterrado por su padre, el inka Yawarhuaca – apacentaba el ganado del Sol en las punas de Chita:

"... se me puso delante un hombre extraño, en habito y en figura diferente a la nuestra, PORQUE TENIA BARBAS EN LA CARA (la raza cobriza se caracteriza por la lampiñez del rostro –N. del A.), de más de un palmo y el vestido largo y suelto que le cubría hasta los pies. Traía atado por el pescuezo un animal no conocido..."

Citismo mormón que, como ya dijimos, no repara en que tal referencia del cronista mestizo era "de obligación" para así –forzando una "feliz coincidencia" entre el relato bíblico y un inkario descalificado como "diabólico" –sortear la censura de la Inquisición, en cuanto requisito para que su obra llegase a la imprenta madrileña. Había que reinventar y/o disfrazar al Wiracocha con pinta barbada y ropaje bíblico, acompañado de un "animal (hasta entonces) desconocido", como los caballos de la conquista evocados por el poeta criollo Santos Chocano y montados por arcángeles armados del tipo Pizarro (Sudamérica), Cortes (Centroamérica)

o Custer (Norteamérica)...Y es que, sea cual sea el maquillaje de la "evangelización" en Abya Yala, este no puede eludir su pecado original genocida.

No debe extrañar, entonces, que aquellos historiales sacros del staff de congregaciones gringo-(norte)americanas, incluida la denominada iglesia de los Santos del Último Día (nombre oficial de la congregación mormona de los "testigos de Jehová"), eviten toda referencia al etnocida epílogo del tan conmemorado –allá en EE.UU. –"Día de Acción de Gracias", acaecido en el riguroso invierno de 1621, cuando los primeros colonizadores europeos –"padres peregrinados" –luego de acoderar al Mayflower en la costa del actual Massachusetts, estuvieron a punto de perecer de hambre (de hecho, del centenar y pico de peregrinos, no sobrevivió ni la mitad), de no ser por el oportuno y bondadoso auxilio de la tribu Wampanoak, que les proporciono que les proporciono abrigo y alimento (de ahí la "cena de acción de gracias" con el pavo² oriundo de Abya Yala). No obstante, una generación después, apenas sobrevivirán cuatrocientos wampanoaks –se –según datos de 1675 –hasta su total extinción a fines de aquel evangelizador XVII.

Retornando al seudoprofeta Smith, este adujo habersele aparecido Jehová en el verano de 1820 (un par de años antes de que James Monroe, presidente de los EE.UU., proclamara aquella directriz de "América para los norteamericanos"), y que, en milagros noventa días, premunido de "gafas mágicas", había logrado traducir al inglés las compilaciones de dos mil años de supuesta historia precolombina gringo-americana (dizque gravadas en placas de oro, desenterradas en cierto lugar "misterioso" en el norte del estado de New York), que justamente le revelara aquel Dios de Jacob... Reverendo embuste con somnífero de "\$antidad" por parte del emergente capitalismo norteamericano para con el submundo "de color"

² La navidad criolla-católica a medida que el Perú pasó a convertirse en colonia político-económica de EE.UU. de Norteamérica y dado que no se celebraba el Día de "Acción de Gracias" acá, pues traslado aquel "menú del pavo" a la cena del 24 de diciembre.

subdesarrollado. Entiéndase que el “laissez faire” (dejar hacer o libre albedrío económico), así como la “mano invisible del mercado”, preconizados desde fines de aquel siglo XVII por su colomboño inglés Adam Smith, requerían, en cuanto inspiradores político-económicos del sueño (norte)americano, de una propia, local y bribonamente “también originaria” prehistórica sacra para legitimar **aquella teología ego-ística del exitismo**, indispensable para la explotación capitalista de la grey cobriza por todo patio trasero centro y sudamericano.

Mediante este peculiar ardid, aquel mormonismo despojador pretendía analogizar para Norteamérica el rol que le cupo a aquella “ética protestante –capitalista” proclamada por Max Weber para Europa; pero edificada –en Abya Yala del Norte –“graciosamente” (en su mañosa acepción de “gracia divina”) sobre los escombros del etnocidio piel roja en el Far West, en cuanto versión yanqui del despoblamiento y destrucción de las Indias. Resulta(ba), obviamente, un recurso tan cínico como proclamar la castidad en un prostíbulo. Vale decir, tan inmoral como el catolicismo de Luque y Valverde, aplicado en Abya Yala del Sur.

No obstante, aquel “estado de gracia”, auspiciado por las iglesias gringas que caprichosamente bendicen el éxito individual/egoístico del “predestinado” capitalista (y tácitamente bendiciendo también la explotación colectivo/gremial de los capitalizados), colisionara –acá –con el arraigadísimo sentimiento de reciprocidad andina (ayni), por antonomasia alérgico a toda “dación” (ya sea gracia o predestinación) unilateral y gratuita... Peor aún, proveniente de la divinidad. Refiérase que los términos “gracia(s)”, “gratuidad”, “gratis”, etc., contienen la misma raíz etimológica y, por ende, filosófica. Sin embargo, no existen palabras ni conceptos tales en el kechua, el aymara ni en ninguna otra lengua del Antisuyo. Sépase que, según la cosmovisión andino-amazonica, todo se retribuye; nada puede ser gratuito (la caridad “ONGista”, como la limosna del tipo CARITAS, resulta ofensiva). Ergo, el llamado “estado de gracia” cristiano-individualista resulta hasta incompatible con el concepto colectivista de reciprocidad / justicia andina; y puesto que la “gracia divina” es inaceptable desde toda perspectiva de equidad terrenal, pues la

“predestinación exitosa” del individualismo capitalismo (peor aún, por capricho celestial) inexorablemente resulta depredadora, antiecológica e inmoral ante una etnocultura para la cual el trabajo colectivo y emulador genera no solo el capital, sino hasta testimonios de economía – física/monumental como Machu Picchu y el Qoricancha.

CAPÍTULO X

Choque de civilizaciones y ciencia de la fe

LA MOLECULA DIVINA

Si bien es cierto la religión resulta absurda científicamente hablando, pues la ciencia –por su parte –carece de coordenadas de “bien” y de “mal”, Dios no es una constante en la ecuación de laboratorio, aunque si en el sentir de los pueblos. Sin embargo, ciencia y religión convergen hacia el reconocimiento de la misma verdad: la energía neta y santa (kamaken) en cuanto esencia del cosmos, ya sea en versión material o espiritual..., inclusive desde antes del Big Bang. O sea, en el “tiempespacio” infinito cuya eterna transformación energética se armoniza terrenalmente en la reciprocidad entre civilización y naturaleza, mas no en la cretinesca plusvalía de “gracia capitalista” que, al desequilibrar lo uno en perjuicio de lo otro, nos extravía hacia el inexorable holocausto planetario.

El homo –virus, propio del globoneoliberalismo, resulta más letal que el homo-lupus referido por Hobbes en su *Leviatán*, pues, además de enemigo del prójimo, se torna depredador del planeta y por extensión del cosmos. Es que la **conjugación de plusvalía capitalista con fariseísmo cristiano** en sus diversas versiones de apartheid (principalmente la protestante/luterana consagrada del “libre albedrio” del capital vía la “mano invisible” –por no decir divina –del (mercado) atenta no solamente contra si misma –la humanidad desarrollada de base étnica blanca –y el “gran resto” de (sub)humanidad oscura, sino además contra todo ecologismo consagrador de la Tierra (Pachamama), del océano (Mamacocha), del cielo (hanaqpacha), así como sus expresiones del flora y fauna.

Plusvalía –concepto abordado por Smith antes que por Marx –que, a (des)medida que contempla un incesante “plus” (diferencia entre fuerza de trabajo y producto) exclusivo para el lucro individual del “predestinado empresario”, al desencadenarse globalmente, tiende inexorablemente a romper el equilibrio (reciprocidad) entre planeta y civilización. Refiérase que, desde la publicación del clásico de Adam Smith, *La riqueza de las naciones* (1778), a la fecha se han extinguido 723 especies animales, cerca de un millar de especies vegetales y decenas de variedades raciales/humanas “no blancas” (amarillas, negras y, principalmente, cobrizas). Ni que decir del deshielo de los casquetes polares a consecuencia de la ruptura de la capa de ozono (calentamiento global/emanaciones de CO₂ y deforestaciones) propias del fagocitador “metabolismo viral” del modo de producción capitalista que, como se sabe, tiene su epicentro (no solo espiritual) en la llamada civilización occidental y cristiana. Al respecto, el historiador británico Christopher Dawson (*Dynamics of World History*¹) hace una pertinente observación: **“LAS GRANDES RELIGIONES SON LOS FUNDAMENTOS SOBRE LOS QUE DESCANSAN LAS GRANDES CIVILIZACIONES”**, lo cual se corrobora desde el nombre que adoptan dichas civilizaciones: occidental y cristiana, islámica, hindú...; y, en el caso de China y Japón, vinculándose fundamentalmente al confucianismo y taoísmo. Incluso el politólogo norteamericano Samuel Huntington (*El choque de civilizaciones*) clasifica a la civilización rusa como “ortodoxa”, derivada de la Iglesia cristiana ortodoxa que, desde la división del Imperio romano (zar proviene de “Cesar”), tuvo su epicentro en Bizancio / Constantinopla.

Siendo , pues, la civilización occidental y cristiana la generadora de aquel concepto desequilibrador de “(sacra)plusvalía”, hemos –por lo menos –de alarmarnos ante el hecho de que el cada vez más intoxicado planeta, tal como ironiza Oswaldo de Rivero ², no aguantaría seis mil millones de

¹ *Dinamica de la historia universal.*

² Diplomático peruano (representante en la ONU, renunciante ante desacuerdos con la tiranía fujimorista), autor del libro *EL mito del desarrollo*

tarjetas de crédito a razón de una por cada terrícola cretinizado en función del american way of life, modelo sustentado en aquella “teología economicista” promotora de una exclusiva o predeterminada prosperidad empresarial cuya patente calvinista/protestante identifica a las elites financieras europeas y norteamericanas, a la vez combinándose con la usura transnacional judaica cuya arca de la Alianza se asocia con el becerro de Wall Street. Resultan así ecodidas, por ende falaces, los “milagros económicos” de los que presume el catecismo capitalista después de cada caos (o “crisis”) que cíclicamente lo agobia. No cause extrañeza que, emulando la milagrosidad del Cristo transubstanciador del agua (en vino) y multiplicador de panes, la Reserva Federal de Fort Knox transubstancie oro en papel, o que la banca –a su vez– transubstancie ese papel-billete en tarjetas plásticas de crédito. En tal sentido, para pesar de aquel jefe indio Seattle³, que replicaba ecologistamente al presidente estadounidense Pierce, los modernos elegidos de Dios serían los ranqueados anualmente por la revista *Forbes*, vale decir, aquellos iluminados que multiplican por millares el valor de sus acciones “con fines de lucro”: desde el Henry Ford de inicios del siglo XX, hasta el Bill Gates de inicios del XXI, en cuanto principales acaparadores de la plusvalía laboral planetaria de la especie humana. Un neo-olimpio empresarial de ganancias ilimitadas, con el minirriesgo de pérdidas limitadas (en argot financiero, “responsabilidad limitada”), incompatible con el elemental planteamiento andino de la reciprocidad (ayni), basado –a su vez– en la equitativa “economía física” antes que en la fariséica “economía virtual” impuesta por la usura banca planetaria.

Desde dicha perspectiva que yuxtapone religión con política (y, por ende, con economía), pues –descendiendo en la escala depredadora global–, los “elegidos” en los corrales subdesarrollados serían los directorios de las transnacionales ahí enclavadas, determinantes del “seudo crecimiento económico/saqueador” cuyo sumo pontificado –ahora con cátedras de Harvard o Stanford– surge de aquel hampa globoneoliberal (a)

³ Anexo 6.

“inversionista” que, independiente a su modus operandi (capitalista) de “rostro humano”, en el fondo no difiere de aquel otro modus operandi del “capitalismo a patadas” crudamente expuesto por Jhon Quincy Adams (secretario de Estado norteamericano/1842) en su afán de imponer el libre mercado saqueador al pueblo chino:

“... la obligación moral de proceder a intercambios comerciales entre naciones se funda en el precepto cristiano que nos exige amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Más, al no ser China una nación cristiana, no se siente ligada a este concepto. Su sistema, por consiguiente, es belicoso, antisocial y anticomercial. No reconoce la obligación de proceder a intercambios comerciales con otros países. ¡Ya es hora de poner fin a esta infracción enorme de la moral humana!...” (ultimátum de EE.UU. a China que da lugar a que el US Army apoyara a las cañoneras británicas en la llamada “Guerra del Opio”/1842).

Se desprende entonces que –acá– el tedeum criollo, consagrador de los aniversarios de 28 de julio del corral trasero peruano, además de etnocida (a medida que lapida al pachakamismo reinsurgente), resulta ecocida (a medida que bendiga al esblishment sustentado en aquella intoxicidentalizadora depredación globo-ambiental).

De ahí –de la natural resistencia a la intoxicidentalizacion –deriva que el denominado movimiento verde surgido del seno mismo de Europa y EE.UU. de los años setenta, preserve el concepto de “contracultura” (antioccidental, por supuesto) heredado de su primo-hermano movimiento *hippie*, que –a su vez –se tornaría permeable al chamanismo piel roja (o sea, cobrizo), así como al yoga búdico, al tao y al hinduismo, dado que los enfoques cósmicos-religiosos de estos justamente preservan aquel “sacro-ecologismo” extraviado por Occidente desde que los olimpos y las demás cortes celestiales sustituyeran el culto ancestral a la madre Tierra, ya sea de Gaia o Pachamama. Se puede, inclusive, hallar el hilo conductor entre aquella protesta contracultural o grito desesperado del alma moderna” –en el decir de Dan Brown⁴ –con la moda

⁴ Escritor norteamericano especializado en la “cienciorreligiosidad-ficción”, cuyas obras más difundidas son *El código Da Vinci* y *Ángeles y demonios*

ecologista/indigenista de Hollywood, cuyo testimonio más reciente vendría a ser la saga de *Pocahontas*, *Danza con lobos* y *La misión...* hasta el interplanetario *Avatar*.

Se percibe que tal colisión entre globoplusvalia capitalista vs. Ecologismo originario trasciende el mero esquema de “choque de civilizaciones” (versión cultural de la selección darwiniana), puesto que el quid es mucho más grave: la vida terrícola en ciernes ante el inexorable consumismo intoxicantalizador que “instintivamente” tiende (vía los brujos de bata blanca de la NASA) a fagocitar –consumida ya la tierra prometida– “otros mundos posibles” quizás como la Luna, Marte o cualquier otro planeta, que la profética moderna de la ciencia-ficción proyecta colonizar con especímenes exclusivos de la superhumanidad desarrollada (de base “turístico-racial” blanca), peregrinando –aquella elite del Forbes Club– en estelares arcas de Noé como el transbordador Challenger; escenario en cuyo prólogo de Armagedón nuclear, ozónico o combinado, la subhumanidad “de color” humilde, cretinizada hasta la medula, apenas tiene el rol de residuo pretérito, ya sea en el museo de antropología, en el folclor de extinción o –en el más piadoso de los casos –como cobayos de laboratorio en quienes se ensayen globocristianamente (vía Caritas, Médicos sin fronteras Oxfam, Worl Vision, etc.) alimentos transgénicos o fármacos genéricos.

Para empezar, la bandera plantada desde 1969 en el único satélite natural de nuestro agónico planeta es la de EE.UU. de Norteamérica, con mensaje expropiador en inglés y efigie de pareja humana (Adán-Eva) de raza blanca tomando posesión. Y es que, de veras, hasta se podría hablar “antropológicamente” –respecto al *Homosapiens*– de dos especies casi tan diferenciadas como antaño los neandertales exterminados por los cromañones, como ahora en que pugnan superhumanos del norte vs. Subhumanos (antropoides o humanoides) del sur: en promedio, los primeros ganar 10 veces más que los segundos; miden 20 centímetros más; pesan 30 kilos más y viven 40 años más.

Una franca ordalía omnisuprema en pos de la preselección biológico/cultural del hombre-Dios, en la que el vencedor resultaría no solamente por selección individual darwiniana, sino por caprichosa “gracia divina” cristiánica (entiéndase “predestinación capitalista”), como también por choque de civilizaciones (etnicismo) y hasta por lucha de clases marxista. El ente vencedor determina la historia no solo sagrada –cual encarnizada lid entre espermatozoide en pos del amado ovulo –en fe y razón cósmica de complemento como a la vez de competencia, desde sus estratos microcosmicos hasta los macrocosmicos:

- Colisiónese fotones, quarks, leptones y demás partículas protagonistas de la génesis del Big Bang para obtenerse neutrones, protones y electrones.
- Combínese protones, neutrones y electrones para, así, determinar el átomo (en sus 92 modalidades o elementos de la Tabla Periódica de Mendeleiev).
- De la subsiguiente combinación atómica surgen las (macro) moléculas, de las cuales –distintas, pero conectadas –derivan células, virus y bacterias, vale decir, microorganismos que se complementan, replican y enfrentan.
- Dejando de lado los dos últimos (virus y bacterias incapaces de combinarse respectivamente para generar organismos superiores), tenemos los conjuntos celulares “adeénicos” conformantes de tejidos orgánicos superiores, ya sean de ejemplares vegetales o animales (los minerales recalcan en la primárisima combinación inorgánica, por los que no pasan de ser monótonas series de estructuraciones atómico-moleculares).
- Continuando con el desarrollo celular, la combinación estructural de sus tejidos determinan los órganos (corazón, intestino, pulmones, sesos, dermis, pétalos, pistilos, uñas, plumas, savias, colmillos, escamas, etc.).
- La combinación de órganos heterogéneos conforman un ser vivo (que por lo general se reproduce sexualmente), ya sea vegetal o animal.

- A su vez, esos conjuntos iniciales de seres o ejemplares animales (incluido el individuo *Homo sapiens*) y vegetales conforman “variedades de raza” en función de la clasificación biológica-taxonomía.
- Las variedades, por su parte, conforman razas (tanto animales como vegetales).
- Las razas determinan la especie.
- Las especies constituyen el género.
- Los géneros conforman la familia.
- Las familias, a su vez, conforman el orden.
- Las clases constituyen el tipo.
- Los tipos categorizan el reino, ya sea vegetal o animal (el reino mineral, reiteramos, está anclado en el subnivel primarísimo-molecular).
- El conjunto de reinos, a su vez, determina el ecosistema.
- Los ecosistemas conforman planetas o cualquier otro cuerpo celeste (enfoque –por ahora –“excepcional a la regla”, pues la Tierra es el único que, se sepa, alberga vida).
- Los planetas, satélites, asteroides y astros, por su parte, determinan las vías lácteas (materia), que, a su vez –en conjunto con el espacio vacío –conforman el cosmos.

Es menester observar que la explicación energética (kamakén) del cosmos, tanto desde la perspectiva científica como desde la religiosa, supremamente se conjuga en conceptos ininteligibles, vale decir (casi) irracionales, que suelen *tabuizarse* bajo el halo del “misterio”, ya sea como la absurda Trinidad cristiana (donde el Hijo es anticronológicamente coetáneo del Padre) o –también –como en el no menos absurdo “principio de incertidumbre” propio de la física cuántica:

“...yo mismo en aquella época sufrí la sensación de no entender la teoría cuántica. Estoy convencido de que, desde el punto de vista lógico, tal vez la entendieran apenas cuatro o cinco personas en todo el mundo, desde

luego yo no. Desde el punto de vista filosófico, solo la entendía –supongo – bohr tampoco es que supiera la última palabra al respecto...” (Carl Friedrich von Weizsäcker/prestigioso físico alemán opinando respecto a la llamada “interpretación de Copenhague” de la física cuántica -1930).

Y es que, según la cosmogonía cuántica (ultima interpretación moderna de la física), una partícula no se halla en determinado y único lugar en el mismo y único instante; “de hecho”, lo está en todos los lugares y tiempos en los que su función de onda no sea cero. Vale decir, ¡el reconocimiento científico de la “ubicuidad religiosa” en cuanto milagro! Un quiebre de la lógica científica que hizo exclamar al propio Einstein “¡Dios no juega a los dados!”.

No obstante, ha de considerarse que, desde la merecida humillación conferida en Oxford/1860 por el evolucionista Mr. Huxley (el “bulldog de Darwin”) al obispo Wilberfoce, determinante del total desatamiento de la, digamos, “cienciología” occidental (entiéndase euro-judeo-norteamericana), se empezaría a bosquejar un paradójico escenario herético cuyo ímpetu naturista (importado de las etnoculturas extra-europeas) –e incrementado con el insurgir ateísta del marxismo –se tornaría alérgico al concepto de “tradición”, peor aún de esencia cristianica. De ahí, el siguiente paso vendría a ser la gradual desintoxidentalizacion, inclusive a ritmo herético de rock contracultural o “subterráneo”.

¿Cuándo (tiempo) y donde (espacio), entonces, esta Dios? Simplemente en la mente de los “creyentes”, ya sean creacionistas o evolucionistas. Vale decir en el pensamiento humano, puesto que es –Dios –creación neuronal del Homo sapiens angustiado de su insignificancia en la infinitud *tiempespacial*. No obstante, la divinización de la inmortalidad es indispensable para las mayorías (greyes) angustiadas ante el “más allá” y que, sin posibilidad (ni necesidad) de entender, simplemente optan por creer en una salvación celestialmente contrarrevolucionaria, aunque terrenalmente revolucionaria (aquí y ahora/kay pacha). A las primeras

muy bien les calzaría aquel verso –de mediados del siglo XVI –escrito por Angelus Silesius:

“No sé quién soy.
No sé de dónde vengo.
No sé a dónde voy.
Me sorprende ser tan feliz”.

Y en cierto modo, no dejan de tener razón. Al final de cuentas, el instintivo aferramiento a la vida (en “el acá” y ahora) constituye el quid de la lucha por la existencia no solo terrenal...; o sea, por la selección natural, cultural y hasta celestial, cuya expresión como choque de civilizaciones emula la pugna energética entre el virus vs. la célula. Pugna cósmica (micro/macro) en la que los conceptos de bien y de mal no son sino cuestión de perspectiva tiempespecial, o sea, pachakamista.

CONCLUSIÓN

Del buen salvaje al buen revolucionario

LA REVANCHA DEL PACHAKÁMAQ

“La política no es más que la manifestación externa de la aplicación práctica y momentánea de una concepción religiosa de la vida sobre la tierra...” (Louis Pauwels Jacques Bergier / El retorno de los brujos).

La etimología es la “biología de la palabra” desde que establece su origen y composición. La palabra castellana “religión” tiene extracción latina: *relegere*. Sin embargo, dada la diversidad de idiomas, por ende de etimologías, no existe un concepto globo-unánime de lo que –de lenguas latinas¹ –deriva de aquel “relegere” (observar con atención, releer), que para los romanos –según Cicerón –aludía la “observancia a los dioses de la ciudad-estado”. Aceptación occidental (el latín con el griego componen el eje lingüístico/etimológico de la civilización eurocristiana-occidental) que, también desde su vertiente helénica (teón), contempla como factor *sine qua non* el dios o dioses del que el hombre (blanco) es imagen y semejanza. Algo diferente –tal teísmo judeogrecolatino –al concepto chino *zon jao* (doctrina celestial), al hindu *dharma* (ley moral), al árabe *sharia* (ley sagrada), al japonés *shukyo* (aprendizaje moral de lo esencial), y así sucesivamente hasta un kechua que lo registra como *iñina* (conjunto de creencias), el aymara *yupaq chawin* (ley fundamental) y el puquina - ancestro común kechuaymara –como *piksi* (ley del cosmos).

Por supuesto, nadie podría ser tan caradura de objetar aquel mandamiento judeocristiano de, por ejemplo, “honrar padre y madre”, o el ama sua (no seas ladrón) inkaico, como tampoco otras tantas

¹ Lenguas latinas, románicas o romances, además del castellano, son el francés, italiano, portugués, rumano, catalán, sardo y otros dialectos menores.

codificaciones morales de Mahoma, Buda o Confucio, puesto que expresan principios elementales sobre los que no cabe monopolización ni patente alguna. Pero, en tanto aquella "verdad de fondo" sea subordinada a particulares formas (políticas) de dominio o subyugación, entonces aquel "Evangelio" jamás podrá ser unánime, sino de apartheid. Error por evitar en todo proceso de reivindicación y/o rescate etnorreligioso. Por ejemplo, en Abya Yala, si bien es cierto la Iglesia católica tiene complicidad intoxicantizadora (por ende, etnocida), aun así, sería irreflexivo –para los pueblos originarios (en cierta proporción mestizados) –proclamarse reactiva y mecánicamente "anticristiano" (o "antimusulmán" o "antibudista" en otras latitudes colonizadas), ya que aberrantemente implicaría que "seguramente" inkas y aztecas deshonraban al padre y madre, deseaban a la mujer del prójimo u odiaban a sus dioses sobre todas las cosas... Pero si –por supuesto que si –corresponde descristianizarse ("des" no "anti") por el elemental principio de autodeterminación –ahí si –de toda etnia a formalizar propiamente (no solo en el "que", sino también en el "como") su perspectiva fundamental de verdad:

"...se comprende así que cada pueblo conciba y no pueda dejar de concebir su propia tradición como "la única verdadera" porque, en efecto, es la UNICA VERDADERA PARA EL. Claro, entendiendo que la verdadera autodeterminación no consiste solamente en disponer de un territorio donde desplegar "costumbres exóticas", sino –ante todo –en hallar, cada pueblo, respuesta básica a cuestiones fundamentales como las formuladas por los amautas nahuas del antiguo México: ¿qué es lo que va a gobernarnos? ¿Qué nos guiará? ¿Cuál será nuestra norma? ¿Cuál será nuestra medida ?.."
(Javier Maskin²).

No obstante, dado que la humanidad es –con toda su diversidad racial, clasista y cultural –finalmente una sola, resulta básico considerar que el referente multilingüístico común de aquel "reelegere" latino vendría a ser la venerada explicación mágico-creencial del universo y, en

² "Sobre el carácter antitradicional de la evangelización de los indios" (Mundos amerindios-compilación de Javier Solís)

este, la función del hombre. Explicación/función que si bien es cierto tiende –como el cristianismo o el islam –a apelar a un inmortal y exclusivo “El divino” semejante a “el mortal”, por eso, exigente de la sumisión del cosmos (“creado por Él para él”, pues por otra parte también suele –como en el budismo, el tao o el pachakamismo –apelar, tal explicación/ función, a la “cosmodivinización” de todo lo existente (materia y energía) en el *tiempespacio* único, es decir, un planteamiento colectivista más próximo a la filosofía, e inclusive a la física einsteiniana, que al concepto occidental derivado del crudo *relegere* latino. Por consiguiente, en el primer caso, aquel imperfecto hombre –dada su egoística semejanza al omnipotente Dios –terminara destruyendo naturaleza (ecocidio) y civilización (etnocidio); en el segundo caso, dada la veneración/identificación con el cosmos los preserva por mas imperfecto que él –primate erguido o ángel caído –sea.

Así tenemos a dioses, hombres y “mestizos” dioses-hombres... Y es que, si juntamos, por un lado, a Jehová, Ala, la Trinidad (que incluye al “mestizo” Cristo), a Kukulcán, Wotan, Zeus, etc. y, por otro lado, a mortales como Buda (Sidharta Gautama), Kung Fu Tse (Confucio), Lao Tse, Zoroastro, Moisés, Manco Cápac y compañía, verificaremos a dioses surgidos de la imaginación humana, así como a humanos divinizados (apoteosis) promotores de códigos morales y/o concepciones cósmicas. Concepciones, por su carácter filosófico-racional, en el fondo más próximas al –digamos –“ateísmo mágico” que al teísmo convencional de factura occidental. Pues bien, si habría que clasificar maniqueamente la religiosidad tawantinsuyana, tendríamos que orientarla hacia el planteamiento ateísta-mágico por consagrar la materia (y leyes físicas) siempre existentes, por supuesto, con la respectiva ritualización. Si se quiere, una “religiosidad sin Dios” que cosmodivinizaba, antes que a un ente de apariencia humana (necesariamente con determinado biotipo racial), al universo infinito en “cíclica (re)ordenación pachakutista del todo eterno” (luego de los alternativos períodos de caos), en vez de creado –tal universo –ilógicamente desde la nada.

Aquel concepto supremo del orden cósmico, donde se sintetizan tiempo y espacio (con el respectivo código moral), se idealizó en runasimi con el vocablo PACHAKAMAQ, que si bien es cierto, la elite teocrática inkaica lo refería abstractamente, pues para el común, o sea, para la grey, debía ser simbolizado materialmente –aquel monolito bifronte –en el respectivo santuario quemado en 1532 por Hernando Pizarro. Se destruiría el símbolo, pero no la concepción, ya sea idea, ideal... o ideología, de cuyo rescate y reinterpretación dependen la probabilidad histórica –aun latente en la humanidad de estirpe kechuaymara –del respectivo renacimiento cultural.

No obstante, debe sopesarse que la religiosidad de las masas también resulta, en todo tiempo y lugar, magnífica herramienta de conducción psicosocial y/o de manipulación emotiva por parte de las elites gobernantes. **Fe religiosa para el populum e interés político para la elite**, ya sea papado, realeza, fhurer, mikado (Japón), senado, panaka o hasta Comité Central Comunista. Ha de precisarse que en este último (CCC) la respectiva fe –ya de índole “científica” (religiosidad sin Dios y sin magia) –cambia de forma, mas no de fondo, y es que si bien es cierto el marxismo repudia la religión (en cuanto concepción derivada del *relegere* latino), pues su “protocolo partidario” le es bastante análogo. La siguiente fórmula del PC (Comité Central) de la extinta URSS bien pudiera pasar como ritual de consagración de templarios o jesuitas con solo sustituir a Cristo por Lenin:

“...al separarse de nosotros, el camarada Lenin nos ordenó mantener alta y pura la gran vocación de miembros del Partido.

-Te juramos, camarada Lenin, que cumpliremos honorablemente este tu MANDAMIENTO (coro).

Al separarse de nosotros, el camarada Lenin nos ordenó velar por la unidad del Partido.

-Te juramos, camarada Lenin, que cumpliremos honorablemente este tu MANDAMIENTO (coro).

Al separarse de nosotros, el camarada Lenin nos ordenó preservar y reforzar la dictadura del proletariado.

-Te juramos, camarada Lenin, que cumpliremos honorablemente este tu MANDAMIENTO (coro)".

En cuanto al caso japonés (mikado), la descripción de Bertrand Russell es sumamente didáctica:

"...el Japón moderno contempla lo que los promotores de la Revolución Meiji de 1867 desearon: la **preservación de la independencia y espíritu nacional**. China había resultado impotente para resistir a las potencias occidentales y el Japón encontrábase en un caso análogo. Ciertos políticos nipones se percataron de que el poder militar de las potencias occidentales se fundamentaba en la educación y técnicas industriales europeas. Decidieron introducir ambas en Japón, con aquellas modificaciones que la historia y religiosidad japonesa exigiesen. El Japón, deseando ganar tiempo, se vio obligado a imponer la educación, la ciencia y el industrialismo "euro" por presión gubernamental. Pero era imposible efectuar cambio tan grande en la mentalidad del ciudadano medio con meros llamamientos a la razón. Los reformadores, por ese motivo, **mezclaron habilidosamente con la ciencia la autoridad divina de la religión shintoísta y la persona divina del mikado que había vegetado durante siglos en la oscuridad (...)**. La religión shinto, tal como se enseña ahora por el Estado, es un arma poderosa de etnonacionalismo; sus dioses japoneses y su cosmografía antes que otras comarcas..." (La perspectiva científica).

Otra ejemplarización histórica de aquella simbiosis entre fe popular y proyecto (etno)nacional e imperial lo tenemos en la cruzada que, más allá de "peregrinaje armado", resultaba una empresa geopolítica mediante la cual, luego del gran cisma intercristiano de 1054, la Iglesia católica de Occidente (papado vaticano romano) extiende su dominio terrenal –bajo el slogan popular "Dios lo quiere" –a expensas de la semiderruida Iglesia Ortodoxa de Oriente (patriarcado de Bizancio/Constantinopla saqueado precisamente por los cruzados en 1204), a la vez expandiéndose hacia "más Oriente": Jerusalén, entonces en poder del Imperio turco y llave del comercio entre el Lejano Oriente (ya "descubierto" por Marco Polo), el Medio Oriente y el Mediterráneo.

La secesión luterana, por su parte, fue el pretexto para que los principados alemanes (muy bien respaldados por los banqueros “favorecidos con la gracia divina”), hartos de la injerencia político-económica del Papa, manipulasen al “campesinado protestante” por la reivindicación de tierras (prácticamente una reforma agraria), y asimismo direccionasen el despegue de los burgos contra la Iglesia-terrateniente representante del extranjero estado vaticano.

A su vez, la llamada “evangelización de las Indias” sería la hipocritona coartada para que, en pos del objetivo globocolonizador de libresaqueo pro-blanco, se materializara la destrucción de esas mismas Indias, unilateralmente otorgadas por el papado a las “pre-destinadas” monarquías española y portuguesa.

Pero además, aquel *relegere* impuesto aquí desde 1532 (secuestro de Atahualpa) sería –como observa Javier Maskin³ –“católicos a ratos”, o sea, más de apariencia que de convicción. Y es que el solo hecho de que, con el arcabuz aun humeante, una mano blanca rociara H₂O sobre una cabeza cobriza no implicaba convicción sacramental, sino instinto de conservación. Resulta, entonces, tendencioso concluir que los países andinos (de demografía mayoritaria cobriza) “son católicos” en función de la estadística de bautizos efectuados por el clero romano. Así como el hábito no hace necesariamente al monje, ni el DNI al hombre, pues, el bautizo tampoco hace infaliblemente al cristiano, aunque quizás si –en el orbe globocolonial –al cretino... Peor aun cuando se hace tan complicado, como en Gomorra, hallar uno que otro “justo”.

Lamentablemente, la llamada “historia oficial” no solamente tiene su faceta militar (derivada del contrasubversivo “comunicado oficial”), sino también religiosa (derivada de la cristiana “nadaización” o, en todo caso, diabolización de toda manifestación oriunda). Cabe entonces preguntar: ¿qué hay de similitud entre la conquista católico-hispana de

³ *Mundos amerindios* (J.Maskin, “Tekumuman”)

otrora y el globo-imperialismo euroyanqui de ahora ? Simplemente el relevo de términos: "inserción" por salvación, "progreso" por evangelización y "modernidad" (la llamada Edad Moderna empieza en 1492 con el "descubrimiento" de América) por occidentalización. Resulta, así, pertinente la respuesta dada por el historiador malgache Esoavelomandroso al "humanista" estadounidense Saul Mendlowitz:

"...hace quinientos años ustedes empezaron a acorralarnos militarmente, hace un par de siglos emprendieron nuestra expoliación económica y ahora nos ofrecen su ayuda para barrernos ideológicamente y desposeernos de lo último que nos queda nuestra forma de ver el mundo. No gracias..."

Pizarro invade con un ejército premunido de armas de fuego, hierro y caballería, de tal forma que nuestros antepasados vieron en el conjunto jinete-caballo un solo cuerpo, protegido con coraza acerada, alabarda, arcabuz y artillería. Pero el arma más letal fue la biblia del capellán Valverde, primer obispo del Perú, que no solo dio señal de ataque en la emboscada de Cajamarca de 1532, también imprimiría una ferocidad eclesiástica corroborada históricamente con discípulos como Areche, Lisson o Cipriani, y cuya visión de apartheid amputaría los derechos ("de color", no blanco), los cuales no pasarían de ser "reverendas cojudeces" en tanto abogasen por el modus vivendi de pueblos colonizados, por ende en conflicto con el modus operandi cristiano, ya sea feudal o (posteriormente) capitalista. No debe extrañar, por consiguiente, que en 1542 aquel obispo Valverde muriese (merecidamente) linchado por los "sub-humanos" cobrizos de Tumpis, hartos de tanta ofensa. Recuérdese también que Valverde era testaferro del clérigo Hernando de Luque, asentado en el obispado de Panamá y socio capitalista de Pizarro y Almagro.

Se iniciaría así, inmersa en la inserción como "Extremo Occidente", la modernidad en Andinoamérica: un Dios blanco, barbado y hablante de una lengua extraña reemplazaría a espadaos y arcabuzos a nuestro ancestral Pachakamaq. Agréguese que los sacerdotes de los santuarios del Pachakamaq y del Qoricancha, así como las monjas del acllahuasi, serían

quemados vivos (algo así como que un moderno Atila demoliera el Vaticano y quemara al Papa con todos sus monseñores pasando cuchillo a unos cuantos millares de fieles en la plaza San Pedro, imponiendo –vía catecismo en mandarín –un dios amarillo a las subyugadas greyes blancas). A través de esa anti-evangelización o “mala nueva” liquidadora de la identidad étnica (base del proyecto nacional genuino), nuestros nombres originales son modernizados (mediante el bautizo “cretinizador”) por los del santoral católico: surgen los Juanes Mamanis, Pedros Quispes y demás manadas de “buenos salvajes” por doquier, incluyendo la masiva falsificación y/o castellanización alfabético-occidental de apellidos kechuaymaras registrados en aquellos “diabolizados” quipus y tokapos incinerados en hogueras extirpadoras de idolatrías... Como en el caso cobrizo de millones de Huamanes Pomas “de Ayalas” clamantes contra el mundo al revés, o en el caso afro de centenares de miles de descendientes de esclavos (Teofilo Cubillas, Waldir Saenz, Zenaida Uribe, etc.), cuyos apellidos postizos –sin una gota de afinidad sanguínea –resienten respectivamente la cobrizidad y negritud mutiladas por la blanquitud. No bautizarse era ser fichado como subversivo por la DIRCOTE virreinal, y empeñarse en mantener el nombre original (patronímico técnico de la identidad) o transmitirlo a los hijos (Túpac, Imasumac, Kusicoyllor, Urpi, Pachakuteq, etc.), empeñándose potencialmente en el culto al Pachakámaq, a los apus o a cualquier otra divinidad lar, implica ser excomulgado por “apología del terrorismo”. La generación histórica que nació en el inkario y murió en el virreinato sufrió un cataclismo traumático físico-psíquico, quincuacenterariamente expansivo y aun sin disipar. Nacieron como “Yupanquis” y murieron como “Franciscos”, creyentes por coacción en el Dios de Jacob al que alude el himno neocolonial criollo.

En aquella cretinización de siglos, al cobrizo se le suman –en Andinoamérica –otras etnias (afros y amarillos) también subyugadas por el mismo amo, ya sea encomendero, terrateniente o –ahora – “inversionista”. Por supuesto que el caballero eurocriollo asistía dominicalmente a la iglesia (buen cristiano), por lo normal edificada sobre los escombros de la antigua huaca derruida, para ahí –luego de redimir sus

pecados y dejar su óbolo –pasar al muelle del Callao a comprar hacienda para ordenar el descuartizamiento de algún Condorkanki o Pumacahua resentido, hereje, infiel o terrorista. Eso sí, la esclavista doncella criolla oraba antes de acostarse. En aquella inserción globocolonizadora de la eurocéntrica Edad Moderna, el Chango africano, el Buda asiático, el kukulcan centroamericano, y el Pachakámaq andino pasaron a la clandestinidad.

Viene a colación, entonces, apelar a la reivindicativa respuesta dada por Mohamed Alí cuando le preguntaron por qué –al igual que Malcom X –se cambió de nombre (antes se llamaba Cassius Clay) para convertirse al Islam:

“Porque Cristo es blanco, como los que secuestraron a mis tatarabuelos del África para esclavizarlos en América. Porque esos blancos, ‘imagen y semejanza’ de su Dios, le robaron su historia e idioma a mi pueblo, incluyendo nuestros nombres: yo no soy Cassius Clay, puesto que Clay es el apellido del esclavista rubio y cristiano que compro y atormento a mi esclavizado tatarabuelo. En cambio, Ala no tiene color: es universal”.

Reiterese que el Pachakámaq, que antes de deidad es una concepción cósmica, como tal no podría ser “coloreado” ni mucho menos racializado, puesto que sintetizaba el tiempo/espacio de los cuatro puntos cardinales / regionales (Tawantinsuyo) del mundo... ¡De todas las sangres, de todas las partes y de todos los tiempos! Y es que, de por sí, toda representación divina, más aun monoteísta (indefectiblemente en función de determinado biotipo), implica discriminación o apartheid para con el resto. Además, resulta sencillo percatarse de que aquella retratación del Dios Padre-creador del cristianismo, o sea, el Jehová/Yavé del judaísmo (integrante) de la Trinidad junto al Hijo/Cristo y el Espíritu Santo), se le muestra –desde la Edad Media en que comenzó a ser representado por artistas del Renacimiento emulador de clásicos helénicos –barbado, blanco y vigoroso, cual Zeus reeditado, aunque no cernido completamente de los vicios del Olimpo de la mitología griega.

Se puede observar entonces que la principal falacia de la tan pregonada globalidad lo constituye aquel eurocristianismo (por su rol cretinizador) desintegrador de civilizaciones de más allá de Europa, en cuanto factor primordial de una intoxicidentalización inmersa en el choque de civilizaciones por la selección natural y cultural de la especie. De ser esta la perspectiva, habría que concluir que globalización, o más exactamente globocolonización, implica occidentalización... Por ende, "cretinización cristiana", destructora de la humanidad y del planeta. Ha de recordarse que, si el Renacimiento tuvo como falacia filosófica el llamado "Humanismo", fue porque este se exclusivo para la etnicidad euroblanca, restringiéndose para el resto de razas; vale decir –en el caso de Aba Yala – que *tal humanismo cristiano de apartheid ineludiblemente* implicaría la "destrucción de las Indias". Ambas fueron las caras de una moneda eurocentricamente denominada Edad Moderna.

Derivado de tal enfoque "de choque" por la selección natural / cultural de la especie, y en tanto esta no se unietnifique vía mestizaje global antes que vía genocidio, pues se plantea la necesidad colectiva (nacionalista), si de veras propugnamos el renacimiento/salvataje de nuestra cultura originaria, de sentar las bases religiosas de tal ideal, rescatando el potencial revolucionario del cristianismo primigenio y a la vez destilándole la opción etnoclasista por los pobres, concordante –en la nuestro caso –con el carácter "huacchakuyac" (amador de pobres) del ancestral rol pachakamista, en cuanto sincrético eje religioso del proyecto geopolítico neotawantinsuyano, santificador de la fe revolucionaria en el proceso de autoliberación de la humanidad de estirpe cobriza. Proceso que, en tanto contemple la conversión del buen salvaje en buen revolucionario, ipso facto armonizara estupendamente con el principal "considerando" de la Teología de la Liberación necesariamente etnificada, tal y conforme lo plantea el mismísimo Gustavo Gutiérrez:

"Desde el punto de vista de la reflexión teológica, el desafío que se plantea en América Latina es el cómo encontrar un lenguaje sobre Dios que nazca desde la situación y sufrimiento generados por la pobreza injusta en que viven las grandes mayorías: RAZAS DESPRECIADAS, clases sociales

explotadas, culturas marginadas, mujeres discriminadas... Pero que sea al mismo tiempo un discurso alimentado por la esperanza que levanta a un pueblo en su lucha por su liberación”.

Recuérdese que “más allá del bien y del mal” la religión ha servido históricamente como dinamo reivindicador, liberador y afianzador de nacionalidades, como también de expansor imperial de culturas. El formidable etnocentrismo hebreo (que con cada diáspora se ha robustecido aún más) y la siempre enérgica yihad islámica (desde la Hégira de Mahoma, hasta las resistencias iraquí, palestinas, iraní y afgana de hoy, incluido el 11-SET) serían inexplicables sin su respectivo fervor y cohesión religiosa. Ni hablar de las Cruzadas eurocristinicas; de las guerras campesinas en la Alemania medieval; o del fundamentalismo de las iglesias anglonorteamericanas (tan identificadas con el Ku Klux Klan, el imperialismo Partido Republicano y el *Tead Party*).

Todo este revistamiento nos permite visualizar que, en nuestro ideal refundacionista etnonacional, juega providencialmente a favor de la decadencia moral de Occidente (muy bien descrita por H. Spengler) generada desde la depravación de la sede vaticana... Y es que, independientemente de la resistencia cultural ante la intoxicacionalización globocolinizadora, la propia fragilidad teológica de la Iglesia oficial católica impuesta acá, además renuente al rescate que le proporciona la Teología de la Liberación (en razón a su yuxtaposición con enunciados etnoclasistas propugnadores de algo, así como el *Reino de Dios sin Dios*), le impide –a esa Iglesia de “opción por los ricos” –erigirse como esperanza renovadora en nuestro subdesarrollado orbe “de color” resentido. Además de ello, la bancarrota moral, el racismo solapado, la cucufatería intrínseca, la sodomía velada, la hipocresía catequista (que falsificando el padrenuestro cambia el perdonar “deudas” por perdonar “ofensas”), el seudocelibato acumulador de riquezas, las inconsistentes persuasiones para ecuménico jubileo mundial intrascendentemente económico (en la medida en que jamás osa –ese Vaticano –impugnar al FMI y al BM), la hermenéutica tendenciosa y la histórica traición a sus principios originales; todo esto, quizá, más que la, en general, pésima conducta de sus clérigos “descubridores también” de la América, ha contribuido –bien que mal –a estimular la cristalización de diferentes opciones etnorreligiosas de corte

cobrizo que en el transcurrir del tiempo determinaran (tal como viene ya esclareciéndose vía el atacusismo) la necesaria aparición de un nuevo y cholificado escalafón eclesiástico propio de una Iglesia andina, que, por el solo hecho de propugnar el rescate de las fuentes originales cristianas, además de impregnarse de la exegesis contestataria propia de la insurgente oración arguediana *A nuestro Padre Creador Túpac Amaru*, como tal, deberá independizarse inexorablemente de la anquilosa matriz de la lejana e irracionalmente "infalible" sede romana, así como no dejarse intimidar por aquellos cucufatos aparentemente preocupados por la dignidad y pureza de la religión, puesto que a menudo dicha supuesta preocupación esconde tras de sí una ominosa y cómplice tendencia al "complot del silencio" cuando la coyuntura social exige identificarse, integrarse y participar activamente en la respuesta política del pueblo de un Dios verdaderamente universal, que libera esclavos, destruye imperios y no distingue colores. Vale decir, la respuesta propia de una combativa e insurgente Iglesia neotawantinsuyana, resurgente desde lo más hirviente del país profundo.

ANEXOS

ANEXO 1

Respuesta del inka Atahualpa al cura Valverde

“ANDÁIS DESTRUYENDO EL MUNDO”

Cuando en Cajamarca se encontraron inkas y europeos, hubo una entrevista, previa a la emboscada, entre Atahualpa y el cura Valverde, el cual finalizó su discurso con este ultimátum:

“... sábetete que serás apremiado con guerra a fuego y sangre, y todos tus ídolos serán derribados por tierra y te constreñiremos con la espada a que, dejando tu falsa religión, quieras o no, recibas nuestra fe católica y pagues tributo a nuestro emperador, entregándole el reino. Si procurares porfiarlo y resistir con ánimo obstinado, tendrás por muy cierto permitirá Dios que, como antiguamente el faraón y todo su ejército pereció en el Mar Bermejo, así tú y todos tus indios seréis destruidos por nuestras armas...”.

El cronista Garcilaso continúa su narración así:

“... Atahualpa, habiendo oído lo último de la oración, que era renunciar a su reino de grado o fuerza, y quedar por tributario, y que lo mandaba así el Papa, y que el emperador lo quería, y las amenazas que le hicieron con fuego y sangre la destrucción que habría que venir, como la del faraón y su ejército, se entristeció, imaginando que aquellos a quienes él y sus indios llamaban Viracochas, creyendo que eran dioses, se les convertían enemigos mortales, pidiéndole cosas tan ásperas; y dio un gesto con esta voz: ‘¡atac!’, que quiere decir: ¡dolor! Y con esta interjección dio a entender la pena que había sentido de haber oído el ultimátum de Valverde, y, templando su pasión, respondió:

“Alegría fuera para mí que, ya que me negáis todas las otras cosas que a vuestros mensajeros pedí, a lo menos me concedierais solo una, y era que me hablaran por interprete (Felipillo N. de R.) más fiel. Digo esto porque no puedo entender las palabras que has hablado y que este faraute me ha dicho; porque a la lógica no corresponde; porque, habiendo de tratar de paz, amistad y hermandad perpetua, y aun de parentesco, como me dijeron los otros mensajeros, suena ahora en contrario todo lo que este Felipillo me ha dicho: que nos amenazas con guerra y muerte, con destierro y destrucción, y que por fuerza o de grado he de renunciar a mi

reino y hacerme tributario de otro. De lo cual colijo una de dos: o que vuestro príncipe y todos vosotros sois tiranos que andáis destruyendo el mundo, quitando reinos ajenos, matando y robando a los que no os han hecho injuria, o que sois ministros de Pachakámaq, que os ha elegido para castigo nuestro. Y, si es así, mis vasallos y yo nos ofrecemos a la muerte y a lo que de nosotros quisiéredes hacer, no por temor que tengamos de vuestras armas y amenazas, sino por cumplir lo que mi padre Huayna Qapaq ordeno en su lecho de muerte: que honrásemos una gente extraña que había de venir después de sus días, de la cual tuvo noticias años antes que andaban por la costa del Imperio. Dijonos que habían de ser gentes de mayor ley y más sabios que nosotros. Por lo cual, cumpliendo el testamento de mi padre, os hemos llamado Viracochas entiendo que sois mensajeros del Pachakámaq, cuya voluntad y justa indignación no con armas se puede resistir, además hemos guerreado tanto entre hermanos inkas, y los pecados de ambos bandos claman castigos. Pero también en su indignación, el Pachakámaq tiene decencia y comprensión. Por tanto, ¿cómo explicar que, siendo vosotros mensajeros divinos, hayan sido autores de tantas muertes, robos y crueldades en su trayecto desde Tumbes y Puna? Además de esto, me han dicho vuestro faraute que me proponéis cinco varones señalados que debo conocer:

el primero es Dios, 'tres y uno', que son cuatro, a quien llamáis Creador del universo. ¿No es el mismo que nosotros llamamos Pachakámaq?

El segundo es el que decís 'Adán, padre de todos los otros hombres'.

Al tercero llamáis 'Jesucristo', que fue muerto por los pecados de todos.

Al cuarto nombráis 'Papa'.

El quinto es Carlos y es príncipe y señor de todo el mundo.

¿Y, entonces, este Carlos que permiso puede requerir del Papa que no es mayor señor que él? También me admiro que digáis que estoy obligado a darlo. Porque, si de derecho hubiese de dar tributo, pareceme que se nos había de dar a aquel Dios, tres en uno, que dices que nos creó, y a aquel Adán que fue padre de todos los hombres, y aquel Jesucristo que nunca amontono pecados. Finalmente, se habrían de dar al Papa, ya que dicen que puede dar y conceder mis reinos y mi persona a otros, sin que siquiera este yo enterado. Pero, si Ud., sacerdote (Valverde), me dice que a estos 'no les debo nada', pues menos a Carlos, que nunca fue señor de estas regiones ni las visto. Si después de esto tienen algún derecho sobre mi, me amenazas con guerra, fuego, sangre y muerte, para que yo obedeciera la voluntad del Papa, que no soy tan falto de juicio que no obedezca a quien

puede mandar con más razón, justicia y derecho que yo. Además, deseo saber de aquel curaca Jesucristo que nunca echo pecados. ¿Murió de enfermedad o en la guerra? También deseo saber si tenéis por dioses a esos cinco que me habéis propuesto, pues los honráis tanto; pues, si es así, teneis mas dioses que nosotros, que no adoramos mas que al Pachakamaq por supremo; al Sol, por su inferior; y a la Luna, por hermana...’ (Garcilaso de la Vega – cap. XXIV, libro I. de la 2. Parte de los *Comentarios Reales*).

“SANTIAGO, ¡A ELLOS!”, fue entonces la réplica del feroz cura Valverde (“en su incapacidad para resistir un razonamiento tan prolijo” –Garcilaso), dando así la orden de ataque contra el Tawantinsuyo en, esa la emboscada de Cajamarca de 16 de noviembre de 1531, en que se inició la “inserción globocolonial” de nuestro pueblo, como corral trasero del Extremo Occidente.

ANEXO 2

Plegaria del amauta José María Arguedas A NUESTRO PADRE CREADOR TÚPAC AMARU

(HIMNO-CANCIÓN)

“A Doña Cayetano, mi madre india, que me protegió con sus lágrimas y su ternura cuando yo era niño huérfano alojado en una casa hostil y ajena. A los comuneros de los cuatro ayllus de Puquio, en quienes sentí, por vez primera, la fuerza y la esperanza” (J.M.A).

Túpac Amaru, hijo del dios serpiente, hecho con la nieve del Salqantay, tu sombra llega al profundo corazón como la sombra del dios de la montaña, sin cesar y sin límites.

Tus ojos de serpiente dios, que brillaban como el cristalino de todas las águilas, pudieron ver el porvenir, pudieron ver lejos. Aquí estoy, fortalecido por tu sangre, no muerto, gritando todavía.

Estoy gritando, soy tu pueblo; tu hiciste de nuevo mi alma; mis lágrimas las hiciste de nuevo; mi herida ordenaste que no se cerrara, que doliera cada vez más. Desde el día en que tu hablaste, desde el tiempo en que luchaste con el acerado y sanguinario español, desde el instante en que el escupiste a la cara, desde cuando tu hirviente sangre se derramó sobre la hirviente tierra, en mi corazón se apagó la paz y la resignación. No hay sino fuego, no hay sino odio de serpiente contra los demonios, nuestros amos.

Está cantando el río, está llorando la calandria, está dando vueltas el viento; día y noche la paja de la estepa vibra; nuestro río sagrado está bramando; en las crestas de nuestros wamanis montañas, en sus dientes la nieve gotea y brilla.

¿En dónde estás desde que te mataron por nosotros?

Padre nuestro, escucha atentamente la voz de nuestros ríos; escucha atentamente la voz de nuestros ríos; escucha a los temibles arboles de la gran selva; en canto endemoniado, blanquísimo del mar; escúchalos, padre mío, serpiente dios. ¡Estamos vivos, todavía somos!

Del movimiento de los ríos y las piedras, de la danza de árboles y montañas, de su movimiento, bebemos sangre poderosa, cada vez más fuerte. ¡Nos estamos levantando, por tu casa, recordando tu nombre y tu nombre y tu muerte!

En los pueblos, con su corazón pequeñito, están llorando los niños.

En las punas, sin ropa, sin sombrero, sin abrigo, casi ciegos, los hombres están llorando, más tristes, más tristemente que los niños.

Bajo las sombras de algún árbol todavía llora el hombre, serpiente dios, mas herido que en tu tiempo; perseguido, como filas de piojos.

¡Escucha la vibración de mi cuerpo!

Escucha el frío de mi sangre, su temblor helado.

Escucha sobre el árbol de lambras el canto de la paloma abandonada, nunca amada; el llanto dulce de los no caudalosos ríos, de los manantiales que suavemente brotan al mundo. ¡Somos aun, vivimos!

De tu inmensa herida, de tu dolor que nadie habría podido cerrar, se levanta para nosotros la rabia que hervía en tus venas. Hemos de alzarnos ya, padre, hermano nuestro, mi dios serpiente. Ya no le tenemos miedo al rayo de pólvora de los señores, a las balas y la metralla, ya no le tenemos tanto. ¡Somos todavía! Voceando tú nombre, como los ríos crecientes y el fuego que devora la paja madura, como las multitudes infinitas de las hormigas selváticas, hemos de lanzarnos, hasta que nuestra tierra sea de veras nuestra tierra, y nuestros pueblos, nuestros pueblos.

Escucha, padre mío, mi dios serpiente, escucha: las balas están matando; las ametralladoras están reventando las venas; los sables de hierro están cortando carne humana; los caballos, con sus herrajes, con sus locos y pesados cascos, mi cabeza, mi estómago están reventando; aquí y en

todas partes, sobre el lomo helado de las colinas de Cerro de Pasco, en las llanuras frías, en los caldeados valles de la costa, sobre la gran yerba viva, entre los desiertos.

Padrecito mío, dios serpiente, tu rostro era como el gran cielo, óyeme: ahora el corazón de los señores es más espantoso, más sucio, inspira más odio. Han corrompido a nuestros propios hermanos, les ha volteado el corazón y, con ellos, armados de armas que el propio demonio de los demonios no podría inventar y fabricar, nos matan. ¡Y, sin embargo, hay una gran luz en nuestras vidas! ¡Estamos brillando! Hemos bajado a las ciudades de los señores. Desde allí te hablo. Hemos bajado como las interminables filas de hormigas de la gran selva. Aquí estamos, contigo, jefe amado, inolvidable, eterno Amaru.

Nos arrebataron nuestras tierras. Nuestras ovejitas se alimentan con las hojas secas que el viento arrastra, que ni el viento quiere; nuestra única vaca lame agonizando la poca sal de la tierra. Serpiente dios, padre nuestro, en tu tiempo éramos aun dueños, comuneros. Ahora, como perro que huye de la muerte, corremos hacia los valles calientes. Nos hemos extendido en miles de pueblos ajenos, aves despavoridas.

Escucha, padre mío: desde las quebradas lejanas, desde las pampas frías o quemantes que los falsos wiraqochas nos quitaron, hemos huido y nos hemos extendido por las cuatro regiones del mundo. Hay quienes se aferran a sus tierras amenazadas y pequeñas. Ellos se han quedado arriba, en sus querencias, y, como nosotros, tiemblan de ira, piensan, contemplan. Ya no tememos a la muerte. Nuestras vidas son más frías, duelen más que la muerte. Escucha, serpiente dios: el azote, la cárcel, el sufrimiento inacabable, la muerte nos han fortalecido, como a ti, hermano mayor, como a tu cuerpo y tu espíritu. ¿Hasta dónde nos ha de empujar esta nueva vida? La fuerza que la muerte fermenta y cría en el hombre ¿no puede hacer que el hombre revuelva el mundo, que lo sacuda?

Estoy en Lima, en el inmenso pueblo, cabeza de los falsos wiraqochas. En la pampa de Comas, sobre la arena, con mis lágrimas, con mi fuerza, con mi sangre, cantando edifique una casa. El río de mi pueblo, su sombra, su

gran cruz de madera, las yerbas y arbustos que florecen rodeándolo están, están palpitando dentro de esa casa; un picaflor dorado juega en el aire, sobre el techo.

Al inmenso pueblo de los señores hemos llegado y los estamos removiendo. Con nuestro corazón lo alcanzamos, lo penetramos; con nuestro regocijo no extinguido, con la relampagueante alegría del hombre sufriente que tiene el poder de todos los cielos, con nuestros himnos antiguos y nuevos, lo estamos envolviendo. Hemos de lavar algo las culpas por siglos sedimentadas en esta cabeza corrompida de los falsos wiracochas, con lágrimas, amor o fuego.

¡Con lo que sea! Somos miles de millares, aquí, ahora. Estamos juntos; nos hemos congregado pueblo por pueblo, nombre por nombre, y estamos apretando a esta inmensa ciudad que nos odiaba, que nos despreciaba como a excremento de caballos. Hemos de convertirla en pueblo de hombres que entonen los himnos de las cuatro regiones de nuestro mundo; en ciudad feliz donde cada hombre trabaje; en inmenso pueblo que no odie y sea limpio, como la nieve de los dioses montañas donde la pestilencia del mal no llega jamás. Así es, así mismo ha de ser, padre mío; así mismo ha de ser en tu nombre, que cae sobre la vida como una cascada de agua eterna que salta y alumbra todo el espíritu y el camino.

Tranquilo espera, tranquilo oye, tranquilo contempla este mundo.

Estoy bien ¡alzándome! Canto, mismo canto entono. Aprendo ya la lengua de Castilla; entiendo la rueda y la maquina; con nosotros crece tu nombre; hijos de wiracochas te hablan y te escuchan como el guerrero maestro, fuego puro que enardece iluminando.

Viene la aurora.

Me cuentan que en otros pueblos los hombres azotados, los que sufrían, son ahora águilas, condores de inmenso y libre vuelo. Tranquilo espera.

Llegaremos más lejos que cuando tú quisiste y soñaste; odiaremos más que cuanto tú odiaste; amaremos más de lo que tú amaste, con amor de paloma, de calandria.

Tranquilo espera. Con ese odio y con ese amor sin sosiego y sin límites, lo que tú no pudiste lo haremos nosotros. Al helado lago que duerme; al negro precipicio; a la mosca azulada que ve y anuncia la muerte a la luna, las estrellas y la tierra, el suave y poderoso corazón del hombre; a todo ser viviente y no viviente que está en el mundo en el que alienta o no alienta la sangre; hombre o paloma, piedra o arena, haremos que se regocijen, que tengan luz infinita, Amaru, padre mío.

La santa muerte vendrá sola, ya no lanzada con hondas trenzadas ni estallada por el rayo de pólvora. El mundo será al hombre; el hombre, el mundo; todo a tu medida.

ANEXO 3

La fuerza del mito etnonacionalista y el bolivarianismo

BOLÍVAR HABLA DEL QUETZALCÓALT O “INKARRI MEXICANO”

Ahora que está en boga, con la retórica chavista, el tema del “socialismo del s. XXI”, en el que se conjuga el mensaje antiimperialista (más exactamente antinorteamericano) bolivariano con la causa etnonacionalista de los pueblos cobrizos, viene a colación un pasaje de la carta de Jamaica –escrita por Simón Bolívar en vísperas de iniciar su periplo liberacionista –sobre la vigencia etnoreligiosa del Quetzalcóatl azteca/maya como dinamo insurgente y unificador de las poblaciones oprimidas de la América autóctona. Asimismo, anticipa lo que los antropólogos criollos del s.XX y s.XXI recién acaban de descubrir: que el multitudinario culto popular a la Virgen de Guadalupe, que se profesa en México, no es sino la heredad del mismo culto precolombino a Quetzalcóatl (de la misma forma que –en el Perú –el Cristo Morado o “Señor de los Temblores” no es sino el Pachakámaq tawantinsuyano vestido de cristiano).

En síntesis, en este pasaje bolivariano descubrimos que este personaje, además de estrategia, político y soldado..., fue también un pionero de lo que hoy se conoce como “etnología”.

Los americanos meridionales tienen una tradición que dice que, cuando Quetzalcóatl, el Buda de la América, resigno su administración y los abandono, les prometió que volvería después de que los siglos designados hubiesen pasado, y que el restablecería su gobierno y renovarían la felicidad. ¿Esta tradición acaso no excita una convicción de que muy pronto debe volver? Conciba Ud. Cuál sería el efecto si un individuo, apareciendo entre indios y mestizos, demostrase los caracteres de Quetzalcóatl, el Buda del bosque, o Mercurio, del cual han hablado tanto las otras naciones. ¿Acaso no es la unión todo lo que se necesita

para poner a los americanos en estado de expulsar a los españoles, sus tropas, y los partidarios de la corrompida España, para hacerlos capaces de establecer un imperio poderoso, con un gobierno libre y leyes benévolas ?

Creo que 'causas individuales' pueden producir 'resultados generales', sobre todo en las revoluciones. Pero no es el héroe, gran profeta, o dios del Anáhuac, Quetzalcóatl, el que es capaz de operar los prodigiosos beneficios. Y es que este personaje es apenas conocido del pueblo mexicano y no ventajosamente, tal es el atentado contra la memoria colectiva; tal es la suerte de los vencidos, aunque sean sus dioses. Solo los historiadores y literatos se han ocupado cuidadosamente en investigar su origen, misión, sus profecías y el término de su carrera.

Se disputa si fue –Quetzalcóatl –un apóstol de Cristo o, bien, pagano. Unos suponen que su nombre quiere decir Santo Tomas; otros, que culebra emplumada; y otros dicen que es el famoso profeta de Yucatán, Chilan–Cambal. En una palabra, los más de los autores mexicanos polémicos e historiadores profanos han tratado con más o menos extensión la cuestión sobre el verdadero carácter de Quetzalcóatl.

El hecho es, según dice el padre Acosta, que Quetzalcóatl funda una religión, cuyos ritos, dogmas y misterios tenían una admirable afinidad con la de Jesús, y que quizás es la más semejante a ella. No obstante esto, muchos escritores católicos han procurado alejar la idea de que este profeta fuese verdadero, sin querer reconocer en el a un Santo Tomas como lo afirman otros celebres autores. La opinión general es que Quetzalcóatl es un legislador divino entre los pueblos originarios de Anáhuac, del cual era lugarteniente el gran Moctezuma, derivando de él su autoridad. De aquí que se infiere que nuestros criollos mexicanos no seguirán al gentil Quetzalcóatl, aunque apareciese bajo las formas más idénticas y favorable, puesto que profesan la religión –católica –más intolerante de todas.

Felizmente los directores de la independencia de México han aprovechado el fanatismo popular proclamando a la mestiza Virgen de Guadalupe por 'reina de los patriotas', invocándola en todos los casos arduos y llevándola en sus banderas. Con esto, el entusiasmo político ha formado una mezcla con la religión que ha producido un fervor mestizo por la sagrada causa de la libertad. La veneración de esta imagen en México, de heredad precolombina, es superior a la más exaltada que pudiera inspirar el más diestro profeta.

ANEXO 4

La represión cristiana a la religiosidad andina en la provincia de Huaylas

**CUESTIONARIO BÁSICO EMPLEADO POR LA IGLESIA CATÓLICA PARA LA
EXTIRPACIÓN DE IDOLATRÍAS (vigente hasta 1617)**

**Extracto tomado del libro de Santiago Matos colchado, "Huaylas y
Conchucos en la historia regional".**

I. Pliego principal de extirpación de idolatrías:

1. Se preguntaba si el examinado es huari o llactayoc, esto es, natural del pueblo, tanto el cómo sus antepasados; o si es llacuas por haber venido de otro pueblo, el o sus padres.
2. Nombre de la huaca principal.
3. Si es cerro, peñasco grande o piedra pequeña: sus señales distintivas.
4. Si la huaca tiene hijo o padre o hermano o mujer, que son otras tantas piedras o huacas.
5. Nombre del guardián de la huaca.
6. Que otras huacas son objeto de culto en el pueblo.
7. Cuales adoran para las chacras, cuales para el maíz o para las papas, o para el aumento de ganado o de los cuyes.
8. Si tienen cocamama o saramama.
9. Que huacas adoran en sus chacras con el nombre de chajrayoc.
10. Que puquios o lagunas.

11. Como se llama su pacarina (lugar del adoratorio).
12. Como se llama el marcayoc o mamachacra, que es el patrón o abogado del pueblo (piedra, momia).
13. Que huaca impide que llueva demasiado o para que llueva a tiempo.
14. Cual para que no se quiebren las acequias.
15. Que huaca impide que llueva demasiado o para que llueva a tiempo.
16. Cual para que el maíz crezca bien o no sea atacado de gusanos.
17. De que laguna traen cantaros de agua para rociar la chacra y pedir lluvia, y a que lagunas tiran piedras para que no se sequen y haya lluvias.
18. A que huaca son ofrecidos los chuchus y los chactas.
19. Cuál es la huaca del curaca.
20. A cual adoran cuando van a las chacras, estancias, obrajes o minas, así como para regresar sanos y pronto.
21. Como esta vestida la huaca y que cosas tiene junto con ella.
22. Que mallquis (momias) son objeto de su culto: como se llama el padre, cuántos hijos tuvo en que parte están enterrados y de que manera.
23. Cuáles son sus conopas para el maíz y para el ganado.

II. Preguntas al mago:

- a) Si es villac o aucauanrímac, o si es humumaxa o si es socllac, mosoc o pachacuc o usuac o yanapac.
- b) Si habla con el demonio y en que figura se le aparece.
- c) Que fiesta hacían y con qué ceremonias.

- d) Si se han confesado con otros magos.
- e) Que bebían y cuáles eran sus danzas, cuales sus cantos.
- f) Donde se juntaban a confesarse, es decir, cuál era la ubicación de su cayán.
- g) Si tienen en su poder cuerpos de chuchos o de chacpas.
- h) Quien trasquiló a su hijo y quién tiene guardados los cabellos.
- i) Donde han ocultado los cadáveres extraídos de los templos.
- j) Donde están ubicados las apachetas y tocancas.
- k) En qué lugar y a que tiempo adoran al Sol y al rayo.
- l) Quienes son el llivic villac y el mallqui villac.
- m) Si adoran las cumbres nevadas y el mar arrancándose las cejas.
- n) Que magos tienen a su cargo organizar las fiestas de ayuno y mandar a fabricar la chicha, y cuales enseñan sus idolatrías y supersticiones.
- ñ) A quiénes ponen de parianas para guardar de sus chacras.
- o) Qué cosas ofrecen a las huacas y quién es el mayordomo de las sementeras de las huacas, al cual nombran pachacac
- p) Que respuestas daba a las consultas de las gentes y como fingía que hablaba con la huaca, y de qué manera se tornaba loco y por efecto de qué.
- q) Diga que oro, plata, huamas, chacraincas, tincurpas, aquillas pertenecen a la huaca.

III. En concilio limense, de 1551 a 1532, acordó muchas medidas para combatir antiguos cultos y las creencias mágico-religiosas e impedir su práctica. Entre ellas se puede citar las siguientes:

- Derribar y destruir los ídolos y sus adoratorios.
- Prohibir la poligamia, dejando solo una mujer y quitando las demás.
- Suprimir las lamentaciones y llantos de los funerales, así como las comidas y bebidas de las tumbas, por no más de un día.
- Impedir que a la muerte del cacique o principal se realicen sacrificios.
- Castigar rigurosamente a los humas o hechiceros, a los adivinos y demás magos.
- Reemplazar las apachetas con cruces.
- Prohibir el corte trenzado de cabellos.
- Impedir la colocación de ofrendas sobre las tumbas.
- Suprimir la adoración de las orejas; los bailes y libaciones en tiempos de siembra y de cosechas; y las ceremonias que se realizan cada vez que se emprende algo.
- Quitar los quipus en que se conservan la memoria de sus antiguas supersticiones y ritos.

ANEXO 5

Para entender la cosmogonía religiosa cobriza...

ENCÍCLICA DEL JEFE INDIO SEATTLE

La gran afluencia de colonos provocada por la fiebre del oro de 1849 reclamo los territorios amerindios del noroeste. En junio de 1854, el jefe Seattle fue encargado de negociar un tratado con el Gobierno norteamericano. Como respuesta a las demandas blancas, el jefe cobrizo pronuncia este alegato dirigido al 14.º presidente de EE.UU. de Norteamérica se reunieron con representantes del Gobierno norteamericano para firmar el Tratado de Point Elliot-Mukilteo, el cual cedía 1.25 millones de hectáreas al Gobierno de EE.UU. y delimitaba el territorio de una reserva para los suquamish; tres meses más tarde sobrevino la guerra y el genocidio. El documento que representamos se publicó en el periódico Seattle Sunday Star, el 28 de octubre de 1887, luego de 32 años de pronunciación del discurso original. El texto fue traducido por Henry Smith, quien tomo notas a medida que el jefe Seattle hablaba en idioma suquamish. El traductor insistía que su versión “no contenía la gracia y elegancia del discurso original”. El jefe Seattle explico de manera más profunda que los pensadores occidentales el llamado “desarrollo sustentable” y, sobre todo, la relación que los seres humanos deben establecer con la naturaleza y entre sus congéneres. “Este alegato es la mejor evocación del espíritu amerindio, del alma del hombre de la naturaleza apuesta a aquella del hombre moderno, aquel de la polución física, mental y espiritual” (Intisunqu Waman / Javier Solís).

El gran jefe de Washington nos manda decir que desea comprar nuestras tierras. El gran jefe de Washington también nos envía palabras de amistad y buena voluntad. Esto es muy amable de su parte, pero sabemos que no necesita de nuestra amistad. Sin embargo, nosotros meditaremos

su oferta, pues sabemos que, si no vendemos nuestras tierras, vendrán seguramente hombres blancos armados y nos las quitaran.

El gran jefe en Washington podrá confiar en lo que dice el jefe Seattle con la misma certeza con que nuestros hermanos blancos podrán confiar en la vuelta de las estaciones. Mis palabras son inmutables como las estrellas.

Pero ¿Cómo es posible comprar o vender el cielo o el calor de la tierra? Nosotros no comprendemos esta idea. Si no somos dueños de la frescura del aire ni del fulgor del agua, entonces ¿Cómo podréis comprarlos?

Cada partícula de esta tierra es sagrada para mi pueblo. Cada brillante mata de pino, cada grano de arena en las playas, cada gota de rocío en los oscuros bosques, cada gredal y hasta el zumbido de cada insecto... son sagrados a la memoria y experiencia de mi pueblo. La savia que circula por las venas de los arboles lleva consigo las memorias de los pieles rojas.

Los muertos del hombre blanco olvidan la tierra donde nacieron cuando parten para vagar entre las estrellas; en cambio, nuestros muertos nunca olvidan jamás esta bondadosa tierra, puesto que ella es nuestra madre. Somos parte de la tierra y asimismo ella es parte de nosotros. Las flores perfumadas son nuestras hermanas; el venado, el caballo, el gran águila, estos son nuestros hermanos. Las cumbres rocosas, los húmedos prados, el calor del cuerpo de los potros y el hombre, todos pertenecemos a la misma familia.

Por todo ello, cuando el gran jefe de Washington nos comunica que quiere comprar nuestras tierras, nos exige mucho de nosotros. También el gran jefe dice que nos entregara un lugar donde podamos vivir entre nosotros. Y además dice que se convertiría en nuestro padre, y nosotros, en sus hijos.

Nosotros gozamos de alegría al sentir estos bosques.

El agua cristalina que discurre por los ríos y arroyuelos no es solamente agua, sino también la sangre de nuestros antepasados. Si os vendemos nuestras tierras, debéis saber que son sagradas y que cada reflejo fugaz en el agua clara de las lagunas narra vivencias y sucesos de mi pueblo. El murmullo del agua es la voz del padre de mi padre.

Los ríos son nuestros hermanos y sacian nuestra sed; ellos llevan a nuestras canoas y alimentan a nuestros hijos.

Si les vendemos nuestras tierras, ustedes deben recordar y enseñarles a sus hijos que los ríos son nuestros hermanos y también lo son suyos y, por tanto, deben tratarlos con la misma dulzura con que se trata a un hermano.

Sabemos que el hombre blanco no comprende nuestro modo de vida. Él no sabe distinguir entre un pedazo de tierra y otro, ya que es un extraño que llega de noche y despoja a la tierra de lo que sea. La tierra no es su hermana, sino su enemiga, y, cuando la ha dominado, sigue su camino, dejando las tumbas de sus padres sin importarle. Olvida tanto las tumbas de sus padres como el patrimonio de sus hijos. Trata a su madre, la tierra y a su hermano, el firmamento, como cosas que se compran, se explotan y se venden como si fueran ovejas o cuentas de colores. Su voracidad acabara por devorar la tierra dejando atrás solo un desierto.

No sé, pero nuestro modo de vida es diferente al vuestro. La sola vista de sus ciudades apena los ojos del piel roja. Pero quizá sea porque el piel roja es un salvaje y no comprende nada. No existe un lugar tranquilo en las ciudades del hombre blanco, ni hay sitio para escuchar cómo se abren las hojas de los árboles en primavera o como aletean los insectos. Pero quizá también esto sea porque soy un salvaje que no comprende nada. El ruido de las ciudades solo ofenden nuestros oídos. Y, después de todo, ¿para qué sirve la vida si no podemos escuchar el grito solitario del chotacabras ni las querellas nocturnas de las ranas al borde de la charca? Soy un piel roja y nada entiendo. Nosotros preferimos el suave rumor del

viento que acaricia la superficie del arroyo, y el olor de la brisa purificada por la lluvia del mediodía o perfumado por el aroma de los pinos.

El aire tiene un valor inestimable para el piel roja, ya que todos los seres comparten un mismo aliento: el animal, el árbol, el hombre, todos respiramos el mismo aire. El hombre blanco parece no notar el aire que respira; como un moribundo que agoniza desde hace muchos días, es insensible al hedor. Pero, si les vende nuestras tierras, deben recordar que el aire es inestimable, que el aire comparten su espíritu con toda la vida que sostiene. El viento que odio a nuestros abuelos su primer soplo de vida recibe sus últimos suspiros. Y, si les vendemos nuestras tierras, ustedes deben conservarla como cosa aparte y sagrada, como un lugar donde hasta el hombre blanco pueda saborear el dulce viento perfumado por las flores de las praderas. Por ello, consideraremos su oferta de comprar nuestras tierras. Si decidimos aceptarla, yo pondré una condición: el hombre blanco debe tratar a los animales de esta tierra como a sus hermanos.

Soy un salvaje y no comprendo otro modo de vida. He visto miles de bisontes pudriéndose en las praderas, muertos a tiros por el hombre blanco desde un tren en marcha. Soy un salvaje y no comprendo como una maquina humeante puede importar más que el bisonte al que cazamos tan solo para sobrevivir.

¿Qué sería del hombre sin los animales? Si todos fueran exterminados, el hombre también moriría de una gran soledad espiritual. Porque lo que le suceda a los animales también le sucederá al hombre. Todo va enlazado. Lo que afecte a la madre tierra afectara también a todos sus hijos.

Deben enseñarles a sus hijos que el suelo que pisan son las cenizas de nuestros abuelos. Enseñen a sus hijos que la tierra esta enriquecida con las vidas de nuestros semejantes a fin de que sepan respetarla. Enseñen a sus hijos que la tierra es nuestra madre. Todo lo que le afecte también afectara a los hijos de la tierra. Si los hombres escupen en el suelo, se escupen a sí mismos.

Esto lo sabemos: la tierra no pertenece al hombre; el hombre pertenece a la tierra. Esto lo sabemos. Todo va enlazado: nuestros muertos viven en los dulces ríos de la tierra, y ellos regresan con el paso silencioso de la primavera, y su espíritu perdura en el viento que riza la superficie del lago.

Todo lo que ocurre en la tierra le ocurrirá a los hijos de la tierra. El hombre no tejió el tejido de la vida; él es solo una simple fibra, una hebra..., y lo que hace con la trama o el tejido se lo hace a sí mismo.

Nosotros meditaremos la idea del hombre blanco de comprar nuestras tierras. Pero ¿puede acaso un hombre ser dueño de su madre? Mi pueblo pregunta: ¿Qué quiere comprar el hombre blanco? ¿Se puede comprar el aire o el calor de la tierra o la agilidad del venado? ¿Cómo podemos nosotros vender esas cosas, y ustedes como podrán comprarlas? ¿El hombre blanco puede acaso hacer con la tierra lo que le plazca simplemente porque un piel roja afirma un pedazo de papel? Si nosotros no poseemos la frescura del aire, ni el reflejo del agua, ¿Cómo entonces podrían ustedes comprarlos? ¿Acaso podrían volver a comprar los bisontes, cuando hayan exterminado hasta el último? Cuando todos los últimos bisontes hayan sido exterminados; y atiborren las colinas con alambres parlantes (telégrafo), ¿dónde estará el bosque? Habrá sido destruido. ¿Dónde estará el águila? Habrá desaparecido. Y esto significara el fin de la vida y el comienzo de la subviviencia.

Ustedes hombres blancos caminan hacia el desastre gloriosamente, quizás iluminados con la fuerza del espíritu que los trajo a este país y los destino para dominar estas tierras y quizás también al piel roja. El gran espíritu les dio poder sobre los animales, los bosques y las pieles rojas por algún motivo especial que no comprendemos. Ese motivo es para nosotros un misterio, un enigma. Quizás podríamos comprenderlo si supiésemos que sueñan los hombres blancos, que esperanza transmiten a sus hijos en sus largas noches del invierno, o que ilusiones bullen en sus imaginaciones que les hagan anhelar el mañana. Pero nosotros somos

salvajes y los sueños del hombre blanco no son ajenos. Es por ello que seguimos distintos caminos, y por encima de todo valoramos el derecho que tiene cada hombre de vivir como quiera, por diferente que sea esta forma de vivir ante otros hombres.

No es mucho lo que realmente nos une con el hombre blanco. El día y la noche no pueden convivir. Sin embargo, nosotros meditaremos su oferta de comprar nuestros territorios y de enviarnos a una reserva. Ustedes dicen que allí viviremos aparte y en paz. En realidad, no tiene importancia donde pasemos el resto de nuestros días, ya nuestros hijos e hijas vieron a sus padres denigrados y vencidos..., aunque jamás rendidos. Ya nuestros bravos guerreros han sido humillados y, tras la derrota, pasan por ahora sus días hastiados, envenenando sus cuerpos con comidas dulces y con fuertes bebidas que ustedes les proporcionan. En verdad, no es importante en donde pasemos el resto de nuestros días, ya que no serán muchos. Unas pocas horas más o quizás cuantos inviernos, y ninguno de los hijos de las grandes praderas que antaño vivían alegremente en estos territorios, y que ahora vagan con su dolor a cuestras, en pequeños grupos por los bosques, sobrevivirán para lamentar la desaparición de su pueblo, que era tan fuerte y tan lleno de esperanzas.

Pero, cuando el último hombre piel roja haya desaparecido de esta tierra y sus recuerdos solo sean como la sombra de una nube sobre la pradera, todavía estará vivo el espíritu de mis antepasados en estas riberas y en estos bosques. Porque ellos amaban esta tierra como el recién nacido ama el latir del corazón de su madre. Pero ¿Por qué he de lamentarme por el ocaso de mi pueblo? Los pueblos están formados por hombres, no por otra cosa. Y los hombres nacen y mueren como las olas del mar. Incluso el hombre blanco, cuyo Dios camina y habla con el de amigo a amigo, no puede eludir ese destino común. Quizás seamos realmente hermanos. Ustedes quizás piensan que lo poseen, al igual que pretenden poseer nuestros territorios; pero eso no pueden lograrlo, ya que él es de todos los hombres, tanto de los pieles rojas como de los pieles blancas. Sepan que esta tierra le es preciosa, y dañarla significa

también despreciar al gran espíritu. Los blancos desaparecerán, quizás antes que las demás razas. Y, si ustedes continúan ensuciando su lecho donde duermen, una noche morirán asfixiados por vuestros propios excrementos.

Si les cedemos nuestra tierra, ámenla tanto como nosotros la amamos, preocúpense por ella tanto como nosotros nos preocupábamos. Y ámenla como el gran espíritu nos ama a todos nosotros. Pues, aunque somos salvajes, sabemos una cosa: el gran espíritu también es vuestro Dios. Esta tierra le es sagrada. Incluso el hombre blanco no puede eludir este destino común. Quizás incluso seamos hermanos. ¡Quién sabe!

ANEXO 6

JESÚS EL "VIOLENTISTA"

M. Baigent (El legado mesiánico).

La tradición cristiana ha hecho hincapié en la imagen de un salvador dócil, manso como un cordero, que evita la violencia y afirma que hay que dar la otra mejilla. Sin embargo, el Mesías –para Constantino y la Iglesia romana del siglo IV, así como para Jesús y sus contemporáneos – era una figura muy diferente: un líder y libertador severo y marcial, muy dispuesto a defender sus derechos por la fuerza y, en caso necesario, a emplear la violencia revolucionaria contra sus enemigos. Hay, por supuesto, en los propios Evangelios una base muy sólida para formarse tal imagen.

En el año 6 d. de C., varios años después de la muerte de Herodes, Judea fue anexionada e incorporada al Imperio romano como provincia, con Cesárea como capital. Se ordenó un censo para efectos fiscales. El sumo sacerdote judío de la época accedió a ello e instó al pueblo a cumplir la orden. No obstante, de modo casi inmediato, surgió una feroz resistencia etnonacionalista encabezada por un profeta furibundo en las colinas de Galilea. Este hombre ha pasado a la historia como el nombre de "Judas de Galilea", o "Judas de Gamala". Se cree que pereció poco después de iniciar una prolongada guerra de guerrillas contra Roma. Pero el movimiento creado por el sobrevivió y sus seguidores acabaron haciéndose famosos con el nombre de "zelotes". El término lo usó por vez primera Josefo, que escribió, como mínimo tres cuartos de siglo más tarde, entre los años 75 a 94 d. de C. Según Josefo, los zelotes adquirieron su nombre porque eran "celosos en buenas empresas". Sin embargo, durante los años que estuvieron operando, era frecuentemente que los llamasen "lestai" (bandoleros) o sicarios ("hombres de las dagas"), nombre que venía de la sica, una daga pequeña y curvada que los zelotes preferían de manera especial para los asesinatos políticos.

Hay que poner de relieve que los zelotes no eran una secta ni una confesión religiosa. Pero su orientación propia era fundamentalmente política. La postura de los zelotes era franca: Roma era el enemigo. Ningún judío debía pagar reconocer al emperador romano como amo. No había más amo que Dios. Dios había conferido un singular derecho de nacimiento a Israel, pues había concertado una alianza con David y salomón. El deber patriótico y religioso de todo judío era luchar por la restitución de este derecho de nacimiento, de esta alianza: la restitución de un gobernante legítimo que presidiera el reino de Israel.

Para alcanzar estos objetivos, todos los medios eran válidos. Cuando las circunstancias lo permitían, los zelotes llevaban a cabo operaciones militares a gran escala, de tipo convencional. Cuando no era así, libraban una incesante guerra de guerrillas, atacando guarniciones romanas aisladas, tendiendo emboscadas a caravanas o cortando rutas de abastecimiento. No retrocedían ante el asesinato y, en la medida que lo permitía la tecnología de la época, empleaban procedimientos que hoy en día asociaríamos con el terrorismo. Como dice Josefo:

“Tampoco dan valor a morir de ningún tipo de muerte, y, a decir verdad, hacen caso omiso de las muertes de sus parientes y amigos, ni pueden ningún temor semejante hacerles llamar Señor a algún hombre...”.

A juzgar por los pocos datos que se conservan, parece que entre los líderes zelotes se daba un fuerte elemento dinástico. Dos de los hijos de Judas de Galilea murieron como jefes zelotes por derecho propio. Otro hijo, o quizá nieto, fue el artífice de la conquista de la fortaleza de Masada al estallar la revuelta del año 66 D. de C. Y, durante el famoso asedio de esta fortaleza, que no terminó hasta el año 73 d. de C., mandaba la guarnición de la ciudadela un hombre llamado Eleazar, que también descendía de Judas de Galilea.

Si entre sus seguidores Jesús contaba con figuras como Simón el zelote y Judas el sicario, dichos seguidores difícilmente serían tan placidos y pacíficos como afirma la tradición posterior. Al contrario, diríase que estaban involucrados precisamente en el tipo de actividad política y militar de la que, según la citada tradición, se desasocia a Jesús

y a su sequito, en consonancia con lo que se esperarí­a del Mesías, eran “etnonacionalistas” militantes que no retrocedían ante la violencia.

No es necesario hablar aquí de la crucifixión; bastara con señalar que, cualquiera que fuese la asociación de Jesús con los zelotes, no cabe duda de que los romanos lo crucificaron por “revolucionario político”. Así lo afirma el cronista romano Tácito. No cabe duda de que los romanos veían en Jesús a una figura político-militar a la que trataron estrictamente de acuerdo con esa imagen. La crucifixión era un castigo que se reservaba para las transgresiones contra la ley romana, y Roma no se hubiera tomado la molestia de crucificar a un hombre que predicara un mensaje puramente espiritual, o un mensaje de paz. Jesús no fue ejecutado por el Sanedrín judío (el cual tenía permiso para lapidar al hombre que hubiera infringido la ley judaica), sino por la administración romana. Y a los dos hombres que se supone fueron crucificados con él se les califica explícitamente de “lestai”, es decir, zelotes. No se trataba, diga lo que diga la tradición, de delincuentes comunes, sino de revolucionarios políticos o “luchadores por la libertad”.

En los Evangelios, el mismo Jesús despliega un militarismo agresivo que se contradice mucho con las imágenes convencionales. Todo el mundo conoce el pasaje en el que dice: “No he venido a traer la paz, sino la espada”. En Lucas 22: 36, ordena a aquellos de sus seguidores que no posean espada “compre­n una”, aunque para ello “tengan que vencer su capa”. Cuando Jesús es arrestado en Getsemaní, como mínimo uno de sus discípulos lleva realmente una espada y la utiliza para cortar­le al oreja a un siervo del sumo sacerdote; en el cuarto evangelio, al hombre de la espada se le identifica como Simón Pedro. Resulta difícil conciliar estas alusiones con la tradición de un salvador manso y pacifista.

Ya hemos mencionado la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén montado en un asno y acompañado por una multitud que agita palmas, extiende sus capas en el suelo ante el e invoca bendiciones para el hijo de David, el rey legítimo. Como hemos señalado, el profeta Zacarías ya había predicho este episodio de la vida del Mesías. Que Jesús ejecute un acto

profetizado y que se esperaba del Mesías, ciertamente, no refleja ninguna timidez por su parte. Lo que hace Jesús es organizar descaradamente un espectáculo público, un espectáculo que él sabía que le valdría ser estigmatizado como blasfemo o, en caso contrario, ser reconocido precisamente como lo que afirmaba ser. Es bastante significativo que quien lo reconoce sea un pueblo que es plenamente consciente de su simbolismo de su acción, y hasta los más escépticos entre los modernos estudios de la Biblia consideran este incidente de los Evangelios como históricamente auténtico. Pero ¿Cómo un acto semejante no podía estar cargado de significados y consecuencias políticas? Es un acto de desafío explícito a Roma, un acto de provocación agresiva, deliberada. El Mesías era considerado como un libertador. Para que Jesús fuese aceptado como el Mesías, hacía falta que él estuviese dispuesto a blandir la espada del libertador.

Que la entrada de Jesús a Jerusalén estuvo llena de significados políticos se hace evidente en los evangelios unos cuantos días más tarde. Si el Antiguo Testamento había predicho la entrada del Mesías en Jerusalén a lomo de un asno, también había citado precedentes de la limpieza y purificación del templo, esto, huelga decirlo, es lo que hace Jesús con su famoso gesto de volcar las mesas de los cambistas. Difícilmente pudo tratarse de un incidente sin importancia. Tampoco es posible que se evitara la violencia; es improbable que los cambistas, los espectadores o los propios seguidores de Jesús permanecieran ociosos, o debatiendo cuestiones teológicas, mientras las monedas rodaban en todas direcciones. Habida cuenta del tamaño y la importancia del templo, así como del papel prominente de los cambistas, Jesús, al volcarles las mesas, provocaría un motín en toda regla. Tampoco cabe suponer que el propio Jesús esperase otra cosa. En este ejemplo vemos que vuelve adoptar una línea de confrontación, una línea de desafío deliberado a la autoridad establecida.

En estos dos ejemplos destacados –quizás los dos actos más públicos de su vida -, Jesús se comporta de una manera que forzosamente ha de

provocar violencia. En este sentido, uno de los ejemplos más reveladores se encuentra en la crónica del arresto de Jesús en Getsemaní, y gira alrededor de una sencilla pregunta: ¿Cuántos hombres acudieron a prender a Jesús en el huerto? La mayoría de la gente tiene como noción de la escena desarrollada en Getsemaní una idea implantada, por así decirlo, tanto por la crónica de los Evangelios como por la tradición. De acuerdo con dicha idea, entre diez y treinta hombres se presentaron allí para prender a Jesús: uno o dos funcionarios judíos, algunos representantes del sumo sacerdote (a uno de los cuales corta la oreja Simón Pedro), presumiblemente un contingente de la guardia del templo, quizás uno o más funcionarios romanos e, incluso, una pequeña unidad de la soldadesca de Pilatos. ¿Por qué la mayoría de los lectores modernos tiende a pensar que fueron entre diez y treinta hombres? Sin duda, porque las palabras de la versión autorizada –“una banda de hombres” – no especifica el número. Incluso, en traducciones más recientes de la Biblia, las palabras son “cierto número de hombres” sugiere en verdad que no era mucho más de treinta, o sea, el efectivo de una sección de tropa, magnitud mínima de una campaña de infantería (compuesta por 3 o 4 secciones).

Los lectores católicos, sin embargo, no leen la versión autorizada del Nuevo Testamento. Hasta hace poco y de acuerdo con el dogma católico estricto, estaban obligados, so pena de castigo, a leer la Vulgata. Y en la Vulgata, como en ciertas traducciones más modernas, el término que se emplea para referirse a los que llegan para prender a Jesús aparece traducido correctamente, y es mucho más preciso. Jesús, leemos en ellas, es prendido en Getsemaní no por un indeterminado “número de hombres”, sino por una “cohorta”. ¿Nos hallamos ante el reflejo de algo de mayor consecuencia?

Si se acude de nuevo al griego, se encontrara el término “speiran”, que es una traducción precisa de “cohorta”. Del mismo modo que los ejércitos modernos están organizados en secciones, compañías, batallones, regimientos, brigadas y divisiones, pues, el ejército romano lo estaba en

cohorte y legiones. Una legión romana era algo más nutrida que una brigada del moderno ejército británico en tiempos de paz: seis mil hombres. Una cohorte era la décima parte de una legión: seiscientos soldados, vale decir, un batallón. Esto es, si se trataba de soldados regulares romanos. Una cohorte compuesta de auxiliares, como lo eran las que había en Tierra Santa, contaría como mínimo con ochocientos soldados, y a veces dos mil: setecientos sesenta infantes y mil doscientos cuarenta jinetes.

Al llegar aquí, es preciso hacer algunas preguntas sencillas y plenas de sentido común. ¿Es verosímil que Pilatos, o cualquier otro gobernador militar en su situación, despachara más de ochocientos soldados a Getsemaní con el único propósito de prender a un solo hombre, un profeta solitario que ensalzaba el humor y al que acompañaban doce discípulos? La idea resulta patéticamente absurda. No solo hubiera sido un ejemplo ridículo de "exceso de medios", también hubiera sido una clara invitación a que se produjeran disturbios cívicos. A menos, claro está, que tales disturbios ya hubieran estallado y se hubiese formado la cohorte para sofocarlos.

Uno ha de imaginarse a ochocientos soldados irrumpiendo en el huerto de Getsemaní. Uno también ha de tener presente que Jesús, poco tiempo antes, había ordenado a sus discípulos que se proveyeran de espadas. Y uno ha de tener en cuenta, además, que Simón Pedro le cortó una oreja al siervo del sumo sacerdote, nada menos. A partir de estos detalles diversos, empieza a aparecer la imagen de que algo de considerable importancia ocurrirá en Getsemaní aquella noche, algo a mayor escala de lo que generalmente se imagina y algo a mayor escala de lo que generalmente se imagina y algo en lo que tomaba parte bastante más que "una banda de hombres". Parece claro que disturbios civiles de mucha gravedad en el "huerto". Bien puede ser que se luchara. Pero, tanto si realmente se luchaba como si no, es obvio que la administración romana percibió la situación como una amenaza militar y reacciono ante ella con una respuesta militar a gran escala... Como para sofocar una potencial rebelión armada en una remota provincia levantisca y plena de mesianismo insurgente.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE C., Max
2008 *Ayacucho: VilcasHuamán y Cangallo.*
Ed. El sur EIRL, Lima.
- ARGUEDAS, José María
1983 1928 *Obras completas.* Editorial Horizonte,
Lima.
- BAUDIN, Louis
1943 1928 *El Imperio socialista de los incas.*
Editorial Zig-zag, Santiago de Chile.
- BROWN, dan
2005 *Ángeles y Demonios* Ed. Umbriel, España.
- CIEZA DE LEON, Pedro
1973 1553 *La Crónica del Perú.* Ediciones PEISA,
Lima.
- CASTRO A., Mario
1973 *La rebelión de Juan Santos Atahualpa.*
Ed. Milla Batres, Lima.
- CUNOW, Heinrich
1933 *El sistema de parentesco peruano y las comunidades
Gentilicias de los incas. Las comunidades de aldea y de
Marca en el Perú antiguo. La organización social del
Imperio de los incas.* UNMSM, Lima.
- DIEZ DE SAN MIGUEL, Garcí
1964 1567 *Visita hecha a la provincia de Chucuito.*
Casa de la Cultura del Perú, Lima.
- ENGELS, Federico
1988 1884 *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.*
Distribuidora Lima S.A., Lima.

- ESPINOZA, Waldemar
1988 *La sociedad andina colonial*
 Editorial UNMSM, Lima.

- ESTERMAN, Josef
2008 *Si el sur fuera el norte.* Ed. Instituto Superior Ecuménico,
 La Paz (Bolivia).

- FAHD, Toufic
1981 *El islam y las sectas islámicas*
 Ed. Siglo XIX, España.

- FLORES GALINDO, Alberto
1988 *Buscando un inca.* Editorial Horizonte,
 Lima.

- FO, Jacopo
2002 *El libro prohibido del cristianismo.*
 Ed. Ma Non Troppo, España.

- FO, Jacopo
2003 *Y Jesús amaba a la mujer.*
 Ed. Ma Non Troppo, España

- FRANCO, Carlos
1996 *El nacionalismo andino.* Editorial
 Horizonte, Lima.

- FREILE, Paulo
1976 *Pedagogía del oprimido.* Editorial
 Paidós, Colombia.

- GARCIA, Federico/ROCA, Pilar
2004 *Pachakúteq.* Fondo Ed. Del Pedagógico
 San Marcos, Lima.

- GARCIA, José Uriel
1937 *El nuevo indio. 2.^a*
 Rosas Sucesores, Qosqo

- GARCILASO DE LA VEGA
1609 / 1617 *Obras completas*
- GUAMÁN POMA DE AYALA, Felipe
1615 *Nueva crónica y buen gobierno.*
- HARRIS, Marvin
1986 *Caníbales y reyes.* Salvat Editores,
Barcelona.
- HUMALA, Antauro
2007 *Etnonacionalismo, izquierda y globalidad.*
Ed. Antaurpi.
- HUNTINGTON, Samuel
1997 *El choque de civilizaciones.* Editorial Mejoras
Ltda., Barranquilla.
- INTISUNQU WAMAN (Javier Solís)
2002 *Tradición y modernidad.* Editorial Mejoras
Ltda., Barranquilla.
- MASKIN, Javier
2004 *Mundos amerindios.* Quebecor World Lebenzon,
Montreal.
- MILLA, Carlos
1983 *Génesis de la cultura andina.* CAP, Lima.
- MILLA, Carlos
2002 *Ayni.* Ed. Asoc. Cultural Amaru Wayra,
Bolivia.
- Millones, Luis
2008 *Perú indígena: poder y religión en los Andes centrales.*
Fondo Editorial del Congreso del Perú, Lima.

- MONTOYA, Rodrigo
 - 1989a *La utopía andina*. Lima.
 - 1989b *Etnia y clase en el Perú*. Lima.

- MORGAN, Lewis
 - 1983 *La sociedad primitiva*. Editorial Progreso. Moscú.

- MORRIS, Desmond
 - 1990 1967 *El mono desnudo*. Editorial UNO, La Paz.

- MORTON, A. L.
 - 1970 *Las utopías socialistas*. Ediciones Martínez Roca, Barcelona.

- PAUWELS, L. Y BERGER, J.
 - 1971 *El retorno de los brujos*. Plaza & Janes S.A., Barcelona.

- REINAGA, Fausto
 - 1981 *El hombre*. Ed. Comunidad Amautica Mundial (CAM), La paz.
 - 1982 *La podredumbre criminal del pensamiento Europeo*. Ed. CAM, La paz
 - 1985 *Tesis india*. Ed. PIB, La paz.

- ROSTWOROSKI, María
 - 1988 *Historia del Tahuantinsuyu*. IEP, Lima.

- SCHONFIELD, Hugh
 - 1977 *El complot de Pascua*. Ediciones Grijalbo, España

- TOQO
 - 1978 *Indiomanual*. Tucumán.

- TORD, Enrique
1978 *El indio en los ensayistas peruanos, 1848-1948.* Ediciones Unidad, Lima.
- VALCARCEL, Luis
1982 1927 *Tempestad en los Andes.*
Populibros Peruanos, Lima.
- VARALLANOS, José
1962 *El cholo y el Perú.* Imprenta López,
Buenos Aires.
- VARESE, Stefano
1973 *La sal de los cerros.* Ed. Retablo de Papel, Lima.
- VARGAS LLOSA, Mario
1996 *La utopía arcaica.* Fondo de cultura
Económica, México.
- VEGA, Juan José
1964 *Manco inca, el gran rebelde.* Populibros
Peruanos, México.
- WEBER, Max
1978 *La ética protestante y el espíritu del
Capitalismo.* Caracas.
- YUPANQUI, Titu Cusi
1570 *Relación de la conquista del Perú.*